STANISŁAW LEM

Entre los muertos

Tiempo no perdido, 2

Traducción de Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz
Prólogo de Wojciech Orliński

STANISŁAW LEM

ENTRE LOS MUERTOS

TIEMPO NO PERDIDO, 2

Traducción del polaco de Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz
Prólogo de Wojciech Orliński

IMPEDIMENTA

PRÓLOGO

POR WOJCIECH ORLIŃSKI

No penséis que este libro es «otra novela de Stanisław Lem», y no solo porque trate de la Segunda Guerra Mundial. El propio autor renegó de ella y prohibió que se publicara en su Polonia natal. La última edición data de 1965, hace casi sesenta años, lo que significa que cualquier lector o investigador polaco que quiera leerla se ve obligado a acudir a la biblioteca o intentar cazarlo en alguna librería de segunda mano. Si saben español, ahora tienen una tercera opción.

No es raro que los autores duden de la calidad de sus primeros trabajos e intenten ocultarlos. Este no es el caso en absoluto: por supuesto, dejaré que sea el estimado lector quien lo juzgue, pero dudo mucho que este libro vaya a parecerle aburrido.

Es más, algunos pasajes son demasiado duros. La descripción de los últimos momentos de una víctima del Holocausto, desde que la detienen en la calle en una redada y la meten en un tren de la muerte hasta su última visión de este mundo: la letal nube de veneno en la cámara de gas. Cosas así pueden provocar pesadillas. Tal vez lo que este libro necesite sea un «aviso de contenido» en la cubierta.

En entrevistas se le preguntaba a Lem insistentemente por qué se negaba a reeditar esta obra. Su respuesta típica solía ser que la única novela que había escrito sobre la Segunda Guerra Mundial era ***El hospital de la transfiguración,***

y que la presión ejercida por el aparato censor del Partido Comunista fue lo único que lo forzó a escribir dos nuevos volúmenes, repletos de propaganda del Partido, cuya autoría se negaba a reconocer.

Hay algo extraño en esta explicación. La censura suele consistir en recortar las partes que se consideran ofensivas, no en obligar a un autor a escribir otros dos libros.

Con perspectiva histórica, ahora sabemos que el problema no era la censura en sí, o la Oficina Principal de Supervisión de Publicaciones y Espectáculos, como se la llamaba en la Polonia comunista. La presión venía de su editor.

Voy a hacer de abogado del diablo por un momento. Creo que, en cualquier sistema político, ya sea el capitalismo, el comunismo o el anarcosindicalismo, el editor podría ser reticente a aceptar el final de ***El hospital de la transfiguración,*** un libro que termina con la aparente muerte del protagonista.

Un final así deja al lector con ganas de un cierre. Queremos saber si Stefan Trzyniecki (protagonista de ***El hospital de la transfiguración*** y, al parecer, ***alter ego*** del joven Lem) logró sobrevivir a la masacre final. No se trata de política, puedes ser de izquierdas o de derechas, rojo o verde, pero en cualquier caso quieres saber: ¿QUÉ LE PASÓ A ESTE TIPO?

Cuando la historia termina con un ***cliffhanger*** suele ser porque se está cocinando otra entrega. El Netflix capitalista tendría la misma demanda hoy que el editor de Lem en 1948: ¡necesitamos una secuela! Y este libro es justo eso: una secuela. Sin embargo, verdaderamente insólito es la respuesta a la gran pregunta de cómo sobrevivió Stefan al final de la primera parte. ¿La respuesta? No la hay. Simplemente nos enteramos de que sigue vivo en 1942, pero de repente lo identifican como judío por una desafortunada cadena de accidentes (el narrador omnisciente nos deja claro que es de sangre pura y aria) y acaba en un campo de exterminio.

Una vez que el prisionero entraba en la cámara de gas, era imposible que saliese de allí con vida. Incluso si alguien seguía respirando tras el gaseamiento, el ***kommando*** de esclavos que trabajaba en la cámara de gas, forzados a cumplir esta espantosa tarea simplemente para extender su agonía un par de semanas más, debían apalear hasta la muerte a los posibles supervivientes.

Stanisław Lem deja muy claro que la cámara de gas donde va a parar su protagonista en ***Entre los muertos*** era la del campo de concentración de Bełżec. Ni una sola persona sobrevivió al gaseamiento allí. Solo hubo dos supervivientes conocidos, y ambos consiguieron escapar antes de ser encerrados en las cámaras de gas. El testimonio de uno de ellos, Rudolf Reder, se publicó en Cracovia en

1946, y la descripción del campo de concentración de ***Entre los muertos*** está basada en sus memorias de forma evidente. Cuando leáis este capítulo, recordad que no es un mero producto de la imaginación de Lem: su intención era acercarse a los hechos históricos lo máximo posible.

Así pues, el lector se enfrentará una vez más a la necesidad de cierre. Y de nuevo, este anhelo se verá frustrado. Pido disculpas por adelantado por destripar el tercer volumen: Stefan reaparece vivito y coleando en Cracovia después de la guerra. Y, una vez más, no se explica cómo ha sobrevivido. No le apetece hablar de ello. Lo cual, en realidad, era una actitud muy común en Polonia después de 1945. Casi nadie quería hablar de la guerra.

Para la gente de mi generación era un poco paradójico. La guerra era el principal tema de la cultura popular. Y ahí estaban tus padres y abuelos, que habían sido testigos con sus propios ojos de lo que pasaba en el ***bestseller*** de turno o el último ***blockbuster,*** pero que se negaban rotundamente a contarte cómo fue de verdad.

Solo ahora podemos comenzar a entender las diversas razones de este silencio universal. A veces el pasado era sencillamente peligroso. Si tu antepasado era judío podría pensar que revelar su identidad supondría un riesgo no solo para él mismo, sino para su familia y amigos, convirtiéndolos en «judíos por asociación». A veces el pasado era ilegal: tal vez tu antepasado estuvo relacionado con un grupo de resistencia perseguido por los comunistas después de 1945. Y otras veces era cuestión de un trauma personal: algunos recuerdos solo traen pesadillas y noches en vela.

Pero ¿es este el caso de Stefan Trzyniecki? Probablemente. De ser así, el narrador nos estaría engañando. Pero eso ya lo sabemos, dado que no nos cuenta toda la historia de Stefan, sino tan solo lo que le conviene.

También es el caso de Stanisław Lem. Tras la guerra, él se pasó toda la vida ocultando sus orígenes judíos. Cuanto más se acrecentaba su fama internacional, más difícil era esta tarea: periodistas y estudiosos empezaron a escribir libros sobre él o a publicar largas entrevistas en las que se veía forzado a crear versiones de su biografía llenas de negación plausible.

Cuando escribió ***Entre los muertos*** no esperaba ser famoso, solo quería convertirse en un novelista publicado. Era 1949 y hasta ese momento todo lo que llevaba el nombre de «Stanisław Lem» consistía en un puñado de relatos y poemas. Tenía la guardia baja.

Sin embargo, en aquellos años, su experiencia del Holocausto, el motivo recurrente de sus pesadillas, era con diferencia el tema más importante para él. Si

le hubiesen dado total libertad para escribir lo que quisiera, habría escrito más libros como ***El hospital de la transfiguración.*** Fue una combinación de la censura y sus traumas personales los que hicieron que ocultase sus memorias de la guerra bajo el disfraz de historias de «alienígenas matando alienígenas» y «robots matando robots».

Si analizáis detenidamente ***El hospital de la transfiguración,*** podéis llegar a desentrañar algún secreto. A primera vista, se trata de una novela realista que aborda los crímenes nazis en la Polonia ocupada, pero hagámonos una sencilla pregunta: ¿en qué año sucede? Si se tratase de la «Aktion T4» (el exterminio de los pacientes de los centros psiquiátricos), sucedería antes del verano de 1941, cuando el exterminio masivo fue suspendido porque todo el personal fue llamado al Frente del Este, donde se requería urgentemente su preciada experiencia como asesinos de masas.

Pero si la historia ocurre antes del verano del 41, ¿por qué las unidades auxiliares ucranianas ***(Ukrainische Hilfspolizei)*** están presentes durante la ejecución? Por razones obvias, estas no existían antes del ataque alemán a la Unión Soviética. De hecho, ambos sucesos (la suspensión de la Aktion T4 y la creación de la ***Ukrainische Hilfspolizei)*** ocurrieron casi a la vez, a mediados de agosto de 1941.

No se trata de un error. No cabe duda de que Stanisław Lem recordó cada fecha de la Segunda Guerra Mundial hasta sus últimos días; y, en cualquier caso, las tenía bien frescas en 1947. Se trata de una elaborada estratagema literaria diseñada para que nos demos cuenta de que el narrador no es, en efecto, tan fiable como parece. Nos está contando una historia oculta en una historia. El mismo mecanismo se repite en ***Entre los muertos,*** pero esta vez es mucho más fácil de detectar.

En el verano de 1941, una semana después de la invasión alemana, los judíos que vivían en las zonas cercanas a la frontera fueron asesinados en los pogromos aparentemente llevados a cabo por la población local, pero detrás de los cuales se encontraban, en realidad, las SS Einsarztruppen. Stanisław Lem, un joven de veinte años que estudiaba Medicina en Leópolis, también habría sido asesinado, pero sobrevivió simplemente porque los alemanes, decepcionados por la baja eficiencia del pogromo, suspendieron la masacre antes del anochecer.

Lem consiguió describir este calvario en ***La voz del Amo,*** una novela de ciencia ficción de 1968. La reminiscencia del pogromo de Leópolis aparece allí con un ingenioso disfraz literario: la historia, narrada por uno de los protagonistas (aunque sin mencionar palabras como «judío», «Leópolis» u

«Holocausto»), a primera vista podría pasar por una masacre cualquiera de gente cualquiera en una ciudad cualquiera de Europa del Este.

Stanisław Lem sobrevivió a la guerra porque tuvo el tiempo y lo recursos para crearse una identidad falsa. Al principio, estuvo trabajando como obrero esclavo en una empresa llamada Rohstofferfassung («reciclaje de recursos»), propiedad de un tal Viktor Kremin, un «buen alemán», como Oscar Schindler, que aceptaba sobornos de judíos a cambio de protección.

La expresión «buen alemán» es especialmente paradójica en el contexto del Holocausto. ¿Qué se entiende por «buen»? Si significa «que acata la ley», «leal» o «patriótico», también significa «fanático y malvado», dispuesto a matarte, aunque no tenga que hacerlo, simplemente porque el Führer te quiere muerto. Pero que fuera corrupto no quería decir que no fuera a matarte. Después de todo, alguien verdaderamente corrupto aceptará el soborno y luego te matará para cubrir sus huellas. ¿Qué vas a hacer, demandarlo?

La clave de la supervivencia de los judíos en las zonas ocupadas era encontrar a alemanes corruptos pero lo suficientemente honorables para protegerlos de verdad, como Oskar Schindler o Viktor Kremin. Por supuesto, su protección tenía un límite; en la mayoría de los casos, el límite fue mediados de 1942. Pero si eras listo, podías usar ese tiempo para forjarte una nueva identidad, con nuevos documentos y un nuevo nombre.

Un día de 1942, Stanisław Lem desapareció y fue reemplazado por otra persona: Jan Donabidowicz. Según sus documentos, era un antiguo estudiante de Medicina, atrapado en Leópolis por la guerra. Y, puesto que no era judío —¡era armenio!—, podía andar libremente por las calles.

En realidad, era Stanisław Lem, que se había teñido el pelo de un rubio muy poco judío. Sus padres no pudieron hacer lo mismo: su padre era un doctor muy conocido y ningún documento falso lo podría haber salvado si alguien lo hubiese identificado. «¡Conozco a este judío!» Estas funestas palabras, equivalentes a una condena a muerte, se oían de vez en cuando por la calle, y aparecen en muchas memorias. Stanisław Lem probablemente las oyera también en la calle, pero nunca sobre él. Se cuidó de no descubrir su tapadera durante dos años. Lo tenía claro: la supervivencia de sus padres dependía de su propia supervivencia.

En este libro, su calvario se describe a través de dos ***alter ego***. Stefan Trzyniecki acaba en el campo de exterminio de Bełżec, del que Lem y sus padres se salvaron, pero que fue el destino del resto de sus familiares y amigos. Sin duda esto debió de atormentar a Lem cada día de su vida.

El segundo ***alter ego*** introducido es Kazimierz Wilk, un prodigio de las

matemáticas. También es ario puro, pero por alguna extraña razón acaba trabajando en el Rohstofferfassung, donde, como dice el narrador, «casi todos los trabajadores eran judíos». Queda patente que él no es uno de ellos, simplemente ha ido a parar allí, pero el caso es que vive y muere como un judío durante la guerra en Leópolis.

Kazimierz Wilk es torturado hasta la muerte porque no quiere revelar el escondite de su amigo Marcinów (es el único que lo conoce aparte del propio Marcinów). Stanisław Lem era el único que conocía el escondite de sus padres, y posiblemente esas terribles preguntas —¿qué pasa si alguien me traiciona?, ¿y si me siguen por la calle?, ¿qué ocurre si me reconocen?, ¿seré capaz de guardar el secreto o me derrumbaré ante la Gestapo como tantos otros?— plagaron su cabeza durante dos años, antes de que los alemanes fueran expulsados de Leópolis por el ejército soviético.

Es comprensible que, cuando la familia de Stanisław Lem llegó con vida a Cracovia contra todo pronóstico, Lem no quisiera revelar su identidad judía. En esta parte del mundo esto no te puede traer nada más que problemas. Si albergaba cualquier tipo de duda, esta se despejó cuando tuvo lugar en agosto de 1945 el primer pogromo de posguerra en Cracovia, una de las primeras cosas que se encontró en su nueva ciudad. Por supuesto no fue tan espantoso como las masacres de la guerra, —solo hubo un muerto y algunos heridos—, pero lo que tenían en común todas las víctimas era, sencillamente, la pinta de judíos.

Entre los muertos es lo más parecido a unas memorias de guerra que hay en toda la obra de Lem. Esta es la razón por la que prohibió su publicación, no la influencia comunista. Pero, de nuevo, lo dejo al juicio del lector. ¿Podría convenceros este libro de votar al PCE?

En aquellos años, esta obra trataba temas prohibidos o desaconsejados por la censura. Para empezar, estaba prohibido hablar del Holocausto como tal: había que tratarlo como crímenes nazis en general. El Holocausto era algo particular del destino del pueblo judío y se consideraba sionista, a su vez imperialista y, por lo tanto, prohibido.

Otro tema tabú era el de Stanisław Ignacy Witkiewicz, poeta y dramaturgo muy popular y controvertido de los años anteriores a la guerra, que se suicidó el 17 de septiembre de 1939 cuando el ejército soviético invadió el este de Polonia como aliado de la Alemania nazi. Él aparece en ***El hospital de la transfiguración*** y ***Entre los muertos*** con el nombre de Sekułowski. Si a Stanisław Lem le hubiera preocupado que su novela pasase la censura, habría sacado a Sekułowski de la obra desde el principio. Pero, lejos de ello, lo incluyó

de nuevo en la secuela, donde su presencia no es necesaria en la trama. ¿Qué pinta él en esta historia? Parece que su única función literaria es servir como recordatorio indirecto de que la invasión soviética no fue menos traumática que la alemana.

El título original de la trilogía iba a ser ***Río de fuego,*** pero lo cambiaron a ***Tiempo no perdido*** durante su desarrollo editorial. El título original es una referencia al Libro de Daniel (7, 10), una profecía apocalíptica del Antiguo Testamento. Tradicionalmente fue interpretada por cristianos y judíos como premonición de la caída del Imperio Romano. En este contexto, podría decirse que la intención de Lem era mostrar el apocalipsis al que había sobrevivido, al igual que tantos otros desafortunados ciudadanos polacos. Atrapados entre dos maníacos genocidas en Berlín y Moscú, su supervivencia fue tan milagrosa como la de Stefan Trzyniecki.

Logramos sobrevivir. Pero ¿lo hicimos? ¿No estamos ***Entre los muertos***?

Así es como yo entiendo este libro. Pero, por tercera y última vez, lo dejo al juicio del estimado lector. ¡No me leas a mí, lee a Lem!

Varsovia, abril de 2024

ENTRE LOS MUERTOS

KAROL WŁODZIMIERZ WILK

El niño nació y al nacer mató a su madre, que mientras agonizaba preguntó si estaba vivo porque no escuchaba su voz y, como ya no veía nada, palpó a su alrededor, a tientas, con unas manos que reptaban cada vez con menos fuerza y más despacio por el ensangrentado jergón. El niño estaba vivo; sus pupilas se contraían ante lo desconocido, ante el desconocido brillo de las lámparas, el cuerpecillo desnudo temblaba por el novedoso efecto que suponía la presión de las manos que lo sostenían, pero tendría que pasar todavía mucho tiempo hasta que llegara a entender qué era la luz y qué era el tacto.

Que no supiera nada de las nubes, de los árboles, de las flores, del cielo y de la tierra era hasta cierto punto comprensible; exige un esfuerzo mayor por nuestra parte que nuestra imaginación se acerque a su desconocimiento de la proximidad y la lejanía, de la perspectiva espacial y de la secuencia de los acontecimientos en el tiempo, pero el niño no conocía ni siquiera los olores, los sonidos o los colores, que fluían hasta lo más profundo de sus sentidos por arroyos distintos. Ni siquiera cabría decir que percibiera el caos, porque eso habría significado que a través de la percepción se contraponía a sí mismo al caos, pero él no conocía las fronteras entre su propio ser y todo lo demás, no tenía ni recuerdos ni memoria, no sabía ni de sus propios movimientos y el mundo le era tan ajeno como su propio cuerpo.

La perfección de un conocimiento tal es imposible de imaginar, ya que no se trataba de la nada; sin conocer nada, el niño veía y sentía todo, y desde la primera

hora un enorme torrente de realidad empezó a poblar de enmarañadas imágenes su hasta entonces vacío sueño.

Había empezado la creación del mundo, una creación mucho más sorprendente que la bíblica, ya que nada emergía del desorden con formas cuajadas y listas, y solo un incesante tropel de transformaciones generaba fenómenos recurrentes; se producía una lenta diferenciación e interrelación de las manchas blancas con la sensación de frío y de blandura, de las manchas rosadas con los sonidos y los cambios de expresión, y esa individualización, esa unión, esa agrupación en algún momento, en el futuro lejano, tendría que finalizar en una polarización definitiva, en una división en dos polos: el ser humano y el mundo.

La mente que tenía que lograr aquello permaneció absolutamente impotente durante mucho tiempo; por suerte, el niño podía confiar en esa prudencia innata que recibe en ocasiones el nombre de instinto o cualquier otro nombre como explicación alternativa. Se trataba de una disposición para realizar acciones intencionadas, una disposición limitada, incapaz de aprender, pero eficiente; esa inteligencia corporal oculta en los tejidos, que se reducía a simples adaptaciones, era inhumana, no solo en el sentido de que había aparecido antes que la conciencia humana, sino también en el sentido de que era despiadadamente egocéntrica y de que, centrada como estaba en satisfacer las necesidades del cuerpo, no tomaba en consideración nada más. Nacía de la voraz crueldad que caracteriza siempre a los seres inferiores y únicamente en los momentos de particular peligro a los seres más desarrollados. Esa sabiduría que solo tiene como objetivo la supervivencia no ha de ser juzgada a la ligera, ya que nace de la necesidad. Seremos también más indulgentes con ella si recordamos que, dado que se trata de una inteligencia anterior a la especie, antigua como la propia vida, único don de los miles de millones de generaciones que precedieron al niño, está dispuesta a retirarse humildemente ante las primeras palabras emitidas por el bebé. Y es así como ese parco, inalterable e inequívoco saber de la especie cede su lugar al abundante y engañoso saber del individuo.

Hasta la aparición de las palabras, ese saber crecía con dificultad, como reptando, y eran necesarias reiteradas experiencias para que el niño se convenciera de qué fenómenos había que evitar y cuáles, por el contrario, buscar.

Con el inicio del habla el niño se liberó del corto alcance de las manitas y de los ojos, porque a partir de aquel momento dejó de depender únicamente de su cuerpo.

Se dirigían a él con el diminutivo «Karolek», así que él también utilizaba ese nombre para hablar de sí mismo. Gateaba por la gran habitación en penumbra,

vacía casi, pues solo había una cama, o mejor dicho un camastro de madera con un colchón de paja, una mesa, tres taburetes y una cómoda junto a la pared. Durante algún tiempo, el niño otorgó entidad propia a todos aquellos objetos, o al menos rasgos semejantes a los que lo caracterizaban a él mismo; así, si se golpeaba con un taburete la emprendía a puñetazos con él, lo que provocaba la risa del resto de habitantes de la casa. Más tarde seguiría dirigiéndose a los objetos como si fueran seres vivos, pero ya no era más que un juego.

La habitación tenía una puerta con un picaporte muy alto; cuando estaba entreabierta, al otro lado del umbral aparecía un espacio enorme. Ante un sinuoso y verde horizonte se alzaban unas casas que se hundían en el fango a su alrededor; en el extremo del pueblo había una iglesia con un tejado inclinado, y unos postes telegráficos se perdían a lo lejos. Al sur, en el horizonte, se extendía la amoratada nube de los Cárpatos que una vez al año se cubría de plata. Entonces Nieczawy, que así se llamaba el pueblo, se hundía en la nieve sobre la que se arrastraba, perezoso, el humo de las chimeneas.

Al final del tercer año de vida, Karolek pensaba ya mucho y solo confundía muy de vez en cuando el día siguiente y el día anterior. Estaba convencido de que las personas que lo rodeaban no cambiaban y siempre serían como eran, de que su padre siempre había sido flaco y había guardado cama y solo rara vez —cuando el sol pegaba fuerte— salía afuera, de que la señora Flusiowa, terriblemente gorda y jadeante, que les alquilaba una habitación de su casa, siempre había arrastrado los pies y no dejaría nunca de hacerlo. Los juegos de Karolek, sus alegrías y sus berrinches, desaparecían en algún lugar, mientras que a su alrededor se desplegaba una especie de ahora infinito, que para disimular a veces se desarrollaba por la noche y a veces por el día. Así pues, el niño creía en la eternidad, en una eternidad terrenal, sin tener, por supuesto, conciencia de ello. Aquella convicción había nacido en él de forma espontánea; no manifestada, era una convicción similar en su naturaleza íntima a esa certeza que tenemos todos de que el entorno sigue existiendo cuando cerramos los ojos.

Karolek sabía ya muchas cosas, recordaba incluso que su padre tenía una enfermedad de los pulmones porque era algo que oía todo el tiempo y porque, cuando en una ocasión se echó a reír al ver un extraño rictus en el rostro de su padre, la señora Flusiowa lo tachó de pequeño diablo mientras le daba unos azotes. Después, agraviado como se sentía, se pasó un largo rato llorando. Él era inocente, quería a su padre, pero ¿cómo podía saber que era el dolor el que le había torcido el gesto y que no había que reírse de aquello? Fue una más de las mil lecciones de cada día.

Cuando Karolek cumplió tres años, se dio en su vida un breve período de luminosidad. Su padre mejoró y empezó a salir al bosque y a llevarse al niño con él. Karolek enredaba un rato entre la maleza y luego volvía con su padre, que estaba sentado al sol en un claro, casi siempre en silencio porque no sabía cómo hablar con un niño. Karolek no se aburría nunca; jugaba solo, y cuando pasaba cerca de su padre, él le ponía la mano en la cabeza, lo giraba hacia sí, lo miraba unos segundos a los ojos y los surcos que cruzaban por el centro sus mejillas se le marcaban mucho más al sonreír; a veces con uno de sus dedos, grande y duro, presionaba suavemente la nariz del niño, redonda como un botón, otras veces colocaba en su palma la mano de Karolek y contaba en voz alta los dedos sin dejar de sorprenderse de lo pequeños que eran; aquel momento no duraba mucho porque Karolek era incapaz de estarse quieto y no tardaba en irse dando saltos. Se le ocurrían todo tipo de ideas. En una ocasión, al ver que en una pequeña charca los peces respiraban abriendo la boca y abanicándose suavemente con las branquias, intentó hacer como ellos: sumergió la cabeza y, muy confiado, se llenó los pulmones de agua. Luego se pasó un buen rato tosiendo. En otra ocasión, imitando a Burek, el perro del corral, se puso a cuatro patas y estuvo husmeando y bufando por las narices. Empezaba ya a darle vueltas a diferentes cosas. Era capaz de contar hasta cinco, colocaba en el suelo de la estancia cáscaras de huevo y se ponía a pensar: a ver, ahí hay cinco huevos, es decir, uno ahí, uno ahí, uno, y uno más, y juntos hay cinco (decía «cico»). Pero entonces ¿dónde está ese «cico»? Porque los huevos están sueltos, ¿y ese «cico» dónde está?

A finales de aquel hermoso y caluroso verano apareció de repente un hombre alto con un traje negro desgastado que sabía hablar con el pequeño y jugar con él tan bien que al cabo de unas horas se había convertido en el «tito Józef». Cogía al pequeño Karol sobre una de sus rodillas, como si lo montara a caballo, y le cantaba:

¡La mujer tuvo un pesar
Lo arrojó a un ortigal
En las ortigas del huerto
Allí ese pesar ha muerto

Karolek se pasó mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza y pensando en el misterioso significado que podía tener aquella canción. Abrumaba al tito Józef con preguntas, que qué era aquel pesar, que por qué la mujer lo había tratado tan mal. Se le llenaban los ojos de lágrimas. Sospechaba, incluso, que se trataba de la

señora Flusiowa, a la que no le tenía demasiado cariño, porque a espaldas de su padre intentaba enseñarle algunas oraciones, y más de un domingo lo había llevado a escondidas a la iglesia, por lo que su padre se había enfadado mucho con ella.

Unos días más tarde, el tito desapareció de repente. Llegó el otoño y se acabaron los días felices. Su padre volvió a la cama de nuevo, y Karolek, algo malhumorado, se atrincheró en un rincón de la estancia y levantó extrañas construcciones de paja sin dejar de hablar consigo mismo. Pero aquello ni siquiera estuvo tan mal. Lo malo llegó con la primavera de 1930. Siempre había habido pobreza en Nieczawy, pero nadie recordaba una pobreza como aquella. Apenas si llegaban veraneantes, así que los niños no podían ayudar a los suyos recogiendo frutos del bosque. El precio de un litro de frambuesas variaba de dos a cuatro céntimos o de una a dos rebanadas pequeñas de pan. Las niñas conseguían quince si ellas iban incluidas en el trueque, pero no había demasiados interesados porque en las aldeas algo más alejadas vivían los hutsules, enfermos endémicos de sífilis. Apareció la palabra «crisis», pronunciada con odio y horror como si fuera una maldición. Al volver de la iglesia, a la que iba un día sí y otro también, la señora Flusiowa engatusaba a Karolek prometiéndole alguna golosina y le contaba con sus propias palabras los sermones. Al párroco, al padre Mazuła, lo había visto en alguna ocasión en el pueblo, así que lo conocía, y le hacía cierta gracia escuchar las historias de la señora Flusiowa porque eran como sucedáneos de los cuentos infantiles. Aquel calamitoso año el sacerdote, que por lo general era tranquilo y tenía la costumbre de bendecir el cereal en los campos durante sus solitarios paseos, se enardeció en el púlpito y desparramó en la iglesia visiones de diablos, calderas de alquitrán hirviendo y suplicios infernales, maldiciendo el socialismo nacido en las ciudades, que era peor que el cólera, porque era ese socialismo, como les decía a los campesinos, el que había traído al mundo la catástrofe de la crisis.

Su padre siempre se había encargado de que Flusiowa no anduviera metiéndole al niño aquellas tonterías suyas en la cabeza (como decía él), pero en aquellos momentos, preocupado, no le prestaba al asunto la menor atención. En su mirada, cuando observaba en silencio al niño, había aparecido algo que asustaba a Karolek. Aunque no entendía qué estaba pasando, tampoco se atrevía a preguntar nada, ni siquiera cuando su padre fue al pueblo vestido con una cazadora y volvió a cuerpo. Durante algún tiempo aún hubo patatas en el cajón, pero luego también se acabaron. Un día el padre se levantó muy temprano, se afeitó larga y cuidadosamente, limpió la ropa, la zurció en los codos, y después,

tras poner al niño entre sus rodillas, le dijo que los camaradas de la ciudad no podían seguir enviándoles dinero porque ellos tampoco tenían, así que le tocaba a él, a su padre, ir a buscar trabajo.

Después salió de casa y estuvo fuera todo el día y toda la tarde. Ya entrada la noche, cuando Karolek se quedó dormido cansado de esperar (no permitió que lo desnudara la señora Flusiowa), llegó un carro y dos tipos metieron en casa al padre sobre una lona cubierta de sangre aún fresca. Se había empleado, dijeron, para cargar sacos en el molino y algo en el pecho se le había desgarrado.

El padre estuvo dos días agonizando. La vieja Flusiowa, sentada junto a su cama, estuvo luchando con él por su alma. Despiadada, mirando el acartonado rostro que se iba consumiendo progresivamente, lo estuvo conminando a reconciliarse con Dios, dispuesta en cualquier momento a salir corriendo en busca del cura. Al anochecer del segundo día, al padre le flaquearon las fuerzas y su respiración se fue debilitando. Quiso escribir algo, pero no había dónde. Quiso transmitir su última voluntad, pero la única que estaba presente era Flusiowa. Le encargó que cuidara del niño hasta que lo recogieran los camaradas de la ciudad y que les entregara el único libro que tenía, para que se lo dieran al chiquillo cuando creciera y aprendiera a leer.

Cuando la primera franja púrpura se abrió paso por entre la negra línea de los bosques, el estertóreo aliento cesó. Flusiowa, como si temiera que de un momento a otro se agolparan en su casa todos los diablos para llevarse al condenado, estuvo rebuscando con manos temblorosas entre las pertenencias de su inquilino el libro que había mencionado e intentó descifrarlo, pero ya fuera porque no veía bien, ya fuera porque su vista había aprendido a leer solo lo impreso en el devocionario, el caso es que no lo consiguió.

Karolek, acurrucado en un rincón entre la cómoda y la pared, rígido como una marioneta de cera, lo observaba todo. De aquella situación conservaría el primer recuerdo propio que tenía: una figura oscura sobre una lona de saco, cubierta de coágulos gelatinosos. Sangre, de eso estaba hecho el fondo de su memoria.

El cuerpo estuvo tres días en casa porque no había dinero para el funeral. Al cuarto día llegaron los camaradas de la ciudad. El cura no permitió que enterraran en tierra sagrada al hombre que en vida fue conocido como Kazimierz Wilk.

Los recién llegados fueron al ayuntamiento y arreglaron allí los trámites. El funeral fue sin sacerdote. En un extremo del cementerio, justo al lado del muro, ellos mismos cavaron un hoyo en la pegajosa arcilla y metieron el ataúd hecho

con tablones. Un amigo de Kazimierz, Józef Marcinów, se subió a una piedra, y tras repetir «camaradas» dos veces, se bajó de allí, incapaz de decir nada más, y arrojó el primer puñado de tierra sobre el féretro.

Desde el cementerio, los forasteros —eran cinco— se dirigieron a casa de Flusiowa a buscar al niño. La vieja armó un escándalo y no los dejó entrar en la casa.

La noche siguiente la pasó muerta de miedo y rezando y hablando consigo misma.

Karolek estaba sentado en un rincón. No lloraba. Todavía no había abierto la boca que murió su padre. Al amanecer, la vieja fue renqueando a ver al párroco, no sin antes dejar encerrado a cal y canto al niño. Le contó al cura la visión que había tenido: un ángel celestial con su halo luminoso le había ordenado que entregara al niño en la parroquia para que no se lo llevaran los demonios de la ciudad, tan descreídos como su propio padre. El cura no acababa de creer en la autenticidad de aquella visión, pero, tras echar un vistazo al libro que le había llevado, su cara se transformó, lo metió rápidamente en un cajón y salió apresuradamente de allí. Flusiowa se quedó esperando en mitad de la habitación, mirando devotamente una estrecha cómoda con una pequeña torre tallada en la que el cura escondía útiles y pastas cicatrizantes de jardinería. Minutos más tarde el párroco regresó y dijo que quería ver al niño. Karolek no tardó en encontrarse sentado allí en medio de la sala de estar del párroco en un gran sillón de ratán. Los muebles eran oscuros y pesados; entre las ventanas por las que se asomaban unas ramas, un reloj de péndulo mecía su tictac tras el cristal. El niño estaba sentado como un conejillo, había ladeado la cabeza, grande y angulosa, y tenía los ojos azul oscuro clavados en la sotana. Le intrigaban los innumerables botones; extendió el brazo y los tocó con un dedo. El cura lo miró con el ceño fruncido, cejijunto, y cuando le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle la cabeza y mirarle a los ojos, Karolek lo agarró por el pulgar. El cura se liberó torpemente y fue hasta la ventana. Preguntó si Flusiowa no se ocuparía de la crianza del niño a cambio de cierta cantidad de dinero, pero la vieja se estremeció de miedo. Temía que la asaltaran, que la degollaran y que le robaran al niño.

Así que la visita acabó con la entrega del muchacho, para su educación, a un maestro de la escuela pública de Nieczawy, el señor Szczęsny Frankowski. En aquel hombre, alto y con una cabeza en forma de pera cercada por una guirnalda de pelo, solo había una cosa fuera de lo común: la gran conmiseración que sentía por sí mismo. La manifestaba cuando estaba borracho; entre contenidos sollozos les confesaba entonces en clase a niños de ocho y diez años sus sueños de

juventud y sus desengaños vitales. Mientras estaba sobrio, su mujer lo vigilaba, pero se le escabullía en cuanto alcanzaba una botella. Ella corría tras él, le tiraba de la levita e intentaba arrebatarle la botella. Entonces, él se escabullía en un rincón, levantaba la cabeza y se metía entre pecho y espalda lo que no sabe nadie, mientras su esposa, con una expresión de concentración extrema, lo golpeaba entre los omoplatos con los nudillos y el puño cerrado para que le doliera más. Cuando el alcohol empezaba a hacer efecto, la cara del maestro se iluminaba, los ojos adquirían brillo y se lanzaba sobre su esposa. Ella, temerosa del borracho, salía huyendo. Él no le pegaba, solo quería que se fuera lejos de allí. De vez en cuando se le oscurecía la cara, adoptaba una tonalidad primero anaranjada y finalmente cobriza. Las mujeres decían entonces: «Oh, el señor maestro tiene hepatitis otra vez, serán las patatas, habrán cocido poco, eso no es nada, igual que ha entrado se irá». Frankowski vivía cerca del colegio, solo tenía que cruzar el patio de su casa, repleto de cacareantes gallinas.

El párroco metió a Karolek en casa de Frankowski, pero el municipio tenía que pagar su manutención hasta los siete años, cuando, si las circunstancias así lo permitían, se comprometía a ocuparse del niño él mismo. Así que Karolek, a la edad de cuatro años, cuidaba la vaca de la esposa del maestro, siempre un poco apartado de los demás porque los otros niños le pegaban palizas y lo llamaban pagano y bastardo. Solo se acercaba a Jan, el viejo pastor cojo, que había nacido con los pies al revés, con los dedos hacia atrás. A veces se sentaban los dos en una larga traviesa echada sobre el arroyo y chapoteaban en el agua con los pies descalzos, mientras las vacas, ya saciadas, se clavaban de rodillas en las proximidades y rumiaban con oriental concentración. Uno de los sueños que el viejo Jan jamás había cumplido era portar el palio en una procesión. Sabía hacer hermosos molinos de agua. Tras haberlo visto haciendo aquel trabajo en una ocasión, Karolek llevó antes a pastar a su vaca y colocó un molino de creación propia en la orilla de un entrante del río con diminutas muelas de molino en el interior. Al verlo, el cojo se pasó un buen rato con la boca fruncida en un mohín de desdén para acabar dándole una patada al juguete e irse cojeando patosamente adonde tenía sus vacas. Karolek se quedó observándolo, con los brazos caídos y una mirada anciana y comprensiva. Cuando cumplió seis años, ya ayudaba en el hogar: raspaba las patatas, iba a buscar agua, escardaba los caballones, pero ninguna tarea, por pesada que fuera, era capaz de apagar la creciente curiosidad por el mundo que él tenía. Al principio preguntaba «y pod qué», «y pada qué», pero como en respuesta obtenía un buen zarandeo, aprendió a callar. Cuando la esposa del maestro huía de casa llorando y el maestro se dedicaba a beber y

mordisquear una salchicha que balanceaba en el extremo de un cordel a la luz de una lámpara de queroseno, Karolek esperaba en algún rincón hasta que el viejo se desplomara encima de la cama y se pusiera a roncar sin tregua. Entonces, con el corazón en un puño, cogía libros de las estanterías y se ponía a mirar las ilustraciones, porque no sabía leer.

Los domingos, el maestro y su esposa se lo llevaban a la iglesia. Frankowski iba muy estirado, afeitado y digno; su esposa, vestida a la manera de la ciudad, caminaba con una determinación que hacía que sus rollizas mejillas le temblaran. En una ocasión, el párroco, que estaba saliendo de la sacristía, los detuvo porque quería ver a Karolek. El pequeño le pareció un niño sorprendentemente despierto, y le dijo a Frankowski que, a pesar de que no tenía todavía siete años, metiera a Karolek en primer curso. Karolek hizo grandes progresos, aprendió a leer en pocos meses; pero al mismo tiempo, como se había vuelto respondón, le pegaban cada vez más. Ya fuera que se le había endurecido la piel de lo mucho que había recibido (como suponía Frankowska), ya fuera que su propia naturaleza era la de un sinvergüenza sin sensibilidad alguna (como creía su marido), el caso es que no soltaba ni una lágrima cuando le pegaban. En general era inusualmente callado. Igualaba en altura a los hijos de los campesinos un año mayores que él que iban al primer curso, aunque era más delgado que ellos. Cuando sentía curiosidad por algo, miraba con la boca medio abierta, tan absorto que no oía cuando lo llamaban. En más de una ocasión aquello le había valido una buena paliza.

Empezó una nueva etapa de su vida cuando al pasar a segundo curso se trasladó a la casa parroquial. Tras examinar a Karolek, el párroco se reafirmó en lo de que era un chiquillo muy despierto. Le soltó un pequeño sermón lleno de infiernos y de diablos, mencionó a su padre pecador, sufriendo tormentos, la infinita bondad del Señor y la gracia divina. El pequeño permaneció ante él erguido, callado, con su cabeza cuadrada algo ladeada. Los labios le temblaban ligeramente: estaba contando los botones de la sotana. Sus cabellos, hasta entonces de un tono un tanto equívoco, fueron adquiriendo un color rojizo y endureciéndose como cerdas.

Por las tardes, el cura, con la sotana remangada, descalzo, con unos pantalones cortos deshilachados y con un sombrero calado hasta los ojos, deambulaba por el huerto mientras Karolek iba tras él con un cesto, tarros con pastas cicatrizantes, cinta de fibra vegetal y unas tijeras. Al cabo de dos meses ya recitaba los principios de la fe cristiana de carrerilla, y tenía una memoria tan fenomenal que una vez leída una página del texto que fuera era capaz de repetirla

días más tarde sin vacilar un segundo. El cura vio que el pequeño tenía la cabeza bien amueblada, pero temía su herencia maldita. Karolek pasó del segundo al tercer curso y después de tercero a cuarto.

Por las tardes, sentado frente a un libro, sentía a veces en su rostro el peso de la mirada del cura. Cuando levantaba la vista, el sacerdote ocultaba sus pupilas bajo los párpados resecos. El cura leía después en voz alta a Santo Tomás, lo traducía y le ordenaba que repitiera tras él. Era así como enseñaba latín a un muchacho de diez años. No le pegaba, pero si el niño no entendía algo suficientemente rápido, le cogía la cabeza entre sus manos grandes y frías y la zarandeaba con vigor, como si quisiera remover su contenido. Karolek no jugaba con otros niños, no iba al río y solo paseaba con el cura —con paso regular de adulto— planteándose en silencio todo tipo de cuestiones: no sueños infantiles, sino fantasmagorías intraducibles a ningún idioma, que ni siquiera él mismo sabía qué significaban ni de dónde salían. Un día del mes de junio llegó a la casa un cura de una parroquia lejana, un compañero del párroco, de la época de sus estudios de teología. De camino a la capital de la provincia, pasó a ver a su viejo conocido. Era un hombre robusto, rubio, decididamente canoso, con marcadas y serpenteantes venas en las sienes; tenía unas patillas desiguales, porque se afeitaba él mismo, y el pelo corto. Como era la hora de cenar, el cura lo invitó a su mesa. El invitado llenaba todo el comedor, se podría pensar que había allí un montón de gente celebrando algo en buena compañía. Mientras untaba con una capa de mantequilla de un dedo de grosor el pan que acompañaba la sopa, hablaba de «mi trigo», «mi tocino», «mis parroquianos», «mi mujerona» (sobre la sirvienta). No masticaba la pasta, sino que con un ademán un tanto inquietante se metía una buena porción directamente del tenedor en el gaznate y, en lugar de atragantarse, soltaba una carcajada y se palmeaba la rodilla. Tenía un rostro muy propio de un predicador, digno, pero de rasgos que la obesidad había suavizado, y junto a la nariz, una verruga oscura y grande como un garbanzo. Se estuvo explayando sobre la maravillosa recepción ofrecida por el vicario general un año antes. Hubo un cocodrilo hecho de asado de ternera lechal; tenía un collar verde de pepino, la boca repleta de almendra laminada y una corbata de mantequilla. ¡Una corbata de mantequilla!

El cura se reía tanto que se le empezaron a saltar las lágrimas. Karolek se le quedó mirando con interés, preguntándose qué harían las lágrimas al llegar a la verruga. Cuando llegaron a la verruga se detuvieron, la rodearon por ambos lados y siguieron cayendo. Antes de que sirvieran el té, el cura tuvo tiempo de presentar los fundamentos de la fe. Ellas, es decir, las mujeres, siempre van detrás de un

hombre. Lo importante son ellos, es decir, los hombres. La mujer tiene su raciocinio y el hombre el suyo, pero el hombre sabe sufrir en silencio, reverendo padre. Solo la confesión de un hombre puede conmover a un sacerdote hasta hacer que se le salten las lágrimas. Nosotros sabemos de qué hablamos, ¿verdad? Hasta hacer que se le salten las lágrimas, reverendo padre, las lágrimas.

Karolek dejó de prestar atención porque le pareció que había alguien moviéndose en el exterior junto a la ventana. Unos segundos después entró la mujer que servía y le dijo algo al párroco al oído. Este frunció el ceño, se puso serio de repente, se levantó y, tras disculparse con su invitado, salió. Como el cura que estaba de visita había caído en un repentino recogimiento interior y parecía no darse cuenta de nada, Karolek, curioso por saber qué estaba ocurriendo, salió a hurtadillas del comedor y se fue al jardín. Se sentó bajo un árbol con un libro abierto y se dispuso a aguardar nuevos acontecimientos. A través de una ventana abierta llegaba la conversación del cura con un hombre, cada vez más airada y en voz más alta hasta que el cura finalmente subió mucho el volumen y se puso a gritar como si estuviera en el púlpito. Luego se hizo el silencio. De la casa del cura salió al camino un desconocido, se quedó parado un momento junto a la valla, levantó la cabeza y al ver a Karolek medio tumbado con un libro bajo un árbol lo llamó con un gesto de la mano. El pequeño se acercó. El forastero vestía unas ropas raídas, tenía el pelo negro, con algunas canas en las sienes, y una cara joven y seria. Delimitaban sus finos labios profundas arrugas.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó. Con ambas manos sujetaba una de las estacas de la cerca.

Karolek negó en silencio con la cabeza. Prefería no hablar cuando no era necesario.

—¿Estás bien aquí?

Karolek asintió.

—¿Por qué estás tan callado? —dijo el extraño en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo.

Frunció el ceño. Por un momento pareció que estuviera cavilando.

—¿Y sabes quién era tu padre?

Karol callaba. De repente sus párpados se agitaron y luego se quedaron inmóviles. Estaba allí como tallado en madera y miraba desde abajo el rostro del desconocido, que se mordía el labio con gesto sombrío.

—¿Quieres saber algo de tu padre? —dijo finalmente—. Pues ven conmigo.

El chico no se movió.

—¿No quieres?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—El cura se enfadaría.

—¿Entonces no quieres?

—¡Quiero!

Dijo aquello en voz baja, casi susurrando, pero de una manera que hizo que al extraño le brillaran los ojos.

—¿Entonces qué, Karol? Porque te llamas Karol, ¿no?

El niño de nuevo asintió con la cabeza. Sostenía en sus manos caídas el libro y todavía marcaba con un dedo en el interior la página por la que iba.

—Hoy vuelvo a la ciudad. ¿Puedes salir esta noche?

En las comisuras de los labios del pequeño se apreció un ligero temblor. Se acercó a la valla y al igual que el forastero agarró una de las estacas. El libro cayó sobre la hierba.

—Cuando celebren las vísperas… el cura estará en la iglesia… Yo saldré…, ¿vale? —El forastero lanzó una mirada en dirección a la casa del cura.

—Bien —dijo—. Estaré esperando en el cementerio. Está justo al lado, ¿no? ¡Que no se te olvide!

Sin añadir nada más, se fue.

Karolek pasó todo el día como de costumbre y el cura no se dio cuenta de nada, y eso que el niño parecía estar medio delirando. Sentía en la cara sucesivos golpes de frío y de calor. Cuando fueron a la iglesia, apenas desapareció el cura en la sacristía, Karolek empezó a retroceder de costado y se fue alejando del altar, y así, pegado a la pared y caminando de espaldas todo el tiempo, llegó a la salida; allí se agachó y salió corriendo al cementerio tan rápido como pudo.

Jadeante de tanto correr, aminoró el paso solo cuando llegó ante la verja. Estaba entreabierta. Sin tocarla, se deslizó dentro. Enseguida vio al desconocido. Estaba fumando un cigarrillo sentado sobre una piedra caliza blanca que se había desprendido del muro exterior. Al oír el apagado rumor de los pasos levantó la cabeza.

—¿Estás ahí? —dijo, y algo parecido a una pálida sonrisa suavizó su severo rostro. Con una mano, oscura y dura, apagó el cigarrillo contra el borde de la piedra y se levantó.

Los abedules se combaban armoniosamente sobre el muro del cementerio, el envés blanquecino y claro de sus trémulas y pequeñas hojas resplandecía como si alguien las estuviera mirando con curiosidad desde arriba, pero el lugar estaba desierto. Llegaba hasta allí la levísima y apenas audible música grave de los

órganos de la iglesia.

—Ven —dijo el desconocido y tomó en su gran mano delgada la mano del niño.

Se dejó llevar, pálido y con los labios convertidos en una fina línea. Caminaron por un sendero entre las tumbas. Sobre la hierba alta aleteaban las mariposas. De repente las pequeñas colinas de las tumbas desaparecieron. Se encontraron frente a una cadena de hierro que colgaba de unos postes. Rodeaba un parterre de pensamientos marrones y azul oscuro con fulgores amarillos. Por encima de ellos había unas lápidas de piedra. Eran cinco, con una más grande, el sepulcro de la familia Trzyniecki, de granito, en el centro.

—¿Ves? —dijo el forastero—. Hasta aquí se han aislado con cadenas. Karol… Escucha bien lo que te voy a decir, Karol: tu padre era comunista…

La mirada del niño se clavó en él. Se calló. Entrecruzó las manos en el pecho como si fuera a rezar, pero crujió las articulaciones como si quisiera romperlas.

—En la cárcel tu padre cogió la tuberculosis. Fuimos nosotros quienes lo enviamos aquí, el Partido, quiero decir, queríamos salvarlo, no lo conseguimos…

Bajo la insistente y despiadada mirada del chico, volvió a quedarse callado. Lo sacudió del hombro.

—¿Cuántos vas a cumplir? ¿Nueve? ¿Diez años? Ya lo puedes saber…, ya eres adulto, eres hijo de un obrero…

Giraron hacia un lado, hasta el muro del cementerio. El hombre, que iba primero, se agachaba para pasar bajo las ramas que colgaban. En el lugar en el que la parte más antigua del muro se había derrumbado, el forastero pasó por encima de los restos de unos ladrillos deshechos y desperdigados por allí.

—¿Qué? El cura no te trajo a la tumba de tu padre el Día de Todos los Santos, ¿a que no? No te trajo, ¿verdad?

—No.

—Ya. Bueno, es aquí.

El niño miró bajo sus pies. A la sombra eterna del muro crecía rala y baja la hierba; la maleza, en cambio, se multiplicaba, el lampazo se arrastraba por el suelo y cubría con sus venosas y agujereadas hojas los restos de viejos escombros, caparazones de ollas, tarugos medio quemados, rastros de una hoguera. Allí no había nada más, ningún montículo en el suelo, ninguna señal; solo tierra plana, arcillosa, cubierta de maleza.

—Aquí enterramos a Kazimierz —dijo el forastero—. Fue el único lugar que le dio el cura.

El niño guardaba silencio. Una maraña de lucecillas solares y de sombras

titilaba sobre su cara, como si intentara despertarlo, e irritaba sus ojos con finos rayos, pero los ojos permanecían inmóviles y solo las pupilas se dilataban y se contraían alternativamente. El viento susurraba cerca y el órgano sonó de nuevo con una música apagada para enmudecer acto seguido.

—¿Han de ser así las cosas? —dijo de repente el forastero y se le quebró la voz, no por la emoción, sino por la rabia—. ¿Han de ser así las cosas? —repitió y de improviso, como si alguien le hubiera puesto la zancadilla, cayó de rodillas. Con manos fuertes agarró al muchacho por los hombros y lo atrajo hacia sí. Su cara se inflamó, se oscureció por completo, pero cuando habló, su voz sonó de lo más tranquila—. ¿Te dijo el cura que tu padre había estado en la cárcel?

El muchacho asintió con la cabeza.

—¿Y te dijo por qué?

—Me lo dijo.

—¿Qué dijo?

El niño guardó silencio.

—¿No quieres decirlo? ¿Por qué? ¿Porque soy un extraño? Pero es que yo no soy un extraño. ¡Yo era un hermano para tu padre, qué digo un hermano, más que un hermano! En la cárcel comí del mismo pan, yo… Mira, ya puestos, te lo cuento todo: yo he venido aquí directamente de la cárcel en cuanto me han soltado. ¡He estado seis años encerrado, y no te he olvidado! Iré, pensé, y me lo llevaré como si fuera mío, porque tú eres nuestro, nuestro por parte de padre, hijo de un comunista, ¿entiendes? ¡Qué vas a entender tú!

Se levantó tan de improviso como antes se había clavado de rodillas, se metió los puños en los bolsillos y se quedó allí de pie mirando al suelo en aquel lugar arcilloso cubierto de lampazo junto al desmoronado muro del cementerio. Respiraba sonoramente por la nariz.

—Yo no tengo un jardín como el que tiene el cura. Ni tu padre tampoco tenía uno así. Nosotros los pecadores no estamos hechos para la vida feliz, no estamos para adorar santos, sino para el trabajo sucio, para la mayor de las pobrezas, y para que haya quien vaya contra la policía, quien vaya a la cárcel para palmarla de tuberculosis. Qué estoy diciendo…, mejor me voy. Porque cómo ibas a estar tú conmigo… Yo ni siquiera tengo piso ahora… Bueno, nada, yo sólo… Bueno, despedirte de mí sí puedes, ¿no? Dame la mano.

Tomando la mano del chico, que colgaba sin fuerza, dijo:

—Tienes una mano tan blanca y suave… ¿Tú recuerdas la mano de tu padre? ¿No? Te será muy fácil recordarla, era igual que esta…

Abrió una mano ancha y rugosa.

—¿La reconoces? ¿Qué dices? —Se asustó porque fue entonces cuando se dio cuenta de los convulsos esfuerzos de Karolek para contener las lágrimas que le vidriaban los ojos—. ¡No, no! No llores, ¿oyes? Y si tienes que llorar…

Sacó un pañuelo del bolsillo y, por si fuera necesario, se lo metió en el puño.

—¡No llores! Te llamas Karol, ¿verdad? Y de segundo es posible que ni siquiera sepas cómo. ¡Włodzimierz! Era lo que quería tu padre. Porque había dos líderes de los parias que vivieron y murieron por lo mismo que él, ¿sabes? Marx y Lenin… No irás a llorar, ¿verdad? Me tengo que ir ya. Recuerda este lugar, Karol…, ¡pero no para llorar! Solo tienes que vivir como tu padre, será como si él estuviera todavía entre nosotros. Y ahora te diré: hasta pronto. ¿Quieres quedarte con el cura? Pues quédate; de todas formas, yo volveré.

—No…, no… —susurró Karolek y volvió a apretar los dientes para no echarse a llorar

—¿No te quedas? Bien. Ahora no te llevaría conmigo, ni aunque quisieras. Aquí tienes una nota con la dirección, por si acaso. La he preparado especialmente. La he escrito con mayúsculas, pero seguro que tú ya sabes leer bien, ¿no? Hay que ver… Mira que olvidarte de mí, vaya…, quién lo iba a decir… Aquí, en el pueblo, en casa de la mujer aquella con la que vivías, ¿cómo se llamaba?… Yo te mecía, te cantaba canciones, y tú me llamabas «tito», tito Józef. Bueno, niño, ya vale de historias. Si puedo, volveré.

Y levantando la mano con un gesto de despedida, el desconocido giró sobre sus talones y se fue campo a través por entre la maleza en dirección al camino. A Karolek aquellas últimas palabras lo atravesaron como un rayo. Las sombras del olvido se disiparon y sin saber cómo se abrió paso hasta él la imagen de una habitación en penumbra y dos hombres que le sonreían, reían, y uno de aquellos hombres, precisamente aquel forastero que acababa de irse, le cantaba… Y recordó incluso la letra de la canción.

—La mujer tuvo un pesar… —susurró Karolek—. Lo arrojó a un ortigal… En las ortigas… del huerto… Allí ese pesar ha… muerto.

Y entre terribles sollozos cayó boca abajo sobre la tumba.

En otoño empezó a ayudar en la misa, agitando con tanta fuerza el incensario que las personas que se arrodillaban cerca casi se asfixiaban con el tufo del humo. Después de comer hacía rápidamente los deberes y luego, hasta última hora de la tarde, estudiaba latín. En su interior, se sentía cada vez más inquieto. Le faltaba algo, ansiaba escapar del jardín vigilado, pero tenía también la sensación de que

lo que le interesaba no era hacer una escapada al bosque o al río.

Se abalanzaba ávido sobre los libros. Eran vidas de santos, ejercicios espirituales, jaculatorias, meditaciones teológicas, con ayuda de las cuales el cura pretendía proteger al niño de las tentaciones del mundo. En ocasiones, durante la lectura, daba con cosas incomprensibles, pero no le pedía al cura que se las explicara. A veces observaba a escondidas al párroco. El cura se sentaba por regla general en su dormitorio, blanco, prácticamente vacío, con una cama de hierro, y se quedaba inmóvil mirando la ventana. De vez en cuando se levantaba del sillón, se acercaba a la pared, tocaba con los dedos los pies de un Cristo negro y se llevaba la mano a los labios. Luego volvía a sentarse junto a la ventana. Una vez Karolek lo vio por la mañana: el cura, en calzoncillos, fue a la mesa, acercó la mano a un cuenco de agua y después la alzó como si fuera a bautizar a alguien: la habitación se llenó de gotas de agua. A Karolek le sorprendió: el cura había sacado del cuenco la dentadura postiza y tras sacudirla se la había metido en la boca. En otra ocasión, cuando acercó la cara al ojo de la cerradura vio una sombra que se aproximaba por el otro lado y en la abertura negra clareó un ojo grande y sin pestañas. Ambos retrocedieron rápidamente. Aquel incidente no acarreó ninguna consecuencia.

En las largas tardes de invierno el cura y él se sentaban a ambos lados de la mesa. Finalizada la dosis diaria de latín, Karolek se sumergía aparentemente en la lectura de un libro, pero de repente, entre dos líneas, su mirada, aún llena del blanco del papel, caía sobre la oscuridad que se abría tras el borde de la mesa como si del espacio interestelar se tratara. Cerraba los ojos. Le inundaba entonces la cabeza un brillo gris en cuyas fronteras se movían contornos seductores e incomprensibles, que cambiaban de forma. Con una fuerza que ralentizaba el corazón, ardía en deseos de ir allí porque percibía que tras la zona de oscuridad no tocada por el pensamiento se abrían espacios infinitos. El esfuerzo era en vano. Sin dejar de parpadear, como cegado, volvía a las vidas de los mártires.

A veces se despertaba de noche y veía cuadrados lunares en la superficie de un enorme y viejo armario que se encontraba frente a su cama. Bajo aquella luz destacaban los negros anillos de la madera, que parecían formar una especie de ojo muy abierto y muerto. Cuando posaba su mirada en él, se formaba un remolino que lo engullía, que lo arrastraba irremediablemente a las profundidades. Permanecía en vela horas enteras. Por la mañana, con la cara pálida, iba a la iglesia y bajo la atenta mirada del anciano mascullaba las oraciones.

Todo lo permeaba una soledad infantil y amarga, carente de sueños y de

lágrimas, sazonada con un culto religioso que arraigaba en aquella cabeza angulosa engendrando frutos enanos y agrios.

La biblioteca del cura no tenía ningún libro que no fuera de teología. Karolek callaba y se iba consumiendo; el cura, grave, sombrío y receloso, vagaba por el huerto y por la casa. Una vez, después de la misa, se acercó al niño, que todavía estaba de pie con la sobrepelliz, y poniéndole sobre la cabeza sus duros dedos dijo:

—¿Tú me lo cuentas todo?

Karol callaba.

—¡Dios te libre, chiquillo, Dios te libre! —dijo el cura con una entonación particular, suplicante y apasionada, abrazó su cabeza con ambas manos, se persignó y se fue.

Sucedió durante la cuaresma. Karolek volvía a la casa parroquial con unos arenques, de regreso de la tienda a la que lo habían mandado. Al echar un vistazo al papel con el que la dependienta había envuelto el pescado, leyó en la parte inferior una diminuta inscripción impresa: «Manual universitario». Sabía qué significaba aquello. Continuó su camino con los arenques en una mano, agarrados por las colas de manera que se iban columpiando, y con la hoja de papel cuidadosamente alisada en la otra. Procedía de un manual de matemática superior, estaba repleta de signos de álgebra y de letras griegas. Iba tan absorto en la lectura que acabó chocando con un árbol y los arenques se le cayeron al barro. Los lavó en un charco, los frotó con nieve y al llegar a la casa del cura se propuso conseguir dinero para comprarle a la dependienta el resto del libro. Lo hizo de la única manera a su alcance: robó el dinero del cepillo de la iglesia. Cogió sesenta y seis céntimos, y como tras finalizar la transacción le quedaban todavía veinte, devolvió una de las monedas al cepillo.

Eran finales de marzo, los primeros días de la primavera de aquel año, una primavera temprana e impetuosa. Las hojas tiernas reptaban con su luz verde por las ramas, el paisaje se iluminaba y después se oscurecía, como arrollado por una espesa y acelerada lluvia. Tras haber introducido el libro entre las páginas de una gruesa obra teológica, se fue al jardín. Por una afortunada coincidencia, la dependienta había arrancado primero las páginas del final y no había estropeado demasiadas. A pesar de ello, entender el contenido de un libro trufado de símbolos incomprensibles resultaba imposible para un niño de doce años. Como no lo sabía, pasó con cuidado la primera página de aquel manual que apestaba a arenque, lo alisó con esmero y empezó a leer.

En el campo no se estaba muy bien, seguía cayendo aguanieve, y en la casa el

cura continuaba vigilándolo, así que robaba cabos de vela en la iglesia, los juntaba y, tras cegar el ojo de la cerradura con miga de pan, leía pegado a una titilante llama roja. Para especificar los signos que desconocía no dudó en inventarles nombres: la letra psi la bautizó como horquilla, la fi como gancho, la gamma como piedra de amolar, y así sucesivamente. Se fue adentrando a lo largo de una línea de progresiva comprensión en la negra espesura: levantaba la cabeza y, sin mover los labios, una vez, dos, diez veces repetía las etapas del camino recorrido hasta que podía cerrar los ojos y proyectar libremente series matemáticas en las profundidades del campo gris de la conciencia.

Cualquier otro en su lugar se habría atascado horriblemente en las argumentaciones, topándose constantemente con pasajes que para ser superados exigían información necesaria y desconocida. Para él, en cambio, las expresiones matemáticas tenían un valor peculiar; sus letras muertas se transformaban en su imaginación en una especie de microorganismos susceptibles de sufrir una metamorfosis eterna. Sus largas orugas se acortaban, saltaban a los paréntesis y los reventaban, se copiaban y se multiplicaban, crecían o se convertían en nada a partir de un insignificante procedimiento, y en la cadena de esas transformaciones se dibujaba un todo, todavía incomprensible, pero presentido. El chiquillo abandonaba los caminos marcados, encontraba similitudes y relaciones lejanas, y cuando las tareas lo superaban daba vueltas como alrededor de una caja fuerte insistente y pacientemente en busca de una grieta por la que penetrar en el interior. Forcejeaba con operaciones incomprensibles, levantaba astutas construcciones para superar las brechas que se abrían en el entendimiento y en más de una ocasión deambuló durante días por la jungla de signos que él mismo había conjurado antes de que una nueva idea despejara por fin el camino a seguir. El común de los mortales resuelve un problema de álgebra paso a paso, gradualmente, como un ciego que a tientas pasea los dedos por la superficie de un objeto desconocido. Wilk lo veía. Las expresiones, que unas veces eran el principio del camino y otras veces su final, vistas desde las alturas de otras expresiones, o analizadas en una ampliación detallada de la demostración y gracias a ello contempladas desde los ángulos más diversos, se alzaban ante él como cuerpos sólidos en el espacio matemático. En la oscuridad, que se iba resquebrajando, se formaban las primeras constelaciones de estrellas guía: conjuntos de leyes inamovibles que regían el inmenso mundo descubierto.

Se formaba en él un nuevo y desconocido sentido de la vista interior, que percibía cómo unas fórmulas inamovibles en un paisaje matemático, transferidas a otro, de repente se dilataban enormemente o se hundían en la nada, cómo una

misma expresión en diversos escenarios llevaba una vida en apariencia independiente, pero captada de una manera determinada, revelaba secretos de todos los ámbitos con los que estaba invisiblemente conectada. Iba conociendo un mundo en el que los banales hábitos de la realidad caían como grilletes, en el que una línea podía ser perpendicular a sí misma y el volumen de una esfera con un radio creciente hasta el infinito disminuía hasta cero; como un músico que adivina el desarrollo de una sinfonía cuando la escucha por primera vez, presentía las transformaciones a las que se sometería una expresión algebraica transferida de dimensión en dimensión.

Las palabras con las que se iba abriendo camino en aquel mundo nuevo y más verdadero, como «sea L el conjunto de todos los números primos…» o «si el conjunto de puntos en un espacio de n dimensiones...», le parecían distintos de los conjuros de los cuentos de hadas que él conocía por el simple hecho de que las matemáticas, a sus ojos, pertenecían al ámbito de la necesidad, que se hallaba en el extremo más opuesto de cualquier tipo de fantasía.

Era como si alguien explorase a la desigual luz de una antorcha los diferentes niveles de unas cavernas subterráneas, pero en su caso encontraba vistas infinitamente más ricas, y la luz durante su deambular procedía únicamente de una mente tensada hasta el límite, de modo que en las impetuosas iluminaciones, breves como relámpagos, entreveía en el horizonte de la comprensión velados puntos de contacto entre los conceptos más lejanos; es más, a veces presentía asombrosamente los resultados de las operaciones finales cuando aún estaba a muchas noches insomnes de ellos.

Es muy probable que ni siquiera mucho más tarde, después de conocer la obra de genios matemáticos, desde Abel a Poincaré, después de que sus conocimientos se centuplicaran, volviera a experimentar revelaciones tan intensas, visiones que le aceleraran el pulso y le cortaran el aliento como cuando, acurrucado en una enorme cama, a la luz de una vela que se derretía inclinada y lloraba lágrimas de cera, cerraba los ojos y desde cada página leída se elevaba al espacio, iluminado únicamente por el brillo de sus pensamientos. En algún lugar, en lo más profundo de su memoria, permanecían los ingenuos y pobres relatos sobre personas que se atormentaban, que desperdiciaban la vida entre ayunos y estériles consideraciones para alcanzar la Verdad, mientras que ella estaba allí en un fuego invisible que calentaba y helaba al mismo tiempo, que saciaba y despertaba nuevos deseos, y solo allí era posible ver la realización de los más altos sueños humanos: lo que perdurará siglos, cientos de siglos, lo que no se deteriorará mientras en la Tierra haya al menos un ser humano (verdades

inmutables, sorprendentes por su obviedad y ante las cuales es imposible cualquier disputa, tan crudas y tan perfectas que el niño lloraba de felicidad mientras rememoraba en la oscuridad los fragmentos más bellos del camino recorrido como melodías que se hundían en el sueño).

A veces le parecía que aquellas grandes revelaciones del pensamiento humano ya estaban en él desde hacía mucho tiempo, labradas en algún oscuro rincón de su cuerpo, y que las páginas del libro no eran más que herramientas para forzar la trampilla bajo la que yacían. Cuando abrazaba con su imaginación aquellas revelaciones, se volvían tan cercanas como si ya las conociera bien y solo las estuviera despertando, como quien entra con una luz en una galería de cuadros olvidados.

Así transcurrió el verano de aquel año, tórrido, lleno de tormentas que se adentraban de noche en su habitación con una luz azul, amortiguando momentáneamente la llama de la vela; transcurrió el otoño, que golpeaba las ventanas con una lluvia de nubes bajas, y transcurrió el invierno, duro y silencioso. Pasados cuatro meses el sol se elevó hasta lo más alto del cielo. La blanca generalización del paisaje se agrietó y se partió. Minaron la homogénea masa de nieves palpitantes zigzags de agua que latían bajo los transitorios puentes de hielo. El paisaje, negro y desnudo, humeaba con una densa niebla al acercarse a la zona de calor.

De nuevo los brotes de los árboles se abrieron como escarabajos alzando el vuelo, de nuevo la hierba perforó el suelo, y Karol abandonó los caminos conocidos por los que ya, más que caminar, volaba. Al igual que un turista abandona los senderos señalizados y se adentra en una zona de rocas nunca hollada por un pie humano, así aquel muchacho de trece años penetró en la oscuridad y, careciendo como carecía del conocimiento suficiente, no pudo iluminarla con otra cosa que no fuera su inspiración.

Mientras tanto, en el mundo que lo rodeaba se estaban produciendo importantes cambios. El cura se planteaba meterlo en un seminario. Vio que el muchacho estaba más pálido que nunca, y que sus ojos ardían con un fuego azul en su cabeza pelirroja, pero pensó que —quizá en respuesta también a sus plegarias— había sido tocado por la gracia divina y que había llegado la hora de la prueba de fuego. Un día sacó de un cajón el libro del padre de Karol. Quería que el chico lo quemara en su presencia y renegara así de su funesto pasado, que obtuviera el perdón de los cielos y no atrajera sobre sí un castigo por pecados que no eran suyos. Karol escuchó sus palabras inmóvil, como siempre, con la cabeza ligeramente ladeada, y cuando el cura le entregó el libro, lo miró y se dirigió a la

puerta.

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas, loco? —gritó el párroco, se lanzó tras él y agarró el librito.

Karol cogió impulso, atrapó las hojas que habían salido volando por los aires, las juntó y saltó hacia la puerta.

El viejo lo maldijo desde el umbral…

El chico, flaco, alto, estirado, con la cabeza pelirroja bien alta, caminó hasta Owsiane. Llovía y en los charcos estallaban burbujas de aire. Hacia el atardecer Karol llegó, sin billete, en un tren de mercancías, a la ciudad. No halló a Marcinów en la dirección que le había dado. En la portería, una mujer con la cara picada por la viruela le dijo que, una noche de invierno la policía se lo había llevado.

Al día siguiente Karolek volvió a Nieczawy, consciente de que no tenía casa. Fue al cementerio, al lugar donde estaba enterrado su padre. El agua cubría el suelo de arcilla. La gente decía que pasados unos meses en un sitio como aquel del muerto no quedaba ni rastro, la arcilla lo devoraba entero, cosa que no sucedía con la arena. Se quedó un rato allí, de pie sobre el cenagoso fango, y prosiguió después, adentrándose en el cementerio hasta que una cadena de hierro oxidado le cerró el paso. Más allá brillaban bajo la lluvia las negras lápidas de sacerdotes y hacendados. Hasta los árboles sonaban allí con más fuerza. A lo lejos, por encima del oscuro muro del cementerio, se alzaba la casa parroquial. Cuando se dio la vuelta y desde una suave pendiente miró las hileras de cruces que se reflejaban en los charcos, se acordó del libro de su padre. Lo tocó a través de la tela húmeda de su blusón y lentamente, paso a paso, echó a andar por un camino negro y fangoso entre los sauces desnudos.

Afortunadamente se acercaba el verano, así que se ofreció para desempeñar diferentes trabajos. Le pagaban mal porque no tenía mucha fuerza. Casi siempre trabajaba a cambio de comida. La cabeza tampoco la tenía ociosa; durante la siega del heno repasaba de memoria las partes más difíciles de su libro de aritmética y durante la cosecha del centeno, cuando en los dedos cortados por la paja aparecían gotas de sangre, calculaba derivadas.

En otoño le salió un chollo. Se lo llevó con él el señor Stanisław Głyga, propietario de un taller mecánico cerca de Bierzyniec. El agua ponía en movimiento un martillo mecánico en una fragua alta y estrecha como una grieta en la roca. Había chatarra de hierro arrumbada junto a las paredes, tan rugosa por el paso del tiempo que parecía un montón de escombros rocosos. El señor Głyga empezaba el día con un vaso de vodka. Con la comida solía tomarse tres litros de

cerveza, y por la tarde reforzaba su efecto con aguardiente. A las cinco ya no podía tenerse en pie, y balbuceaba:

—¡Jesús, cómo me duele la cabeza, cómo me duele la cabeza! ¡Karol, sopla!

Karol soplaba con un gran fuelle. A Karol le llegó a gustar aquel trabajo. Cuanto más intrincado era el mecanismo que intentaba reparar, mayor alegría le producía. Le gustaba ver, mientras las pestañas se le rizaban por el calor, cómo el hierro latía al rojo cuando pasaba del fuego al yunque, cómo revoloteaban sobre él negros pétalos a la manera de mariposas ignífugas, cómo se doblaba bajo el martillo y cómo se recubría con las grisáceas escamas de la ceniza.

Con las cuatro perras que le daban los carreteros, compró ***Fundamentos de la teoría de números*** y unos cuantos libros destrozados sobre cálculo infinitesimal y análisis. Fue, de gorra, a buscarlos a Tarnów. De esa manera en tres años logró aumentar considerablemente sus conocimientos. Tras enterarse de que era posible estudiar en la ciudad y de que había diversas instituciones de apoyo, se dispuso a intentar conseguir una beca. Fue al ayuntamiento a por un certificado de moralidad. El jefe de la comisaría de Nieczawy ni siquiera quiso hablar con él. Karol estuvo persiguiéndolo hasta que el enojado funcionario le soltó:

—¡Si uno quería salir del pueblo y contar con la ayuda del Estado, se tendría que haber quedado quietecito en casa del párroco y no andar por ahí leyendo propaganda! De moral, nada. Punto final. Adiós.

Wilk no podía imaginar que alguien le hubiera tomado a mal haber frecuentado el aserradero de Bierzyniec. Era cierto que una vez había ayudado a los obreros a escribir una carta a la Inspección de Trabajo. Después de aquello empezó a ir menos que antes a Nieczawy porque todo el mundo se burlaba de él. Los mayores aún recordaban a aquel impío Wilk al que la mano de Dios había empujado a la tumba. Su cachorro había querido hacerse cura, pero el párroco, en su sabiduría, lo había calado. A veces, cuando le salía algún trabajo en el pueblo, Karol pasaba por el cementerio. La tumba de su padre le recordaba que no podría estudiar en la ciudad y que sería enterrado a ese lado de la cadena de hierro.

El mes de septiembre del año treinta y nueve fue extraordinariamente hermoso. Entre las nieblas compactas como un metal solidificándose, se abrían amaneceres a un cielo sin nubes ni pájaros, tensado por las cuerdas graves de los bombarderos. En las largas y rojas tardes se arrastraban hacia atrás los pedazos de los ejércitos fragmentados y por la noche aleteaba en el horizonte el resplandor de los incendios. La retirada labró numerosos cauces en aquellos terrenos al pie de las montañas. Día y noche la carretera de Bierzyniec arrojaba apresuradamente

columnas de soldados mezcladas con cocinas, con carros del ejército y carretas de los campesinos, cañones, carromatos cargados de enseres, automóviles y coches de caballos abarrotados de civiles. Las zanjas alrededor del pueblo estaban llenas de brillantes coches abandonados por falta de gasolina. Durante un tiempo, la nerviosa oscilación de los precios reflejó el ritmo de las grandes migraciones, pero cuando aparecieron billetes de quinientos *złotys* sin cortar y perdidos por algún ministerio dado a la fuga, los alimentos desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra. Las calles eran un hervidero de exiliados que en cuestión de minutos elaboraban recetas para la salvación: rutas a Rumanía, a Hungría, el regreso al oeste del país o la prolongación del viaje aún más al este. Se buscaban guías para atravesar los Cárpatos. Desde el siete de septiembre Wilk no trabajaba. El señor Głyga se incorporó al ejército. Al cabo de dos semanas Karol fue a Bierzyniec para echar un vistazo y hacerse una idea de la situación. Regresó a Nieczawy a última de la tarde por la carretera que pasaba junto a la iglesia. Al este se alzaba la pared del bosque desde el que la oscuridad se abría al mundo. Al oeste ardía una franja púrpura dividida por unos sauces cercanos, negros como tizones no consumidos sobre un fondo de fuego.

De la iglesia llegaba una música. Alguien estaba tocando el órgano de forma torpe e irregular. La melodía se entrecortaba, los fuelles carraspeaban, perdían el aliento. Karol aminoró involuntariamente el paso. Frente a él marchaba un compacto destacamento del ejército cantando en voz alta. En los últimos tiempos eso era algo insólito. La voz del órgano quedó ahogada por el ardiente coro de voces, solo alguno de los tubos se alzaba por encima de los chillidos: «¡Ay Maryska de mi alma, vente conmigo a la cama!». Cuando Wilk llegó a la altura de los que abrían la columna, alguien gritó desde la fila:

—¿Qué pueblo es este?

No respondió inmediatamente.

—¡Es un *jaidamaka* ucraniano! ¡A darle al palurdo! —resonó desde las filas.

Desde un lado se acercó un oficial con un cinto, un casco áspero, grande y oscuro al contraluz del halo de luz del atardecer.

—¡Silencio! —gritó alargando la zancada—. ¿Polaco? —le preguntó a Karol.

—Polaco.

La canción estalló con nueva fuerza. Fueron pasando las últimas filas, menos alineadas que las primeras. Cantaban en voz muy alta, de manera que era imposible saber si todavía seguía sonando el órgano del padre Mazuła. Karol siguió su camino hacia el poniente rojo, que no se apagó durante mucho tiempo aunque ya hubiera caído la noche. La escuadra de cadetes de Bieluń se dirigía a

Rumanía, y las aldeas ucranianas en llamas iluminaban las huellas de su marcha.

Desde 1940 Karol aprendió a ser mecánico con tractores y coches, a veces los camioneros hasta lo formaban a escondidas en las cabinas de sus camiones. En marzo de 1942 le escribió Marcinów. Le había dado, por casualidad, la dirección del chico un camionero. Se alegró de que Karol tuviera un buen oficio; le propuso que fuera a la ciudad, prometiéndole alojamiento y trabajo en una empresa donde él mismo trabajaba. Al cabo de una semana, Wilk se fue. Marcinów lo alojó en su casa y a través de un amigo lo ayudó a inscribirse en el *Arbeitsamt,*[1] de manera que el chico recibió un volante para ir a trabajar como montador de coches. El diez de mayo a las nueve de la mañana, siguiendo una flecha blanca de cal en la pared, entró por un portón gótico con el letrero de ROHSTOFFERFASSUNG en un vestíbulo de piedra.

---

[1]. Oficina de Trabajo. *(Todas las notas son de los traductores.)*

ROHSTOFFERFASSUNG

Rohstofferfassung era el nombre de la empresa que se dedicaba a recoger todo tipo de cacharros, chatarra y trapos. Las oficinas centrales estaban en una callejuela tranquila que a lo largo del tiempo cambió varias veces de denominación: de Majowa a Coronel Koc y, finalmente, a Siegestrasse. Cinco dependencias de la primera planta estaban ocupadas por despachos, en las otras cuatro vivía Siegfried Kremin, su director y propietario.

En la empresa casi solo trabajaban judíos. La inmensa mayoría eran indigentes, que recogían desechos en los basureros; los menos eran la flor y nata de la comunidad judía local, había antiguos comerciantes, dueños de fábricas, abogados y asesores. Según sus fichas laborales eran traperos y cobraban sueldos de miseria; en realidad, le pagaban a Kremin para que los protegiera, y las cantidades eran tan generosas que constituían la principal fuente de ingresos que se embolsaba el director.

Estos últimos trabajaban en la oficina. Escribían cartas, confeccionaban balances y listados, y al mismo tiempo se dedicaban a la elaboración de documentos de identidad arios y a la compraventa de divisas y oro.

Sobre las diez de la mañana, tras una gran puerta adornada con una cabeza de león esculpida en el dintel, sonaba un timbre manual. Inmediatamente, uno de los jefes de la oficina, el gordo Rosenstern o el flaco Gold, atravesaba corriendo la sala, lanzaba una mirada severa a los petrificados oficinistas y llamaba a la puerta. Al oír un ronco ***herein,*** entraba. Después, sus palabras se

veían interrumpidas ya fuera por una risa estentórea parecida al relinchar de un caballo y acabada en un carraspeo, ya fuera por un repentino rugido. A veces, el humillado jefe regresaba a la oficina de espaldas, a toda prisa, y tras él irrumpía el mismísimo Kremin con un pijama que dejaba entrever su pelirrojo pecho. Agarraba por la solapa o por el cuello de la camisa a los que estaban sentados más cerca, los abofeteaba, les daba patadas hasta que se le caían las zapatillas. Cuando se calmaba volvía a su cuarto, y el más valiente iba tras él con cautela para llevarle las zapatillas. El segundo personaje que aterrorizaba a los oficinistas era el *sturmbannführer* Tannhäuser, un rubio atlético que tenía que agachar la cabeza para entrar por la puerta. Además del vodka y de las mujeres, su mayor pasión eran los judíos. Los empleados reconocían su inminente llegada por el nervioso chasquido de la fusta contra las cañas de sus botas y huían en tropel al baño, donde se encerraban echando el pestillo. Afortunadamente, forzar la puerta del retrete era algo a lo que el *sturmbannführer* no iba a rebajarse.

El gerente de Kremin era Rosenstern, en su día propietario de una gran fábrica de jabones. Bajo, cuellicorto, culiplano, recordaba vagamente por el físico al director, si bien Kremin estaba inflado como un tonel, con un pescuezo apopléjico y cilíndrico, mientras que Rosenstern era obeso a la manera de los gatos. Era capaz de echarse a los pies del director para quitarle de la pernera un hilo invisible, o meter instantáneamente la tripa cuando subía a un coche por una portezuela estrecha. Un sibarita, antes dedicaba mucho tiempo a cuidar su cuerpo, suave como el terciopelo; había recorrido medio mundo y conocía todas las formas de disfrutar de la vida, sobre las que instruía a su vez a Kremin. Cuando lo despertaba por la mañana, le solía contar una anécdota obscena preparada ya la noche anterior. A veces había una mujer en la cama con Kremin. Pensar en esos pequeños placeres de su jefe también era obligación de Rosenstern. Cuando estaba de buen humor, Kremin escuchaba la anécdota entre carcajadas y pellizcaba bajo el edredón a su acompañante, que chillaba o reía, según la educación que hubiera recibido.

En 1941 llegó a la empresa Salomon Gold. Él entendía como pocos la máxima «Besa la mano que no puedes cortar». Hombre de pelo castaño con algunas canas, de cara grisácea y carnosa, había sido mayorista de vinos que él no bebía, propietario de unas magníficas caballerizas, aunque él no montaba a caballo, y poseía una enorme casa llena de suntuosos muebles, pero no se sentaba en sus sillones, ni comía de la vajilla de plata, ni se calentaba junto a la chimenea de granito, porque pasaba la mayor parte del año viajando y el tiempo libre lo dedicaba a tratarse del corazón enfermo, llevando una vida monacal en sanatorios

extranjeros.

Las grandes acciones de deportación alemanas le despojaron de toda su familia excepto un hijo, un chico delgado y rubio. Vivían juntos en el gueto, en los antiguos barracones para la gente sin techo.

Poco a poco se fue convirtiendo en el cerebro en la sombra de los depósitos y almacenes de la empresa. A la sección de clasificación de ropas, que estaba a su cargo, llegaban tras cada deportación montañas de ropa. En una larga sala, bajo la cegadora luz de las bombillas, las obreras judías registraban centímetro a centímetro los apestosos harapos. El aire lleno de polvo olía a podrido; las mujeres, con movimientos veloces, pasaban los dedos por todos los volantes, las costuras, los dobladillos y los pliegues descubriendo brillantes, monedas de oro y billetes de dólar finamente enrollados. Gold depositaba aquellos tesoros en las manos de Kremin e iba ganando más y más puntos a sus ojos.

Rosenstern, al advertir el peligro, emprendió el contrataque. La empresa tenía varios coches, estacionados en unos cobertizos en la periferia de la ciudad. Creó allí, de cero, unos talleres de automóviles y contrató a una serie de montadores dirigidos por un mecánico. Le asignó como ayudante a un ingeniero amigo, Szymon Druk. Al poco tiempo, de la vieja chatarra, de restos de coches destrozados e incendiados, empezaron a emerger automóviles de marcas inexistentes, propulsados por gas de gasógeno para ahorrar el combustible, tan necesario en los frentes. Kremin tenía así, finalmente, algo más que mostrar a los ilustres visitantes del *Vierjahrensplan*[2] que una piojosa sección de clasificación de ropas, de la que salían a todo correr apretando pañuelos perfumados contra la nariz. Rosenstern no cejaba en sus esfuerzos; se pasaba el tiempo hablando con Druk y tras cada una de esas conversaciones le presentaba a Kremin unos planes de futuro cada vez más prometedores. Fue así como llegó a ser imprescindible.

En torno al personal de oficina de Kremin, guardando las distancias, merodeaba gente de misteriosos oficios que se había enriquecido enormemente durante la ocupación. El más poderoso era probablemente Joachim Dolaniec, con quien los superiores judíos realizaban numerosos negocios. Dolaniec vivía en Varsovia, pero se pasaba la mayor parte del tiempo viajando por la Gobernación General; en todas las ciudades importantes tenía a sus agentes y se alojaba en pisitos discretos pero confortables. Disponía de plazas y escondrijos en todos los camiones de las empresas alemanas en el territorio de la GG, transportaba alcohol de noventa y cinco grados, harina, tocino, judíos y armas; comerciaba con oro, divisas, documentos de identidad con pajarraco y sin él; compraba inmuebles, acciones de antes de la guerra, monedas de dólar, valores del Banco Polaco y del

Banco Agrario; suministraba a cambio de dinero en efectivo cualquier cantidad de concentrados alimenticios y botas de la Wehrmacht, seda inglesa de paracaídas y tabaco turco. Era tremendamente honrado en transacciones pequeñas, mientras que en las grandes estafaba cuanto podía. Todos lo sabían; los más listos presentían incluso cuándo empezaba el timo, pero no podían hacer nada porque Dolaniec era único. Se decía de él que se había hecho un hueco en todas las organizaciones y que las apoyaba generosamente. Incluso Kremin le mostraba respeto, ya que le interesaba ganarse una buena imagen también en aquellos ámbitos.

Después de la acción de deportación de primavera, Kremin, que había conseguido sacar a más de la mitad de sus judíos de la estación de tren cuando ya estaban subiendo a los vagones, esperó a quedarse a solas con Rosenstern y le dio un codazo en un costado.

—*Naa, was würden Sie für den alten Kremin machen, falls es uns schief geht…?*[3] —le preguntó.

El abogado se llevó ambas manos al pecho.

Los alemanes acababan de tomar Vorónezh.

Esa fue la empresa a la que llegó Karol Wilk. Se vio en medio del antiguo salón, en el que un garrudo candelabro dorado colgaba sobre unos escritorios estándar, y en las paredes brillaba el ajado adamasco del tapizado. Se quedó inmóvil, aturdido por el trajín de gente con carpetas, papeles y archivadores. El ajetreo había de demostrar lo desbordados que estaban y lo imprescindibles que eran aquellos empleados que, de hecho, eran cuatro veces más de los necesarios.

Le dieron trabajo sin ningún problema. Recibió un ***bezugschein***[4] para el mono de trabajo y una nota dirigida al jefe de los talleres, el señor Tadeusz Polakiewicz.

Llegó al lugar apenas a las diez porque tuvo que desviarse al almacén para recoger el mono. Al entrar por el portón de la valla, echó una mirada a la casa con una pequeña torre que se encontraba tras él y miró unos segundos a su alrededor hasta que vio, en una esquina del patio, un barracón del que llegaban voces exaltadas. Se dirigió hacia allí entre la pared ciega de la casa y la alta cerca en estado de putrefacción con todas las tonalidades del marrón y el verde. Delante del taller, en la arena, se veía el chasis de un automóvil y algunas herramientas tiradas aquí y allá. Junto a la puerta del barracón, abierta de par en par, en la rampa de entrada, había un hombre alto de pelo blanco e hirsuto, con gafas, que

gritaba agitando los brazos en dirección a la oscura nave.

—¿Que qué quiero yo? ¿Qué quiero? Pues que su gente no se mee en mi cerca. Está ya toda medio podrida: ¡aquí!, ¡aquí!, ¡aquí! —Corrió hasta la cerca mostrando acusadoramente un montón de manchas húmedas.

—¿Y dónde quiere que vayan si cierra usted el baño?

De la nave salió un hombre bajo, de unos treinta años, repeinado hacia atrás, con un pelo que brillaba como una aleación de estaño y latón. Al hablar mostraba unas fisuras negras entre sus finos dientes. Se limpió despacio las manos en el grasiento mono.

—Primero, ahórrese los gritos —dijo.

Pronunciaba las palabras vocalizando bien, las separaba como separaba los leñosos dedos de sus manos al liarse un cigarrillo, espatarrado como si quisiera clavar los pies en la arena para mantenerse más firme.

Del garaje fue saliendo gente, tal como les había pillado la reyerta, uno con una palanca de hierro, otro con una lima o una barra, y se fueron congregando alrededor del jefe; ante aquella manifestación solidaria, el dueño de la casa escupió con asco, se encogió de hombros y se fue. Cuando ya estaba junto a la casa se dio la vuelta y gritó:

—¡Me cago en todo, canallas, no pienso permitirlo, qué descaro! —Y desapareció.

El mecánico bajo le lanzó una mirada inexpresiva. Masculló «cretino» y miró a Wilk.

—¿Viene a verme a mí?

Sin duda, lo había visto desde el principio, pero solía ocuparse de las cosas por orden de importancia. Wilk le tendió la mano, no mucho más pequeña e igual de firme que la suya. Se presentó, y el otro dijo:

—Ya me llamó el doctor Rosenstern. ¿Ha trabajado usted con automóviles?

Como buen anfitrión, entró primero en la nave. En su interior, iluminados por bombillas, había esqueletos de camiones ennegrecidos por el fuego, motores radiales de aviones, neumáticos gastados, llantas, bidones, montones de piezas de automóvil troceadas y motores eléctricos a través de cuyas destrozadas carcasas se entreveía el brillo del cobre de las bobinas.

—Aquí se segrega todo. —Polakiewicz señaló, a modo de explicación, las oscuras siluetas que hurgaban a cuatro patas por entre las chirriantes planchas de metal.

Se detuvo junto al banco de carpintero, largo y hecho con maltrechos tableros. Había allí, sobre un caballete de madera, un enorme motor de diésel sin

la culata; los agujeros en el bloque de cilindros dejaban ver los convexos cielos de los pistones. Polakiewicz bajó una lámpara móvil hasta que la luz bailó en su pelo y dijo:

—Entiendo que puede empezar ya, ¿no?

Wilk se enfundó el mono que había traído apoyándose primero en un pie y después en otro. Cuando se abrochó el último botón, se quedó inmóvil. El jefe apenas le llegaba a la barbilla.

—Acaban de hacerle una renovación total. Ahora hay que ponerle la culata. —Claramente descontento por tener que levantar la vista, miró a los ojos a Wilk.

—Vale —dijo Wilk—. Tengo experiencia con tractores.

Levantó la junta de cobre, sopló para quitarle el polvo y buscó un trapito de algodón. Se acercó una lata de líquido aislante y untó cuidadosamente con él la superficie del motor. Polakiewicz estaba allí de pie, con las piernas separadas, dando a ratos ávidas caladas al cigarrillo que tenía pegado al labio inferior. Cuando Wilk asentó la culata sobre las varillas y se puso a apretar los tornillos con una enorme llave, el otro tiró la colilla y sacó del bolsillo del mono a la altura de la rodilla una caja plana de picadura. Wilk trabajaba sin prisa, apretando las tuercas hasta que el hierro chirriaba e hilos de lubricante chorreaban sobre el cárter. Polakiewicz lio un cigarrillo tan perfecto que parecía hecho a máquina y, mientras humedecía el borde del papel, observó con los ojos entrecerrados el movimiento pendular del torso de Wilk. Al advertir que el nuevo empleado apretaba las tuercas siguiendo un orden determinado, desde el centro de la culata hacia los laterales, dio una calada con aquella diligencia que caracterizaba todas sus acciones y dijo:

—El calor hace que la culata se dilate y, si se apretara desde los bordes, podría romperse. Está bien, siga así.

Bastaron dos días para que Wilk comprendiera el funcionamiento del taller. Cuanto más se enriquecía Kremin, tanto más se recrudecía su tacañería: pagaba unos salarios de miseria, así que no era de extrañar que trabajaran para él personas incapaces de encontrar otra cosa. La plantilla del taller eran tres mocosos y el viejo Ciepała: un hombrecillo flaco, encorvado, de cara ajada y nariz larga y aparentemente blanda. Estaba en todas partes. Vestía un mono de trabajo ancho como un paracaídas. Caminaba con las piernas flexionadas, siempre llevaba ya fuera un bollo y un cuarto de leche que había comprado por allí cerca, ya fueran dos cigarrillos, uno para él y otro para Polakiewicz, y continuamente se metía con todo el mundo con una voz algo femenina, lastimera aunque fuerte, con una entonación tan rusolituana que evocaba cenagosos pantanos inmersos en la

niebla. Podía parecer que no había llegado hacía unos meses, como los otros, sino que vivía desde tiempos inmemoriales en esa oscura nave cubierta de polvo de cemento. Al principio, los jóvenes lo tomaban en serio, pero pronto el quejumbroso parloteo de Ciepała, que sabía de todo y no hacía nada, empezó a darles igual.

El *spiritus movens* del lugar era Polakiewicz, jefe del taller por la gracia de Rosenstern. Polakiewicz se tomó la aparición de un ingeniero judío como un atentado contra su poder, y el pequeño y flaco ingenierillo de ojos inquietos y manos suaves de delineante intentaba por todos los medios convencerle de que se equivocaba. En todo momento procuraba dejar claro que solo quería ayudar y hacer lo que se le pedía, y en ningún caso mandar. En la nave, donde los empleados, tumbados sobre tableros y trapos, hurgaban en los motores o limpiaban los autos con cepillos de púas metálicas, empezó a sonar la voz de Druk siempre medio segundo después de los gritos de Polakiewicz, que Druk coreaba afanoso como si fuera un aflautado eco de su jefe. Para ganarse la simpatía de los montadores se metía siempre donde se llevaban a cabo los trabajos más duros; cuando había que cargar peso se colaba hasta los lugares más grasientos, pisoteaba a los demás, molestaba, y se retiraba el último, con los zapatos hechos polvo, limpiándose cuidadosamente las ensangrentadas muñecas con un pañuelo humedecido con saliva.

En un principio, iba a ocuparse de electrificar los cadáveres de los coches, pero aquello tampoco fue del gusto de Polakiewicz. El señor Tadeusz no poseía conocimientos teóricos, pero cuando cogía en la mano un cable, sabía decir qué corriente fluía por él, y para ver la calidad del aislamiento lo mordía ligeramente. Cuando el ingeniero dibujaba esquemas en el despacho, hacía cálculos y se equivocaba cada dos por tres por los nervios, Polakiewicz cogía sin más un rollo de cable y hacía el cableado, se bajaba de un salto de un coche abierto para ocuparse del motor, se echaba bajo el auto, cortaba con los dientes el cable colgando si no tenía a mano unos alicates, unía los extremos del cable en la carcasa, pulsaba una y otra vez los interruptores y, cuando todas las luces funcionaban a las mil maravillas, se limpiaba sus gruesos dedos con un trapo de algodón, contemplaba en silencio su obra y se alejaba, bajito y vigoroso, sin prestar atención a nadie. Si se topaba con Druk saliendo del despacho, le decía «Listo, señor *nigeniero*», y tras dejarlo atrás junto a la entrada, se sentaba frente a la mesa, ponía encima del inacabado plano la caja de picadura y liaba cuidadosamente un cigarrillo.

Los obreros de Polakiewicz trabajaban lo justo para no perder su empleo. El

señor Tadeusz estaba en permanente lucha con ellos: era más bien una guerra de guerrillas que un combate frontal. Cuando llegó al garaje un nuevo chasis para un camión, los obreros fueron incapaces de levantarlo. Polakiewicz, enfurecido, se plantó donde suponía que estaba el centro de gravedad del chasis, tensó los músculos y, a la voz rota de «¡Aúpa ya!», acabó perdiendo el aliento y la vista. Después dio un paso atrás, cogió una gran bocanada de aire y se puso a liar un cigarrillo. Era su forma de mostrarle desprecio a su gente. Marcinów, el conductor del camión Fiat, presenció la escena. Sacó la cabeza de la cabina y le soltó:

—Tengo que contar en la oficina lo mucho que te esfuerzas, Tadeusz. A ver si Kremin te da una Cruz de Hierro. Te estás buscando la ruina trabajando como un burro. ¡Pareces tonto!

—¡Tú sí que pareces tonto! ¡Cierra la boca! —farfulló Tadeusz, pero estaba visiblemente confundido y enseguida entró en el taller.

Al principio Wilk trabajaba a conciencia, pero las miradas críticas de sus compañeros y algún que otro comentario le dieron que pensar; ya el primer día por la tarde Marcinów le explicó por encima cómo había que trabajar para los alemanes. Así que Polakiewicz, que se había dado cuenta de lo buen trabajador que era Wilk, porque le bastaba una mirada para valorar la capacidad de la gente, no pudo sacarle mucho partido a Karol.

Mientras que todo el mundo intentaba al menos guardar las formas y fingía estar ocupado cuando aparecía Tadeusz a paso enérgico, Ciepała ni siquiera aparentaba tener ganas de nada. Recorría el perímetro de las paredes como un alma en pena, a veces simplemente desaparecía y volvía a aparecer al cabo de una hora con la mirada despierta, aunque turbia, y la nariz de un rojo brillante. Los montadores, entre risas, le decían que no se acercara a la soldadora, no fuera que la llama prendiera fuego a su aliento.

El señor Tadeusz dejó a Ciepała en una especie de limbo. Intentaba no mirar en su dirección y solo cuando había trabajo urgente le mandaba limpiar válvulas o poner en marcha los motores, por lo que el viejo empezó a quitarse de en medio. Se escondía en el desván o en los coches en los que no había nadie trabajando. A veces, cuando bajaba el ruido, llegaban de allí los melodiosos ronquidos de Ciepała.

Durante la pausa del almuerzo, la gente se sentaba en el despacho y sacaba sus envoltorios con comida. Para coger agua iban a la casa y llenaban sus teteras en el zaguán. Aquello exasperaba al dueño, el señor Poprzeski, porque manchaban de barro las claras baldosas: se ponía a andar ruidosamente por detrás

de su puerta y se oía desde fuera su furioso trajín.

Rosenstern llegó a un acuerdo con el jefe de la carga y la descarga de chatarra en la estación de trenes y consiguió un permiso extraoficial para seleccionar de los transportes que iban al Reich las piezas necesarias para los automóviles del taller. Polakiewicz, al que enviaron a la estación, no dudó en aprovechar la ocasión, claro está, para cargar un camión entero de mecanismos de aviones, medidores, tableros de instrumentos y transformadores. Mientras se abría paso entre la chatarra tirada por el suelo de hormigón de la nave, que le llegaba hasta los tobillos, le decía a Druk, que lo seguía con un cuaderno de notas:

—¡Ay, qué cosas tienen allí! ¡Ojalá Dios me hiciera a mí tan afortunado! ¡Valen millones, señor *nigeniero*! ¡Millones!

El ingeniero levantaba una pieza aquí, otra más allá, las volvía a dejar en su sitio y fingía entusiasmo agitando la cabeza, mientras Tadeusz murmuraba:

—Yo he de volver allí, por mi vieja madre, a la que Dios dé salud, que he de volver…

A Wilk le interesaron las piezas que habían llegado. Discretamente se apartó algunas, porque pensaba montar un pequeño laboratorio en el desván. En esas estaba cuando Tadeusz lo llamó para que saliera al patio. El joven entrecerró los ojos, deslumbrado por la luz del día. Junto a Polakiewicz había un hombre tan bajo como él, con una cabeza grande y algo triangular. Su negro cabello estaba dividido desde la frente hasta la coronilla por una franja de pelo blanco.

—Lo haría yo solo, señor profesor, pero me agobian todo el tiempo con llamadas, y Wilk, aunque sea jovencito, es mi mano derecha —dijo el señor Tadeusz inclinando ligeramente su rígido tronco y limpiándose los dedos en la grasienta parte delantera del mono—. Señor Wilk —continuó con voz oficialmente tajante—, va a ir usted a casa del profesor y va a hacer lo que haya que hacer, porque se le ha estropeado la luz. Coja unos plomos y un detector de tensión y…, a ver, ¿qué más?, ajá, el aislamiento se lo saco yo del almacén.

Tras meterse las herramientas en el bolsillo, el joven siguió al desconocido por el patio. Atravesaron el zaguán —Wilk había estado allí más de una vez— y subieron por la escalera. Nunca había llegado hasta allí. El desconocido metió la llave en la cerradura de una puerta del primer piso. En la puerta había una pequeña placa, «Profesor adjunto doctor B. Wieleniecki», y debajo una tarjeta sellada con un círculo rojo.

Los plomos estaban bien, se había fundido un cable en la pared. Mientras lo cambiaba como lo hacían todos los electricistas, Wilk comentó:

—Esto ha pasado porque se han alterado los plomos con clavos. Es algo que

no se debe hacer porque puede provocar un incendio.

—No sé… Yo no he cambiado nada, seguro que fue el inquilino anterior —se justificó el profesor.

Karol no se atrevía a dirigirse a él directamente. Lo miraba como de reojo; nunca había hablado con una persona tan culta. Se ocupó del interruptor del cuarto en el que había entrado. Sacó los cables de su conducto y aisló los extremos con cinta aislante. Cuando la lámpara se encendió, le pidió al profesor que comprobara si se movía el disco del contador. Wieleniecki abrió una caja que estaba en el recibidor.

—¡Funciona! —gritó en dirección a la habitación—. ¡El contador funciona! —repitió.

No hubo respuesta. Entró en la habitación. Wilk estaba frente a la biblioteca y paseaba la mirada por los lomos de los libros.

—Son… todos libros especializados —dijo Wieleniecki. El montador no lo oyó—. No sé si encontrará aquí algo interesante —añadió el profesor.

El chico, sin quitar la mirada de los libros, dijo de repente:

—¡Tiene a Sierpiński!

Echó mano al libro en un acto reflejo, pero antes de llegar a tocarlo se dio cuenta de que tenía unos dedos negruzcos de grasa en los que las uñas clareaban como lamparitas de color rosa. Dio un paso atrás, giró sobre sí mismo y se quedó desconcertado al ver al profesor.

—¿Conoce usted… ese libro?

—No. He leído sobre él.

—A ver…, perdone, ¿quiere decir que ha oído usted hablar de la teoría de conjuntos?

Wilk no respondió.

Wieleniecki titubeó. Finalmente, dijo:

—¿Tiene que volver usted ahora al taller?

—Ajá.

—¿Sabe qué? Venga a verme después del trabajo. ¿Tiene usted tiempo?

Wilk callaba. Su cara estaba inmóvil, tenía una expresión hermética, casi ausente. Tragó saliva con dificultad.

—Es que no sé…

—¿No tiene usted tiempo?

—Tengo, pero…

Wieleniecki empezaba a arrepentirse de haberlo invitado. Sería uno de esos fanfarrones que solo quería presumir.

—No sé si puedo… con estas manos —soltó de repente Wilk.

—Pues se lava usted —dijo Wieleniecki, algo harto.

El chico pareció vacilar.

—Es que vivo muy lejos… y aquí no tengo dónde…

—Pues se lava usted en mi casa.

A Wilk se le iluminó la cara; después se ensombreció y miró cabizbajo al profesor.

—¿Pero usted… de verdad…?

A Wieleniecki le avergonzó el brillo de sus ojos.

—Claro que sí. Venga usted en cuanto acabe de trabajar.

Wilk fue reculando hacia la puerta pasando la mirada de los libros al psicólogo, movió la cabeza un par de veces y, finalmente, dio media vuelta y salió a todo correr. El portazo que dio sonó como un cañón. El profesor se acercó a la estantería, tocó los lomos de tela y pasó el dedo como por el teclado de un piano. Los desiguales labios esbozaron una ligera sonrisa.

Los libros eran su baluarte. Cuando trabajaba, tenía que sentir a sus espaldas su compacta muralla. Los compraba incluso cuando no podía permitírselo, incluso aquellos que no abriría nunca. Los guardaba «para después». Ese «después» tenía una gran importancia en su vida. Había otra palabra importante: «casi». Porque las cosas le salían de tal manera que todo acababa siendo «casi», nunca «del todo». Teniendo como había tenido unos padres adinerados, no había sentido durante los estudios la resistencia de las circunstancias externas que había que vencer. La resistencia nacía en su propia persona. Varias veces cambió de facultad y siempre creía que justo acababa de descubrir su vocación para después abandonar, casi con pánico, la carrera recién empezada. Era feo, le daba miedo hacer el ridículo y había ido acumulando en su interior mucho amor oculto a las mujeres. Estuvo a punto de finalizar Medicina, pero acabó siendo psicólogo, principalmente porque se prohibió a sí mismo seguir dudando. Nada más licenciarse se enamoró; todo iba como la seda, pero la novia enfermó inesperadamente y murió en cuestión de semanas. Desde entonces aprendió a renunciar a la vida social, a sus caprichos, a los viajes, a todo lo que podía hacer la vida más placentera: renunció a todo excepto a la ciencia. El tema de su tesis doctoral era la germinación simultánea de las mismas ideas en diferentes mentes humanas. Intentó demostrar que los inventos y los descubrimientos eran el resultado de fenómenos de masas, que maduraban en el seno de una época, y que solo hacía falta una cabeza con un «umbral de la duda» suficientemente bajo para que salieran a la luz. Después se dedicó a investigar qué rasgos comunes y qué

rasgos individuales de sus creadores caracterizaban los prototipos de la radio, del generador eléctrico, o del automóvil, inventos que aparecieron de manera independiente en distintas partes del planeta. Utilizó el método comparativo aplicado en la paleontología y creó unas grandes tablas en las que comparaba las «escaleras evolutivas» de la locomotora, del barco de vapor, del automóvil. Sus estudios se vieron interrumpidos por la guerra. Habían despertado mucho interés, a pesar de que Wieleniecki a veces dudaba de su valía como científico. Esas repentinas crisis de autoconfianza obedecían a una causa. Wieleniecki experimentaba a veces, en los lugares más fortuitos —una sala de espera, un tranvía, una escalera—, una especie de iluminaciones paralizantes en relación con la gente. Un fragmento de conversación escuchada, una mirada, una escena presenciada despertaban en él un convencimiento vago, pero persistente, de que todos los logros de la psicología no tenían nada que ver con personas de carne y hueso, de que eran como un balbuceo yermo, como un estúpido contar y medir los árboles que tuviera como finalidad revelar el secreto de la belleza del bosque.

Cuando le sobrevenía una de esas «iluminaciones» (así las llamaba él), se quedaba un tiempo sin poder retomar el trabajo empezado. Después, la sensación de impotencia desaparecía y él volvía a sus manuscritos y a sus libros. En los ámbitos universitarios se le consideraba un «rojo» y era cierto que entre sus amigos había comunistas, pero él no era un apologista de la revolución; su izquierdismo fue creciendo a medida que el mundo académico se volvía más fascista. Se afilió al Partido durante la ocupación nazi. Había cumplido cuarenta y un años y a veces pensaba que quizá ya no llegaría a hacer nada grande, y que aquellos «casi» y «después» suyos se los llevaría a la tumba.

Su primera conversación con Wilk lo sorprendió tanto como lo divirtió. Los conocimientos del chico se podían comparar con un disfraz de carnaval: un hombre con una levita hecha jirones bajo la cual resplandecía la pechera de un frac, unas pantuflas en los pies y un brillante sombrero de copa en la cabeza. Parecía que conocía las matemáticas mejor que el profesor, tenía cierta idea de historia y geografía, pero no sabía para qué y cómo circulaba la sangre en el cuerpo humano. Cuando le preguntaba sobre la filosofía, balbuceaba algo sobre santo Tomás. No era fácil sondear hasta dónde llegaban sus conocimientos: a la menor sospecha provocada por un detalle sin importancia, a la menor sonrisa de su interlocutor, se encerraba inmediatamente. Wieleniecki supo mucho más tarde que el súbito silencio del chico al final de su primera visita lo había causado él mismo al rascarse la frente. Aquel gesto, carente de cualquier significado, el chico lo tomó como una alusión a su estupidez.

Cuando Karol se enteró de que podía llevarse los libros prestados, sintió ganas de leerlos tal como estaban en las estanterías, desde el primero hasta el último, y se asustó al ver que había gran cantidad de ellos en lenguas extranjeras. Wieleniecki no le dejó hurgar en la biblioteca. Le elegía personalmente los libros y en cuanto los había leído lo invitaba a hablar de ellos mientras tomaban té. Se dio cuenta de la extraordinaria capacidad de aprendizaje de Wilk: el joven, cuando un libro le gustaba, hablaba a veces reproduciendo el mismo estilo del libro, pero no solo no utilizaba las líneas de los razonamientos ajenos, sino que, en más de una ocasión, empleaba los métodos del autor para rebatir sus tesis. Si hojeaba un libro dos veces y no encontraba ninguna fórmula matemática, desconfiaba. Solo los razonamientos de tipo matemático le resultaban obvios, porque la garantía de su veracidad se desprendía indefectiblemente de las sucesivas transformaciones.

Con cada día que pasaba, el señor Tadeusz temía más por la seguridad de los tesoros reunidos en el garaje, así que Wilk le propuso que, a cambio de una pequeña paga adicional, haría de vigilante nocturno. Desde entonces, la rendija de la ventana del garaje brilló como un signo de exclamación blanco. Karol dividió escrupulosamente la jornada. Después del trabajo, de cinco a siete, estaba habitualmente en casa del profesor, más tarde regresaba al taller y se quedaba leyendo hasta bien entrada la noche. En principio, se iba a descansar a la una, pero solía arrancarle un bocado considerable a la inamovible ración de cinco horas de sueño. Por ese motivo desatendió un poco su trabajo, pero Polakiewicz, que se pasaba días enteros en su recién descubierto paraíso revolviendo en su yacimiento de chatarra, no se dio cuenta.

Por las mañanas el señor Tadeusz salía en el camión a la estación, subía a los vagones y, cuando su aguda vista descubría la bobina de un transformador o el extremo de un salpicadero asomando por debajo de onduladas chapas y costillas de aluminio, no tardaba más de diez minutos en arrojar al suelo todo lo que los judíos de Gold habían estado cargando durante un día entero. Transportaba al garaje cañones de fusil que en la fragua se transformarían en manivelas, bayonetas de las que saldrían destornilladores, y lo que es más importante: dinamos, estárteres y marañas de tubos de cobre. Después, sacaba del taller los objetos más valiosos, primero bajo el gabán, después de manera cada vez más atrevida y abierta. Esas expediciones a la estación ayudaron a Wilk a completar su laboratorio en el desván; a escondidas, claro está, porque, el señor Tadeusz consideraba los bienes acumulados en el garaje propiedad suya, aunque almacenada temporalmente bajo techo alemán. Pensaba abrir su propio taller

mecánico una vez acabada la guerra. Wilk, mientras tanto, llevó la instalación eléctrica hasta el desván y, entre cajas de tornillos de tres octavos y media pulgada, entre montones de engranajes, cadenas y anillos de pistón que colgaban como rosquillas goteando grasa, se construyó un diminuto aparato de radio que guardaba en un escondrijo detrás de la viga maestra.

Las tardes las pasaba en la oficina del taller. Tras refregarse las manos con un jabón de arena hasta que la piel, de tanto frotar, se le enrojecía como si la hubiera lamido el fuego, colocaba el libro sobre un periódico limpio y se adentraba en las primeras palabras hundiéndose la mano en el pelo. A veces se detenía para intensificar, con la espera, el placer de resolver algún enigma; otras veces, al pasar una hoja, levantaba los encendidos ojos hacia la fría superficie de la ventana como si quisiera enfriarlos.

No en vano Wieleniecki era psicólogo. Con las obras que había elegido en primer lugar, la imaginación de Wilk se encendió, pero cuando el joven empezaba ya a soñar con conjuntos densos en ninguna parte, con ***homoia*** incomparables, alfas, omegas, números cardinales y transfinitos, conjuntos convexos y cuerpos numéricos, Wieleniecki lo sumergió inmediatamente en el hielo de obras escépticas que ponían en tela de juicio aquello que acababa de conocer.

La biología se la enseñaba él mismo al chico. Le habló de la aparición de la vida en la Tierra, de cómo, a lo largo de millones de años, las cristalinas agujas de una sustancia medio viva se multiplicaban, crecían y se copiaban en el fondo de los océanos gracias a la energía de los rayos solares; a medida que se iban concentrando en una forma esférica, parecida a una célula, aumentaba la fuerza de la materia muerta que las atacaba. El organismo vivo tenía que proteger su interior ante la invasión de partículas extrañas de las que estaban plagadas las calientes aguas. En el crisol de un sinfín de pruebas, las frágiles combinaciones de proteínas reventaban, se disolvían y se quebraban, decapadas por sales, lixiviadas por las dinamos de las fuentes submarinas. Hasta que el azar alteró las sucesiones de metamorfosis creando un sistema que hizo frente al peligro y unió sus fuerzas al servicio de la vida. Pero quedó una huella indeleble de que la vida había nacido en los arqueozoicos océanos: la prueba del origen común de todo lo vivo era la sangre, cuyo plasma no era otra cosa que agua salada del mar. Cuando las plantas, que se nutrían de energía solar, desintegraron una cantidad suficiente de dióxido de carbono y el aire se saturó de oxígeno, el plasma se arrastró a tierra firme. Fue dos mil millones de años atrás. La vida, tras franquear la barrera del agua que la sustentaba, chocó por segunda vez contra las leyes de la materia: la gravedad la

aplastó contra las rocas del litoral. Los organismos reptantes crearon infinitas variedades de soportes corporales —caparazones de quitina, de queratina, calcáreos, soportes internos de cartílago— hasta que la fuerza de la gravedad fue derrotada por el flexible fuste de la espina dorsal, mástil central del cuerpo de los vertebrados.

Se formó el tejido nervioso, el más veloz de todos. Empezó la gran carrera de los cerebros. Durante trescientos millones de años reinaron los anfibios y después desaparecieron. Tras ellos se multiplicaron los reptiles, pero también les llegó su hora, porque en la caja calcárea del cráneo no habían formado suficiente masa neuronal, esa masa que refleja el mundo. Los caminos de los animales se fueron separando. Las aves desarrollaron núcleos grises y profundos del cuerpo estriado, pero rápidamente se estancaron. Solo el cerebro de los mamíferos fue creciendo, hinchando sus cráneos y, cuando el hueso no alcanzaba a seguirle el paso, empezó a plegarse formando surcos y lóbulos. Su corteza se retorcía y se enrollaba en un espacio cerrado, empujando hacia atrás y hacia el interior el cerebro primitivo hasta crear una estructura lobular de ocho mil millones de células, en las que se encendería la conciencia.

Los insectos tomaron caminos diferentes: desarrollaron cerebros separados en diferentes partes del cuerpo; sería como si los humanos tuviéramos una conciencia independiente para las manos, otra para el tronco y otra para la cara…

Wieleniecki habló del lóbulo frontal, órgano de la duda, que se desarrolló en los ancestros del ser humano y del mono, habló de la oscuridad en la que nacía la luz: del surco calcarino, centro de la visión. Del enorme rinencéfalo de algunos animales que les permitía percibir paisajes de olores y vagar en sus tortuosos laberintos. De la glándula pineal, misterioso órgano rudimentario del cerebro, vestigio del tercer ojo. Del caracol del oído, esa arpa viva, y de los conductos semicirculares, sensibles teodolitos. Del área de Broca que producía el lenguaje y de la posibilidad de que se formaran nuevas áreas, que no seríamos capaces de entender en nuestros días, al igual que nuestros simiescos ancestros no habrían podido entender nuestro lenguaje.

En más de una ocasión, cuando Wieleniecki acababa, era bien pasada la medianoche: ambos se levantaban de la mesa cansados, con los ojos encendidos.

A medida que avanzaba septiembre, los combates en Stalingrado iban siendo más y más encarnizados. Circulaban chistes de que «los alemanes habían conquistado de nuevo un pisito con cocina». El señor Tadeusz, a quien las riquezas atesoradas habían vuelto implacable, bebía cada vez más y trabajaba cada vez peor. Irrumpía en la nave gritando:

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Estáis meando por las esquinas, o qué? ¡Venga, a currar!

Antes empleaba en el trabajo complicados y elegantes improperios rusos a modo de muletillas exóticas con las que resaltaba los momentos culminantes del esfuerzo. Pero había pasado a ser simplemente grosero y metía prisa a la gente con insultos. Nadie se salvaba; en una ocasión, cuando Ciepała intentó explicarle que, como polaco, no debería explotar a la gente, le amenazó con denunciarle ante Kremin. Cuando se le pasaba la borrachera, se sentía algo confundido e invitaba a fumar al viejo. En accesos de ebria sinceridad desplegaba ante sus subordinados visiones del futuro: cuando a los alemanes se los llevara el diablo, abriría un gran taller mecánico, elegiría a gente trabajadora, los ataría corto, no estaba dispuesto a soportar a esos gandules, seguramente solo cogería a Wilk.

La cargada atmósfera del taller afectaba a Karol, le estorbaba a la hora de estudiar y trabajar. A veces, por la noche, bajaba del desván su minúsculo aparato de radio, echaba por el suelo los cables de contrapeso y activaba la corriente de las baterías. Dio, por casualidad, con la traducción al polaco de un discurso de Hitler. La escuchó viendo en la ventana la sombra de su propia cabeza, cornuda a causa de los auriculares. Hitler decía que Alemania no tardaría en cumplir su misión histórica, y que Stalingrado estaba ya prácticamente conquistado. Tras quitarse los auriculares, el chico se frotó las doloridas orejas y se quedó un buen rato dando vueltas en su improvisada cama hecha con la tapicería de un coche. Al día siguiente, interrumpió, de improviso, la disertación de Wieleniecki:

—¿Usted cree que los alemanes van a ganar la guerra?

El psicólogo lo miró atentamente.

—Es posible, pero no lo tomo en consideración.

—¿Por qué?

—Sabes, yo me comporto como una persona gravemente enferma. Alguien así solo tiene una salida: sanar. Porque la muerte está claro que no es una salida.

—Ajá… ¿Eso quiere decir que las cosas se pondrían muy mal para nosotros?

—Muy mal.

—Hum.

Volvieron a la psicología. Antes de irse, Wilk eligió un libro y, tras pensarlo un rato, cogió otro más.

—¿No habíamos quedado en que solo te ibas a llevar uno?…

—Sí, pero ahora…

Wieleniecki no entendió; finalmente, el chico le explicó su razonamiento: quería leer la mayor cantidad posible de libros antes de que fuera «demasiado

tarde». El profesor ya había aprendido a contener la risa en su presencia, así que se limitó a aclararle que no había tanta prisa.

Wieleniecki tenía una idea cada vez menos clara de cómo progresaba Wilk. Cuanta menos matemática había en un ámbito de la ciencia, tanto más difícil le resultaba encauzar al chico hacia ese ámbito. Solo la matemática le hacía realmente elocuente, pero llegado a ese punto Wieleniecki ya no podía seguirle el paso. Las matemáticas habían sido en el pasado el amor infeliz del psicólogo. «Un amor no correspondido», como decía a veces. Había reunido bastantes libros sobre la materia que escapaban a su comprensión; de joven había querido dedicarse a la biofísica, como el profesor Rzepicki, pero le faltó talento creativo.

Una noche le dio a Wilk la obra fundamental de Rzepicki *—Introducción a la teoría fisicomatemática de las células—,* que había mantenido hasta entonces lejos de su vista, y esperó con gran curiosidad su opinión. Estaba convencido de la perfección de ese volumen de tamaño considerable, que recogía los resultados de doce años de trabajo del profesor y que le dio un gran reconocimiento en el extranjero.

Impaciente, cuatro días más tarde, tanteó al muchacho para saber cómo le iba la lectura. Wilk le dirigió una mirada tranquila.

—Ya lo he leído.

Antes de que Wieleniecki se sobrepusiera a su asombro, el chico buscó en el bolsillo un lápiz de tinta, garabateó en un papel una docena de fórmulas y se puso a demostrar que el análisis de Rzepicki era insuficiente, innecesariamente complejo, y que tenía varios puntos débiles. A la primera complicación, Wieleniecki perdió el hilo. Al poco rato, Wilk tomó conciencia de lo que estaba pasando, interrumpió su razonamiento y se quedó mirando a Wieleniecki; sabía ya lo mediocre que era el profesor como matemático. Su mirada hirió el amor propio de Wieleniecki.

—Lo mejor será que vayas tú solo a ver al profesor Rzepicki y se lo expliques. Te daré la dirección —dijo.

Al principio, no se tomó muy en serio sus propias palabras, pero tras pensarlo unos instantes escribió una carta de recomendación. Rzepicki, huido de Poznań al igual que el psicólogo y, además, pariente lejano, vivía bastante cerca, en una casa de vecinos de su propiedad.

Una criada hizo pasar a Wilk al salón, lleno de cuadros cuyos marcos centelleaban en la penumbra como estelas doradas. El centro del salón lo ocupaba una mesa de trabajo con una larga hilera de libros, un juego de escritorio de cristal y unos ficheros de celuloide. A su lado brillaban unas vitrinas llenas de

aparatos. Bajo las ventanas con las cortinas corridas había unas baterías enmarcadas en madera. Había poca luz: únicamente una lámpara potente, con una pantalla elíptica inclinada hacia su base, iluminaba el escritorio. Allí sentado en un profundo sillón, un anciano enjuto, canoso, rosáceo y estrecho de hombros trazaba signos caligráficos en un papel.

Rzepicki levantó la cabeza y, sin más preámbulos, orientó la lámpara hacia el interior del salón para observar al chico por encima de las medias lunas de los cristales de sus gafas de alambre dorado. Miró en silencio la carta abierta —Wilk se la había entregado antes a la criada— y, bajando la lámpara, dijo:

—Ajá… Usted es ese…, eso… Sí, por favor… —se animó—, por favor, acérquese. Siéntese, por favor.

Wilk dio unos pasos al frente, arrimó a la mesa una silla que estaba al lado, se sentó. El silencio duró quizá un minuto. A la luz de la lámpara reflejada en el cristal de la mesa, el profesor contempló al chico con ojos llorosos, como si estuviera esperando algo divertido. Wilk lo observaba con una mirada inmóvil y azul. Finalmente, el profesor carraspeó:

—Bueno…, diga usted… Exponga sus reservas. Démosle una vuelta.

Wilk seguía callado. El profesor reiteró su invitación.

—Mmm… En realidad, no es para tanto —dijo Karol.

Pero a Rzepicki le gustaba llevar las cuestiones hasta el final, por nimias que fueran. Le hizo una pregunta, otra; Karol respondía con monosílabos, algo desconfiado, pero poco a poco, en contra de su voluntad, se fue calentando, y cuando entró en materia Rzepicki no pudo más que pestañear: el chico había identificado el eslabón más débil de la teoría. El profesor dijo de repente:

—Un momento, un momento, coja usted la silla y venga aquí.

Wilk pasó al otro lado del escritorio; el profesor apartó un poco su sillón, recogió sus apuntes y le dio una hoja de papel. El chico, en menos de un minuto, la cubrió con su caligrafía inclinada. Empezando donde acababan los razonamientos del profesor, sacó a la luz todas sus incoherencias, mostrando las progresivas contradicciones del sistema. Rzepicki había empleado un método de investigadores estadounidenses, modificándolo según las necesidades de su ámbito. Wilk señaló las desviaciones originadas al pasar de los casos particulares a las generalizaciones y, de hecho, de allí se desprendían las conclusiones más destacadas.

Rzepicki, que conocía perfectamente los puntos débiles de su trabajo, carraspeó ligeramente tapándose la boca con una mano escuálida en la que se veía su dorada alianza nupcial.

—Bien… —dijo—. Bien… ¿Pero ve usted otra posibilidad?

Wilk, con un solo gesto, apartó los papeles escritos, sin pedir permiso cogió de la mesa un fajo de hojas limpias y trazó la sinuosa línea de la primera integral. Llevó su razonamiento a las profundidades del espacio hiperbólico. Las integrales, hasta entonces irracionales, se transformaron en las áreas de distintas figuras y, en la segunda fase, adoptaron volumen y masa. Se puso a desarrollarlas escribiendo deprisa los signos de integración. Se saltaba grandes fragmentos del razonamiento, apenas esbozándolos; en una ocasión, hizo una marca al margen para indicar que era una de las variantes posibles y con algunos signos mostró la posibilidad de otra variante.

Al elaborar su teoría, Rzepicki percibió él mismo ciertas debilidades y, según realizaba más cálculos, la fue apuntalando sirviéndose para ello de algunos trucos hábiles y curiosos. Wilk barrió de un plumazo todas esas triquiñuelas y fue al fondo de la cuestión. En cierto momento, se saltó toda una sucesión de transformaciones y puso en su lugar puntos suspensivos:

—Etcétera, etcétera, y de allí precisamente se desprende… —Y empezaba a escribir la siguiente expresión.

—Un momento, un momento. —Rzepicki se acercó el papel a los ojos—. ¿De dónde sale esto?

Wilk, sacado de su línea de argumentación, lo miró sorprendido, pero dio marcha atrás y desarrolló el fragmento omitido con una letra más pequeña y sosegada. Paso a paso, fue construyendo un puente que uniera los bordes del abismo que previamente había superado de un salto. Rzepicki no decía nada, solo movía la cabeza, y entonces Wilk, haciendo girar el lápiz entre los dedos, dijo con una extraña soltura que no solía manifestar en conversaciones normales:

—De todas formas…, esto se puede hacer de otra manera…

Y esbozando una ligera sonrisa ante su ocurrencia, tachó todo el razonamiento y en un lateral escribió otro, más sencillo.

Rzepicki miró las manos gruesas del chico, sus agrietadas manos de montador, su cabello pelirrojo y tieso, y se le pasó por la cabeza que aquello fuera una especie de mistificación, pero ¿quién demonios le podía haber dicho eso? En toda Europa habría, como mucho, quince personas que entendían del tema…

Abandonó ese pensamiento porque ciertos indicios, difícilmente definibles, le permitieron darse cuenta de que estaba frente a algo totalmente improvisado: se veía por la manera en que el chico escribía, desconocedor todavía de la forma de la ecuación que emergería de una nueva etapa de transformaciones; ante algunas expresiones ponía la cara que uno pone al ver a un conocido, ante otras

ralentizaba la escritura con un contrariado temblor de cejas, especialmente cuando perdía el control de los acelerados engranajes de la maquinaria analítica. Entonces, tras detenerse un instante con los párpados fuertemente apretados, arrancaba de nuevo, y la facilidad con la que hacía retroceder bruscamente todas las construcciones para recuperar el rastro perdido con algunos trazos del lápiz demostraba verdaderamente su maestría. En una ocasión, cuando en un lugar complejo el chico levantó la mirada hacia lo alto para, acto seguido, escribir la expresión a la que los demás solo podrían llegar por un camino duro y tortuoso, Rzepicki sintió un estremecimiento en la nuca que apenas pudo controlar; le habría gustado también a él mirar al techo como si allí se encontrara la solución del enigma. Pero pronto, a su asombro, que en algunos momentos pasaba a ser admiración, empezó a sumársele una leve fatiga provocada por la constante y extraordinaria atención que exigía el ritmo impuesto por Wilk.

Durante cierto tiempo, no solo fue capaz de seguir el razonamiento del joven, sino que también podía pensar en algún atajo o modificación, pero cuanto más se alejaban de caminos trillados, tantas menos divagaciones mentales podía permitirse el profesor. Habría querido comprobar todos los detalles, exclamar «¡Espera! ¿Cómo has llegado a eso?», pero recordando el anterior estupor de Wilk y viendo su firme convencimiento de que él lo entendía, guardaba silencio. Acurrucado en su sillón, con la cara algo por encima del tablero del escritorio y las gafas sobre la frente, seguía la mano del chico, que se movía a una velocidad vertiginosa, y sus escasas palabras explicativas, de la misma manera que los habitantes del valle siguen a los montañeses: al principio todavía se pueden permitir admirar el paisaje, pero a medida que el sendero se va haciendo cada vez más abrupto tienen que concentrar su atención en el siguiente repecho del camino, hasta que finalmente no se atreven a apartar la vista para no perder el rastro. En cierto momento, el profesor empezó a presentir algo malo; le pareció que la cumbre que querían alcanzar era, de hecho, el primer eslabón de un problema mucho mayor y, al no tener la menor idea de cómo se podía salir de aquel atolladero, esperó a ver qué haría el joven. Wilk había visto aquel peligro tan claramente como el profesor; es más, fue en ese momento cuando se puso de manifiesto plenamente el alcance de su atención: la premura en los cálculos que estaba realizando, el ceño fruncido, los ojos convertidos en estrechas fisuras y un repentino silencio anunciaban que se disponía a superar el obstáculo que, cada vez más cerca, aparecía ante él. Allí lo tenía finalmente. El profesor entreabrió ligeramente la boca para no perderse ni una palabra: Wilk, durante una fracción de segundo, suspendió el lápiz sobre la hoja como si quisiera clavar su punta en el

centro del problema, y después introdujo en el razonamiento un elemento totalmente nuevo, hasta entonces sumamente lejano, y lo vinculó al elemento analizado. Fruto de aquello apareció una sorprendente acumulación de signos: todos los determinantes intercambiaron su sitio al mismo tiempo, los paréntesis se rompieron, se produjo un repentino salto más arriba y Rzepicki perdió el hilo.

Estuvo un rato haciendo grandes esfuerzos para seguir a Wilk, pero este se alejaba cada vez más. El profesor se quedó definitivamente atrás. El joven estaba hablando ya para un único interlocutor que era él mismo; a veces se detenía un instante con la cabeza ladeada, apretaba los párpados y le salía un pequeño pliegue entre las cejas fruto de la tensión con la que se agarraba a la imagen que emergía en su cabeza para plasmarla en el papel. Sí, no cabía la menor duda de que aquello no era una mistificación: el joven sabía de lo que hablaba, y las abstracciones más difíciles, ante las cuales las ecuaciones diferenciales de Rzepicki eran como la tabla de multiplicar del colegio, le resultaban tan reales como los objetos que había sobre la mesa.

En cierto momento, Wilk lo miró a los ojos. Terminó y levantó el lápiz y el profesor tuvo que asentir con la cabeza aparentando que había entendido de qué iba aquello. Pensó en Brouwer. Sí, el chico tenía algo en común con él. Tenía ese algo que caracterizaba solo a los más grandes: un estilo propio e irrepetible.

—Podemos dejarlo así —dijo Wilk—, pero si pasáramos a un espacio n-dimensional, nos desharíamos de todos los continuos y de ese infinito, y eso ya quedaría precioso. Merece la pena dedicarle tiempo.

Se calló y dejó el lápiz. Rzepicki, sentado de lado en el sillón, respiraba algo más pesadamente que de costumbre. Tuvo que poner la frontera de sus párpados entre ambos. Sentía alrededor del corazón una opresión que irradiaba abrazadores picotazos hacia el hombro y el brazo izquierdo. Se avecinaba un ataque.

Hizo un leve gesto con la mano como diciendo «espera un momento», se levantó con dificultad y agarrándose con disimulo al brazo del sillón y después, ya abiertamente, a la estantería de la biblioteca, apartó una cortina y salió del área de trabajo. Totalmente a oscuras, apoyado contra la pared, sacó del bolsillo un tubito de nitroglicerina y dejó caer tres ardientes gotas sobre la lengua. Sintió un golpe de calor, una ráfaga de fuego le abrasó la cara. El pulso le tamborileó en las sienes. La opresión fue cediendo poco a poco.

El argumento esbozado por el joven se podía cuestionar en más de un punto. Se veía su deficiente conocimiento de la bibliografía más reciente, la fragmentariedad de algunas partes y unas simplificaciones demasiado atrevidas. Pero no se trataba de eso. En las garabateadas hojas había algo más que un trabajo

pulido. Había una idea, una insólita idea, desarrollada con un ingenuo entusiasmo, a veces incluso malograda, pero más valiosa que la teoría que al profesor le había costado doce años de trabajo. El joven había hecho algo que nadie se imaginaba siquiera que fuera posible: le había dado la vuelta al problema y lo había abordado por el lado aparentemente menos accesible. Podía parecer fácil, pero no había que olvidar que el gran Lagrange había estado cuarenta años sudando la gota gorda con las integrales hasta que llegó Abel y solucionó el problema de esa misma manera. Wilk tenía ese algo que él había echado en falta toda su vida, si bien nunca lo había reconocido. «He dado con alguien más fuerte», se dijo a sí mismo en la oscuridad, pendiente de su propio pulso, cada vez más regular. Se quedó un rato respirando profundamente, agarrado al marco de la puerta, y después regresó al despacho. Se detuvo en la entrada y tiró del cortinaje de la biblioteca. Sonó el chirrido de los aros de cobre al tiempo que se iluminaba un globo lechoso bajo el techo. Los lomos de los libros brillaron en oro, negro y azul. Wilk se levantó de la impresión. La mirada le iba de un lado a otro. La biblioteca de Wieleniecki era minúscula en comparación con aquel conjunto de libros que se extendía de izquierda a derecha y de abajo arriba. ¡Cuánta matemática! Sintió un nudo en la garganta al pensar que eran libros ajenos a los que no tenía acceso.

El profesor estaba algo apartado, mirando al joven, que le sacaba una cabeza de altura. Sentía un cansancio enorme que nada podía aliviar. Quería que el otro se fuera cuanto antes. Estaba completamente tranquilo, se le había pasado incluso el nervioso carraspeo. Se le habían alisado dos marcadas arrugas junto a las comisuras de los labios. Cuando echó una mirada a las hojas llenas de símbolos, esbozados a toda prisa —los signos de integración se inclinaban como flechas—, recordó la soleada aula de la Universidad de La Haya con el verde asomando a las ventanas, la gran pizarra con su escritura menuda y la de Brouwer, y también lo que había dicho el matemático holandés sobre las grandes perspectivas y un talento que apenas si empezaba a brotar.

Apartó la lejana imagen porque tras ella acechaba un acuciante dolor.

Wilk apartó la vista de los libros. Se sentaron a ambos lados del escritorio. Rzepicki no alabó el razonamiento del otro ni tampoco lo criticó. Le hizo algunas preguntas relativas a las diferentes partes del sistema y después comentó:

—Si necesitara algún libro, puede usted venir. Leerá usted en aquella habitación porque yo no presto los libros.

Al final de la visita pareció vacilar. Miró varias veces a Wilk por encima de las gafas, intentó levantarse, se volvió a sentar y permaneció un rato sentado,

sumido en sus pensamientos, alisando con la uña del dedo índice un papel sin importancia. Cuando Wilk se disponía a despedirse, lo miró a la cara con sus ojos pequeños y vivaces y se acercó a la estantería con paso decidido, inusual en él. Sacó un volumen gordo, le dio un par de sacudidas, sopló para quitarle el polvo de arriba y lo hojeó por encima como buscando algo. Después cogió una pluma y, tras escribir en la anteportada el apellido de Wilk y la fecha, le entregó el libro diciendo:

—Cójalo, por favor. No puedo hacer nada más por usted.

Estaba tan serio y tan poco se parecía al enérgico anciano que lo había recibido que Wilk, presa de un incomprensible pánico, agarró el libro, balbuceó algo y salió corriendo. Irrumpió en el frío viento de la calle, como arrojado desde agua hirviendo a un agujero en el hielo.

Wieleniecki valoraba en los demás el dominio de sí mismos, porque no era uno de sus fuertes. Apenas Wilk se sentó en la silla, le preguntó:

—¿Y? ¿Qué le ha dicho el profesor?

Karol tardó en contestar.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada, de verdad. Se lo he explicado todo y él, nada. Me ha dado un libro.

—¿Te ha prestado un libro? —se sorprendió Wieleniecki, porque el profesor era famoso por su bibliofilia. A su propio hermano no le habría dejado salir por la puerta con un libro.

—No. Me lo ha dado, sin más. Para siempre.

—¿Qué libro?

—Me será difícil —dijo Wilk— porque está en inglés, y yo todavía no entiendo casi nada. Es sobre los grandes matemáticos.

A Wieleniecki se le pasó por la cabeza un pensamiento inaudito. «No, es imposible», pensó. Se levantó.

—¿Dónde tienes ese libro?

—Aquí.

Wilk desenvolvió el periódico que cubría el libro. Wieleniecki, en cuanto vio la verde cubierta, extendió ambas manos. Su intuición no le había fallado. Tras abrir el libro, vio en la segunda página el autógrafo de Brouwer. El libro, una historia de los matemáticos geniales de todos los tiempos, se lo había regalado Brouwer a Rzepicki en la época de sus estudios en Holanda, al considerarlo el más talentoso y el más prometedor de todos sus alumnos. Y Rzepicki se había separado de un recuerdo del que tan orgulloso se sentía. Él, al que todos veían

como a un egoísta y un misántropo desconsiderado.

Wieleniecki miró a Wilk con otros ojos. El joven estaba sentado encorvado, con la mirada inmóvil suspendida en el espacio. Su dedo, a la altura de la rodilla, trazaba algo en el aire con movimientos lentos y leves, como si estuviera escribiendo.

«Le pasó el libro como…, como si fuera un cetro», pensó el psicólogo, y un escalofrío le recorrió la columna. El acto del profesor lo desconcertó.

—Karol —dijo con voz insegura—, no eres consciente de lo que ha hecho el profesor…, de la responsabilidad que ha depositado sobre ti al darte este libro… Y… tardarás aún en comprenderlo. Deberías, no, ahora tienes que vivir solo para la ciencia…, para las matemáticas.

El joven, que ya se había levantado para salir, escuchó esas palabras en silencio y al profesor le pareció ver que a sus labios había asomado de repente una leve sonrisa. Se sintió tan desconcertado que ya no dijo nada más.

El significado de aquella sonrisa lo entendería al día siguiente. Por la noche fue a verlo Marcinów y desde el umbral de la habitación dijo solemnemente, señalando la puerta con la mano:

—Camarada doctor, está conmigo un candidato a miembro de nuestro Partido. Cuenta con mi aval y seguro que también contará con el suyo.

Entró Wilk. El profesor, boquiabierto, miraba alternativamente a uno y a otro. Marcinów interpretó que Wieleniecki tenía alguna objeción en relación con Karol y dijo que la juventud del chico no era un obstáculo, que lo conocía desde hacía tiempo y que, más importante si cabe, el padre de Wilk…

El psicólogo, que no lo estaba escuchando en absoluto, se levantó de golpe de la silla.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué has estado jugando conmigo así?

El asombro de Marcinów le aplacó un poco.

—Perdóneme, pero… En fin. El chico viene a verme desde hace meses, podía al menos haber dicho algo…

Se dirigió a Karol, que estaba de pie detrás de la silla, agarrando con ambas manos el respaldo.

—Escucha, Karol. Yo te entiendo, pero… tú no te das cuenta… Y el camarada Marcinów tampoco. Es un asunto de suma importancia. Tú no debes participar en ninguna actividad subversiva. Espera, déjame terminar. Ahora hay una guerra y todos debemos hacer lo que mejor sabemos. Unos luchan y otros realizan trabajos creativos. Voy a decírtelo abiertamente: tienes un gran talento, muy grande. Yo ni siquiera fui capaz de valorarlo. Sigues sin entender que el

profesor, regalándote el libro, hizo algo como si… No, de verdad, escuchad… —Miró a uno, después al otro—. No pienso permitirlo.

Se dirigió a Marcinów.

—Se lo explicaré todo. Él no puede ocuparse de nada que ponga en peligro…

Wilk seguía apretando el respaldo de la silla. De repente, el travesaño de roble se le rompió en las manos con un chasquido y las astillas saltaron por todas partes. Hasta él se asustó y se quedó mirando con la boca medio abierta sus palidecidos puños.

Wieleniecki se quedó callado.

—Ha sido usted quien… Sí, y yo…, para no… —balbuceó Karol.

Marcinów, sombrío, irritado, callaba.

—Ve a la cocina y prepara un té —le dijo Wieleniecki a Karol.

No se dio por vencido. Cuando se quedó a solas con Marcinów intentó convencerle de que había que desaconsejar por todos los medios a Wilk que ingresara en el Partido. Si él quería, de acuerdo, pero después de la guerra. Cuando no hubiera peligro. Argumentó, rogó. Explicó que el chico era un genio, la esperanza de la ciencia polaca. Dijo que, a su lado, teniendo en cuenta las posibilidades de Wilk, él no valía nada. El chófer estaba de pie, cabizbajo; al oír los pasos de Wilk, cogió al psicólogo del brazo.

—Basta, camarada doctor. Haré lo que pueda. Pero no prometo gran cosa, yo conocía a su padre…

Karol, al ver que Wieleniecki estaba luchando con la silla introduciendo los trozos del travesaño en el respaldo, dijo:

—Déjeme a mí. Ya lo pego yo.

—No es nada.

Wieleniecki tiró los trozos de madera junto a la estufa.

—Dime, Karol, ¿por qué has decidido afiliarte al Partido?

Marcinów lo miró expectante. Wilk se desabrochó el mono y sacó del bolsillo interior un paquetito envuelto en un grueso paño. Cuando lo abrió, aparecieron una maltratada partida de nacimiento, tarjetas con fórmulas matemáticas, una estampa religiosa y un pequeño libro forrado con un periódico oscurecido por la suciedad. Se lo entregó a Wieleniecki sin decir nada. Era ***El manifiesto comunista.***

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó el psicólogo de forma mecánica mirando el texto impreso en papel oscuro, subrayado a lápiz, con claras huellas de haber sido leído varias veces.

Karol tardó en contestar, tragó saliva.

—Me lo dio mi padre.

Wieleniecki no volvió a ver a Marcinów hasta pasada una semana. El chófer fue a su casa para comunicarle que en dos semanas llegaría de Varsovia un delegado del Comité Central. Al final de la conversación Wieleniecki le preguntó por Karol. Marcinów torció el gesto.

—Nada que hacer. Entrará en el Partido. Y yo creo que hará bien. No hay nadie demasiado bueno para el Partido.

—Pero…, pero… —El psicólogo buscó argumentos—. ¿Y qué se supone que va a hacer?

—¿Cómo que qué? Es un profesional de primera. Da alegría ver lo bien que se le da todo. Es capaz de fabricar cualquier cosa: una mina, una granada…

La rabia contenida de Wieleniecki estalló.

—¿Una mina, una granada? Usted, Marcinów, no se da cuenta del gran matemático que es ese chico…

Pero Marcinów también perdió los nervios.

—Si Hitler se sale con la suya, de mucho le va a servir al muchacho la matemática. Usted lo conoce por un lado, yo por otro. ¿Sabe qué pseudónimo ha elegido? ¡Kazimierz!

---

[2]. Plan cuatrienal, una serie de medidas económicas emprendidas por Adolf Hitler.

[3]. «Bueno, ¿qué harías por el viejo Kremin si la cosa se torciera?…»

[4]. Talón.

LA TRANQUILA CASA SOLARIEGA

¿El interior de mi imaginación? Rostros y manos,
Y en la muerte en forma de capullo los labios.
Cantos de muertos, noches de silencio, sueños de pena
Y la cabeza separada del cuerpo - la Tierra.

¿El interior de mi cuerpo? Paisaje de electrones,
Quantums muy solitarios, movimiento sin estrellas,
Donde en realidad flores del oído crecen negras,
Y, animales nocturnos, brotan bajo los párpados los sueños.
Y los blancos bosques de nervios, estas raíces del rostro.
Y arroyos purpúreos fluyen entre recuerdos.
Y el hueso: roca caliza que agarrará tras de mí
Mi soledad y la oscuridad...

***6.VIII.32**. Ni un céntimo. Cocaína tampoco. Estaba el nivel IV de mi escala. Quería vender el broche de Krystyna. Escándalo y reproches. Me en fadé. Después ella quería y yo no. Al final tengo cocaína para una semana y he roto con Krystyna.*

16.IX.32. Llamada de Kr. Le dije que no. Cóctel en el Penclub, la invitación la trajo Jerzy, el de Ostawnicki. Yo no quería ir, pero él dijo

que eso era justo lo que esperaba el viejo, por el escándalo con Duhamel el año pasado. Fui. Francés varsoviano, vino sulfuroso, apreturas. Ostawnicki hablando de la antigua lírica japonesa con un holandés. Pregunté si no veían cuánta gente del tipo «entre» había allí. Le dio mala espina, pero preguntó a qué me refería. «Gente del tipo argamasa —dije —, sin una existencia propia. Su vida es un aglutinante social.» Aquello le gustó al holandés. Encontramos un lenguaje común; le dije además que estábamos rodeados de agujeros. ¿Qué entiendo por eso? Muy simple: cuando estoy solo me lleno de Contenido, y la mayoría de las personas son agujeros en mi soledad por los que se escapa toda la sustancia. Ostawnicki pensó que la cosa iba con él y se enfadó. De puro aburrimiento fui a ver a Krystyna. Todo como siempre. Después, en casa de Wieleniecki. Me sentó bien.

Cartografía:

Existen muchos sistemas cartográficos que intentan proyectar la superficie tridimensional de la Tierra en una superficie bidimensional. Eso hace inevitables ciertas distorsiones. En la proyección de Mercator, por ejemplo, las áreas polares aparecen antinaturalmente agigantadas: Groenlandia iguala África. Otros sistemas presentan errores diferentes. Estos se dan de forma más visible cuando se intenta proyectar en un plano todo el globo terráqueo, mientras que las proyecciones de fragmentos pequeños son relativamente fieles. Sucede lo mismo con las ideas de la gente sobre el mundo. La imagen de los pequeños fragmentos es parecida para todas las personas. Las grandes diferencias y distorsiones empiezan cuando se intenta hacer una «proyección ontológica». Los cartógrafos pueden confrontar el mapa con el globo terráqueo e identificar así los errores del método. Un filósofo no puede realizar una confrontación similar.

22.xi.32. Fui al parque, pero salí corriendo porque estaba completamente contaminado de gente. Por la tarde, Henryka. Regresé de su casa de noche. Todo vacío, oscuro, solo los faros del coche iluminaban el carril que teníamos delante. Concentrándose en aquella luz, uno perdía la sensación de velocidad. Era un modelo espacial del tiempo: el coche

era el presente, aparentemente inmóvil, un presente en el que yo atravesaba la insondable, infinita y oscura superficie del tiempo.

Un día de diciembre. Vino a verme un joven poeta para pedirme consejo. Me conmovió, ¡caray! Inquietante amplitud de metáforas. Bastante buenas, pero no se lo dije. Que se caliente los cascos un poco. Cuando se fue, vino Jerzy, enviado, claro está, por Krystyna. Lo eché.

Algo así como mediados de diciembre. Una idea para ***Experimento:*** la vida se compone de islas incomunicadas. Resulta imposible saciar el hambre del ayer, satisfacer los deseos pasados. Sale la segunda edición de ***Reflexiones sobre la creación de estados.*** Vino una señorita con el álbum para pedir el autógrafo. Quería entregárseme. Le dije que no tenía tiempo. Si los pensamientos humanos se pudieran ver en las cabezas, parecerían fideos apelmazados.

La muerte aparece en la imaginación humana como una mirada en el espejo: al otro lado uno se ve a sí mismo o ve la oscuridad.

20.XII. ¿O acaso no? Estuvo Staszek, muy sincero, porque lo van a operar. Después Wieleniecki. Soltó un sermón de media hora sobre la fidelidad a uno mismo. Me cae bien, pero nuestra relación no es incondicional. No se puede tomar en serio a un tipo que cree en el paraíso comunista.

2.I.33. Empecé ***Experimento.*** Ya no escribiré más para ellos.

6.VI.34. Estreno de ***Flores.*** Llamó Wład. para decir que el semanario está agonizando. ***Experimento*** está en la editorial. Le dije a Wład. que el dinero tenía que estar sí o sí. ¡Que robe cucharillas!

8.VI.34. Después del primer acto aparecieron los críticos para olfatearme. No sé si llegarían a diez las personas que entendieron ***Flores.*** Buz. quería que todo el mundo le dijera si le había gustado. Por la noche, un imbécil de ***Gazeta Polska.***

23.IX. Volví de la Península de Hel. Perdí kilo y medio. A Henryka le di un poemario y le escribí «Te vas… Tus pájaros se apagan…», el poema que salió en ***Wiadomości.*** Creí que me daría algo de material, pero le dio un vulgar ataque de histeria. Le dije que siempre me había preocupado por el espíritu. Cuando yo acariciaba su cuerpo, era ese espíritu el que sentía placer. Vino Jerzy, el de Ostawnicki, y dijo que no había visto nunca un fracaso como el de ***Flores.*** Monté en cólera innecesariamente. Me gritó en las escaleras que me arrepentiría. Le

pregunté por la ventana si era cierto lo que decían de que engañaba a Ostawnicki con Małycz. La gente empezó a pararse. Jerzy salió corriendo.

28.XI. Fui a ver al tío paterno de Ostawnicki. Me gustan los pisos antiguos, son como la barriga de un gato embalsamado. Las sillas con patas de garra, los estores como los de Valery. Tío: anciano canoso y peludo, con cara de supositorio de glicerina. Hija: rubia astringente y áspera con sabor a cucharilla de cantina de estación. Jerzy me llevó a casa en trineo. Estrellas como un congelado sonido de cascabeles. Estuve escribiendo hasta las tres de la mañana, algo haré con todo eso.

2.I.35. Estaba escribiendo ***Diálogos con la muerte*** cuando llegó la delegación. Resulta que ese joven poeta es comunista. Ahora está en la cárcel. Me negué a firmar la petición. ¿Por qué yo?

18.I. Llamó Wieleniecki para pedirme que firmara. Se me llevaron los diablos.

Atención: el mundo existe porque lo dilata un río de gente que va hacia la muerte, igual que la sangre dilata las arterias.

A CÁMARA RÁPIDA:

El nacimiento del ser humano: disparo con un cañón obsceno. La vida: trayectoria balística. La muerte: aplanamiento de la trayectoria.

4.III. Grandes saraos en honor a le Valois, astrónomo invitado al congreso de la Academia Polaca de Artes y Ciencias. En la puerta me aborda el secretario: «Señor Sekułowski, el presidente le ruega que todo sea ***comme il faut***». —«¿Qué quiere decir?» —«Yo no lo sé, pero le Valois está enfermo del corazón, además es un marqués y hay que dirigirse a él como "Su Excelencia"». —***Mais sûr, mais sûr.*** Le Valois en la cena: «Tal como yo lo imagino, el Universo está achatado como un esferoide giratorio». Yo: «Su Excelencia, esta afirmación dice más de la forma de su imaginación que de la forma del Universo». Lo del corazón debió de ser una exageración.

23.III. Tygodnik se fue a pique. No hay dinero, solo hay sellos de correos que los grafómanos de provincias enviaron como respuesta. Ostawnicki vive de eso, pero no deja vivir a nadie más. Tengo que salir de aquí porque, de lo contrario, me ahogaré en esta pocilga local. A aquel

joven le cayeron cinco años o algo así. Un idiota.

18.v. Tengo el pasaporte. Mezclé cocaína con dolantina, el dolor de cabeza era insoportable. Parece que he perdido a Wieleniecki. Me voy el domingo.

12.x.35. Italia me ha venido bien. ***Los diálogos*** saldrán en otoño. Una tirada grande: 1500. He conocido a la mujer de Mościcki, el presidente; un tema para la novela ***Úteros***. Ha vuelto Henryka, esta vez con el marido. ¡Qué cretina! Por la noche, una perla grande. Unos días antes de mi llegada fue el entierro del tío de Ostawnicki. Primero murió un poco (un infarto), después a medias (una apoplejía) y finalmente del todo. Fui con Jaga a ver las propiedades. Ostawnicki, con las llaves, estirado: «Aquí está la plata. Este oso lo mató el viejo». ¿Cómo que el viejo? Se lo compró a un comerciante judío. Ostawnicki siempre había sido un canalla, ahora se ha superado a sí mismo. Se le escapó sin querer que por fin ya no tendría que escribir. De vuelta a casa me estuve riendo todo el camino. Jaga empieza a ser aburrida. El ánimo, a pesar de todo, II.

30.x. Me gustaría ser al mismo tiempo tan sensible y tan duro como una fibra de cuarzo. Sigue habiendo marea baja.

SOBRE MÍ:

El maestro Ki de Nan-Po, mientras vagaba por las colinas del país de Shang, vio una mañana un árbol mayor que otros. Mil vehículos podían resguardarse bajo su sombra. El maestro Ki dijo:

—¿Qué árbol será? Seguro que tiene una madera muy especial.

Levantó la mirada y vio que las ramas del árbol estaban retorcidas y llenas de nudos y no servían para hacer tablones. Miró hacia abajo y vio que las grandes raíces del árbol se extendían en todas las direcciones de manera que no se podían tallar ataúdes con ellas. Se metió en la boca una hoja y se dio cuenta de que su sabor era amargo y acre. La olió y durante tres días le dolió la cabeza. El maestro Ki dijo:

—Créanme, he aquí un árbol con el que no se puede hacer nada. Gracias a eso ha alcanzado su enorme tamaño. La gente espiritual es un material igual de inútil.

Allí acababa la página. Stefan levantó la vista del cuaderno y se quedó contemplando las colinas, azuladas por la lejanía. El bosque cubría sus elevaciones y hondonadas como el negro pelo de un cordero. El sol estaba todavía bastante alto, pero en el poniente pequeñas nubes ya iban oscureciendo como mechones de la noche que se acercaba.

Conocía el contenido del cuaderno negro tan bien que podía acabar todas y cada una de las frases de memoria. Quedaba apenas una decena de comentarios escritos con letra ilegible, probablemente a oscuras, tal como habían asaltado al poeta y tal como este los había recogido garabateando, a falta de lápiz, con la punta carbonizada de una cerilla.

Stefan no sabía muy bien cómo había llegado a ser el heredero de Sekułowski. Habían pasado varios meses desde que huyó de Bierzyniec, unos meses tan desprovistos de acontecimientos que el tiempo transcurrido se iba convirtiendo en un tubo vacío y cada vez más largo, a través del cual observaba los sucesos del sanatorio, inmovilizados en la última y sangrienta escena. De Nosilewska se separó al día siguiente, en la estación en la que ella se subió al tren de Varsovia. Él, por su parte, fue a casa de su tío paterno, Ksawery. Quería volver a casa pronto, pero esa intención se fue evaporando de forma inadvertida. No la sustituyó ninguna otra decisión: Stefan, simplemente, vivía al día, sin planificar nada. Primero en sus cavilaciones antes de quedarse dormido, y después ya plenamente despierto, empezó a acomodar sus pensamientos a las ilusorias categorías de la mente del poeta asesinado. Justificando su final con un silencio absoluto, se sintió más cercano a él; un tratamiento así de la traición exigía indudablemente grandeza de espíritu.

La segunda parte del cuaderno negro estaba repleta de iniciales, de nombres de mujeres; entre las líneas aparecían esbozados dibujos de cabezas; las últimas páginas correspondían a un ensayo con el muy prometedor título de ***El marciano,*** un ensayo desgraciadamente taquigrafiado, por lo que Stefan no pudo leerlo. Tenía previsto hacer una copia, o, mejor dicho, calcar fielmente el ensayo y desmenuzarlo en fragmentos tan pequeños que no fuera posible sacar de ellos nada fundamental. Repartiría esos fragmentos entre varias personas que supieran taquigrafía. De momento, la indescifrabilidad de aquella parte, quizá esencial, del cuaderno le resultaba necesaria. La mera contemplación de unos jeroglíficos incomprensibles que recordaban el gráfico de un electrocardiograma, los diagramas del funcionamiento de un corazón enfermo, tenía algo del misterio de la resurrección.

Inclinó la cabeza y hojeó con el pulgar un raudal de susurrantes páginas en

las que, con el rápido movimiento, la escritura se estremecía y serpenteaba como con vida propia. Levantó la mirada. Una vaca grande y manchada iba por la carretera y con movimientos pendulares de la cabeza arrancaba la hierba de la cuneta. Corría tras ella un vaquerizo con una vara. Miró atentamente a Stefan, y acto seguido la vaca hizo lo mismo. Stefan, que no pudo evitar sentirse incómodo, se levantó y se fue. Tras dejar atrás un pequeño bosque de abedules, cerca de un cruce de caminos, vio un retorcido sauce, carcomido desde hacía años por algún mal de la madera que lo llenó de nudos y resquebrajó su tronco hasta la blanca médula. La chapa que protegía una capillita sujeta al sauce cimbreaba impaciente como si estuviera a la espera de una ráfaga de aire más fuerte con la que volar hasta el pálido cielo. Stefan caminaba despacio hacia la encrucijada, concentrado en el suave canto del viento. Se preguntó de repente si Sekułowski habría sido un gran poeta de haber sido conocido únicamente por personas como el vaquerizo al que acababa de ver. Aquella pregunta, quizá por lo desierto del lugar, resultó a un tiempo apocalíptica y burlona. Salió de su ensimismamiento: se encontraba justo frente al sauce-capilla, y sobre su cabeza repiqueteaba la oxidada chapa. Quiso arrancarla, pero pensó que alguien lo podía ver y se correría la voz por toda la aldea de que los invitados del doctor que no pisaba la iglesia destrozaban las capillitas. Así que se metió las manos en los bolsillos y dio media vuelta tranquilamente en dirección a casa.

En el comedor, en medio de unos pesados sillones de cuero, sentado en una mecedora de caña, estaba su tío. Ahuyentaba perezosamente las moscas mientras escuchaba los crujidos del altavoz de cartón, recorrido por reflejos de luz que llegaban desde la superficie del acuario.

—¿Usted, tío…? —empezó Stefan, pero el señor Ksawery hizo un enérgico gesto con la mano.

—¡Después! ¡No molestes!

El altavoz gruñó.

—Hier spricht der Gross deutsche Rundfunk. Angeschlossen sind die Sender Böhmen-Mähren, die Sender des General-Gouvernements, die Sendergruppe Ostland, der Hauptsender Ukraine, ferner die Sender der besetzen Westgebiete, der Dänische Rundfunk, der Flämische Rundfunk, der Norwegische Rundfunk, die Sender Weichsel und Donau sowie die Soldatensender Martha, Gustaw, Ursula und Lappland. Sie hören das Konzert für die deutsche Wehrmacht.[5]

—Hay que tener ganas de escuchar eso —dijo Stefan con acritud.

El altavoz chirrió atragantado por la atronadora música militar.

—Stefan —dijo el viejo médico balanceándose rítmicamente bajo la avalancha de la metálica fanfarria—, tienes la camisa manchada de sangre. Te lo tengo dicho, déjate de cuchillas y coge mi navaja de afeitar.

Stefan se miró en el espejo, vio unas elocuentes manchas rojizas en el cuello de la camisa y numerosos arañazos en su propio cuello. Suspiró. No tenía ya cuchillas nuevas, así que se afeitaba con cuchillas poco afiladas y la navaja le daba miedo.

Se detuvo en la puerta.

—Tío…

—¿Qué?

El viejo no abrió los ojos, sumergido en la atronadora catarata del coro marcial de las voces de los bajos que clamaban: ***Zweitausend Kilometer die Front in Russland…***[6]

—Usted ha oído el informe de la Wehrmacht?

—Sí, lo he oído.

—¿Y?

—Lo mismo.

—Es decir, ¿qué?

—Nada.

Stefan se molestó y salió, pero antes de que la puerta se cerrara tras él su tío abrió los ojos y dijo con gran satisfacción:

—Stalingrado resiste.

Arriba, en su habitación, Stefan sacó de debajo de la cama una maleta y empezó a hurgar en ella. Con cada esfuerzo, cuando el cierre no saltaba, cuando se le enganchó una manga en un alambre que sobresalía del somier, le asaltaban reflexiones sobre la futilidad de la existencia. Ojalá pudiera, por ejemplo, dejar de respirar para siempre, pero era imposible, porque te empiezas a ahogar y eso es desagradable. Se sentía como un anciano que, tras una vida larga y sufrida, deseaba su merecido descanso eterno y al que no se lo permitían. ¿Pero acaso no resulta superfluo todo? Las cosas siempre empiezan bien y salen mal. Haces una cuerda para saltar a la comba y te sale una soga para ahorcarte.

Sacó una camisa azul marino, la podría llevar mucho tiempo. No estaría mal ponérsela con una corbata a rayas color limón, pero ¿para qué? ¿Para quién? Fue a suspirar, pero al ver un rayo de sol que se coló en la maleta abierta encendiendo los colores chillones de las corbatas cortó en seco, absorto.

Por la noche, su tío, con un batín a la manera de casaca con alamares y borlas de seda, parecía estar poniendo orden en su trasnochado escritorio, pero en

realidad, como sabía muy bien Stefan, estaba sumergiéndose en el pasado. En el fondo del cajón inferior estaba su apergaminado diploma de doctor «Summis auspiciis Imperatori Francisci Iosephi», con un gigantesco sello de olorosa cera roja en el que en su día Stefan hizo unos agujeros. Cuán misterioso le pareció entonces aquel diploma metido en un tubo de hojalata, y el susurro del montón de amarillentos papeles en los cajones, y las cajitas de desconocido contenido ocultas tras la persiana de madera del escritorio que caía con el estruendo de una cascada. Ahora todo eso era vanidad, polvo, nada.

Cenaron en silencio. Después del café, el anciano se puso a recoger las migas del mantel. Stefan, que se había atiborrado de puro aburrimiento, observaba sus progresos. Con un panecillo tierno recogía las migajas más duras. Finalmente, fijó sus ojos azules y enrojecidos en su sobrino y le preguntó:

—¿Te he hablado de Sonnenblum?

—No —dijo Stefan con sosegada resignación.

Su tío siempre iniciaba así sus recuerdos de médico, que se prolongaban, en más de una ocasión, incluso hasta medianoche. En medio del silencio, interrumpido por el somnoliento tictac de un reloj de péndulo, el señor Ksawery empezó a hablar, al principio en voz baja y de forma flemática:

—Era un cirujano… Tenía setenta años bien cumplidos, pero no había nadie que hiciera laparotomías como él. Estuve con él como voluntario. En Viena… Una vez le salió un forúnculo en el cuello. Pequeño, pero molesto, porque en aquella época se llevaba un tipo de cuellos altos, ¿sabes?

Con los dedos de ambas manos mostró cómo eran.

—«Permítanos, Vuestra Magnificencia, y lo cortamos en un visto y no visto», le propuso Houlka, su ***privatdozent,*** un tipo con un bigotito… Y el profesor se giró y lo frenó con las manos: ***Nur nicht mit dem Messer,*** «nada de cuchillos», dijo. «Ya se curará solo»… ¿Y cuántas operaciones habría hecho en su vida? —preguntó su tío, y estaba claro que lo hacía por motivos didácticos—. ¡Solo en mi época varios cientos! ¡Como para contarlas! Anos artificiales, sin ir más lejos, unos veinte. Pero no permitió que lo rajaran…

Con una sonrisa serena nacida de los recuerdos, continuó esta vez con más brío:

—Sí, sí… Así es la medicina… Vino a verme una anciana de noventa años. Que si aquí me duele, que si por aquí me molesta, que si aquí siento unos pinchazos, que si por la noche no puedo pegar ojo. ¿Qué hacer? Para la vejez no hay medicamentos. Le receté luminal, para que al menos durmiera. Volvió a verme y le pregunté qué tal dormía. La abuela empezó a quejarse. «No duermo

nada, estoy agotada…» «Pero ¿cómo es eso, no funciona el luminal? Es imposible…» «Oh, no, señor doctor, no lo he tomado porque no quiero habituarme…» ¿Entiendes? No quería habituarse, la pobre mujer tenía noventa años y no quería habituarse al luminal…

Se puso serio, se quedó observando el barrigón mate del aparador negro de roble.

—Y después me la quitó Niwikowski. ¡A quién no le quitaría pacientes! Ya sabes, solía venir los veranos a trabajar por aquí. Pasaba consulta durante todo el mes de julio en la escuela, porque estaba vacía. Fue así en 1926. En aquella época se hicieron populares los rayos X y los campesinos se pasaban el día asaltándolo: «Señor doctor, ¿y si me pasa por esa luz para recuperar fuerzas?, no puedo con mi alma…». Así que les hizo lo de la luz aquella en la escuela…

—¿Rayos X? —preguntó Stefan.

—¡Qué va! ¿De dónde los iba a sacar? Oscureció la sala, les daba para que agarraran con una mano un paraguas abierto y a la voz de «¡Sostén la pantalla!» alumbraba con una linterna de caza los ojos y el pecho del campesino…

Su tío empezó a reír de tal manera que hasta tuvo que agarrarse a los brazos de la mecedora. Se quitó una lágrima que colgaba de sus pestañas y prosiguió:

—Pero qué digo… ¿Crees que no ayudaba a la gente? ¡Es increíble, pero ayudaba! Yo tenía entonces a un anciano con cáncer de tiroides, ya no podía hablar, solo carraspeaba. Pilló, como no podía ser de otra manera, una traqueobronquitis purulenta, fétida, ya sabes. Niwikowski también me lo quitó. Cuando regresó a la ciudad, el pobre hombre volvió conmigo. Todavía dos semanas antes de morir recordaba agradecido al doctor de la luz: «Me siento un pelín más ligero… Y tengo menos ronquera… Y no estoy tan agotado por la noche». Total, que le ayudó aquella luz. ¡Ay, Niwikowski! Decían que cuando iba a ver a un paciente, lo primero que hacía era una valoración de los muebles y las alfombras. Una anamnesis inicial, en cuanto a los honorarios, claro está…

El reloj empezó a dar la hora, un sonido desbordante llenó el comedor. Su tío esperó pacientemente y, cuando el eco metálico vibraba aún en el interior de la caja donde aparecía rítmicamente el dorado disco del péndulo que arrojaba un luminoso reflejo sobre el mantel, arqueó sus pobladas cejas blancas y dijo con voz lúgubre:

—Niwikowski, al menos, era un tipo alegre, pero Turek… Hizo la especialización con Muczkowski, y después se fue por su cuenta. En cuatro meses le quitó la mitad de los pacientes. Puso a unos captadores delante de su puerta.

—¿Captadores?

—Ya te he hablado de ellos, eran rufianes a sueldo, pero tú nunca te acuerdas de nada —se irritó su tío—. Pagaba por cabeza. Y encima su suegra tenía una tienda de porcelana y en cada taza que vendía metía una tarjeta con la dirección. A su esposa la mandaba a la estación a hacer guardia para que le enviara a los viajeros a la consulta. Tenía un acuerdo con un radiólogo y este, en caso de necesidad, manipulaba el diagnóstico. ¡Cuántos ovarios, cuántos apéndices no extirparía innecesariamente! A la esposa de un mayorista de pieles hizo que la transportaran del pueblo al hospital, en un coche llamado a propósito, para meterla en el quirófano lo más rápido posible, no fuera que el flemón reventara solo y se le escaparan los honorarios… Era un auténtico canalla. Incluso en un ambulatorio gratuito captaba pacientes, yo era incapaz de entenderlo, tenía la sala de espera a rebosar y, de todas formas, no podía atender a todo el mundo. «Sí», me dijo, «pero es como arrancar una manzana más del árbol, soy incapaz de controlarme…». Siempre se enfadaba con Bojanowski.

Llegado a ese punto, su tío se movió, acarició la cortina de terciopelo cuyos pliegues colgaban junto al brazo de la mecedora y suspiró.

—Bojanowski, sí, sí… Los niños le tiraban piedras cuando pasaba porque iba siempre sin afeitar, cargando leña bajo el brazo.

—¿Qué dice, tío? —Stefan, al que las últimas palabras le habían llegado cuando empezaba a quedarse dormido, se espabiló de golpe.

—Llevaba algunas gavillas de leña bajo el brazo. Era obstetra. Vivía en Dworniki, en un barrio obrero. Cuando una mujer daba a luz, no había quien vistiera al bebé, calentara agua… Así que él llevaba leña. No aceptaba dinero y por eso no tenía ni qué ponerse. El Ayuntamiento correría en su momento con los gastos de su entierro…

Se hizo un silencio. Stefan acababa de cazar con la mirada un alargado y brillante rayo de luz dispersado por el espejo que colgaba tras su tío, en la pared entre las ventanas, un rectángulo de pesado vidrio con su capa de azogue y unas hojas de cristal talladas en los bordes. Titilaba allí en las incisiones el arco iris que Stefan, con ligeros movimientos de la cabeza, convertía ya fuera en un rojo inflamado, ya fuera en un violeta claro, ya fuera en un repentino fulgor verde. Los colores le temblaban en las pestañas. Permaneció sentado un rato más, pasando con los ojos de forma mecánica de color en color. Ya iba a levantarse cuando su tío habló en voz baja, apenas audible:

—Stefan… Łądkowski, ese profesor… ¿Qué pasó con él?

Stefan se estremeció. De aquello no habían hablado nunca.

—Lo llamaron —dijo vacilante—. Después se oyó un disparo. Un psiquiatra

alemán dijo que lo llevaría a Bierzyniec. No se sabe qué pasó exactamente. Más tarde encontraron su cuerpo, yo ya no estaba allí, sabe usted…

Ksawery levantó las pobladas cejas, pero no lo miró. Stefan se quedó esperando más preguntas y cuando no llegaron se levantó y se acercó a la ventana. Junto al alféizar, sobre una pequeña columna salomónica, había una escultura, un dragón pseudochino con un negrito sobre su lomo. A Stefan no le apetecía subir a su cuarto. Lo paralizaba la idea de una habitación vacía. Prefería quedarse allí, hurgando absurdamente con el dedo en la boca medio abierta del dragón de madera. Recordó que le tenía miedo cuando era niño. ¡Qué lástima de criatura! El pobre tenía una cara tan bondadosa, tan tontorrona…

Su tío estaba alisando su bigote ralo y canoso con la capucha dorada de un minúsculo lápiz, primero a la izquierda, después a la derecha.

—Stefan —dijo con una inesperada suavidad en la voz—, me parece que tendremos que separarnos.

Stefan, medio vuelto hacia la ventana, se quedó petrificado al instante cuando llegaron hasta él esas palabras.

—¿Sabes que hoy he recibido una carta de Anzelm? ¿No lo sabías? Él quería venir, pero cambió de idea, parece que…, bueno, que te guarda rencor. Yo no sé por qué, escribió que tú sabías el motivo. A pesar de eso, piensa en ti y quiere ayudarte, es decir, ayudarte a que te instales en algún sitio de una manera más estable, ya sabes…

Su tío juntó las manos, las entrelazó y, tras un segundo de silencio, prosiguió:

—Yo quería que te quedaras aquí hasta que todo pasara, pero la cosa se va prolongando. No hace mucho, el *kreishauptmann* preguntó por ti, me lo quité de encima como pude, ni siquiera te lo dije, para qué. Otra cosa es que no augura nada bueno cuando un alemán empieza a interesarse por alguien. Joven, al parecer médico, se pasa el invierno y el verano en el pueblo, no tiene consulta, no atiende a pacientes, no pone un pie en la calle, evita a la gente… Todo eso se va sabiendo, empiezan las habladurías, que si esto, que si aquello…

—Pero ¿qué exactamente? —preguntó enérgicamente Stefan, preocupado.

—Tonterías, en fin, la gente habla, no sé, llevo tiempo oyendo de todo: sobre esos obreros que los alemanes buscaban en Bierzyniec, sobre que tú tenías algo que ver con el Pościk ese del bosque; era algo que no me interesaba y no dije nada, ya sabes. Pero la gente se pasa la vida cotilleando hasta que las cosas llegan a oídos indeseados. He estado pensando últimamente si no intentar encontrarte un empleo en esta zona, el puesto de médico de empresa en la fábrica de Bierzyniec,

pero no es precisamente un buen lugar, allí todo el mundo te recuerda del hospital y podría llegar a oídos de los alemanes.

—¿Pero qué…? Si yo no he hecho nada —dijo Stefan sin mucho convencimiento. Estaba junto a la ventana, con los brazos caídos.

—¡Míralo él! —Su tío empezó a alterarse—. ¿Y se puede saber qué hizo Łądkowski, qué hicieron todos ellos? Eres testigo de un crimen, querido, lo viste todo con tus propios ojos. Los alemanes tardan en olvidar a gente así. Pero bueno —se calmó un poco—, no ha pasado nada, nada concreto, simplemente lo estoy sopesando todo: por un lado, esto, y por otro, lo que me escribe Anzelm. Sabe de alguien que podría encontrarte un buen puesto, y eso no es moco de pavo. Tu padre se las ve y se las desea para seguir tirando, tu madre vive en casa de su suegro, todo sería distinto si ganaras dinero y pudieras mantener la casa, o al menos ayudar un poco a tus padres. ¿No has pensado en eso?…

Stefan no decía nada.

—Ese hombre… Yo lo conozco. Fue apoderado de Anzelm hará cosa de dieciocho años. Se encargó de liquidar su patrimonio cuando surgió esa historia con los deudores, el juicio, etcétera. Sospecho que, de paso, amasó una pequeña fortuna, a costa de Anzelm, claro está. Por otra parte, Anzelm se da perfecta cuenta de ello, pero tú lo conoces: si alguien le gusta, es capaz de perdonarle muchas cosas. Con tal de que no sea pariente… Bueno, dejémoslo. Escucha. Anzelm se topó con él y escribe que ahora es un pez gordo, uno de esos millonarios que han surgido durante la ocupación. Está a partir un piñón con los alemanes, es generoso con la Resistencia cuando quiere, es capaz de sacar a gente de la prisión de Pawiak, e incluso de un campo de concentración, a Anzelm le tiene simpatía, por eso de que empezó con él y se separaron como amigos. Anzelm tiene buen ojo para la gente, hay que admitirlo. Ese hombre, escribe Anzelm, no es un santo, todo lo contrario, pero se mantiene alejado de sus antiguos pecados: se ha enriquecido, así que se ha vuelto más honrado y responsable. Transmite cierta confianza.

—Vale, pero ¿qué tengo que ver yo con todo eso? —preguntó Stefan. Presentía que la familia estaba urdiendo una trampa para quitarle su independencia.

—Pues que él se va a ocupar de ti. Sabes cómo son las cosas ahora: pacificaciones y ejecuciones en las aldeas, en las ciudades redadas, la vida humana no vale un céntimo. Y junto a un hombre así, estarás a salvo…

—¿Y qué queréis, que haga negocios con su ayuda? —Stefan abrió los ojos como platos. Se habría echado a reír si no fuera porque no estaba para risas.

—¿Quién ha dicho nada de negocios? Simplemente sabemos que no estás muy preparado para la así llamada vida, y menos en los tiempos que corren… Has pasado ya por una historia terrible y me gustaría ahorrarte experiencias parecidas en el futuro…

Stefan se estiraba la ropa, se mordisqueaba los labios, frotaba un dedo contra otro.

—Pero, concretamente… —empezó de nuevo—, ¿qué tendría que hacer yo con ese…, con ese apoderado? ¿Hacer de secretario, o qué? Porque yo tengo una profesión. Soy médico.

—Sí, querido, eres médico. Lo eres. ¿Y qué? El tal Dolaniec, porque se llama Dolaniec, tiene pensado venir por aquí un día de estos para tratar unos asuntos suyos. Aprovechará para pasar a verme y entonces podremos hablar los tres. ¿Por qué me miras así? ¡No tengas miedo, nadie pretende hacerte daño! Si no quieres, no. ¿Pero no crees al menos que merece la pena escuchar a un hombre de mundo, bien relacionado, con mucho poder?

Stefan balbuceó algo ininteligible. Cuando se dieron las buenas noches, fue a su cuarto y se pasó tiempo dando vueltas en la cama. El inminente cambio de su destino, e incluso la mera posibilidad de ese cambio, le inquietaba mucho. Tras decirse a sí mismo que no aceptaría ninguna propuesta del desconocido protector, se quedó dormido.

Se despertó al rayar el alba. Aturdido por el sueño, se quedó con la mirada clavada en la ventana. La pared izquierda de la habitación se veía cortada bruscamente por un tejado bajo cercano a los cristales, acariciados silenciosamente por unas ramas. A medida que iba clareando, la habitación se hacía más grande. Le pareció que estaba en el interior de una esfera que emergía lentamente del fondo del océano. Al otro lado del cristal, las aguas azuleaban en un violeta frío. Las ramas de los árboles se transformaron en algo que no acababan de ser ni jarcias de un barco elevándose con la esfera ni brazos de medusas, hasta envolver, inmóviles, la batisfera con ramitas negras de coral. En medio de un silencio creciente y cálido, Stefan luchaba contra el sueño que volvía a apoderarse de él. Sus pensamientos se salían de las vías, terminaciones sin sentido se adherían a las frases, hasta que se le pasó por la mente:

—La conciencia sumergida en el sueño experimenta una pérdida de sufrimiento igual… al peso… de la muerte… desalojado por la misma…

Se quedó dormido con la confusa sensación de haber descubierto una gran verdad que olvidó inmediatamente, para siempre.

El invitado al que estaban esperando tardaba en aparecer y, pasados unos días, la excitación de Stefan, cuidadosamente disimulada, se disolvió en el aburrimiento cotidiano. Ocho o nueve días después de la conversación con su tío, Stefan estaba sentado en la sala de estar haciendo solitarios. Ya habían cenado, eran casi las nueve de la noche. De repente se oyó el sonido de un motor de automóvil. Stefan se puso de pie en el acto; su tío salió de la habitación contigua sin ocultar su nerviosismo, apagó la llama de la lámpara de un soplo y descorrió un poco la cortina que no dejaba entrar la luz de fuera. Por la calle avanzaba la silueta oscura y grande de una limusina cuyos faros refulgieron al girar; luego redujo la marcha y se detuvo enfrente de la puerta. Los faros delanteros se apagaron, pero un foco lateral giró lentamente y barrió de arriba abajo con su cegador ojo la silenciosa y oscura casa. Stefan, reteniendo la respiración, vio a su lado la pálida cara de su tío iluminada por el foco. Después se oyó un sonoro portazo y dos siluetas se alejaron de la limusina en dirección a la casa. Al mismo tiempo, la luz se apagó, el motor rugió y el vehículo, precedido por un luminoso haz en movimiento, se fue. Ambos, tío y sobrino, respiraron con alivio; el señor Ksawery salió al vestíbulo y Stefan se puso a encender la lámpara —cosa que hacía con bastante torpeza, pues se le rompían las cerillas, una tras otra—, hasta que centelleó una diminuta llama. Seguía hurgando en la lámpara cuando entraron y se quedó inmóvil, con los brazos en alto, frente a los recién llegados.

Eran dos hombres con gabardinas amplias, de corte parecido. El más alto, además del sombrero, llevaba en la mano un maletín plano de bordes redondeados, forrado con una tela clara. A Stefan le llamó la atención la belleza de aquel hombre, resaltada por un fular blanco de seda que le rodeaba el cuello con desenfadada naturalidad. Tenía un bigote fino como un aguijón, que parecía cuidado con una determinación burlona, unos pómulos sutiles y armoniosos, unos labios rojos y femeninos, y un mentón muy afilado. Cuando llegó a la puerta e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, en su rostro se reflejaba una elegante amabilidad que se sobreponía al aburrimiento, subrayada además por una leve y cautivadora sonrisa no dirigida a nadie en particular, sino presente en su cara ya antes, en la calle, como si ese joven le estuviera sonriendo con discreta satisfacción a un recuerdo tan cruel como divertido.

El otro hombre se acercó a Stefan y, tendiéndole la mano, dijo con voz profunda y cálida:

—El señor Stefan Trzyniecki, ¿no es así? Soy Dolaniec.

Stefan, confundido y sorprendido a la vez, posó su mirada sobre él. La edad de Dolaniec era imposible de adivinar, podía tener tanto treinta cinco como

cincuenta años. Su tez era oscura, su cara más bien delgada, aunque parecía más ancha, sobre todo cuando hablaba; tenía una nariz aguileña; sonreía de una manera que permitía ver al mismo tiempo unos dientes tan blancos y tan rectos que no parecían naturales y unas arrugas profundas y oscuras alrededor de los ojos que contradecían sus movimientos vivaces y la sonoridad de su voz. Estrechó cordialmente la mano de Stefan y se dirigió al señor Ksawery:

—¿Me permite? Me he tomado la libertad de venir con el licenciado Żachliński, mi inseparable compañero de viaje… Veo que no les han advertido de nuestra llegada; será que el mensajero prefirió el vodka de alguna taberna a caminar por los bosques…

Se sentaron a la mesa arrastrando las sillas e intercambiando comentarios sin importancia, mientras el ama de llaves del señor Ksawery colocaba sobre el mantel unos platos y una cesta de pan; fue a la cocina y regresó con té en una bandeja.

Stefan estaba sentado en el lado estrecho de la mesa; a la derecha tenía a su tío, enfrente al hombre joven, al que Dolaniec llamaba licenciado Żachliński, y a la izquierda al propio Dolaniec. Cuando el señor Ksawery le pidió noticias de Varsovia, Dolaniec, sin dejar de untar mantequilla en el pan, dirigió su mirada penetrante al viejo médico.

—No venimos de Varsovia —explicó entre bocado y bocado—. Llevamos en Berlín desde el lunes pasado. ¿Era lunes, verdad, Krzysztof?

Sin esperar la respuesta que Żachliński no se apresuraba a dar (no comía nada, se limitaba a tocar el borde de la taza con los labios de vez en cuando), Dolaniec dijo:

—Seguro que en Varsovia no ha cambiado nada durante este tiempo. En esa ciudad piensan solo en tres cosas: Nostradamus, Heiggendorf y Churchill.

—No sabemos nada de eso. ¿No le importaría poner al corriente a unos pobres provincianos, señor Joachim? —preguntó Ksawery, y Stefan, no sin cierta satisfacción, captó en su voz sutiles notas de ironía. Si a Dolaniec le molestó que lo hubiera llamado por su nombre de pila, algo totalmente natural para Ksawery dado que estaba hablando con el apoderado de su hermano, no se le notó para nada.

—En el caso de Nostradamus son profecías —contestó cogiendo una bandeja de ternera fría—. Heiggendorf es el segundo de la Gestapo, hubo un atentado frustrado contra él, y en cuanto a Churchill, seguro que lo conocen ustedes. Se trata de su último discurso… Un anciano de armas tomar. Era muy sensato lo que dijo.

—Y en Berlín, ¿de qué cosas interesantes se ha enterado? —siguió preguntando Ksawery con el mismo retintín, apenas perceptible.

—¿De qué se va a enterar uno allí? En Berlín la pobreza compite con la miseria. Los alemanes, ya se sabe, el orden para ellos es sagrado. Si no fuera por los nuestros, ni siquiera tendrían mercado negro. Pero no es sano vivir allí: en una semana tuvimos que bajar corriendo cuatro veces al refugio del hotel. Los americanos les están dando lo suyo.

Durante unos instantes se hizo el silencio. Stefan alzó la cabeza varias veces para observar disimuladamente a Żachliński, sentado enfrente; este, que ya se había puesto serio, por lo que su cara había adquirido una expresión casi ascética, estaba sentado derecho y solo unos leves movimientos de sus finas cejas, que levantaba como si se sorprendiera de algo, revelaban que permanecía atento a la conversación.

—¿Puedo preguntar qué le ha traído a este remoto lugar? —preguntó Ksawery siempre con el mismo tono.

Dolaniec tardó un poco en contestar. Se acabó el té, miró al viejo doctor por encima de la taza vacía, mantuvo durante un momento su fría mirada clavada en él y, finalmente, sin cambiar de expresión, empezó a sonreír como diciendo: «No creas que no me doy cuenta de tus pullas, claro que me doy cuenta, pero me traen sin cuidado». Quizá Stefan solo estuviera imaginándose aquel breve diálogo de miradas, porque Dolaniec, con gesto jovial, se arrellanó en la mullida silla, sacó una pitillera y, golpeando su borde con un cigarrillo de boquilla dorada, dijo:

—Para usted, querido doctor, no tengo secretos. He venido a ver Owsiane.

—¿Le interesa una aldea quemada?

—Pues sí, imagínese. Tienen ahora una plaza vacante de administrador, tal vez conozca usted a alguien que pueda…

—¿Qué me dice? —dijo el señor Ksawery, claramente sorprendido—. Łacikowski administra personalmente la propiedad y no me imagino que quiera confiársela a nadie…

—Łacikowski ya no es el propietario. He comprado Owsiane esta mañana —explicó Dolaniec, que parecía haberse puesto serio (o quizá, simplemente, se había cansado de la conversación) y echaba el humo del cigarrillo moviendo casi imperceptiblemente los labios, formando anillos que se arremolinaban al salir de su boca.

—¿De verdad? —dijo el señor Ksawery intentando en vano sobreponerse a su sorpresa—. ¿Usted ha comprado Owsiane? ¿Le ha entrado nostalgia por el

campo —procuró recuperar el tono anterior— y le ha apetecido tener una granja?

—No. —Dolaniec levantó la cabeza, tras exhalar una nube de humo azulada que lo envolvió un instante, habló tranquilamente y sus dientes sobrenaturalmente rectos le brillaron en la boca—. Pretendo sobrevivir. Sobrevivir, doctor, nada más.

Apartó el cigarrillo. Estiró los brazos y apoyó las puntas de los dedos en el borde de la mesa, como un pianista que se dispusiera a tocar un acorde difícil.

—Estamos en guerra —dijo—. ¿Qué tipo de guerra es, señores? Es la guerra del acero. Los alemanes, junto con los países ocupados, fabrican unos cuarenta y cinco millones de toneladas. Rusia no llegaba a los veinte y se le está acabando. Stalingrado, el heroísmo, una resistencia feroz, todo son cuentos chinos, buenos para el populacho. Una semana más, un mes más, y los rusos estarán fuera de combate. Cuestión de cálculos. Veamos qué pasa entonces. Quedarán Inglaterra y América. Es decir, unos cien millones de toneladas de acero. ¿Quién ganará? No tiene sentido escuchar comunicados, andar a la caza de los periódicos, poner la radio. ¿Quién ganará? América, está claro. ¿Cómo? Bombardeando Alemania. Mil aviones al día y, si hace falta, diez mil. Tienen acero suficiente y aluminio suficiente. Los alemanes empezarán a trasladar toda la industria pesada aquí, a la Gobernación General. Naturalmente, algunos polacos, los sentimentaloides, piensan que los americanos no nos tocarán. ¡Majaderías! Bombardearán hasta que no quede piedra sobre piedra. ¿Cuánto durará todo eso? Tal vez un año, tal vez dos. Vivir entonces en la ciudad será un puro suicidio. ¿Entiende usted ya por qué he comprado Owsiane? Hitler tiene su «nido del águila» en los Alpes, yo tengo el mío aquí.

—¿Entonces cree usted que los rusos perderán? —preguntó el señor Ksawery echando la cabeza hacia delante con gesto combativo; le brillaban los ojos, se notaba que se estaba preparando para una discusión.

—Yo no creo nada. Me limito a hacer cálculos: sumo, resto, divido… Ya ha oído usted qué se desprende de ello.

—¿Sí? Veo que planifica usted a largo plazo… —dijo Ksawery. En su voz ya no había sarcasmo.

—En negocios como los míos no se puede planificar de otra manera.

—Pero yo tenía entendido que usted se dedicaba a comprar casas o algo así. ¿Para qué si está usted seguro de que van a ser destruidas? —El señor Ksawery se esforzaba por llevarle la contraria.

Dolaniec encendió otro cigarrillo. Dejó la pitillera sobre la mesa, como por

olvido; brillaba en el mantel blanco como un ladrillo plano de oro pulido.

—De acuerdo —dijo tragándose el humo—. Las casas quedarán destrozadas, pero la tierra en la que se asientan permanecerá. Yo compraría solo parcelas, pero no es posible. Después de esta guerra habrá una gran ansia de viviendas. Me dedicaré a construir. Para eso se necesita capital, claro está. Lo encontraré. Porque, ¿qué moneda será mejor que la moneda de los vencedores? El dólar y la tierra, no se necesita nada más.

—¿No le parece que sus predicciones son algo simplistas? —dijo Stefan, que hasta entonces había guardado silencio—. Acabo de caer en una cosa más: si usted puede viajar sin problemas a Berlín, seguramente también podría viajar más lejos, por ejemplo a Suiza, o quizá incluso a América.

Dolaniec, vuelto hacia Stefan, asentía amablemente con la cabeza, como diciendo: «Pues claro que sí, claro que sí».

—¿Y por qué no lo hace, entonces? ¿Por qué sigue aquí a la espera de esa lluvia de bombas americanas?

—Es muy simple, doctor —contestó Dolaniec. Una bondadosa sonrisa dibujó unos surcos en sus mejillas—. Está claro que podría irme a América, pero ¿qué sacaría de eso? ¿Usted cree que allí se puede vivir con un puñado de dólares al mes, como en este país? Mi patrimonio solo tiene cierto valor aquí. De momento, porque no pienso cerrar mis negocios. Después de la guerra se dará una coyuntura excepcional, pero aquí, no allí, insisto. Allí está todo ocupado, explotado, allí tendría que pagarle a un obrero veinte dólares a la semana, y aquí me costará cuatro perras. Construiré barrios de viviendas, los alquileres se pagarán un año por adelantado, como poco, así que las inversiones se amortizarán rápidamente. Y después, después igual hasta viajo a América...

En lugar de mirar a Dolaniec a los ojos, Stefan miraba la tapa levantada de la pitillera cuya superficie espejada resplandecía con el dorado reflejo de la lámpara. Al levantar la vista percibió la mirada del joven de cabellos oscuros al que tenía enfrente dirigida hacia el mismo lugar. En la mano levemente levantada y suspendida en el aire tenía un cigarrillo prácticamente consumido, convertido en un largo canutillo casi níveo de ceniza.

—Tiene usted planes a largo plazo —dijo Ksawery con un hilo del anterior sarcasmo y apoyó la cabeza en el puño—. Y con los alemanes tampoco se las apaña usted nada mal, como ya hemos podido ver…

Stefan salió de un momentáneo ensimismamiento. Dolaniec alcanzó la pitillera. Tenía una mano delgada, de huesos finos, casi parecía de mujer.

—Bueno —dijo atiplando la voz—, me las apaño, digamos. Con la Gestapo

está más difícil la cosa porque ellos se han forrado con las fortunas de los judíos. Ya no les impresionas con el oro. Saquean que da gusto. —Su voz reflejó una desdeñosa admiración—. Pero cuando uno conoce ciertas historias con todos los detalles —prosiguió— puede presionarles de alguna manera. Porque ellos se cagan en los pantalones delante de Himmler. No hay forma de comprarles, pero sus confidentes sí que están a la venta. Esa gente siempre trabaja para los dos bandos. La Resistencia tiene sus contactos en la Gestapo, la Gestapo tiene los suyos en la Resistencia… y así va tirando todo.

—Un tipo de la Gestapo asustado puede ser peligroso… —comentó Stefan a media voz.

Dolaniec le sonrió.

—Ha dado usted en el clavo, doctor. Está claro que a esa gente le es más cómodo hacerle un traje de tierra a uno que hacerle un favor. Pero eso también se puede arreglar. Hay que servirse de unos alemanes para defenderse de otros. Siempre les es más difícil mandar con viento fresco a uno de los suyos, especialmente si se trata de un pez gordo, como por ejemplo un fideicomisario importante o el director de una empresa pionera.

—Quiere usted decir con eso —dijo Stefan— que lo mejor es retirarse a un pueblo, ¿cierto?

—Hay varias formas de «retirarse». —Dolaniec seguía sonriendo—. Tal como lo está haciendo usted, mejor no, doctor.

—¿Por qué?

Dolaniec soltó una sonora carcajada.

—Mi querido doctor —dijo—. ¿Le parece que eso también lo tengo que saber yo? Supongamos que alguien le pregunta qué hace usted aquí. ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Stefan no acababa de entender.

—Pues eso, que qué hace usted aquí.

Stefan tardaba en contestar, lo que provocó que la sonrisa de Dolaniec se hiciera aún más amable.

—A ver. En los tiempos que corren, hay que saber contestar inmediatamente a una pregunta así. ¿Y qué haría si se lo preguntara un alemán?

Dolaniec iba acercando su cara cada vez más a la de Stefan, que empezó a sentirse incómodo. Se imaginó que tenía enfrente no a una persona con buenas intenciones, sino precisamente a un alemán. Porque, aunque el otro sonreía con toda la cara, sus ojos no participaban en aquella sonrisa, estaban inmóviles y tenían ese color gris lechoso que el hielo adquiere cuando el agua se congela mezclada con el aire.

—Uno tiene que aferrarse a algo —explicó Dolaniec recuperando una postura cómoda. Cruzó las piernas—. De momento, las cosas van tirando, pero irán a peor. Créame, los únicos a los que no tocarán los alemanes serán aquellos que les hagan la vida fácil. Un puesto en la ***Ostbahn***[7] o el HKP[8] es algo estable. Da garantías de futuro.

—¿Me aconseja entonces que trabaje en los ferrocarriles? —preguntó Stefan sorprendido—. ¿Y eso? Si usted mismo…

No llegó a acabar la frase porque Dolaniec se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera de piel fina y amarilla, la abrió y le mostró a Stefan un carné metido en una pequeña funda de celuloide en el que figuraba como ***bauleiter,*** constructor al servicio del Ejército.

—Es usted… Pero un momento… Es falso, ¿verdad?

Dolaniec cerró la cartera.

—¿Pero qué dice? No soy un crío. ¿De qué sirve un ***ausweis***[9] falso? Una llamada telefónica y adiós muy buenas. Ni siquiera el mismísimo Frank[10] tiene unos papeles más auténticos.

—¿Entonces, usted trabaja allí?

Dolaniec sonrió condescendiente.

—Bueno, no se puede decir que sea un trabajo de verdad —dijo finalmente —. Pero cuando me agarraron una vez en la estación de Gdańsk (le puede pasar a cualquiera), en una hora media la Wehrmacht estaba allí para salvarme. En fin, dejémonos de bromas. Si usted quiere, le procuro unos papeles tan buenos como los míos, y en consideración a mi vieja amistad con su tío, no le cobraré ni un céntimo, aunque es un tema bastante serio. Y mañana se viene usted conmigo a la ciudad a echar un vistazo. Que quiere usted meterse en un hospital, se puede conseguir. Conozco a la gente apropiada. Y, si cambiara usted de oficio, tal vez podría proponerle un trabajo interesante y provechoso. ¿Qué me dice?

Aquel repentino giro de la conversación, y sobre todo el tono tranquilo y concreto con el que Dolaniec iba construyendo, sobre la marcha, su futuro destino, le resultaron a Stefan tan sorprendentes que se limitó a asentir con la cabeza. Difícil decir si Dolaniec lo tomó como señal de consentimiento o si simplemente tenía ganas de hablar; el caso es que prosiguió:

—He comprado hace poco unas parcelas al pie del castillo. Lo hice sobre plano, sin haberlas visto, y el intermediario me tomó el pelo. Las parcelas están separadas de la calle por otra parcela en la que hay una casa de vecinos. No hay otra entrada y tengo que comprar esa casa con todo el desbarajuste que supone porque, si no, no hay forma de construir nada. Y resulta que con esa compra hay

un problema: un montón de propietarios más pobres que las ratas, con una octava parte cada uno, y el edificio es la típica casa de vecinos de la periferia. No perdería el tiempo en eso, pero no me gusta que me tomen por tonto. Me parece que el intermediario se ha confabulado con los propietarios y quieren hacer de mí su gallina de los huevos de oro. O igual se las dan de sobrados porque sí. Hay gente que se enamora de un establo y no lo vende ni por un millón. Debería olvidarme del asunto. No sé todavía. Me apetece ese terreno. Después de la guerra podría construir allí una colonia preciosa. ¿Cómo van las cosas por allí, Krzysztof?

Żachliński, sin decir nada, metió la mano en el bolsillo y le entregó un papel escrito del tamaño de una tarjeta de visita.

—Bueno, en realidad es prematuro… —Dolaniec se calmó—. Ya lo hablaremos con el doctor si le parece bien… En todo caso, salimos mañana temprano. Esté preparado.

A Stefan no le apetecía ir a ningún sitio. Llevaba un buen rato queriendo decírselo a Dolaniec, pero no lograba encontrar ningún argumento, y el único que tenía —que Dolaniec le había resultado muy antipático— no lo podía usar. «Al fin y al cabo —pensó—, no me va a pasar nada por ir a la ciudad, así veo a mi padre, paso a visitar a mis amigos…» Además, le hacía cierta gracia la idea de recibir un documento que le garantizara una protección especial ante los alemanes. Así que, tras meditar poco más de diez segundos, aceptó.

—¡Fantástico! —contestó Dolaniec—. En este caso, si el señor doctor —se dirigió a Ksawery, que parecía no haber escuchado el final de la conversación— no tiene nada en contra, podríamos jugar una partida corta. Pero parece que alguien está llamando a la puerta.

Se hizo el silencio, en medio del cual sonaron unos golpes rítmicos, breves, como de madera contra madera.

—¡Ah! —cayó en la cuenta Dolaniec—. ¡Son disparos!

Todos aguzaron el oído. Durante cerca de un minuto se hizo el silencio, el reloj siguió con su acompasado tictac tras el cristal, hasta que volvieron a oírse aquellos sonidos similares a un golpeteo, mitigados por la distancia. Una y otra vez fueron interrumpidos por un repiqueteo corto y estridente.

Dolaniec, inmóvil, con su fuerte mentón hacia delante, más sombrío que nunca, permaneció atento a las ráfagas de ametralladoras.

—¿Quiénes son? —preguntó al viejo doctor sentado al otro lado de la mesa.

—Seguramente los partisanos han atacado el puesto de guardia —dijo Ksawery dirigiéndose más bien a Stefan que respondiendo a Dolaniec—. Junto al

camino a Bierzyniec, en una colina, hay un puesto de guardia en un lugar clave. Más de una vez ha habido allí combates —añadió, esta vez para los invitados.

—¿Partisanos? —preguntó Dolaniec con tranquila curiosidad—. ¿Qué partisanos? ¿Del Ejército Nacional,[11] de los Batallones Campesinos?

—No, de la Guardia Popular —dijo Stefan.

Dolaniec silbó brevemente y se levantó. Se aproximó a la ventana. Permaneció allí esperando con la cara vuelta a un lado y el oído pegado al negro cristal. El sonido de los disparos iba apagándose. Todavía rugieron algunas ametralladoras, después sonaron dos o tres explosiones suaves, amortiguadas.

—Granadas de mano —susurró Dolaniec.

Volvió la calma. Cuando Dolaniec regresó a su sillón, a Stefan le pareció que su cara había adquirido un tono más oscuro, herrumbroso. Pero no le concedió mayor importancia, intrigado como estaba por el comportamiento del otro visitante. Este, hasta entonces ausente y abstraído, al oír el tiroteo había arqueado las cejas y se había quedado inmóvil con la cabeza ladeada, como un amante de la música durante un concierto; una de sus cejas volvió a su posición original concediéndole a su cara una expresión de escéptica curiosidad. Después sus finos labios temblaron burlonamente, parecía decepcionado. Esperó un segundo más y regresó a lo que estaba haciendo antes. Stefan se incorporó un poco en la silla y observó las manos de aquel hombre, que se dedicaba a romper las cerillas que sacaba de una cajita plateada, a partirlas con el filo de una uña y a colocarlas encima del mantel formando pequeñas cruces.

—¿Está haciendo tumbas?… —preguntó con una sonrisa nerviosa.

El otro levantó la cabeza, sus ojos negros recorrieron con indiferencia el rostro de Stefan.

—Vaya, vaya —dijo con una voz fuerte, cantarina—, tienen aquí a sus propios bolcheviques locales, ¿lo ha oído, señor Dolaniec? Vaya, vaya…

En su voz había un tono de burla que sonó incluso provocativo.

—¡Déjese de bromas, Żachliński! Si los tienen, allá ellos.

Stefan se estremeció, sorprendido. Dolaniec estaba visiblemente enfadado. Ya no quedaba ni rastro de jovialidad en su rostro moreno, herrumbroso. Siguió aguzando el oído un rato más, pero ningún ruido penetraba ya la oscuridad de la noche.

—Seguro que están ustedes cansados. Les invito a que suban a las habitaciones a dormir, ¿qué les parece? —dijo Ksawery. Estaba como hundido en el sillón, parecía haber empequeñecido. Se le notaba el cansancio.

—¿Dormir, tan pronto? —Dolaniec miró su reloj de pulsera—. No son ni

las once. Pero estamos en un pueblo, cierto… Bueno, si es necesario, es necesario, vale, pero preferiría jugar una partidita, la verdad.

—No, mejor dormir —intervino inesperadamente Żachliński.

El esbelto joven se incorporó, se desperezó levemente, apretó sus labios rojos conteniendo un bostezo. El tío Ksawery, sin hacer caso a las últimas palabras de Dolaniec, fue a buscar una vela y cerillas; tras colocar la vela encendida en un candelero cuyas formas habían desaparecido bajo sucesivas capas de cera, fue el primero en dirigirse hacia las escaleras. Los recién llegados fueron tras él. Cerraba la comitiva Stefan; poco después, toda la casa se sumergió en el silencio y en la oscuridad.

---

[5]. «Habla la Gran Radio Alemana. Conectamos con las emisoras de Bohemia-Moravia, de la General-Gouvernement, el grupo de emisoras de las tierras del Este, también las emisoras de los territorios occidentales ocupados, la Radio Danesa, la Radio Flamenca, la Radio Noruega, las emisoras Vístula y Danubio, así como las emisoras militares Martha, Gustaw, Ursula y Laponia. Están escuchando un concierto para la Wehrmacht alemana.»

[6]. «Dos mil kilómetros del frente en Rusia…»

[7]. Ferrocarriles del Este.

[8]. ***Heereskraftfahrpark,*** talleres de reparación de automóviles, maquinaria y armas.

[9]. Carné de identidad.

[10]. Hans Frank, un alto funcionario en la Alemania nazi que en 1939 fue nombrado gobernador general de la Polonia ocupada.

[11]. El principal movimiento de resistencia polaco durante la Segunda Guerra Mundial.

REALIDAD

El edificio que se había interpuesto en los planes de Dolaniec estaba en la periferia de la ciudad, lejos de las vías principales, entre casas bajas típicas de pueblo y chalés unifamiliares de ladrillo. Detrás de él había unos huertos urbanos y, más allá, unos cuarteles cuyas cinco hileras de largos edificios imitaban una ciudad, aunque entre ellos destellaba el agua de las balsas y se veían parcelas cubiertas de maleza. Era una casa de dos plantas, con cuatro ventanas en la fachada. La rodeaba una valla de madera que en su día iba a ser sustituida por postes de hierro, pero la crisis desbarató los planes del propietario. Desde la planta superior se divisaban extensos terrenos vacíos, cubiertos aquí y allá de polvorienta vegetación, y, a lo lejos, otros edificios de más de una planta diseminados de manera irregular, que se confundían en el horizonte con los rasos humos de la ciudad. La escalera, gracias a sus numerosas ventanas con vidrieras, recordaba el interior de una iglesia; tras los cristales color burdeos el mundo llameaba peligrosamente, tras los verdes florecía y tras los amarillos era exóticamente curvo y chino. Veinte años atrás la casa había pertenecido en su totalidad a Gwidon Poprzeski, que tenía una gran empresa de instalaciones eléctricas en el centro de la ciudad. Poprzeski era un hombre flaco, alto, de pelo blanco e hirsuto y cara colérica; era un mal profesional, un marido despótico y un casero inflexible. Cada cierto tiempo hacía visitas a los inquilinos para dar golpecitos en las paredes y las puertas con un nudillo, forcejear con los picaportes y acariciar los azulejos de las estufas; así comprobaba que los inquilinos no le

estaban destrozando las habitaciones. Entraba incluso en los retretes y tiraba de la cadena, ladeando atento la cabeza hacia el blanco cráter y su borboteo sordo, como si quisiera escuchar una verdad oculta en esos sonidos.

No llevaba su negocio personalmente, sino a través de unos electricistas contratados. A medida que fue creciendo su desconfianza hacia la gente, fue sacando de la empresa y llevándose a casa los materiales más valiosos —montones de bombillas y de cables, pistolas de soldar, alicates, limas, decenas de relojes eléctricos— y guardaba todo aquello en una despensa acondicionada a ese propósito: hasta le puso una pesada cerradura Wertheim.

Con los años la ciudad fue expandiéndose, pero los proyectos de construcción dejaron de lado el suburbio donde se encontraba el edificio de Poprzeski: la única manifestación de desarrollo eran unas pistas de tenis fruto de la unión de varias parcelas. Las separaba de la casa un muro largo y bajo y un barracón con tejado de chapa pegado a él. El barracón estaba alquilado a unos cocheros de carruajes. Poprzeski, que les había cogido gusto a los juicios, los denunciaba por todo lo que se le ocurría: que si por el agua que usaban para lavar sus calesas, que si por «viciar el aire»…

—¡Les voy a dar yo! ¡Los voy a emparedar! ¡Una parcela en el cementerio, eso les voy a dar! —gritaba cuando volvía de revisar el contador de agua. Su voz retumbaba en la escalera como en un pozo.

Como el edificio le pertenecía, se comportaba allí como si estuviera en su propia casa. En 1929 quebró. Tras analizar los pros y los contras, vendió la mitad de la casa a los inquilinos, de modo que estos se convirtieron en copropietarios. Desde entonces, el casero se había calmado. Por las tardes se encerraba en su despensa-almacén, cambiaba de sitio las herramientas y las cajas, colgaba cables parecidos a ristras de salchichas en los clavos de la pared, hacía ruido y blasfemaba cuando, con lo torpe y miope que era, las cosas se le caían de las manos. Cuando llegaron los alemanes, el barracón del patio se quedó vacío. Pasado mucho tiempo, apareció en él una placa de metal con la inscripción:

GARAJE Y TALLER
ROHSTOFFERFASSUNG
PLENIPOTENCIARIO GENERAL DEL PLAN CUATRIENAL
DELEGADO GENERAL DEL DISTRITO DE GALITZIA

El lugar se sumió en el silencio: las pistas de tenis se cubrieron de maleza, ya no se veían por allí siluetas blancas; meses más tarde ocuparon el lugar grandes

coches de la Wehrmacht aparcados en negras hileras. Poprzeski pasaba cada vez más tiempo en su refugio, por las tardes encendía una bombilla tipo vela de doscientos vatios (cada año que pasaba usaba gafas con cristales más gruesos), revisaba sus bienes y los anotaba en un cuaderno cuadriculado. Los objetos y los útiles se le caían de las manos, pero los levantaba del suelo sistemáticamente y los colocaba en pequeñas pirámides. Ya ni siquiera era capaz de apretar bien un tornillo de lo mucho que le temblaban las manos, pero seguía aceptando encargos para reparar planchas y almohadas eléctricas que, por lo general, no sabía arreglar. Después le salió un empleo bueno, porque era casi ficticio, en los cuarteles de la Luftwaffe que se encontraban al otro extremo de las parcelas vacías. Acudía allí todas las mañanas con un ayudante adolescente; mientras el chico golpeaba el muro con un escoplo e instalaba tubos aislantes, Poprzeski, despeinado, canoso, medio ciego, con un buscapolos en la mano, saludaba tímidamente a los oficiales que pasaban y se rascaba la cabeza con el encallecido y maltrecho pulgar.

Como tenía un buen ***ausweis,*** no temía las redadas, pero en casa entraba cada vez menos dinero. Hacía mucho que su mujer, Jadwiga, a duras penas llegaba a fin de mes y presentía la miseria que se avecinaba, pero las reglas de su matrimonio establecidas hacía años por Poprzeski le impedían mencionarle siquiera esos temores a su marido. Cuando él estaba en casa, la mujer vivía, por así decirlo, en voz baja, hacía lo imposible por contentarlo e inculcó a su hijo Teoś, desde niño, el respeto y la actitud servicial hacia su zafio padre. El pequeño, que en casa siempre andaba callado y acobardado, hasta el punto de que de vez en cuando incluso tartamudeaba, con sus compañeros —en la calle o entre los matorrales que cubrían los accidentados descampados de los alrededores— llevaba la voz cantante con desenfrenado salvajismo en los juegos que se inventaba. Al volver a casa, se presentaba ante su madre silencioso y manso como un corderito, de manera que la mujer no podía por menos que desesperarse con sus moratones, convencida de que unos gamberros la tenían tomada con su hijo. Cuando el dinero que le entregaba su marido dejó de bastar incluso para la comida, Jadwiga empezó a vender sus trapos y, más tarde, a ir al mercadillo con ropa vieja de su esposo. Acabó comprando cuerdas y haciendo zapatillas con ellas. Era época de sucedáneos: de falso chocolate, falso ron, falso té, tartas de almendras hechas con alubias, té de zanahoria, carteras y bolsos de papel y pegajosos jabones de aroma misterioso. A Jadwiga ni se le pasó por la cabeza sugerir a su marido la posibilidad de sacar dinero con la venta de alguno de sus tesoros. Ni siquiera muchos meses después de la muerte de Poprzeski se atrevería, ya no solo a vender, sino tampoco a revisar los misteriosos instrumentos con los

que su esposo se pasaba las tardes.

La guerra desterró al matrimonio a la cocina. Pusieron un armario al lado del otro para dividir el espacio en dos partes, y sustituyeron los cristales rotos por madera contrachapada. Poprzeski robaba electricidad, y gracias a eso, en invierno, un par de hornillos al rojo vivo les suministraban calor.

La parte más grande, un cuarto de la casa, se la compró a Poprzeski el abogado Geldblum, que vivía en la planta baja, en un piso idéntico al del propietario. A la posición social de Geldblum le habría correspondido una vivienda mucho más selecta y mejor situada, pero el abogado era un tipo neurótico, con una obsesión enfermiza por no moverse del sitio; pertenecía a la clase de personas a las que les estallaba la cabeza con el olor a cebolla, que paraban el reloj porque «con aquel tictac uno podía volverse loco» y lo único que esperaban de la vida eran palos.

Al mismo tiempo, Geldblum era considerado un abogado defensor inteligente y con talento. A sus clientes los defendía encarnizadamente, pero era incapaz de salvaguardar su vida privada hasta del más pequeño de los disgustos. Empezó a frecuentar la casa de Weinstamm, director de una fábrica de vodkas ya con treinta años bien cumplidos. Él fue el único que no supo romper a tiempo con la hija de Weinstamm, una muchacha pálida y pecosa como un huevo de paloma, vestida siempre de manera extravagante y que había salido con casi la mitad de los jóvenes de las altas esferas de la ciudad; cuando las cosas llegaron demasiado lejos con ella, Geldblum se portó «honradamente», es decir, le dio su apellido.

El matrimonio no tuvo hijos. El abogado, siempre ocupado, dejaba el desayuno a medias, besaba la mano de su mujer, se subía a toda prisa al taxi y volaba a los juzgados. Llegaba agotado a última hora de la tarde, con bolsas bajo los ojos, se desplomaba en el sillón más profundo y se ponía a escuchar conciertos radiofónicos desde La Scala.

La ocupación nazi le provocó una crisis de ansiedad: de repente sus profecías se habían hecho realidad, elevadas a la décima potencia. Deseó morirse inmediatamente: se procuró varios venenos potencialmente eficaces e indoloros, e incluso pareció decepcionado cuando los alemanes anunciaron el progresivo traslado de los judíos a un barrio abierto. Su mujer, discretamente, se puso de acuerdo con Maria Hućko, que hasta entonces hacía de portera, y la instaló en casa con la esperanza de salvar los muebles y los cuadros. Maria, como era ucraniana, resultó efectivamente útil en algunas ocasiones. De la puerta desapareció la placa con su nombre, que sonaba provocativamente judía, y

cuando los alemanes o los ucranianos de la legión que se estaba formando buscaban un botín fácil llamando al azar a las puertas, Maria se plantaba en el umbral con una imponente cruz en su abundante pecho y se ponía a conversar con sus paisanos. La falta de la pierna izquierda —la había perdido tiempo atrás en un accidente de tráfico— anulaba cualquier posibilidad de profundizar en esas relaciones, pero Maria respondía a todas las sonrisas y, rechazada mil veces, seguía coqueteando y haciendo melindres sin dejar de reír como si le estuvieran haciendo cosquillas. El flirteo, iniciado en la puerta, solía trasladarse al interior de la vivienda y los Geldblum perdían, de paso, alguna que otra cosa —un cestillo de plata para flores, un azucarero, un traje de caballero o un reloj— en beneficio del invitado, que no regresaba nunca (Maria, como ya se ha dicho, era una impedida), pero que, por regla general, enviaba más tarde a algún amigo. Varias veces recibieron la visita de un alemán flaco y callado. Llevaba en la mano una fina fusta cuyo extremo vibraba intranquilo en el aire. Tocaba con ella los cuadros y los muebles como si fuera un tentáculo, hasta que acababa decidiéndose por alguna pieza que Geldblum le bajaba personalmente al automóvil.

Cuando se anunció que se iba a cerrar el gueto creado por los alemanes, los Geldblum abandonaron el piso en el que llevaban viviendo dieciocho años. Al abogado aquello incluso le alegró, sobre todo porque los vecinos, en los últimos tiempos, no le escatimaban humillaciones. Creía que en el gueto los judíos estarían tranquilos. En el piso se quedó Maria Hućko. El día en el que los Geldblum se fueron andando tras el carro que llevaba algunas de sus pertenencias fue probablemente el día más bonito de su vida.

Vendió algunos bienes muebles del abogado y se compró una prótesis de pierna que, aunque no estaba hecha a medida y era demasiado corta, nada tenía que ver con un horrible muñón de madera. Apenas una semana más tarde empezó a aparecer por su casa un tal Hans, un gendarme de la *Schupo*[12] de rostro adiposo, amante de la cerveza.

Encima de Poprzeski vivía el tapicero Budziak, enemigo suyo. No pagaba el alquiler porque le producía placer no hacerlo. Cuanto más se enfurecía el viejo electricista, tanto más se divertía el tapicero. Pero finalmente Poprzeski consiguió echarle y el piso estuvo bastante tiempo vacío. Justo al principio de la ocupación se lo alquiló al profesor Wieleniecki, expulsado de Poznań. En una conversación con él, comentó: «Nosotros, los científicos, tenemos que estar unidos ahora porque en los tiempos que corren hay que sobrevivir y no rendirse».

Wieleniecki llegó con algunas cosas, libros en cajas muy pesadas, compró muebles de segunda mano y en poco tiempo en su puerta apareció una tarjeta

blanca con un sello en alemán que afirmaba que el doctor era empleado del *Staatliches Institut der gerichtlichen Medizin,* el Instituto Estatal de Medicina Forense.

Puerta con puerta con Wieleniecki, en la primera planta, vivía el matrimonio Durzyk. Antes de la guerra, Mieczysław Durzyk no tenía una profesión definida. Ocupaba todo su tiempo con breves relaciones amorosas, generalmente con mujeres casadas. Alto, siempre bronceado, con la tez más oscura que sus cabellos de color de trigo dorado, ondulados de forma natural sobre su frente, con unos ojos grises de mirada limpia y unos labios carnosos y prominentes que solo quedaban algo deslucidos cuando sonreía, se pasaba los días en casa de su padre, fabricante ilegal de helados coloreados y de gaseosa, y las noches en las salas de baile. Tapándose la boca con la mano, cuyas uñas se había pintado con un lápiz blanco, le susurraba a un amigo:

—¿Ves a esa rubia junto al mostrador? La del abrigo de astracán. Esa mujer fue mía.

Tenía un repertorio variado y automático de muletillas que acompañaban al vodka, como «el vodka helado y la mujer caliente», «a la una, a las dos, a las tres, y que nos entierren después», «las feas al carajo y las guapas bocabajo», «no hay mala ocasión para un buen bofetón», etcétera. Sus compañeros, a los que abandonaba para cortejar a una belleza solitaria al son de un lastimero y nasal saxofón, observaban cómo bailoteaba de puntillas, conduciendo con aire seductor a su pareja de baile, y se morían de risa: «Pobre de ella y pobre de su padre…».

Lo primero que hacía Mieczysław era fijarse en las piernas: si la pantorrilla no le parecía suficientemente esbelta, la mujer dejaba de existir para él. Con las elegidas entablaba conversaciones cuyo vocabulario no tenía nada que ver con el del alcohol. Solía empezar por: «¿Por qué me mira usted de una forma tan extraña?». Después decía: «Usted es diferente a todas las demás». Seguía con «¿Por qué se enfada la pequeña?» y pasaba rápidamente al tuteo. Esas frases le daban generalmente para un par de tangos y foxtrots, y si se topaba con reparos mayores a los habituales, estrechaba a su pareja contra su pecho, la hacía girar hasta que le entraba vértigo, y decía apretando los dientes: «Esta chiquilla se merece un azote». A veces, tras acompañar a la bailarina hasta la mesa, no se sentaba con ella, sino que volvía con sus amigos, abotonado hasta el cuello, dorado y azul, limpio, como salido de las satinadas páginas de una revista de moda inglesa.

—¿Qué hay, Mietek? ¿Qué ha pasado? ¿Algún defecto? —le preguntaban ahogando la risa.

El aludido apartaba ostensiblemente su refresco, acercaba lánguidamente los

labios a la pajita hasta que los pesados mechones de pelo le caían sobre la frente, se los sacudía con un enérgico movimiento de la cabeza (sabía que la mujer lo estaba mirando y quería que ella se sintiera apenada) y, pasados unos segundos, cuando la curiosidad iba en aumento, decía: «Bah, una mujerona cualquiera». O: «Lo peor es que la mujer sude». O: «Una de esas mosquitas muertas…». En su boca era un insulto especialmente hiriente.

Mietek conoció a Ula en la oficina en la que ella trabajaba de secretaria. Él estaba haciéndole una gestión a su padre; era un caluroso día de agosto, así que llevaba sandalias que dejaban ver unos dedos extrañamente largos, y una chaqueta blanca de corte impecable que armonizaba a la perfección con una corbata azul marino. Se fijó en ella enseguida porque era extraordinariamente guapa. Empezó a frecuentarla, la invitaba a pasear, pero sus esfuerzos no dieron los resultados previstos: la chica vivía con su madre, que la controlaba como una amiga celosa. Ula era bella, de una belleza particularmente espiritual; a veces la naturaleza gasta esas bromas. Tenía un pelo castaño, pesado, que pedía a gritos el peinado más sencillo posible. Ella lo cardaba hasta convertirlo en una espuma voluminosa que hacía desaparecer por completo la noble forma de su cabeza. Se pintaba los labios de rojo carmesí y se ensombrecía los ojos manchándose las mejillas casi hasta las sienes con un colorete malo. En el primer paseo le dijo a él que los momentos más felices de su vida los había pasado veraneando a orillas del Vístula, cuando tenía doce años. En el segundo, que cuando era todavía una niña tonta, se imaginaba el alma como el ascua incandescente de una lamparilla, pero de color perla, y que todavía nadie la había besado en la boca. Tres semanas más tarde, Mietek se había enamorado. Renunció a sus muletillas. Su habla se llenó de diminutivos: «¿Le apetece a mi tesoro un chocolatito? Ahora se lo compro…», «Mira, tesoro, qué cielito más lindo…». Como todas esas palabras suyas la hacían reír, él susurraba:

—Tú te ríes y yo lloro…

La madre de Ula tenía buen ojo porque ella aún salía con chicos. Sospechaba también que Mietek iba detrás de la octava parte de la casa, que era el dote de la chica.

—Te hará infeliz —le repetía a su hija.

—Quiero ser infeliz con él.

La boda se celebró un mes antes de que estallara la guerra. Mietek se mudó al piso de su suegra y de su mujer en la casa de vecinos del señor Poprzeski, que en parte pasó a ser también propiedad suya. Apareció con una pequeña maleta de imitación de cuero, un brazo manguero forrado en tela para planchar chaquetas y

seis perchas de madera.

Ula empezó a conocer a su marido. Resultó que, una vez se quitaba la ropa y la doblaba cuidadosamente, era casi feo: tenía el tórax hundido, unos brazos flacos y peludos con unos codos huesudos, las piernas en equis y una cabeza demasiado grande para aquel torso desnudo, una cabeza que solo se veía bien por encima de una chaqueta bien forrada de guata. Mieczysław traía amigos a casa. Eran, por lo general, jóvenes de pelo claro con la cara llena de granos y melenas que se rizaban en la nuca. Hablaban de sus éxitos sexuales y jugaban a las cartas. Antes se quitaban las chaquetas, las colgaban con cuidado en las sillas y se subían mucho los pantalones para no arruinar la raya. Las cartas se movían rápidamente entre sus ágiles dedos. Estallaban con facilidad dando puñetazos en la mesa:

—¡Te voy a romper los dientes!

—¡Y yo a ti las narices!

Las cosas nunca pasaban a mayores. Mietek iba evolucionando y cambiando poco a poco, sobre todo gracias a la influencia de su suegra: ella sabía cultivar en él los rasgos de carácter que hasta entonces no habían aflorado. Los compañeros de partida y de escarceos amorosos empezaron a desaparecer. Por la noche, en la cama junto a su mujer, susurraba arrimándose a ella:

—Imagina… Estamos paseando…, miramos… y vemos una bolsita, una bolsita de ante, la abrimos y aparecen diamantes, sesenta unidades…

—¿Tantos diamantes? No puede ser.

—¿Por qué no? Los habrá perdido algún judío…

O:

—Ojalá el dólar bajara en cuarenta puntos y yo hubiera comprado antes mil dólares, y después volvieran al cambio anterior…, pongamos a veintidós… Incluso si perdiera un diez por ciento… Espera…

—¿De dónde sacarías el dinero para comprar mil dólares?

—No me interrumpas —susurraba—. Diecisiete por veintidós, me llevo seis…, ocho por siete, cincuenta y seis, me llevo cinco…, y dos… Sí. Ganaría doscientos mil. ¿Qué? Estaría bien, ¿no? —Y la cubría de besos.

A la madre de Ula ellos la llamaban Niunia. Corpulenta, de pelo teñido de rubio platino, aparentemente dulce, escondía un carácter duro como un hueso. Durante la ocupación, empezó a ir cada pocas semanas a los pueblos. Salía por la mañana temprano, sin huella alguna del maquillaje habitual y con bolsas vacías para la harina ocultas bajo la ropa interior. Parecía un primer prototipo, poco logrado, de la hija. Tenía un rostro cuadrado, las caderas algo excesivas y el cuello corto. La papada, con los años, se le derramaba cada vez más a ambos lados de la

cara. Cuando su madre se iba de viaje, Ula se atrevía a llevar la casa sola; era una economía extraña la suya. Preparaba tartas según recetas de libros de cocina y le salían tan caras que le faltaba dinero para la carne, lo extraviaba todo, y de la desesperación pasaba a la alegría cuando después descubría las medias, las tijeras y los paquetes de té en los sitios más inesperados.

Mietek llevaba negocios cada vez más serios. Por la tarde, y sobre todo por la noche, recibía visitas de todo tipo de gente que le llevaba trozos de oro envueltos en pañuelos sucios, perlas increíblemente viejas arrancadas de tejidos de biso, sellos y llaveros de formas comprensibles únicamente para algún muerto, caras de monos hechas de platino con ojitos de rubíes, pequeñas como la uña de un niño, gafas con diamantes transparentes en lugar de cristales y joyas labradas en piedras semipreciosas. Mietek se sentaba a la mesa con una enorme lupa; no lo aceptaba todo tal cual. Una vez cuestionó seis billetes de un fajo de dólares color aceituna porque estaban cubiertos de manchas herrumbrosas que, cuando se arrugaba el papel, desprendían un polvillo. Lo hizo porque en aquella época se hablaba de billetes falsos. Cuando empezaron las deportaciones de los judíos, el dólar se tambaleó. A Mietek se le ocurrió entonces que podía manipular el tipo de cambio de la divisa difundiendo noticias falsas sobre el cierre del gueto. La campaña fracasó a causa de la malévola contrapropaganda del grupo de Dolaniec. Mietek no estaba aún en condiciones de enfrentarse a aquel dictador del mercado negro. Se desahogó confesándose sobre los pechos de su mujer. «¡Que lo zurzan y que lo remienden!», concluyó.

Cuando la deportación de los judíos al gueto adquirió dimensiones abrumadoras, Niunia habló con Mietek y puso los puntos sobre las íes. El resultado de aquella conversación fue una visita de Mietek al señor Geldblum. El abogado estaba terriblemente desconcertado; Mietek hablaba como a ráfagas, sin mirarle al principio a los ojos, mencionó «todas las consecuencias que se desprendían» (así de redondo le salió), habló de «guardar las cosas hasta que llegaran tiempos mejores», y el aparador que ocupaba toda una pared, orgullo de la esposa del abogado, acabó instalado en la primera planta. Los sucesivos traslados del mobiliario al piso de los Durzyk fueron interrumpidos por la violenta intervención de Maria Hućko, que cobró la forma de un ataque de histeria. Durzyk acabó por acobardarse: renunció a la palmera, a las estanterías y al piano de cola y se conformó con un juego de butacas y el mobiliario del comedor prácticamente íntegro. Una semana más tarde, Ula lo mandó a por algunos libros, porque no tenía nada que poner en dos de los estantes del nuevo aparador y decía que «vacíos, parecían sacados de la casa de un mendigo». Mietek

cumplió satisfactoriamente con el encargo y se llevó una decena de libros cuyo color y forma había acordado previamente con su mujer. Cuando volvió, manifestó:

—No voy a ir más porque allí campa a sus anchas el palurdo de arriba.

El «palurdo de arriba» era el profesor Pluwak, propietario también de una octava parte del edificio. Antes de la guerra enseñaba francés en un instituto de chicas. De las tres habitaciones de su piso, dos estaban casi vacías: unas sillas de madera, viejas mesas con pilas de revistas, tinteros vacíos. En las paredes se veían rectángulos blanquecinos donde tiempo atrás colgaban cuadros, que habían quitado los anteriores inquilinos. En la tercera habitación, la mayor, cuyos dos ventanales daban a las pistas de tenis y al ralo bosque tras ellas, el suelo estaba cubierto con una alfombra mullida como la hierba, azul con un corazón rojo en el centro. Entre las ventanas brillaban los cristales de una vitrina llena de bibelots, y a lo largo de las paredes había una biblioteca, y frente a esta, un escritorio y un aparador. Sobre el corazón rojo había una mesa baja con dos cómodos sillones arrimados a ella. En la biblioteca, tras los cristales correderos, se erguían álbumes, reproducciones a todo color, diccionarios, la gran enciclopedia francesa encuadernada en tela roja y azul marino con repujados dorados, y las obras de los poetas Mickiewicz, Tuwim, Słowacki, en la parte superior, y en la parte inferior, *Kobzar* de Shevchenko, Lesya Ukrainka, Kobylański y Frankó, entre libros más pequeños. En el cajón de abajo del todo, cerrado con una llave que Pluwak llevaba siempre encima, había colecciones enteras de revistas: *La Parisienne, Die nackte Frau, Das Weib, La femme nue.*

A Pluwak, cuando no tenía que corregir los deberes de sus alumnas, lo que más le gustaba era estar en casa hojeando anuarios de revistas francesas. Le encantaba sumergirse en las enormes columnas de los anuncios por palabras, le apasionaba descifrar abreviaturas con doble sentido y propuestas llenas de alusiones. Arrastraba la butaca hasta el mueble bar, bajaba la puerta abatible para poder con solo levantar la cabeza ver el espejado interior lleno de vinos y copas de colores, acomodaba los cojines a su alrededor, cruzaba las piernas y se sumía en las grandes hojas de los periódicos.

A veces se topaba en el espejo del bar con su propia cara, algo más roja que de costumbre. Era un hombre de pelo castaño, con la punta nasal bífida, la cara hinchada en la zona de la boca, como vista con lupa, impresión que resaltaban dos incisivos demasiado largos. Tenía unos labios finos y grisáceos, siempre resecos, que le gustaba mordisquear; unos ojos algo saltones y un cabello crespo, erizado como si estuviera cargado de electricidad.

Los domingos a menudo observaba con prismáticos a las tenistas que jugaban en las pistas con sus ligeros pantalones cortos. Por lo general, iba al teatro solo, y a pesar de que solía sentarse en las primeras filas del patio de butacas, llevaba siempre consigo sus binóculos Zeiss de seis aumentos.

Al poco tiempo de la llegada de los alemanes, entregó a un grabador la placa de la puerta y el doctor Jan Pluwak pasó a llamarse Ivan. En la biblioteca también hubo cambios: desapareció Tuwim, y Mickiewicz se trasladó al último estante.

En julio de 1939 se mudó al edificio la señora Wachlińska con su hija Ula. Pluwak estaba entonces fuera veraneando; cuando volvió, no le dio tiempo de enamorarse porque no paraban de caer bombas, pero una vez entraron los alemanes no tardó en hacerlo. Estaban formando una legión ucraniana y un primo del profesor, Mykola, llegó allí como soldado de la Wehrmacht. Ese hecho y una visita a la comandancia donde le mostraron simpatía hicieron que se le subieran un poco los humos a Pluwak. Pensó que había llegado su momento. Empezó a visitar a Ula todas las noches, cuando Mietek se iba a jugar la partida. Su mujer, al oír que llamaban a la puerta, gritaba «¿quién es?» y él contestaba invariablemente:

—C'est moi, Ivan!

Ula se habituó a su silueta rechoncha e informe y le abría cada vez más ligera de ropa, simplemente porque no le apetecía vestirse y porque cuidaba mucho sus vestidos. Cuando estaba sola, andaba por la casa únicamente en bragas y sujetador. Cuando llegaba Pluwak, se envolvía en una bata y, acurrucada en un extremo del sofá, escuchaba su interminable parloteo.

Un día llegó más tarde que de costumbre y llamó a la puerta sin ningún resultado: no respondía nadie. Gritó: *C'est moi, Ivan.* Silencio. Levantó con un dedo la tapa del buzón. El piso estaba a oscuras. Después, desde el comedor (sintió que la puerta estaba abierta) le llegó la risa contenida de la mujer:

—Me haces cosquillas…

Pluwak se quedó un rato en la puerta y volvió, humillado, a casa. Al día siguiente, Mietek se fue con sus amigos, y Niunia con su novio al cine. Pluwak insistió tanto en que Ula le hiciera una visita, prometiendo enseñarle unas extraordinarias obras de arte, que esta acabó accediendo.

Extremadamente servicial y atento, la acomodó en el sillón más espléndido y, para empezar, sacó un álbum bastante inocente. Poco después se arrimó a ella con su silla. De repente se echó al suelo de rodillas y le agarró las manos. Ula no sabía abofetear a un hombre: empezó a chillar a voz en grito, de una manera infantil, porque Pluwak le había metido la mano bajo la falda; se puso a patalear y le dio

tal rodillazo en la mandíbula que vio las estrellas. Cuando Ula salió huyendo con un fuerte portazo, Pluwak se bebió de un trago media botella de uno de sus vodkas más caros. Al día siguiente le dio vergüenza aparecer por allí, pero al tercer día llamó a la puerta como si no hubiera pasado nada. Abrió Mietek, que torció el gesto:

—Ula no está en casa. Para usted no estará nunca.

Se notaba que se lo había preparado, de lo bien que le salió. Pluwak, encorvado, subió las escaleras a todo correr. Después se pasó un buen rato pensando en la paliza que tendría que haberle dado a Mietek.

Se despertó por la noche: el reloj estaba dando la hora. Se diría que incluso se encontraba a gusto, pero de repente lo recordó todo y, con solo pensar «ahora él, con ella…», lo poseyó tal arrebato de rabia que destrozó la almohada con las manos. Después tuvo que pasarse un buen rato barriendo las plumas que le caían a la cara, le hacían cosquillas y se le metían en la nariz.

A mediados de septiembre, al principio de las deportaciones de los judíos al gueto, Pluwak, serio y formal, apareció en casa del doctor Geldblum con un traje negro. Mientras esperaba en el despacho del abogado, bastante desmantelado ya (faltaban algunos cuadros y los sillones habían sido reemplazados por sillas), echaba rápidas miradas a la decoración. En cierto momento se agachó y palpó con disimulo el grosor de la alfombra. Durante la conversación con Geldblum, comentó:

—Usted, señor doctor, siendo como es una persona inteligente, se da cuenta de que han llegado tiempos difíciles para ustedes… Yo, en su lugar, entregaría en depósito las cosas de valor a personas conocidas y honradas…[13]

El abogado se despidió sin mayores problemas de su gran escritorio. Pluwak inspeccionó atentamente la biblioteca. Le interesaba sobre todo la ***Historia de la moral,*** pero cogió también el Larousse y una máscara de bronce de Beethoven. En su siguiente visita coincidió con Mietek.

Las escaleras que subían desde el rellano de Pluwak eran menos vistosas porque las paredes no estaban cubiertas de azulejos. Llevaban a la segunda planta. Allí, a la izquierda, estaba el desván, y a la derecha y en el centro, las dos puertas del piso de Józef Dżula, antiguo lacayo de los Sanguszko, de los Poniewiecki y, antes de retirarse, de Anzelm Trzyniecki.

Quien observara a Dżula unos minutos diría que era un hombre con cara de vieja, de pies planos, con la barriga oculta tras una amplia levita negra, sujeta con

un solo botón; en las anchas mangas de puños blancos y rígidos se escondían unos brazos artríticos y pálidos que se posaban sobre los objetos con un movimiento lento y medido, sacerdotal, solemne. Quien lo frecuentara un año o más, no sería capaz de añadir gran cosa. En casa de Dżula vivía Krzych, un quinceañero rubio de una belleza especialmente dulce. Solía jugar con Teoś, el hijo de Poprzeski, y con Julek, que vivía en frente, en casa del portero.

—¿Qué haces tú allí? —le preguntaban a Krzych los otros dos.

—Tengo un puesto —contestaba Krzych. Le gustaba ser misterioso.

A veces conseguía birlar alguno de los maravillosos objetos que poseía Dżula. Después, enseñaba a los chicos una figurita de ámbar o un animalito de plata. Pero al viejo lacayo no le gustaba dejarle bajar al patio. Cuando alguien llamaba a una de las dos puertas del piso de Dżula, le ladraba con voz ronca un pastor alemán golpeando la madera con sus patas, mientras que en la otra, sin el menor ruido, se levantaba la tapa de la mirilla, como si la puerta mirara sola con un ojo velado. Pasado un rato, los ladridos del perro se iban acallando y sonaban más lejanos, pero del interior de la casa no llegaba ningún ruido, ninguna voz, ningún eco de pasos. Después, se alzaba de nuevo la mirilla, esa vez en la puerta a la que habían llamado, aparecía en ella por un instante un iris amarillento y chasqueaban los cerrojos uno tras otro. Caía sonoramente la cadena y la puerta se abría sin ningún ruido. El visitante —en aquella época, por regla general, un judío atemorizado— sujetaba bajo el brazo un paquete, envuelto a propósito en un trapo cualquiera. Quería dejar en depósito su contenido. Dżula lo saludaba con una leve inclinación de su gran cuerpo y, arrastrando sus suaves pantuflas por el lustrado parqué, lo acompañaba hasta la habitación.

En el interior brillaba una pequeña bombilla, puesto que las ventanas y la mitad de la pared estaban tapadas por un enorme tapiz en el que una rosácea Leda, en medio de nubes azul marino, estrechaba en su regazo un cisne de resplandecientes ojos color topacio. Los brillos de una luz turbia, amarillenta, se reflejaban en decenas de costosas piezas de cristal de Bohemia colocadas en los muebles, medio ocultas tras alfombras y rollos de telas. Sobre dos pianos situados junto a la pared había pilas de álbumes encuadernados en ante. Se veían entre ellos hojas de partituras de mazurcas de Chopin oscurecidas por el tiempo.

Al fondo se erguían unas figuras envueltas en fundas; aquello parecía un poco la utilería de un teatro, con la diferencia de que los objetos, vistos de cerca, no perdían nada de su valor, por lo que uno acababa teniendo la sensación de estar en el almacén de un museo.

Durante las visitas Dżula se comportaba de una manera curiosa, como si

dirigiera una orquesta grande, aunque invisible para el visitante. Escuchaba las explicaciones con una expresión tranquila y triste, cubriendo la mano izquierda con los dedos de la derecha, y con las dos manos puestas por debajo del corazón. El cliente hablaba casi susurrando, no tanto asustado —porque el peligro lo había dejado en la calle— como cohibido. Hacia el final de la visita Dżula se levantaba para acariciar, con una pluma en el extremo de una caña que sostenía con tres dedos, bien un candelabro de siete brazos, bien una pieza de cristal de Bohemia, como si quisiera apagar su brillo, y al mismo tiempo, con la otra mano cambiaba de lugar un sable japonés con incrustaciones o una caja de malaquita. El visitante ni siquiera se atrevía a preguntar por la seguridad del depósito, porque en aquel entorno incluso el más valioso de los objetos perdía parte de su valor; además, Dżula, desgranando las palabras acompasadamente como si pasara las cuentas de un rosario, contaba que llevaba un mes comiendo solo pan y cosas frías porque no tenía dinero para comprar nada de carne y no podía bajar a la cantina, y entonces, con un gesto mudo ponía por testigos los tesoros que allí le habían sido confiados. Cuando el visitante se disponía a sacar la cartera, a Dżula le cambiaba el gesto; sin ni siquiera molestarse, más bien con una pétrea indiferencia, como un viejo ángel rechazado, inclinaba ligeramente la cabeza en señal de que le sería grato despedirse del visitante.

A veces, cuando al visitante, con los nervios, se le caía algo de las manos, Dżula, en un acto reflejo, se inclinaba con presteza frente a él y solo un segundo después moderaba la velocidad de sus movimientos con un esfuerzo consciente, fingiendo que no era el servilismo lo que le había impulsado a actuar así, sino sus refinados modales. Al visitante, al final, no le quedaba otra que entregarle al viejo lo que había traído: un lienzo de Chełmoński enrollado, un reloj parlante o una antigua tabaquera de oro. Dżula examinaba el objeto con desconfianza, meditaba un rato con aire sufrido, asentía resignado y desaparecía unos minutos con aquel objeto; entonces se hacía un silencio tan definitivo que parecía arrancado a la eternidad. Dżula regresaba después, acompañaba al visitante hasta el recibidor y allí le susurraba al oído unas palabras inesperadamente cordiales: que no se olvidaría, que haría lo que estuviera en su mano, y abría la puerta. La cerraba enérgicamente, pero con suavidad, y por la mirilla de la otra puerta observaba al recién salido bajar las escaleras. A veces se oían leves susurros desde el interior de otros pisos, como si los espíritus de la carcoma camparan a sus anchas en el tronco de un árbol muerto. Se levantaban, una tras otra, las mirillas: de níquel en casa de Pluwak, pequeña y cuadrada en casa de los Durzyk y grande, con una rejilla, en casa de Geldblum; tras ella vigilaba, tenso, el abogado. Finalmente, el

visitante desaparecía y, por lo general, no volvía nunca más.

---

[12]. *Schutzpolizei des Reiches,* Policía de Protección del Estado.

[13]. En ucraniano transcrito al polaco en el original: *Wy, pane doktore, jak intelihentna lidyna rozumijete, jaki tiażki na was pryjszły czasy… Buduczy na wamoszu miści, ja by widdał dejaki cinni riczi na perechowannia znakomym, poriadocznym liudam…*

AUTOPSIA

Stefan estaba sentado junto a la ventana. Las colinas de Roztocze que el tren dejaba atrás iban perdiendo su verdor; los cuadrados de los campos se iban apagando como una alfombra vieja raída. A veces, sobre un fondo oscuro se perfilaba una chimenea y se sobreponía a los árboles, a las colinas, a las semitransparentes vallas que vibraban con la velocidad; a un lado aparecía de pronto un bosque, por abajo negro, por arriba mordisqueado ya por el cielo; más allá, empezaba a discurrir un paisaje de tonos rojizos.

Dolaniec y Żachliński estaban sentados frente a él; en el compartimento reservado para los alemanes no había nadie más, solo ellos tres. En un primer momento, Stefan había temido que Dolaniec intentara meterlo de alguna manera en sus negocios, pero este pareció olvidarse de él en cuanto subieron al vagón. Se puso a hablar con Żachliński y a darle instrucciones que el joven escuchaba con una desgana apenas perceptible en su hermoso rostro.

—Hoy tiene que ir usted al notario. Por la tarde, Durzyk. Creo que venderá. Necesita dinero. El precio, fijo. Nada de regatear. Mañana vemos la casa y por la noche volvemos. Ni una palabra a nadie, ¿está claro? Habrá que informar a Poprzeski de que tenemos agarrada una octava parte. Será como una cabeza de puente. Después, desaparecemos, que vaya madurando poco a poco. Vendrá él solo a comernos en la mano. Eso es todo. Esperaremos, vamos a ver, hasta… Ahora estamos en octubre. Hasta diciembre. Anótelo.

Żachliński anotó unas cifras microscópicas en una agenda de lomo plateado.

Dolaniec se desabotonó la chaqueta, se acomodó en el mullido asiento, bajó los párpados y se quedó dormido casi en el acto. Dormía con los labios apretados, sin hacer ningún ruido; tenía la cara hinchada y los párpados como inflamados cuando abrió los ojos una hora más tarde. Anunciaban la proximidad de la ciudad las vías que se ramificaban de repente y se metían rechinando bajo el vagón. El tren redujo la marcha, se desvió y, entre gritos, alboroto y el chirrido de los frenos, se detuvo en un oscuro andén.

—¡Bueno, ya estamos! Doctor…

Dolaniec puso la mano sobre el hombro de Stefan.

—Seguro que quiere usted ver a su padre, a la familia, ¿verdad? Es usted libre hasta mañana. Nos vemos a mediodía, ¿está bien? ¡Żachliński, dele al doctor la dirección! Sí, allí mismo.

Żachliński, con la gabardina ya puesta y la bufanda de seda arremolinándose alrededor de su atezado rostro, escribió la dirección en una cajetilla de tabaco vacía y se la entregó a Stefan. Acto seguido, los dos hombres se tocaron el sombrero con un dedo, salieron del compartimento y, segundos después, desaparecieron entre la multitud que se precipitaba hacia la salida.

Stefan se quedó solo. Quizá por haber ido a la ciudad un poco en contra de su voluntad, y quizá también por aquella inesperada separación, todo a su alrededor le parecía extraño e irreal; la muchedumbre que asaltaba los vagones y otra muchedumbre que se agolpaba en la salida de los andenes estaban como condenadas a una existencia momentánea y bastante problemática. Esta sensación la potenciaban los jirones del vapor de la locomotora, que revoloteaban a baja altura. La gente entraba en una nube blanca y desaparecía para siempre como si se evaporara.

Eran las seis de la mañana, el sol aún no había salido, pero el día despuntaba ya con un brillo perlado en el este. Por las grandes escalinatas de piedra de la estación bajaban corriendo grupos de campesinas que olían a leche y a establo, obreros del extrarradio y numerosos ferroviarios con sus gorras de plato ribeteadas en rojo. De los cenagosos terrenos de los alrededores, entre los cuales se levantaban, como una mano de múltiples dedos, los terraplenes del ferrocarril, llegaba la niebla. La ciudad se iba deshaciendo. Las conocidas calles desaparecían, las casas se diluían como una plateada acuarela sumergida en agua. Cuando todo quedó envuelto en una claridad movediza y lechosa, Stefan temió perderse. Vio un pequeño bar y entró para desayunar. Apartó el áspero té y, sin dejar de soplarse los dedos, que se había quemado con la cucharilla de estaño, se puso a mirar la calle por la ventana. El sol se iba elevando, sus rayos asomaron por detrás

del edificio de la esquina e irrumpieron en la niebla formando unos espectrales pasillos rojos. El viento soplaba con fuerza, el aire era cada vez más transparente. Se iba acercando un tranvía, con unos faros encendidos que el sol apagó. La ventana del bar daba a una plazoleta rodeada de casas por tres de sus lados. A Stefan le vino a la cabeza la idea de un alambique; el alambique era la parada de tranvía. Desde la mañana tenía lugar allí una destilación fraccionada de personas. A las seis y media la multitud en la parada era homogénea: obreros con zuecos que se calentaban las manos con cantimploras llenas de café. Llegaba un tranvía y se los llevaba en silencio. En el interior del vagón, iluminado con electricidad, sobre las cabezas y los hombros desaparecían varas de hierro, mazos de cables, marcos de madera. A las siete, junto al poste gris con su escudo blanco, aparecía una fracción más alborotada, que se movía nerviosamente al ver llegar el tranvía. Mujeres con abrigos de piel de conejo que simulaban abrigos de piel de pantera y hombres que saludaban levantando ligeramente el sombrero se colocaban cerca de las vías para abordar la puerta. La subida al tranvía ya no era tan ordenada como antes: el conductor hacía sonar la campana, el revisor gritaba hasta que en la calzada quedaban solo algunos hombres con botas de caña, que corrían detrás del tranvía y, con flemática desenvoltura, subían de un salto al estribo en el último momento. Después empezaba a llegar una fracción que parecía en estado de ebullición, las puertas de los edificios lanzaban a la calle a gente abotonándose los abrigos a la carrera, engullendo el último bocado del desayuno. Junto al tranvía empezaba la lucha para entrar. Al final, en la parada quedaba un último residuo: la fracción de los tímidos y de los débiles.

Tras finalizar esas observaciones sociológicas, Stefan se levantó y pagó por los panecillos que parecían de goma y el té que sabía a estropajo de alambre. Se dirigió al centro. Decidió que pasaría por casa más tarde, a la hora de comer.

La arteria principal que cruzaba la ciudad de este a oeste, en esos momentos bañada por un sol frío bajo la telaraña de los cables del tranvía, rugía sin cesar con el ruido de los motores. La atravesaban en dos filas camiones color ***wehrmachtgrau,*** gris Wehrmacht, cocinas de campaña, autobuses ***Kraft durch Freude,*** carros de combate, coches blindados y radioemisoras de campaña escoltados por motociclistas de enlace, que iban a toda prisa echando hacia delante sus cascos grises y sus gafas negras.

De tarde en tarde, pasaba volando entre ellos alguna limusina en medio de nubes de humo marrón y gris, cubierta de hojas secas de camuflaje; tras los cristales se veían fugazmente siluetas de oficiales arrellanados en los asientos.

En sentido contrario al de los vehículos, un pequeño destacamento militar se

dirigía a los cuarteles: soldados bajos, doblados bajo el peso de las mochilas, con cascos ovoides, con las caras ensombrecidas por una incipiente barba. Eran italianos. Se detuvieron junto a una verja de hierro para dejar pasar a dieciséis oficiales de las SS, arremangados a pesar del frío, que marchaban con paso decidido haciendo balancear los cascos sujetos a sus cinturones. El viento alborotaba sus cabellos dorados. Cuando estaban saliendo entonaron «Heili Heilo» con una voz tan estentórea que los aceitunados italianos se sobresaltaron, desconcertados.

Stefan comparó instintivamente las dos nacionalidades: los meridionales salieron peor parados. Parecían civiles disfrazados.

Algo más abajo del cuartel había una barbería. Stefan suponía que le iba tocando afeitarse porque le picaba el cuello, pero se limitó a echar un vistazo por la ventana. Dentro había varios oficiales; a uno le estaban haciendo ondulación al agua, y al otro, cubierto con un paño como si fuera un sudario, le aplicaban un baño de vapor en la cara. Así las cosas, Stefan siguió adelante. Pasada la iglesia de la Transfiguración de Jesús, vio la placa de cobre de otra barbería, una de las que le gustaban: un local pequeño, tranquilo, olvidado, con una puerta de cristal mate. Al entrar, estuvo a punto de chocarse con un caballero en el umbral. Era un hombre de estatura media, delgado, de pelo castaño, con un sombrero un poco manchado calado hasta los ojos. Tenía la nariz larga y la cara algo oscura, asimétrica, con una expresión acre, como de descontento. «Parece judío», pensó Stefan, y se quedó de piedra al darse cuenta de que lo que había visto era su propio reflejo en un gran espejo que llegaba hasta el suelo.

En el local había ya un cliente, sentado con la barbilla obedientemente levantada hacia el techo, embadurnado de espuma desde la nariz hasta el cuello. El maestro barbero estaba a sus espaldas y, sujetando suavemente su nariz con dos dedos —los otros los tenía separados con gracia— maniobraba con una navaja fina por el desgaste conversando al mismo tiempo con un aprendiz. Este se abalanzó sobre Stefan, le arrancó el abrigo y dio la vuelta, simbólicamente, a un cojín plano que cubría el sillón giratorio. En un lavabo de porcelana Trzyniecki advirtió mechones de pelo mezclados con grisácea jabonadura, recogidos con un trozo de periódico, vio el turbio color del champú y leves reflejos de grasa en un peine de cuerno. Se arrepintió de haberse dejado seducir por la sonrisa de la cabeza de cera del escaparate. Mientras tanto, los barberos lo enjabonaron sin miramiento alguno y sin dejar su conversación.

—Entonces yo le digo «¿Y por qué tiene usted el pelo tan decolorado?» y él me contesta que trabaja con un aparato de cuarzo, ¿me capta, jefe?

—Sí, sí, señor Kazio.

—Me estaba tomando el pelo. ¿Porque a quién, si no a un judío, se le ocurre teñirse de rubio?

—Sí, sí, señor Kazio.

—Entonces yo le digo…

En la espuma que cubría las mejillas de Stefan apareció una raya roja. El barbero frotó la herida con alumbre y le aclaró la cara. Mientras pagaba, Stefan advirtió en otro espejo los ojos saltones y azules de una manicura sentada tras una mampara. La mujer valoró con la mirada la calidad de su calzado, de su traje y de su abrigo. Después clavó la vista en su cara y Stefan recordó que tenía pinta de judío. Le pareció que los barberos lo miraban de una manera especial. Se hizo el silencio. El otro cliente se levantó mientras lo limpiaban de arriba abajo con un cepillo. Era más bajo que Stefan, tenía cara de pájaro y la frente despejada, triangular. Stefan había visto esa cara en alguna parte. En realidad, no tanto visto, seguro que no la había visto, sino que le sonaba de algo. Era una sensación tan insistente que se quedó absorto mirando al hombre, con el sombrero en la mano. Tenía el pelo azabache con un mechón blanco sobre la frente. El hombre le devolvió una mirada fría, pagó y se fue. Stefan salió tras él. Mientras caminaba por la calle, iba hurgando en su memoria; aunque sabía por experiencia que insistir en un pensamiento atascado no llevaba a ninguna parte, intentó abordar el tema desde distintos frentes, pero no sirvió de nada. Mientras tanto, el desconocido se detuvo ante una papelería y entró. Stefan miró cuatro tipos de lápices, un álbum encuadernado en una imitación de piel de cocodrilo y unas acuarelas hasta que al otro lado del reluciente escaparate volvió a aparecer la cara de aquel extraño, esa vez por encima de la suya; estaba como suspendida en el aire y desprovista de cuerpo porque el oscuro abrigo del desconocido se fundía con el interior negro de la tienda. En ese momento Stefan lo reconoció. La cabeza del hombre estaba dibujada en la página número diez del cuaderno de Sekułowski. El desconocido echó a andar hacia el centro. En dos ocasiones sus miradas coincidieron en los espejos de los escaparates y los cristales de las ventanas. La mirada del otro era tan fría que Stefan se sintió incómodo. Estaba totalmente seguro de no equivocarse, aunque hasta entonces, en su fuero interno, abrigaba el convencimiento de que el amigo de Sekułowski era alto y de buena planta; la cabeza dibujada por el poeta hacía pensar más bien en un cuerpo grande, robusto. Apenas entonces asoció el dibujo a los comentarios sobre un tal «Wiel.», que supuestamente se parecía a Goebbels. Cuando en la siguiente esquina les cerró el paso una camioneta grande, Stefan se le acercó y, tocándose el sombrero, dijo:

—Perdone que le moleste… ¿Usted conocía a Sekułowski?

El conductor estaba tocando el claxon, y el desconocido no pareció oír bien a Stefan o tal vez no quiso oírle.

—¿Qué desea?

—¿Usted… no conocía… al señor… Sekułowski? —preguntó Stefan con voz débil y la garganta repentinamente seca.

—Lo conocía.

Por la esquina apareció a toda velocidad un pequeño camión sanitario alemán con la bandera de la Cruz Roja ondeando sobre un mástil alto. Gimió funestamente y se alejó, cada vez más pequeña, hasta desaparecer tras un lejano montículo en el que se erguía la fortaleza de ladrillo de Kazimierz. Stefan, hasta entonces, solo había deseado aproximarse al desconocido; ahora no sabía qué decirle.

—Yo… me llamo Trzyniecki… El doctor Trzyniecki.

El otro asintió levemente con la cabeza, en silencio.

—Soy…, eh…, psiquiatra, y…

La oscura cara del desconocido manifestó: «Me es indiferente».

—Me gustaría… Me gustaría hablar con usted porque sé, es decir, supongo, que usted conocía…, que usted tenía una relación muy cercana con Sekułowski. Yo estaba allí cuando murió… —tartamudeó Stefan.

Por unos segundos se le pasó por la cabeza que el desconocido podía tomarlo por loco. Empezaron a arderle las mejillas. El hombre entrecerró los ojos, como compadeciéndose de él.

—¿Trabajó usted en el sanatorio de Bierzyniec?

Stefan asintió con presteza. Habló atropelladamente de los alemanes, del trágico fin del hospital, sin la incomodidad que sentía siempre al recordar aquellos acontecimientos. Echaron a andar despacio; de repente, el hombre se detuvo.

—¿Pero de qué me conoce usted?

—No lo conozco. En el cuaderno de Sekułowski había un boceto de su cabeza…, un dibujo…

—¿En un cuaderno? —El desconocido levantó las cejas, incrédulo—. ¿En qué cuaderno?

—Un cuaderno negro… Lo tengo yo ahora. —Stefan sintió vergüenza de repente, como si le hubieran pillado robando. Metió la mano en el bolsillo, sacó de su interior un cuaderno enrollado, pasó las hojas con manos temblorosas—. Esto…, un momento…, aquí… Son sus apuntes, comentarios… sobre un amigo

comunista, yo estaba convencido de que se trataba de usted… —Se interrumpió al comprender que había metido la pata—. Es decir, lo siento, yo no quería…

—Mmm. Son suposiciones atrevidas, incluso peligrosas, hoy en día… —dijo lentamente el desconocido. Su mirada se suavizó cuando vio que Stefan tenía las orejas completamente rojas—. Un comportamiento muy imprudente e insensato el suyo. Sin ser consciente uno puede a veces hacer daño a otras personas… y a sí mismo.

—Yo no…

Estaban en una acera ancha, desierta. El desconocido se acercó a Stefan, lo miró a la cara.

—Espero que entienda usted que, en esta situación, sin conocerlo, no puedo decirle cómo me llamo y menos dónde vivo. ¿Qué quiere usted de mí?

—Yo estoy aquí de paso. Me voy dentro de poco. Tal vez incluso mañana. Llevaba tiempo pensando en contactar con alguien que hubiera conocido a Sekułowski. Créame, para mí tiene una gran…, una extraordinaria…, él…, su influencia…

Stefan calló. El otro se quedó pensativo, con la mirada clavada en el suelo.

—Ahora no tengo tiempo. ¿Quiere usted que hablemos? Un momento, ¿se apellida usted… Trzyniecki?

—Sí. Soy médico —empezó, excitado, Stefan—. En mí puede usted… Yo soy totalmente…, completamente…

—Ya, sí. Su apellido me resulta conocido. Un tal Trzyniecki le ofreció un «aparato para examinar el alma» a mi despa…, a una empresa en la que yo trabajaba antes de la guerra.

—Era mi padre… —Stefan se movió, inquieto. De nuevo se sintió avergonzado.

—Ah, ¿sí? No creo que tenga mucho sentido, pero… ¿puede usted estar a las dos en el Parque Real? ¿Sabe usted dónde es? Espéreme al pie de la torre, en el saliente junto al acantilado.

—Lo conozco, lo conozco. Muchas gracias. Le estaré esperando. Nací aquí —aclaró Stefan, intentando despejar todas las sospechas del desconocido.

—A las dos, entonces. Hasta luego.

Tras despedirse de Stefan, el doctor Wieleniecki se dirigió al trabajo, esta vez por el camino más recto; antes había dado vueltas ante el temor de que lo estuviera siguiendo un agente alemán. A pesar de todo, volvió a mirar la calle a sus espaldas

deteniéndose junto a las tiendas, pero no vio nada sospechoso. Subió unas escaleras y entró en un edificio inmenso con forma de herradura y rodeado de parterres, negros en esa época del año, en los que crecían dispersos arbustos secos y sin hojas. En la puerta de entrada había una placa: INSTITUTO ESTATAL DE MEDICINA FORENSE.

Una vez en las oficinas, colgó el abrigo, se alisó el pelo y, siguiendo un pasillo empedrado, se dirigió a la sala de disección. Al otro lado del lechoso cristal de una puerta batiente se movía una silueta oscura. Wieleniecki se quitó la chaqueta en la entrada y, empujando la puerta con el pie, echó un vistazo al interior de la sala: el cadáver estaba ya sobre la mesa.

—Buenos días, doctor. ¿Ya?

—Un momento. ¿Dónde está mi bata?

—La he guardado aquí porque el doctor Weiss dijo que se gastaba demasiado jabón, ya sabe usted, en lavar las batas… Pues yo, la suya…

El asistente sacó de debajo de la cátedra una bata limpia, doblada. Mientras Wieleniecki se iba subiendo las mangas, el otro quitó del cuello del cadáver la cinta desgastada con una medallita de estaño, rodeó la mesa y colgó la medallita en el dedo gordo de un pie rígido que sobresalía del tablero de piedra. A Wieleniecki, que había estudiado Medicina antes de hacerse psicólogo, pero que nunca había tenido mucho que ver con las autopsias, siempre lo conmovía ese ritual. ¡Cuánta inconsciente burla de la fe había en ese traslado de la medallita del cuello al pie, una vez esta había cumplido con su deber y el camino terrenal de su propietario había llegado a su fin!

El asistente estaba desprendiendo el cuero cabelludo del cadáver con un cuchillo corto.

—¿Y este de dónde ha salido? —preguntó Wieleniecki mientras se ataba por detrás las cintas del delantal de goma que le llegaba hasta los pies.

—De Dębica, de la cárcel, parece.

Sobre la ovalada mesa de mármol yacía un hombre muy flaco, con los brazos contraídos *post mortem* sobre su vientre hundido.

Wieleniecki sumergió las manos en talco, se puso los guantes y, antes de coger un bisturí, levantó con esfuerzo hacia un lado el cuerpo rígido y frío. La espalda y las nalgas estaban cubiertas de terribles heridas negras. Soltó el cuerpo y agarró el primer bisturí.

Miró con atención: en las oquedades entre las costillas verdeaban ya unas manchas oscuras, la primera señal de la descomposición. Aplicó cuidadosamente el bisturí y con un solo corte largo abrió el cuerpo desde la nuez hasta el pubis.

Recortó un triángulo en la parte anterior de la caja torácica, lo levantó, lo liberó de los tendones con dos movimientos de bisturí y lo tiró a una pila en la que caía agua que, lentamente, fue adquiriendo un tono rosáceo. Por la ancha abertura se veían los cenicientos pulmones y el corazón, más oscuro. Sacó los pulmones, desgarró los queloides y los seccionó por la base.

—¡Deme un poco de agua!

El asistente dirigió el chorro de una manguera colgante hacia el interior del cuerpo y riachuelos de sangre negra manaron hacia fuera, despejando el terreno. Los riñones se abrieron a lo largo bajo el bisturí como pequeños librillos con cubiertas color ciruela, llenos de jeroglíficos marronáceos.

—Ya me ocupo yo de los intestinos, doctor. ¿Le parece?

—¡Adelante!

El asistente se dispuso a sacar los intestinos. Wieleniecki se inclinó sobre la cátedra con los papeles y observó desde allí: el cadáver yacía vacío, eviscerado, las paredes abdominales abiertas le ocultaban las manos y el cuero cabelludo, la cara. Solo en sus encallecidos pies quedaba algo humano.

—¿Dónde está el papel?

—El doctor Weiss dijo que metiera usted el diagnóstico en el libro de disecciones, al final.

Wieleniecki realizaba todas las disecciones tan meticulosamente como si estuviera burlándose de su propio trabajo, porque el doctor Weiss siempre establecía de antemano qué dolencias habían causado la muerte de los presos. Estaba prohibido anotar los verdaderos resultados de la autopsia. Pero el comportamiento de Wieleniecki tenía sentido: cuando regresaba a casa, rememoraba los datos de la disección y los anotaba. Denominaba aquel procedimiento «recopilación de pruebas para un futuro juicio». Era necesario que alguien tomara la palabra en nombre de los que ya no tenían voz.

Mientras Wieleniecki anotaba en un libro encuadernado en tela que la causa de la muerte había sido una neumonía, el asistente, con movimientos rápidos, devolvió los intestinos a la cavidad abdominal, encima de ellos arrojó el cerebro, se sacó del bolsillo una aguja y un hilo gordo y se puso a coser las paredes abdominales. Después volvió a colocar en su sitio la tapa vacía del cráneo, previamente serrada, y reveló la cara negruzca del muerto, llena de sufrimiento, de ojos turbios como las escamas de un pez. Arrojó el cuerpo a un carro y lo condujo con un traqueteo metálico hasta el montacargas. Allí se agachó, agarró una polea grande con un rollo de cuerda de media pulgada y tiró de ella. La plataforma del montacargas bajó; el cadáver, con un brazo apoyado en el borde,

tembló y desapareció en un pozo oscuro.

—¿Ya es todo por hoy?

—Así es, doctor.

Wieleniecki guardó el libro en un cajón en la oficina. Al salir, ya con el abrigo puesto, preguntó al asistente:

—¿El doctor Weiss vendrá hoy?

—Eso no lo sé. Es posible que no porque han llamado de la Gestapo para que vaya para allá.

Cuando estaba abandonando el edificio, Wieleniecki reparó en una anciana flaca, vestida de negro, que al verlo se escondió tras unos arbustos. Ya en la calle, al otro lado de la cerca, el doctor se detuvo. La viejecita, diminuta, demacrada, envuelta en un pañuelo con flecos que le cubría la cara, miró a su alrededor con precaución y, al final, entró despacio en el edificio.

Wieleniecki pensó que sería una pariente, quizá la madre, del asesinado, a la que el asistente, previo pago, le dejaría ver un segundo el cadáver. Recordó cómo la anciana se había apartado cuando lo vio, tomándolo seguramente por alemán, por un descuartizador de cadáveres, y apretó los puños, enfurecido.

El parque estaba prácticamente vacío. Tortuosos senderos bordeaban unos setos que no se habían podado desde hacía tiempo. A lo lejos, en lo alto de una ladera escarpada, se elevaba el cuerpo de ladrillo de la Torre Real, inmóvil como una roca sobre un dorado mar de hojas. Los robles se marchitaban en color marrón mate, las hayas perdían sus hojas onduladas y claras. Los senderos susurraban como riachuelos. La gama de brillos amarillentos se veía mitigada por la grisura que emanaba de un cielo nublado. Stefan daba vueltas a los pies de la torre, asomándose cada dos por tres al borde del acantilado. La arcillosa ladera estaba cubierta, aquí y allá, por raíces de árboles, que en sus travesías subterráneas habían emergido inesperadamente a la luz del día, habían agarrado en un ligero abrazo terrones de tierra y colgaban sobre los lejanos campos.

Wieleniecki apareció unos minutos después de las dos. Se unió a Stefan sin mediar palabra y dio todavía unos pasos al mismo ritmo que llevaba, después se detuvo bruscamente y preguntó, de manera algo ruda:

—Bueno, ¿y qué pasó allí?

Stefan, en realidad, iba con la intención de hacer él las preguntas: no había estado buscando a ese hombre para contarle los últimos meses de vida de Sekułowski. Además, no sabía nada sobre el desconocido y, como no podía darle

a su relato el tono que le conviniera a su interlocutor, se sintió tan incómodo que pronunció las primeras frases como forzado. Pero después, el pasado cobró vida. Los acontecimientos aparecían ante él transformados por la acción perturbadora de la memoria, pero gracias a eso eran más suyos. Aunque quería hablar solo de Sekułowski, le contó toda la historia del hospital. Perdió la noción de estar caminando: sus pies se movían solos, sus manos, por momentos, hacían gestos que intentaban expresar lo inexpresable. El desconocido caminaba a su lado con la cabeza gacha, se paraba al mismo tiempo que él, su cara se perfilaba inmóvil en el paisaje otoñal, sus párpados ocultaban sus ojos. A medida que se iba acercando a los sucesos del último día, Stefan tuvo la acusada sensación de que el tiempo que le separaba de esos sucesos dejaba de existir, de que estaba hablando de una persona aún viva que en unos instantes tendría que morir por segunda vez. Llegó al momento en el que Sekułowski delataba a los enfermos escondidos en el hospital. El desconocido se detuvo y lo miró a los ojos. Después fue el primero en retomar la marcha. Se encontraban al borde del acantilado después de haber recorrido todos los senderos del parque. Abajo, como una nube terrestre desmañada, flotaba el humo de las chimeneas. El espacio se presentaba tan enorme que uno, inconscientemente, deseaba participar en su existencia, aunque solo fuera respirando profundamente o irguiendo la espalda. Por la derecha, parcialmente oculto tras los edificios amarillos del cuartel, se arqueaba el terraplén del ferrocarril, como una hoz afilada y fina, y tras él blanqueaba la larga línea de las vallas del gueto, ya diminutas en la distancia.

Tras narrar la muerte de Sekułowski, el relato de Stefan pasó a ser seco y lacónico. Mencionó el asesinato del profesor, su solitario viaje, la casa solariega en la que había vivido un año, y empezó a hablar tímidamente de sus dudas, de sus pensamientos…

Sekułowski volvía a estar muerto en su memoria y no se parecía a quien había sido. El desconocido callaba. Stefan, sin atreverse a preguntar, sacó del bolsillo interior del abrigo el cuaderno negro. Los dos se encontraban de lado con respecto al horizonte, desde donde no dejaba de soplar el viento.

—Ajá —dijo el desconocido—. Así fue… Así. Gracias. Se lo agradezco —repitió.

Stefan, con el cuaderno en la mano, se sintió indefenso, como en esos desagradables sueños en los que uno entra desnudo en una sala iluminada llena de gente. El desconocido encendió un cigarrillo.

—Puede que sea una ilusión —dijo—, puede que sean los años que pasé sin verlo, pero mientras usted hablaba, a ratos tenía la impresión de que era él a

quien tenía enfrente. No, no es que usted se le parezca. Nosotros somos dos extraños, nuestro único punto de contacto es Sekułowski. Perdone mi sinceridad, pero tengo la sensación de que las convicciones en usted nacen como estructuras magnéticas en limaduras de hierro: cuanto más fuerte es la influencia exterior, más fácil es que se formen. Su… apego a Sekułowski —Stefan agitó la mano defensivamente— no es fruto de la semejanza. Lo digo porque él también producía ese efecto en mí… hace tiempo. Era mi amigo. No, qué digo. Él no podía ser amigo de nadie. Solo me era cercano, como amigo o como enemigo. Un enemigo puede ser a veces más cercano que un amigo, ¿sabe usted?

Stefan pensó que aquella frase no era cierta, pero que la verdad la envolvía como una nubecilla difícil de situar.

—Usted sabe mucho de mí y al mismo tiempo muy poco —prosiguió el extraño—. ¿Me puede dejar el cuaderno?

Lo hojeó un buen rato como si no lo estuviera leyendo sino recordando algo conocido.

—Bien —dijo—. Perdone que sospechara… Usted ha leído las «Conversaciones». —Señaló de repente una hoja del cuaderno.

—No. Verá, no sé taquigrafía, así que…

—¡Ajá! —El extraño pareció sorprendido. Después cerró el cuaderno—. Puede que sea ingenuo por mi parte, pero me gustaría ayudarle de alguna manera. Veo que el Sekułowski muerto se vuelve más peligroso para usted que el vivo. Usted ha empezado a mitificarlo, y ya ha creado un culto, aunque sea un culto de un solo seguidor.

—Yo… quizá no me ha entendido —dijo con voz grave Stefan, que parecía que ni siquiera estaba escuchando—. Sekułowski… Había en él algo muy antiguo. Se lo dije alguna vez, había en él algo como en la luz, una luz normal. Cuando una persona, irreflexivamente, posa los ojos en una lámpara o una llama, no puede apartar la vista de ella. Es una atracción más antigua que la humanidad. Él tenía algo así. Era peligroso…

—Para cierto tipo de gente, sí —acabó la frase el desconocido—. Alguien que vive para investigar la muerte… Pero su importancia…, sabe usted…, a veces hay que ser despiadado con los muertos para poder apiadarse, no, no apiadarse, para poder trabajar para los vivos. Usted estuvo viviendo con toda esa gente y caminando hacia la muerte. Pero yo, permítame que le diga, veo esos acontecimientos de otra manera. Usted y Sekułowski estuvieron investigando el sinsentido, el horror de todo aquello. Yo veo su orden y su necesidad: no solo pasó lo que pasó, sino que es lo que tuvo que pasar.

—¿Está usted diciendo que…? —dijo Stefan, alterado.

—Déjeme hablar. Le contaré todo lo que sé. La estancia de Sekułowski en el hospital le resultaba a usted un tanto incomprensible, ¿verdad? Porque estaba claro que él no era un enfermo mental, ¿no es así?

—Claro que no. Estaba completamente cuerdo.

—Sí. A ver: Sekułowski no fue al sanatorio para refugiarse, de eso me enteré justo después del estallido de la guerra. Él era un habitual ya antes. Verá usted, necesitaba estar rodeado de locos, le gustaba la atmósfera de los manicomios porque reafirmaba su idea del mundo… «La vida es el sueño de un idiota, un delirio», ¿entiende? ¿Ha oído usted hablar de los trabajos de Uexküll sobre el entorno de los animales? Resulta que, si en un mismo acuario hay un molusco y un pez, los objetos que los rodean, aparentemente los mismos —el cristal, la arena, las algas—, no constituyen para ellos el mismo entorno. Todo organismo construye con la materia del mundo su propio hábitat, formado por fenómenos favorables y peligrosos. Un animal, a diferencia del ser humano, no tiene elección. Ese bosquecillo —señaló con la mano— es algo distinto para un guardabosques y para un huido de un campo de concentración, es también distinto para un campesino que va a por leña y para un botánico. Sekułowski tenía una tesis vital: el mundo no tiene sentido, el mundo no significa nada. Esa tesis era su veneno y su elixir… ¿Y en qué se concretaba? Elegía simplemente entornos que reafirmaran su hipótesis.

—Usted está simplificando —dijo Stefan en voz baja, pero rotunda—. A veces las personas tienen una sensibilidad tal, y desde su nacimiento, que se diría que están despellejadas, con todos los nervios expuestos al mundo, y la luz les duele tanto como a otros les dolería un golpe con una porra. Él era una de esas personas. Ese es el tema. Yo, yo también…

—Claro que estoy simplificando —dijo el extraño interrumpiendo a Stefan. Dio un paso adelante—. Permítame que se lo cuente todo. Simplifico, generalizo, cierto, pero ¿qué hace un científico? ¿Un físico? ¿Un astrónomo? ¿Acaso cualquier fórmula no es una simplificación? No hay y no puede haber conocimiento que no sea fruto de la experiencia y de su posterior generalización.

—¡No, escúcheme usted! —Stefan se encendió—. Una fórmula equivale a la existencia de una estrella, pero no basta para entenderse a uno mismo. ¿Acaso el mero empleo del método clasificatorio puede aliviar el sufrimiento? ¡Oh, hay cierta diferencia entre los fenómenos que se producen en los seres humanos y los que se dan en el interior de las estrellas! ¿Y qué sentido, qué sentido tiene este mundo: un montón de pequeños canallas pisoteados por grandes canallas? ¿Y qué

puede decir la ciencia al respecto?

—La ciencia puede cambiar este mundo —replicó el otro, pero Stefan no lo oyó.

—No quiero que reduzca usted a Sekułowski a una tipificación. Él siempre quiso ser el centro, y no uno de los mil puntos en una plancha de imprenta, una partícula de polvo en el movimiento browniano. Y aunque no todos los individuos quieren ser el centro, porque son demasiado estúpidos o demasiado débiles, tienen que ser el centro, y no hay nada que hacer.

—¿Una discusión filosófica? —dijo el extraño enderezando la espalda—. Con mucho gusto. La vida humana no tiene sentido si se plantea al margen de la sociedad. La pregunta no puede ser «por qué se vive» sino «para qué se vive», es decir, con qué objetivo, y no con qué intención. Porque esto último no significa nada de nada y no es más que un abuso de la gramática.

—Es una postura muy cómoda —observó Stefan, que había recuperado la calma.

—Pero es verdad. Hablemos con claridad. ¿Quién era Sekułowski? Una persona que estuvo toda la vida mirándose el ombligo como una embarazada que está siempre pendiente del feto que hincha su vientre. Estaba convencido de estar predestinado para crear algo grande y mientras esperaba que eso ocurriera estuvo preparando su mente, torneándola cada vez más y con mayor precisión, reuniendo herramientas y conocimientos, y todo eso para estar listo cuando llegara el momento. ¿Me entiende usted? Y acabó torneándola hasta el fin, y no llegó a crear nada.

Stefan dio un paso adelante como si quisiera cerrarle la boca al extraño. Este levantó una mano.

—Doctor, ¿usted es psiquiatra? Yo también entiendo algo de… esas cosas. Es verdad que Van Gogh estaba loco, pero en sus lienzos no hay ni un ápice de locura. Sekułowski, en cambio, alimentaba la enfermedad en su interior para que esta impregnara todas sus palabras, todos los versos que escribía. Usted ha estado demasiado tiempo demasiado cerca de todo eso, tiene que olvidarse del tema, de lo contrario acabará perdiéndose ahí y no saldrá nunca más. Ahí no hay ninguna puerta.

Se quedó un rato en silencio y arrojó el cigarrillo, que salió disparado dibujando una espiral y dejando una fina estela de humo.

—Los médicos se olvidan de toda esa medicina suya cuando se trata de ellos mismos o de sus amigos y familiares. Hay psicópatas repelentes; Sekułowski era un psicópata agradable. Sí, cuando quería se le daba muy bien. Le gustaba ese

papel… La sangre en sus poemas, los huesos y la eterna conciencia de la muerte que va madurando en todas y cada una de las células del cuerpo…

—¿Era una pose? No parece que usted lo conociera —dijo Stefan, ofendido.

—Puede que no me haya expresado bien. Tiene usted razón. No quiero que piense que pretendo examinar a Sekułowski como a una mariposa clavada con alfileres, diseccionarlo…

Wieleniecki se detuvo un instante y añadió en voz más baja:

—Él arraigó en mí también… en su día, y tuve que extirparlo sin saber ya diferenciar qué era suyo y qué era mío.

—Así que usted piensa realmente —dijo Stefan en voz baja— que él no valía nada. Porque yo lo consideraba un verdadero… genio. Ya sé, él lo pasaba muy mal, y por eso a veces estaba amargado, insoportable…

—¿Ah, usted también pasó por eso? —Wieleniecki sonrió levemente—. ¿Qué ha dicho? ¿Un genio? La genialidad, señor mío… Se podría hablar mucho de eso… —Tenía la mirada clavada en la borrosa y violácea franja entre cielo y tierra—. Lo primero es que un genio se da una vez cada cien o cada doscientos años, no se parece a ninguna otra persona, no tiene nada en común con nadie, ni nadie con él, por lo que ha de quebrarse, destruirse a sí mismo y destruir a los demás para lanzar un poco de luz sobre ese cotidiano y negro ajetreo de hormigas que es la vida… Porque si no es para eso, ¿para qué? La genialidad, señor mío, consiste en dar más, cien veces más, mil veces más que sus coetáneos, en crear valores y darlos sin pedir cuentas ni esperar reconocimiento, dar, dar, dar hasta el final. ¿Y él? Él era un poeta de la muerte y se limitó a hablar de sí mismo. Habló de la propia muerte, y esa no es la más cruel, doctor… Es simplemente un asunto como de otro universo, que no nos importa porque está más allá de la experiencia: nada, nada y, una vez más, nada. Solo es cruel, realmente cruel, la muerte de otra persona. Alguien irrepetible, querido, único… desaparece. Deja de existir y lo terrible no es la química de la tumba, la desintegración, la podredumbre, el convertirse en polvo, sino el hecho de que yo… de que el vivo permanece…

Dejó de hablar.

—¿A qué venía todo esto? —dijo en voz baja levantando los párpados como si se estuviera despertando—. Ah, es verdad, Sekułowski… Ve usted, si él se hubiera entregado a esa irrepetibilidad, a esa crueldad de los muertos con respecto a los vivos, a esa calma de los muertos, impasible como una tabla de madera o una piedra, frente al más terrible de los dolores, en ese caso, lo que escribió habría sobrevivido por ser algo comunitario, algo solidario con el destino… Él, en

cambio, cuando utilizaba una palabra, cuando escribía «soy», no quería decir «soy como tú», sino «soy único», y se dirigía al mundo no para dar sentido a ese mundo, sino para quitárselo. ¿Un genio? Tal vez un genio del exterminio. Con su «no significa nada» fue reduciendo a cero sucesivamente la ciencia, el trabajo, la música…

—Permítame —intervino Stefan, agitado—. ¿Y qué iba a hacer si no? ¿Acaso afirma usted que la música, por ejemplo, tiene un mensaje concreto, que «significa algo»? No, ¿verdad? Sería ingenuo.

—Yo soy precisamente así de ingenuo —le interrumpió enérgicamente Wieleniecki—. ¿Qué sentido tiene la música? ¿Ninguno? ¡Ay, la escuela de Sekułowski! ¿Pero qué sucede realmente cuando está usted en una sala de conciertos? ¿No oye usted a Beethoven? Es Beethoven quien le habla, una persona habla a otras personas, una persona que ha vencido al espacio y al tiempo porque en ese instante está presente ahí, en ese momento y en ese lugar.

—No me gustaría que se molestara usted —dijo Stefan tras un largo silencio —, pero…

—¿Pero?

—Eso solo son palabras bonitas o, si usted lo prefiere, poetizados truismos que nos apartan de…

—¿De qué?

—De la adivinación del mundo. No sé expresarlo mejor. ¿No me entiende?… No se trata de fórmulas, de cifras ni de tipologías, sino de esas preguntas que se hacía Sekułowski: ¿quién soy?, ¿de dónde he salido?, ¿por qué el mundo me parece tan bello?, ¿cómo entender todo eso si no soy más que una partícula en ese interminable desfile de proteínas que es la evolución?… La utilidad biológica puede, en el mejor de los casos, explicar nuestro gusto por el aspecto de otras personas, por sus caras, por el color de su pelo, de sus ojos, pero ¿por qué un amanecer en la montaña puede ser el recuerdo más intenso de una vida?

—Le interrumpo ahora porque en la siguiente frase preguntará usted por el sentido de las estrellas —dijo Wieleniecki. Hablaba de forma tranquila, pero estaba enfadado—. El mundo puede significar muchas cosas o nada, depende de nosotros… Porque la gente puede hacer lo que sea con otra gente…, incluso jabón. ¿Ha oído hablar de eso?

—Sí.

—Sí, ¿verdad? Pero no se pregunta por qué sucede eso, tan interesado como está usted por todo lo demás, por el significado de los amaneceres en las

montañas, de la música, de la existencia. Quizá tenga usted bastante con su «independencia interior»… Allá usted. El mundo es un «extraño juego», según la tesis de Sekułowski, pero, de ser así, también lo habría sido la forma en que murió, que se arrastrara a los pies del soldado de las SS también habría sido solo un juego…

—La burla no es un argumento —dijo Stefan, dolido.

Wieleniecki lo agarró impulsivamente del brazo.

—¡No se enfade! ¡De verdad que estoy muy lejos de burlarme, solo saco conclusiones de una hipótesis! Nos rodea un mecanismo de exterminio a plena marcha, un mecanismo que hay que analizar, que hay conocer para entenderlo y destruirlo.

—Y si resulta ser más fuerte que nosotros, morir, pero al menos conociéndolo a fondo —soltó Stefan, contento con su ágil réplica y avergonzado a la vez porque no era para nada lo que pensaba.

Wieleniecki se calmó. Soltó el brazo de Stefan.

—La burla no es un argumento —dijo, y por primera vez sonrió. Con esa sonrisa tranquila, que contrastaba extrañamente con sus palabras, prosiguió—: De acuerdo, pues. Ya no intentaré convencerle. Tragicómica conversación la nuestra, en estos tiempos, en este país… Le dejo con esas complicadas cuestiones de la ontología; a fin de cuentas, no es lo peor, porque usted al menos no dificulta lo que nosotros estamos haciendo. Sabe usted a quién me refiero cuando digo «nosotros»… Y ahora permítame que guarde este cuaderno. No, no diga nada. Un día, tal vez, se lo devolveré si me lo pide. Me gustaría que eso no pasara.

Entraron en un sendero más ancho, con los árboles agitados por el viento.

—Para acabar: está claro que en cierto sentido he sido injusto con Sekułowski. Él era sin duda más inteligente que yo, más agudo, por no mencionar que era mucho más creativo. Pero él quería estar solo y se comportaba como si estuviera solo entre unas criaturas cuyo derecho a la vida, aunque tuvieran aspecto humano, se podría cuestionar… Quién sabe, quizá su única locura consistía en eso… Vaya, ya estamos en la entrada. Aquí nos separamos. Tal vez algunas cosas que le he dicho no sean muy coherentes. Es más, seguro que no lo son. Pero qué le vamos a hacer, las contradicciones se resuelven viviendo. —Le estrechó la mano a Stefan—. Probablemente está usted conmocionado, en el sentido físico de la palabra, turbado, agitado. Si quisiera escribirme, mándeme una carta a la lista de correos, a nombre de…, de «Ballena».

—Le escribiré —dijo Stefan. Lamentaba que el encuentro hubiera acabado así y por eso sonreía irónicamente—. Puede estar usted seguro. Totalmente.

Muchas gracias. Es usted —soltó sin querer— una buena persona.

El extraño sonrió.

—No sé yo. Espero su carta, pues. ¡Suerte!

Y se fue con pasos largos y rápidos, adentrándose en el atardecer.

OPERACIÓN REINHARDT

El quince de octubre, sábado, era el cumpleaños de Kremin. Toda la empresa llevaba tiempo preparándose para la celebración. Los mendigos que andaban por los basureros con bolsas de desechos y los empleados de la oficina que viajaban, por motivos de seguridad, en coche de empresa se unían para buscar regalos para su director.

De siete a once de la mañana, las esposas de los empleados batallaban como cocineras y limpiadoras, mientras sus maridos subían cestas y paquetes de productos por la escalera trasera. No se escatimaron esfuerzos ni gastos para preparar, con ayuda de viejas vajillas de plata, porcelana de Rosenthal, cubertería forjada y montones de platos exquisitos, una mesa que deleitara tanto la vista como el paladar. Poco después de las once, el níveo mantel era alisado por última vez y Kremin, con un traje amplio color crema hecho por el mejor sastre judío de la ciudad, saludaba estentóreamente en la puerta a sus queridos invitados. Llegaron los señores Groehne, minutos más tarde se presentaron el doctor Weisskohl y su esposa, pero ni rastro del esperado Tannhäuser. La corriente de aire que se producía al abrir la puerta abanicaba levemente las llamas de las velas de diferentes colores que había sobre la mesa. Primero, las copas se llenaron de Mosela, y siguieron vinos franceses —Chablis, borgoña, Lacrima Christi—, bebidos a grandes tragos sin orden ni concierto. Los invitados se animaron y empezaron a servirse solos de las fuentes de plata repletas de lonchas de salmón que centelleaban por efecto de la luz como polvoreadas con plata, jamón cocido

enrollado en tulipas y ribeteado de blanco tocino, y salchichas de diferentes tonos. Una brillante montaña de caviar despertó la admiración general.

—¡Hombre, caviar de verdad! ¿De dónde lo ha sacado?[14] —le preguntó a Kremin con tono de envidia Weisskohl, propietario de una gran empresa de transportes, mientras pensaba: «¡Hay que ver cómo se han lucido estos judíos! Tendré que decírselo a los míos».

Kremin, con la cara rasurada como el culito de un bebé, sonrió misteriosamente. Animó a los invitados a servirse comida con una voz más ronca que de costumbre: el día anterior había estado comprobando el sabor de los vodkas hasta bien entrada la noche.

Las paredes del comedor estaban tapizadas con una tela floreada que podía provocar mareos a los espíritus más sensibles. Sobre un fondo de oro pálido brotaban manojos de rosas, claveles, lilas, violetas; toda la flora europea estaba representada en aquella seda estampada. En las esquinas de la sala había vitrinas, una de las cuales estaba llena de objetos de marfil procedentes de la colección de un tío paterno del abogado Geldblum.

Tras unas cuantas rondas, cuando las primeras calvas empezaron a caer en las fuentes de embutidos, sonó el timbre y Kremin, obligado a hacer de criado (era algo que hacían generalmente los judíos, pero Kremin no quería que los vieran los invitados), salió corriendo al pasillo. Era un subordinado de Tannhäuser, el *hauptsturmführer* Klopotzek.

«¡Qué desfachatez mandar a un subordinado!», pensó Kremin, pero fingió alegrarse de ver al invitado que, tras un enérgico saludo militar, se sentó a la mesa. Tras rodearse previsoramente de diversas fuentes, alternó los huevos con mayonesa primero con jamón y después con lonchas de pavo, metiéndose en la boca grandes cantidades de sangrienta remolacha con rábano picante; y, aunque su velocidad compensó su retraso, no dejaba de comer e incluso se levantaba de vez en cuando para procurarse una lata de trufas o una empanadilla de hojaldre. Cuando alguien le pasó una ensaladera que estaba en el otro extremo de la mesa, se limitó a mirar en esa dirección y a dar un ruidoso taconazo bajo la silla sin dejar de mascar en ningún momento.

Kremin estuvo hablando un tiempo con Groehne sobre las formas de acortar el tiempo de descarga en la estación debido a las altas tasas de estacionamiento (pues «todas las ruedas deben rodar por la victoria»), pero la conversación no tardó en desviarse hacia un tema más apasionante. Ambos empleaban casi únicamente a judíos, y el deficitario negocio de Groehne marchaba solo gracias a ellos, así que fue Groehne el primero en preguntarle a Klopotzek si existía el

peligro de una nueva deportación.

El *hauptsturmführer,* que estaba ocupado en sacar almendras tostadas de una tarta de crema de mantequilla, le lanzó una mirada cortante y declaró:

—¡Es un secreto de guerra!

Kremin se apresuró a contar un chiste para borrar aquel incidente, pero el ambiente ya no volvió a ser el mismo. Cuando Klopotzek no miraba en su dirección, Kremin le lanzaba abiertamente miradas de desprecio. Incapaz de comer más, el SS se limitó a picotear con el tenedor el relleno de una tarta de chocolate.

Era casi la una. Los presentes se levantaron sacudiéndose la ropa, las mujeres seguían parloteando y la señora Groehne se despidió mostrando sus dientes de oro, como si estuviera sacando la sonrisa de una funda. Tras acompañar a los huéspedes a la puerta, Kremin regresó, se dejó caer con un ruidoso jadeo en el sillón y se desabrochó, aliviado, el botón del pantalón. Su humor había ido empeorando porque notaba cada vez más el hígado. Sonó un discreto toque en la puerta.

—¡Adelante! —gritó Kremin con voz ronca sin volver la cabeza.

Entraron en la estancia cuatro empleados. Cargaban una caja con asas que contenía un enorme géiser de mazapanes blancos y chocolate, coronado por una cestita de azúcar con un anillo de oro. El director les estrechó la mano a sus subordinados y dio comienzo la segunda parte del banquete. Para no ponerse de mal humor, Kremin permitió a los judíos que se quitaran los brazaletes. Rosenstern, que llegó con un regalo propio, una pitillera automática con música, le mostró al jefe su funcionamiento, contó chistes y, al ver que Kremin estaba algo raro, se rio mucho en voz baja como para animarle. Los otros judíos picoteaban comedidos los entremeses, bebían con los labios casi cerrados y en general intentaban, como siempre que estaban en presencia del alemán, existir solo en la medida en que fuera estrictamente necesario. Kremin, intrigado por el anillo a pesar de todo, rompió la cestita de azúcar y midió el brillante con el calibrador que llevaba siempre en la cadena del reloj. La gema era de casi cuatro quilates. Kremin bebió bastante, los chistes de Rosenstern surtieron efecto y el anillo hizo el resto. El alemán desfruncó el ceño, propinó fuertes palmadas en la espalda a los judíos que se le acercaban, e incluso, en un arranque de buen humor, le pegó un par de codazos en el costado a Rosenstern. Sonó el teléfono. Kremin levantó el auricular.

—Kremin. ¡Pero bueno! ¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?! —gritaba cada vez más fuerte, aunque cada vez más sereno. El pescuezo se le puso rojo—. Vale… Tannhäuser…

¿Por qué no me avisó antes? —chillaba al auricular—. Ah, que no podía… No podía… ¡Esto es una mierda!

Colgó violentamente.

—*Herr Direktor…* ¿Era…? ¿Era algo malo?

Decenas de ojos se clavaron en la cara roja y sudorosa de Kremin. Los judíos se quedaron paralizados, uno con una copa en la mano, el otro con un canapé. Kremin se enjugó la frente con un pañuelo con un monograma dorado.

—Ya lo creo —dijo con vehemencia—, ¡ha empezado la operación de deportación de los judíos!

La operación empezó a la una. El *sturmbannführer* Tannhäuser estaba razonablemente satisfecho: el número de cabezas iba creciendo de acuerdo con lo previsto, el porcentaje de suicidas era pequeño; ese tipo de incidentes complicaba el trabajo porque había que ir a buscar los cadáveres y eso suponía un despilfarro de gasolina. Era mejor que los judíos se presentaran *motu proprio* en el lugar asignado. A las tres llegó Klopotzek de la estación y comunicó que ya estaban cargando el primer transporte. En la vía de servicio número seis de la estación de mercancías se habían dispuesto cuarenta vagones. Había más esperando. Tannhäuser, complacido, se disponía a encender un cigarrillo cuando sonó el teléfono. Era el comisario Heinz, de la policía criminal.

Tannhäuser estuvo un buen rato sin entender lo que decía y no hacía más que preguntarle:

—¿Y a mí qué me importa? Es asunto suyo, ¿no?

El comisario decía que entre las vías de la estación de mercancías un funcionario de la *Bahnschutz,* la policía ferroviaria, había encontrado el cadáver de una mujer.

—*Quatsch*.[15] Una judía. ¿Y usted quiere iniciar una investigación? ¡Venga, hombre, no diga tonterías!

En ese momento fue Heinz quien se puso furioso y empezó a gritar:

—¡Déjeme terminar! Es una alemana del Reich. *Eine Reichsdeutsche!*

Tannhäuser se asustó.

—¿Qué? ¿Qué?

Según la hipótesis del comisario, la alemana cuyo cadáver había sido encontrado viajaba en el tren de la mañana procedente de Varsovia y cayó a la vía, o fue arrojada, cerca del lugar en el que estaban cargando a los judíos en los vagones.

—Tengo que ir allí inmediatamente para iniciar la investigación, pero la estación está tomada por su gente, *sturmbannführer.*

—¿Y qué quiere usted que le haga?

El comisario siguió berreando al auricular: quería que Tannhäuser le posibilitara el acceso a la estación.

—Un momento…, un momento. Perfecto. Justo está saliendo para allá mi adjunto, el *hauptsturmführer* Klopotzek. Klopotzek, escucha. —Tannhäuser resumió en pocas palabras toda la historia a su subordinado, que estaba junto al escritorio.

Diez minutos más tarde llegó un coche de policía y Klopotzek se subió.

—Pero si no estamos yendo a la estación —le dijo de pronto al comisario, que vestía de paisano y llevaba una pequeña esvástica en la solapa de la chaqueta.

—No, porque tenemos que recoger a nuestro doctor.

El coche se detuvo frente al Instituto de Medicina Forense. El comisario se bajó rápidamente y desapareció en el edificio. No tardó en volver acompañado de Wieleniecki.

—El doctor Weiss está fuera. Bueno, en el fondo, da lo mismo. Schirmann, llévenos a la estación.

El coche atravesó a toda velocidad algunas calles y se detuvo. En la ventanilla del lado de Wieleniecki apareció con su casco un gendarme de la *Schupo.*

—Gut, gut! —Klopotzek dio unas palmadas mientras se bajaba por el otro lado.

Abrió camino a los dos civiles apartando a los soldados que les cerraban el paso. Hicieron su entrada cuatro camiones repletos de judíos. Wieleniecki intentó no mirar. Bajó los ojos. Entre los edificios, a lo largo del camino por el que eran conducidos los judíos, tirados por los suelos vio hatillos, maletas vacías y abrigos pisoteados.

—¿Dónde está el cadáver? —Klopotzek se dirigió al comisario, que, de puntillas, echó un vistazo a su alrededor.

—Anda por aquí mi *bahnschutz,* no sé…

Empezaron a abrirse camino por entre los alemanes que vigilaban la carga de judíos en los vagones. La vía más cercana estaba vacía. En otra había vagones de ganado a los que eran conducidos grupos de personas. Entre la entrada a los andenes y el largo edificio de oficinas y almacenes trajinaban, sudorosos, los suboficiales. Finalmente acabó apareciendo el policía ferroviario. Tuvieron que pasar por debajo de los vagones en los que metían a los judíos, cruzaron dos vías más y al lado del semáforo advirtieron algo oscuro, tirado en la gravilla como un

fardo grande.

El cadáver era de una mujer de mediana edad. Su cara se conservaba intacta, y en la nuca se apreciaba una enorme herida. El hueso cedió a la presión de los dedos. Wieleniecki examinó rápidamente el cuerpo; mientras tanto, el comisario midió con una cinta métrica metálica la distancia hasta la vía y pidió al *bahnschutz* y al jefe de estación, que había aparecido de improviso, detalles del tráfico ferroviario. El jefe de estación dijo que había guardado los papeles de la mujer en su oficina.

—¡No se puede tocar el cuerpo! ¿Será posible que no sepa usted algo tan simple? ¡Es un escándalo! —se enfureció el comisario—. En fin, hay que recoger el cadáver. Lo mejor será llevarlo al Instituto, ¿verdad? —se dirigió a Wieleniecki, y luego le preguntó a Klopotzek—: ¿Se puede entrar hasta aquí con el coche?

—Preferiría evitarlo. ¿Y si lo lleváramos allí…, a la oficina…? ¿Qué te parece?

—De acuerdo. ¿Hay sitio allí? —El comisario se desentendió—. Bueno, hagámoslo así. Envíeme a dos personas con una camilla. Lo demás lo hará usted en el Instituto, ¿le parece bien, doctor? Y ahora iremos a los almacenes. Pido un coche.

Volvieron a pasar por debajo de los vagones y llegaron al andén, por el que estaban conduciendo a un nuevo grupo de judíos. Wieleniecki tenía la sensación de que todos ellos se parecían: caras blancas, manchas inmóviles en lugar de ojos. Encabezaba el grupo una mujer mayor con un pañuelo de seda sin atar que ella sujetaba con ambas manos bajo la barbilla como si de eso dependiera no se sabe qué. Llevaba la cabeza alta, intentaba mantenerse recta, cosa que contrastaba extrañamente con su cuerpo grueso y pesado. De repente Wieleniecki vio una cara conocida. Intentó, de manera semiconsciente, apartar la vista, pero ya era demasiado tarde. Había reconocido al abogado Geldblum, que también lo había visto a él. El *schupo* más cercano estaba a tres pasos de distancia y repetía sin cesar de forma bastante apática:

—Rápido, rápido, *schneller*.

El abogado, que iba en un extremo lateral del grupo, se estaba acercando a Wieleniecki, que no podía apartar la mirada de él. Cuando la distancia que los separaba se redujo a un metro, el abogado movió los labios como si quisiera decir largo y no encontrara las palabras. Wieleniecki, que llevaba a Klopotzek prácticamente pegado a su espalda, se quitó el sombrero como para saludar y ya no se lo volvió a poner: siguió andando con la cabeza descubierta.

—*Was machen Sie, Doktor?*[16]—preguntó Klopotzek, que no sabía que

Wieleniecki era polaco.

—*Es ist mir heiss geworden.*[17]—contestó el psicólogo con una entonación especial, mirándolo fijamente.

«¿Este hombre me quiere ofender?», se sorprendió Klopotzek, pero advirtió que, en un rincón junto a la valla, un *schupo* cogía algo de las manos de una judía de pequeña estatura, y corrió hacia ellos gritando.

El comisario y Wieleniecki entraron en la oficina. Era una sala larga y espaciosa, dividida por una mampara baja en dos partes: a la izquierda estaban las ventanillas de los empleados, en ese momento desiertas. Habían corrido las mesas hacia el centro de la sala, de manera que formaran una especie de estrecha esclusa por la que desfilaban, sin parar, judíos.

Había allí algunos alemanes fumando y pidiendo la documentación. El suelo alrededor de las patas de la mesa era de color rosa por los carnés de cartón, que formaban crepitantes montones. Las pequeñas ventanillas situadas en lo alto de las paredes dejaban entrar una luz turbia cuyos verdosos reflejos se concentraban en los cascos de aquellos que indicaban a los judíos el camino hacia la mesa. Se oían preguntas cortas, el chasquido del cartón, a veces alguna palabra en voz más alta, un grito ahogado, un suspiro entrecortado que semejaba un gemido; y cuando Wieleniecki aguzó el oído sintió que la respiración de la multitud apiñada en el exterior reproducía todo lo que sucedía en la mesa. El comisario se detuvo junto al teléfono de pared en el momento en que Klopotzek irrumpió en la sala.

—¡Vaya historia!… —empezó a decir, pero, tras mirar a su alrededor, arqueó las cejas—. ¡Un momento! —se disculpó ante el comisario y el doctor. Se acercó por detrás hasta los alemanes sentados a las mesas y les preguntó con un firme susurro—: ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa?[18]

Le contestaron a media voz.

Aquella selección adicional en la sala no estaba prevista inicialmente; la había ordenado telefónicamente Tannhäuser para satisfacer las peticiones de Kremin, Groehne y algunos conocidos más, y salvar así a parte de su gente. Klopotzek, con el que Tannhäuser nunca había compartido regalos, fue presa de una furia reglamentista:

—¡Eso está prohibido! —Y gritó que lo único que hacían era retrasar el trabajo: la selección se había hecho previamente en los puntos de concentración —. ¡Todos a los vagones, rápido! ¡Todos! ¡Vamos, vamos!

Los policías de la *Schupo* se levantaron de la mesa.

—Pero el *sturmbannführer* Tannhäuser…

—¡Aquí mando yo!

Sabía que se las tendría que ver con el jefe, pero la cosa no pasaría a mayores porque la razón estaba de su lado; ¡y la rabia que le daría a Kremin! Aquel canalla que como toda despedida le tendió dos dedos, y Groehne… Así aprenderían a quién había que acudir con aquellas cuestiones.

El comisario llamó por teléfono a algunas estaciones de tren.

—Es una cosa muy rara —le dijo a Klopotzek colgando el auricular—. Y, además, huele muy mal. En Zborów hubo un control de documentación. Esa mujer iba en el vagón ***nur für Deutsche,*** solo para alemanes, con un oficial de las SS. ¿Sería él quien la empujó a las vías?

—¡¿Cómo?! ¡¿Cómo?! —gritó Klopotzek con voz estridente. La ira contrajo sus pupilas—. ¿Qué cuentos son esos? ¿Un oficial de las SS que empuja a una mujer a la vía? ¡Cómo se atreve!

En el taller el trabajo marchaba al ritmo de siempre. Wilk estaba soldando los travesaños de acero que sujetarían el bastidor ensanchado de un nuevo camión. Desde el otro lado de las oscuras gafas de protección, la soldadura parecía una estrella que pulsaba rítmicamente. Las manos del chico —la izquierda, que sujetaba el alambre, y la derecha, con el soldador— se movían en un radio de pocos centímetros, ambas con una frecuencia distinta. El hierro líquido, despidiendo haces de chispas, bañaba las juntas, y la llama del soplete lo embutía en las más diminutas ranuras. Cuando Wilk se incorporó sobre el aún humeante bastidor, apareció Polakiewicz con un mazo de doce kilos y con unos golpes separó todos los travesaños. Las juntas estaban quemadas.

—¿Es así como le enseñé a hacerlo?

Polakiewicz, enfadado, soltó un improperio, mandó al chico a por alambre de soldadura y fue a la oficina a fumarse un cigarro. En el patio sonó el ruido de un motor y el golpeteo de unos tablones de madera. Un camión de la marca Fiat, conducido por Marcinów, entró en la nave. Al cruzar la puerta de la oficina, cuyo dintel era muy bajo, el chófer se golpeó la cabeza, cosa que no le había sucedido nunca. Wilk lo abordó enseguida:

—¿Qué tal ha ido?

Sabía que Marcinów había pasado por el gueto porque allí estaban las naves donde almacenaba los trapos que llevaba a la estación.

El chófer tenía un gesto de enfado, con la cara contraída.

—Mal. Se han llevado a todos los de los trapos.

Wilk quería seguir haciéndole preguntas, pero se calló porque se les acercó

Polakiewicz.

—¿No habrá más viajes?

—He hecho dos de ida y vuelta. La estación está acordonada.

—¿Se llevan a los judíos?

—Se los llevan. Ante mis propios ojos han disparado a un hombre que quería coger al niño de una judía —dijo de pronto Marcinów.

—¿Cómo es eso?

—Normal. Los llevaban en plataformas de tranvía. Ella tenía en brazos a un bebé, cuando el tranvía redujo la velocidad se le acercó un tipo que estaba en la acera y le hizo así con las manos, —Marcinów hizo un gesto como ofreciéndose.

—¿Se lo dio?

—Se lo dio, y un *schupo* le pegó un tiro al hombre desde un coche.

—¿Y qué, lo mató?

—No lo sé, yo seguí circulando. Un montón de gente se precipitó hacia él y el alemán empezó a disparar al aire.

Sonó el teléfono. Polakiewicz se acercó despacio, con las piernas algo abiertas, y se pegó el auricular a la oreja. Inmediatamente lo tapó con la mano y se dirigió a Marcinów.

—Preguntan por usted.

Marcinów cogió el teléfono. Estuvo un largo rato escuchando en silencio, dio una calada al cigarrillo y, envuelto en el humo exhalado por la boca y por la nariz, dijo:

—Vale. Voy.

Colgó el teléfono y miró a los presentes.

—Señor Tadeusz, me voy. Y… me llevo a Wilk. Estaremos de vuelta pronto, en un cuarto de hora.

Polakiewicz no preguntó nada, pero su cara tenía una expresión tan expectante que Marcinów añadió:

—Vamos al taller de clasificación. La calle está cerrada, pero dejarán pasar un camión de empresa. Los sacaré escondidos bajo los trapos.

—¿A los judíos? —Tadeusz cogió aire en los pulmones y silbó—. Te pueden pegar un tiro como te pillen. Pena de muerte.

—¿Pena de muerte? —repitió Marcinów—. ¡Karol, ve arrancando!

El motor se puso en marcha y sonó como un trueno en la nave cerrada. Wilk subió de un salto al peldaño superior del estribo, Marcinów se encaramó tras él a la cabina y el camión, oscureciendo el aire con una nube de humo, salió traqueteando de la nave al patio por la rampa de madera.

Polakiewicz, despatarrado en la entrada, siguió el camión con la mirada largo rato y finalmente se rascó la cabeza y gritó hacia el fondo de la nave:

—Voy a la oficina. Vuelvo dentro de una hora.

Fue al bar de la esquina.

Tras separarse de Wieleniecki, Stefan cambió de idea y no fue a su casa. Le daba miedo que su padre empezara a preguntarle por sus planes, por Dolaniec, porque él aún no había tomado ninguna decisión. Llegó a la conclusión de que lo mejor sería llegar a casa por la noche para así, después de saludar a su padre, meterse inmediatamente en la cama. Pasó dos horas con un amigo de la Universidad y, como este vivía en el otro extremo de la ciudad, llegó a casa de su padre apenas un cuarto de hora antes del toque de queda. Se encontró el piso cerrado a cal y canto. Tras aporrear la puerta largo rato, el portero le dijo que su padre se había marchado un par de días. Era algo que no había previsto; desesperado y furioso, se echó a la calle. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue ir a casa de su abuelo, el padre de su madre, pero era ya demasiado tarde. Corrió, pues, a la estación de tren más cercana y pasó la noche en la sala de espera de los pasajeros de tercera clase. Se despertó sobre un duro banco, deshecho, con el abrigo arrugado, hambriento y enfadado. Había quedado con Dolaniec a la una, por lo que aún tenía bastante tiempo. Desayunó en el bar de la esquina, tan mal como el día anterior, y con un humor de perros estuvo dando vueltas por la ciudad, leyendo carteles hasta que la insistente mirada de los transeúntes le recordó que, pese a que ya era mediodía del sábado, él estaba sucio y sin afeitar. Quería ir a una barbería, pero las dos que encontró por el camino estaban cerradas. Empezó a sospechar que quizá se celebraba alguna fiesta religiosa. Finalmente se acercó a una familia que caminaba con paso decidido. La madre arrastraba de la mano a uno de los niños, y el otro, más pequeño, remoloneaba entre las piernas de su padre.

—Les ruego me disculpen —dijo Stefan ladeando levemente el sombrero—, ¿saben ustedes dónde hay por aquí una barbería abierta?

El hombre le lanzó una mirada somnolienta que de repente se volvió lúcida. No contestó. El matrimonio pasó de largo despacio, arrastrando a los vociferantes niños. La mujer volvió la cabeza y lo recorrió de arriba abajo con una mirada de pez. Stefan se quedó en medio de la calle con el sombrero en la mano. Se lo puso, se encogió de hombros y echó a andar. Al final de la calle brillaron unos cascos, sonó un grito. Stefan sabía que estaban cazando judíos. De repente, un joven

embadurnado de pintura, con un cubo y unas brochas, le espetó en la cara:

—¡Corre, hombre! ¡Están allí, a la vuelta de la esquina!

—Pero… yo no soy… —tartamudeó Stefan, confundido y asustado a la vez.

Los alemanes entraron en la calle. Tras ellos avanzaba lentamente un enorme camión cubierto.

El chico empujó a Stefan.

—¡Corre, por el amor de Dios!

Trzyniecki se aturulló tanto que se encorvó y echó a andar apresuradamente y con disimulo en dirección contraria. Rodeó por pequeñas callejuelas una manzana de casas y salió a la calle principal, cerca del lugar en el que había quedado con Dolaniec. Tardó un poco en dar con el edificio que buscaba porque lo ocultaba una valla larga. Entró en el patio. Por la puerta entreabierta de un amplio barracón destellaba un fuego azul. Se acercó hasta allí y desde el umbral observó con creciente curiosidad el oscuro interior. Le pareció que se abría ante él un modelo a escala del universo. En mitad de la oscuridad brillaba el sol: una llameante esfera encrespada. A su alrededor giraba un planeta rojo e incandescente, más allá se vislumbraban otros planetas y, a gran altura, amarilleaban algunas estrellas inmóviles. Cuando su vista se habituó, se dio cuenta de que el sol era la llama de un soplete de gas; el planeta, un aro de hierro transportado por un empleado; los otros cuerpos celestes, las cabezas agachadas de gente trabajando de rodillas, y las estrellas, bombillas. Retrocedió un paso, leyó el rótulo de ROHSTOFFERFASSUNG y se dio la vuelta. Tendría que esperar a Dolaniec al menos un cuarto de hora. Mientras tanto, le daría tiempo de afeitarse en alguna barbería cercana. Junto a la valla vio salir humo. Había allí tres muchachos sentados en cuclillas; el mayor, de unos catorce años, un rubito de cara de muñeco, daba órdenes; los otros dos echaban al fuego pedacitos de madera torpemente tallados.

—Venga, Krzysztof, venga, Teoś, *schnell,* rápido —gritaba el rubito.

Stefan decidió preguntarles si había una barbería por allí y se les acercó. Los muchachos dejaron de hablar.

—¿Qué haces, chiquillo? —preguntó Stefan, algo confundido por la mirada inquisidora del más pequeño.

El niño intercambió un guiño cómplice con el rubito, que iba poniéndose en pie lentamente.

—¿A qué estáis jugando? —Stefan probó suerte con el mediano.

Este lo miró un rato con los ojos muy abiertos y, de repente, bizqueó, hinchó los labios dándoles la vuelta y se apretó fuertemente la nariz con los dedos; la

mueca se llamaba «hacer el judío».

—¡Mocoso malcriado! —gritó Stefan, enfadado.

Entonces, el mayor siseó en su dirección:

—¡Shh!

—¡Shh! ¡Shh! —corearon los pequeños.

Stefan, ya seriamente enfurecido, se abalanzó sobre el rubito, pero este se le escapó, mientras los demás seguían con su «¡Shh! ¡Shh! ¡Shh!».

—¿Dónde hemos perdido el brazalete? —gritó el más pequeño con una vocecita aguda, artificialmente chillona.

Fue entonces cuando Stefan entendió. Enmudeció, empezó a sudar.

—¡Iros al diablo!

Echó a andar hacia la entrada mientras oía el traqueteo de un motor que se aproximaba. Un camión alemán con capota estaba maniobrando y, como no tenía suficiente sitio en la calle, se metió en la apertura de la valla. Apareció su morro gris verdoso.

A espaldas de Stefan sonó un salvaje griterío:

—¡Marrano! ¡Judío! ***Jude!*** ¡Que se escapa! ***Judeee!***

Un ***schupo*** alto y bronceado se bajó de un salto del estribo del camión y le cerró el paso a Stefan con un movimiento del brazo.

—***Ausweis!***

—***Jude! Jude! Jude!***

Los chiquillos daban saltos y bailaban en el patio como locos. Del taller fueron saliendo poco a poco los trabajadores y se quedaron mirando la escena protegiéndose los ojos con las manos. El ***schupo*** revisó los papeles de Stefan, le lanzó una mirada fría y torció los labios en una sonrisa irónica:

—Tschi-netz-ky. ¡Ja, ja! ¡Bonito apellido te has buscado![19]

—¿Qu… Qué?

—¿Este es el aspecto de un médico? ¡Perro judío!

Stefan se llevó la mano a la mejilla: el alemán le había dado una bofetada. Aturdido, intentó todavía ofrecer resistencia gritando:

—¡No tiene derecho! Soy ario… ¡Mis papeles!

—Aquí están tus papeles —dijo flemáticamente el alemán y se metió la ***kennkarte*** de Stefan en el bolsillo interior del uniforme. —Así que no eres judío. Muy bien.

En el camión se ocupó de él otro ***schupo*** que lo metió a empujones entre la apretujada multitud.

El camión salió a la calle. Un flaco ***scharführer*** de las SS se aproximó por

detrás y preguntó:

—¿Cuántos llevamos?

—Cuarenta y dos personas.

—Individuos —le corrigió el SS—. Vale…, ya es suficiente. Nos vamos a casa.

Cuando el vehículo arrancó, desde la dirección contraria llegó un camión Fiat: eran Marcinów y Wilk, que volvían del gueto.

Stefan estaba fuera de sí, varias veces intentó decir algo, defenderse, y acabó recibiendo un culatazo en el pecho. El camión daba tumbos en los baches. Se detuvieron en la calle Tkacka, frente al inmenso edificio de dos fachadas de la *Schutzpolizei*. Stefan, empujado violentamente, saltó al suelo y corrió con los demás, acordonado a ambos lados por los *schupo*. En el último momento miró a un costado: vio la calle, la empedrada acera iluminada por el sol y parejas que paseaban tranquilamente.

—¡Dios mío! —gritó, y recibió una bofetada en la cara.

Eran las cinco pasadas cuando se vio entre la multitud que llenaba el patio de la Schutzpolizei. A su alrededor vio un mar de oscilantes cabezas y ojos encendidos. En el aire flotaba el llanto y los chillidos de los niños. Por la puerta llegaban sin cesar más y más judíos. Se protegían la cabeza de los golpes y avanzaban atropelladamente para desaparecer entre la muchedumbre cuya inmensidad prometía un momentáneo refugio.

La plaza estaba rodeada por cordones de policías judíos vestidos con blusones pseudoingleses, de corte fantasioso y telas multicolores. De vez en cuando se oía una orden en alemán y esos policías empezaban a empujar a la gente. Los judíos de las filas de atrás estaban sentados en un tramo de hierba completamente pisoteada. Sobre la plaza se levantaba un incesante lamento que a ratos se intensificaba, convirtiéndose en un grito prolongado y sordo. Los policías intentaban abrirse paso hasta la fuente del lamento, pero sin éxito, así que golpeaban con sus porras de madera a quienes tenían a su alcance. Al otro lado de la valla iban y venían continuamente los *schupo*. A pesar de eso, algunos adolescentes se acercaban todo el tiempo a las rendijas entre las estacas ofreciendo veneno en pequeños sobres. El precio de una dosis de cianuro era de quinientos *złotys*. Los judíos, sin embargo, desconfiaban: los sobres contenían generalmente ladrillo triturado.

—¡Señor! ¡Señor! ¿No tendrá un poco de agua? —sonó una voz a espaldas de

Stefan—. Mi mujer se ha desmayado. ¡Señor!

—¡Déjame en paz! —empezó a decir Trzyniecki, furioso, pero las palabras se le congelaron en la boca. Se quedó de piedra al ver la cara de aquel hombre. La cubría una araña roja y plana. La sangre de la frente partida se le secaba formando chorretones. Se le había levantado la piel y dejaba ver la carne brillante.

Stefan no quería estar junto a él; le parecía que una persona tan machacada atraía la muerte. Se abrió paso hacia un lado, hacia los cascos alemanes, pisoteando y dando codazos a la compacta masa de cuerpos; avanzando a veces recto, a veces por los costados, retrocediendo otras veces, hasta que se encontró en un lugar menos abarrotado. Oyó una conversación en polaco. Era alguien que hablaba con una dicción perfecta.

—Ahora, doctor, tiene usted la última oportunidad de convencerme y exponerme las bases de su teoría sobre la inmortalidad…

—No es mi teoría —empezó a decir el que había sido llamado doctor, un hombre flaco de pelo blanco y nariz aguileña. De repente sus ojos se posaron en la cara de Stefan y a media voz exclamó—: ¡Oh! Usted también aquí… Es un placer, es decir, lo siento…

De pronto se calló y acercándose a Stefan preguntó en un susurro:

—Por Dios, ¿qué hace aquí? Usted no es judío.

Stefan lo reconoció. Era el ayudante del profesor Guzicki con el que, en su día, tomó clases de Medicina Interna. Sintió fuego en el cuerpo: aquel hombre podía atestiguar que él no era judío.

—Me han cogido… Un error absurdo… Sabe usted si… Si… —empezó y se detuvo porque había sonado fatal. A pesar de todo, tenía que respetar ciertos convencionalismos que no preveían ese tipo de situaciones.

—Déjese de sutilezas —gruñó el doctor, que nunca había destacado por sus buenos modales—. Quiere usted que le ayude, ¿verdad? No me diga que no. Ahora vuelvo —le dijo a su interlocutor, un hombre de pelo negro y unos preciosos ojos oscuros—. Espérame, Salo.

El doctor cogió a Stefan del brazo y, tirando de él hacia un lado, le susurró al oído:

—Ahora buscamos a un ***schupo…*** Mire, allí hay uno…

—Pero usted… ¿Qué piensa hacer usted? —logró articular Stefan, que era incapaz de sentir el menor interés por la suerte del hombre que quería salvarle.

—¿Yo? Oh, yo estoy totalmente pro-te-gi-do. Sí…

—¡Menos mal!

—Sí. Tengo una dosis de morfina que bastaría para dos gigantes —dijo el

médico alegremente—. Y dentro de poco alcanzaré el nirvana… Ha de saber que yo últimamente he sido jainista… ¡No empujes, idiota, a todos nos va a llevar el diablo! —le espetó con dureza a un hombrecillo flaco que, tembloroso, agarraba de las manos a la gente que lo rodeaba—. No se haga demasiadas ilusiones, no sé si podré serle de ayuda —dijo, dirigiéndose de nuevo a Stefan—. Ese tipo de testimonios es algo que se da con cierta frecuencia, me entiende, ¿no?

—¿Ese tipo? —preguntó Stefan. La cabeza le daba vueltas de intentar abrirse paso entre la muchedumbre acalorada y sollozante.

—Los padres dicen a veces que sus hijos no son sus hijos, sino que son arios, para salvarlos…, ¿me entiende? Los alemanes no suelen picar.

—Pero… Pero…

—Ah, aquí está nuestro ***schupo*** —dijo el doctor y, quitándose la gorra a modo de saludo, se dirigió a un alemán gigantesco y colorado que se estaba extendiendo con un dedo sobre la piel afeitada el sudor que se le acumulaba por encima del labio superior.

—***Herr Schupo, entschuldigen Sie, bitte…***[20]

Por la tarde Pluwak salió de casa. En el pasillo iba canturreando en ucraniano —«Pintaré las cejas de negro, ***nutaya, nutaya,*** besaré a un moreno, ***nutaya, nutaya***»—, pero al llegar a la escalera se calló. El final del otoño estaba siendo extraordinariamente bello: cielos azules, los árboles crepitando como libros viejos…, aunque Pluwak no podía contemplar los encantos de la naturaleza porque eran tantas, tantas las muchachas que paseaban por la calle.

Caminaban en grupos de tres, de cinco, ocupando todo el ancho de las aceras. Se agarraban unas a otras, taconeaban con sus graciosos zuecos, chupaban ciruelas que sacaban de bolsas de papel y sonreían a los transeúntes con sus labios húmedos de zumo. Sus risas, tras cruzarse, quemaban e irritaban como la ligera caricia de la pelusilla de una ortiga.

Todavía era de día, pero a ras de suelo empezaban a concentrarse ya las sombras, cuando Pluwak reparó en una muchacha solitaria, muy atractiva. Iba justo delante de él. El hombre acompasó sus pasos a los de ella y súbitamente se sintió excitado, como si de esa manera hubiera irrumpido de repente en su mundo. «A ver si me acerco.» Tragó saliva y apretó el paso. Se estremeció, sorprendido: era una reciente alumna suya, una judía.

La muchacha se echó a un lado al ver a un hombre que la miraba fijamente. En su pálido rostro relumbraban unos ojos negros, aterrorizados. El atardecer

borraba los colores, diluía los contornos de los objetos más lejanos haciendo que los cercanos aparecieran más nítidos. La cara de la chica brillaba con un blanco fosforescente.

—Ah…, es usted, profesor.

—No tenga miedo. —La cogió del brazo a pesar de que se resistía—. ¿No lleva usted el brazalete? —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Por qué? Es muy peligroso…

Le preguntó qué hacía, qué tal sus padres; lo hizo de una manera tan discreta, tan cálida, que la muchacha se lo contó todo. A su padre se lo habían llevado por la mañana… A ella también, pero saltó del camión. Un alemán disparó… Ella volvió al gueto, se puso su mejor vestido y pasó al lado ario.

—Dicen que… no tengo aspecto de… Y usted, profesor, ¿qué…?

Lo miraba a la cara, mas no había en ello ni pizca de coquetería, tan solo un miedo atroz.

—Sí…, sí…, pero ¿qué va a hacer usted ahora?

—No lo sé…, ando dando vueltas… Quizá la operación acabe antes de la noche y…

—Una chica caminando sola es algo sospechoso. Mmm, es un riesgo —reflexionó en voz alta—. Y usted es… tan joven y…, ay…, qué pena, era usted tan buena alumna.

—¿Profesor?… —suspiró. Vislumbraba una posible ayuda. Sin querer apretó la mano de Pluwak con el brazo.

A Pluwak el corazón empezó a latirle lento y pesado. Pasó la lengua por los labios.

—Bueno, de perdidos al río… Puede pasar la noche en mi casa…

Klopotzek estaba en la garita. Llevaba desde la hora de la comida de un humor de perros y la cosa iba a más. Primero, claro, Tannhäuser le había echado una bronca descomunal por los judíos deportados de Kremin. Al menos había tenido la satisfacción de ver lo furioso que estaba el jefe, cómo golpeaba la mesa con la fusta por haberse quedado sin el soborno prometido. Pero después todo dejó de ser gracioso. Las unidades de la Policía Azul,[21] traídas a prueba de la escuela, habían fallado, y Ummer, que dirigía el grupo operativo en la ciudad, no paraba de reclamar refuerzos; todo indicaba que la cosa estaba que ardía por allí, porque telefoneaba continuamente desde el puesto de guardia. Klopotzek oía en el auricular el permanente repiqueteo de las cercanas ametralladoras.

—¡¿De dónde quiere que saque la gente?![22] —bramó, a pesar de todo. No era para tanto. Ummer podía estar contento de haberse librado de ir al frente. Allí respondían a los disparos…

Apenas acababa de seleccionar a algunos de los guardianes de su reserva y enviarlos a la ciudad, cuando el teléfono volvió a sonar. Decenas de judíos habían echado abajo la valla, se habían abierto paso a través del exiguo cordón policial y, tras vadear el río, habían huido al cementerio. Los *schupo* abrieron fuego, hubo muertos y heridos.

—¡Me cago en la leche! —rugió Klopotzek tirando de la mesa la mitad de los papeles, y dio un puñetazo con tal fuerza que el *volksdeutsch*[23] Finder, acostumbrado a los cambios de humor del jefe, se encogió tras el escritorio—. ¡¿Cómo se puede trabajar con estos idiotas?!

El teléfono no tardó en volver a sonar: el *leutnant* Kriegel, de la Gestapo, estaba haciendo limpieza en la cárcel de la calle Dębicki y quería aprovechar el transporte de los judíos para llevar a los presos.

—¡Ni hablar! ¡Ya no tengo más camiones! —gritó Klopotzek, pero finalmente dio su brazo a torcer y le prestó dos camiones—. Menuda pandilla tengo. ¡Tú, Himerlarsch! —La tomó con el SS que estaba dando parte. Se desahogó con él haciendo una imitación decente de Tannhäuser, al que sustituía. Intentó sacar un cigarrillo dándole unos golpecitos a la cajetilla, pero estaba vacía —. Tú, Finder, pásame un cigarro.

El teléfono sonó débilmente. Klopotzek le echó una mirada furibunda.

—Cállate ya, demonio…

Stefan entró en la garita a las seis: era un milagro que le debía a la amabilidad del sargento Henneberg. El gordo suboficial escuchó pacientemente la historia del doctor, al que Stefan interrumpía constantemente, y después pidió dinero. Stefan solo tenía doscientos *złotys*.

—¿Cómo, no tienes dinero? Entonces es verdad que no eres judío.[24] —dijo bondadosamente Henneberg, ya convencido.

Stefan creyó que lo soltarían inmediatamente, pero el sargento lo sacó de su error.

—Así no puede ser —explicó amablemente—, aquí las cosas tienen un orden. Todos respondemos por el número de cabezas…, desde un soldado raso hasta el mismísimo *gruppenführer*… Sí, sí, así es.

Condujo a Stefan hasta Klopotzek y le puso en antecedentes. Trzyniecki se

quedó en la puerta.

—Veamos… Así que no eres judío —dijo Klopotzek echándole una mirada por encima. Tenía práctica: globos oculares temblorosos, barba de unos días, nariz. «Judío, está más claro que el agua. Que hable primero y después le doy una patada», pensó. «O mejor que se ocupe Finder de él, no pienso gastar energías con ese gusano. Y a Henneberg le voy a dar una lección. Se cree todo lo que le cuentan.»

Miró los papeles que Trzyniecki aún llevaba consigo: el certificado de empadronamiento en Nieczawy, el carné del Colegio de Médicos.

—¿El documento de identidad te lo ha quitado un ***schupo?*** Sí, sí. Naturalmente. Te creo. Sí. Finder, proceda. —Se dirigió al ***volksdeutsch,*** un hombre de pelo moreno y labios inquietos como unas orugas moradas. Este se levantó lentamente del escritorio.

—Rece el credo.

Stefan empezó a balbucear mecánicamente las palabras de la oración.

—No está mal…, no está mal… —aplaudió Finder—. Y ahora veamos el colgajo.

—¿Cómo?

Stefan no entendía, así que Henneberg, que estaba a sus espaldas, se lo explicó sin dejar lugar a dudas. Stefan ya se estaba afanando en desabrocharse la bragueta cuando la puerta se abrió e irrumpió como un petardo Kremin.

—¡Pero bueno, qué me habéis hecho! —empezó y terminó en voz mucho más baja—: ¿Dónde está Tannhäuser?

—Heil Hitler! —dijo Klopotzek ajustándose el cinturón. El lance había empezado—. El señor ***sturmbannführer*** está ausente. Yo lo sustituyo. ¿Qué desea, señor director? —Dirigiéndose a Henneberg, añadió—: Llevaos a ese de aquí.

Henneberg empujó a Stefan fuera de la estancia. Cuando salieron los dos, Trzyniecki empezó a explicarle al alemán que debía dejarlo libre, y este le contestó:

—Por desgracia, no puedo hacerlo, señor…

—Ya han visto los papeles y… todo…

—Sí, pero el señor ***hauptsturmführer*** no me ha dado una orden formal —le explicó Henneberg. Era un alemán tan liberal que uno podía pasarse horas discutiendo con él.

Finalmente, Stefan volvió al patio y por poco se puso a llorar de ira mientras el sargento intentaba consolarlo:

—Bueno, bueno, espere un poco más…

De pie junto al muro Stefan pensó: «Los alemanes "buenos" son todavía peores; por culpa de ese imbécil acabarán matándome…».

De pronto, los guardias de la entrada se apartaron, hubo cierta agitación y entró un vehículo largo y pesado de la Wehrmacht. Klopotzek salió corriendo al soportal. Bajó del auto el *gruppenführer* Ley, un tipo bajo, delgado, con una cara alargada como la de las estatuas de Thorak; sus ojos azul pálido se pasearon por la multitud y se dirigió a Klopotzek, detrás del cual resoplaba, nervioso, un jadeante Kremin.

—Deprisa, muchacho, manos a la obra… Quiero velocidad prusiana, ¿eh? —Y levantando un dedo añadió con una sutil ironía que él se podía permitir—: ¡Que todas las ruedas deben rodar por la victoria!

—¡A la orden, *Herr Gruppenführer*!

Ley empezó a subir los escalones. Se quedó parado en el penúltimo, mirando cómo los *schupo* cargaban hábilmente a los judíos en los camiones que entraban marcha atrás en el estrecho cuello del patio. A veces hacía un pequeño gesto con la mano. Stefan salió corriendo del grupo y se plantó a un paso de él.

—*Herr* general, yo soy ario…

—¡Fuera, lleváoslo! —gritó Ley, con gesto despreocupado y alegre.

En un abrir y cerrar de ojos Stefan pasó de unas rudas manos a otras hasta cinco veces, dio una voltereta y aterrizó sobre unos tablones de madera que apestaban a podrido. De la nariz le goteaba lentamente una sangre cálida que se le iba extendiendo por toda la cara. Sintió su salado y desagradable sabor.

Cuando el camión arrancó le invadió una repentina calma. «Es el fin, no podría ser más absurdo», pensó. Sus pensamientos se hacían pedazos como lombrices partidas por una pala. Cerca de la estación se metieron en un atasco. Los pesados Diesel con la lona echada hacia atrás, sobre el armazón metálico de la caja, dieron media vuelta rugiendo en medio del tráfico por el que flotaban como tortugas entre cabezas descubiertas y cascos alemanes. El camión en el que iba Stefan se paró ante la estación. Tras unas breves maniobras, la parte de atrás de la plataforma del camión coincidió con la acordonada entrada y en pocos minutos los transportados estuvieron reunidos en el estrecho pasillo entre los edificios de la estación. A lo largo de la malla metálica que separaba los andenes había soldados de la SD,[25] y en las puertas el apiñamiento era enorme porque todos se precipitaban hacia ellas intentando evitar los golpes.

—¡Venga! ¡Entregad los relojes, las cosas de oro, todo, venga! [26]

El pecoso *scharführer* estaba ya completamente ronco; llevaba gritando casi

desde las cuatro.

A ambos lados del paso había grandes barriles de madera donde los que llegaban tenían que ir echando el oro y las divisas.

—¡Tú y tú y tú, rápido, rápido, venga!

Al otro lado estaban algo menos apretujados. La gente se iba dispersando y se dirigía en tandas hacia los vagones.

En el centro del andén había un mecánico del *Heereskraftpark* subido a un carro de equipaje, rescatando a los suyos.

—¿Quién trabaja en el HKP? ¿Tú? ¿Tú? ¿Hay alguien del HKP? —gritaba sin parar secándose la frente con un gran pañuelo blanco. Sudaba mucho porque estaba gordo—. Tú, ¿dónde trabajas? Tú, ¿dónde trabajas? —Se le trababa la lengua.

—Yo no soy ju… —balbuceó Stefan con los labios agrietados.

—¡Fuera!

Stefan fue absorbido por la corriente humana que se deslizaba hacia la rampa de carga y descarga. Lo rodeaban por todas partes espaldas encorvadas y cabezas hundidas entre los hombros. A medio metro del suelo de hormigón se abrían las negras puertas de los vagones de ganado. El vagón en el que entró estaba ya casi lleno, pero cada vez más gente se agolpaba intentando subir al interior.

Los alemanes empujaban desde atrás; la gente, espoleada por los gritos y los golpes, se encaramaba a las espaldas y los cuerpos de otros para escapar cuanto antes del alcance de las culatas.

En el camión, caído de lado en medio de una masa que gemía y daba tumbos, Stefan pensó que los fusilarían enseguida y no le pareció tan terrible, pero al ver que la enorme puerta del vagón se cerraba lentamente sobre los rodamientos con un chirrido infernal, y al oír los sordos martillazos en la oscuridad, se estremeció sobrecogido por la náusea.

Sus pensamientos eran como una fotografía en la que se sobreponían varias tomas a la vez: «es peor que la muerte», «cuánto durará este tormento» y, la última, abajo del todo, «menos mal que no nací judío, porque es horrible».

El tren estuvo parado casi toda la noche. El vagón se llenó de un aire viciado. Se escuchaban gemidos, estertores y balbuceos. La gente se encaramaba hasta las ranuras que había en la parte alta, por las que entraban unos exiguos chorros de aire. Otros intentaban arrancarlos de allí y en la oscuridad se desataban enconadas peleas. Alguien gritaba regularmente, cada pocos minutos, que su mujer se estaba muriendo. A veces, los momentos de repentino silencio se veían rotos por algún grito en el vagón vecino, hondo como si viniera de una tumba.

Stefan estaba inmovilizado entre los apretujados cuerpos, medio suspendido, medio de pie. Finalmente, la masa humana, que era un fiel molde del negro interior, tembló: el tren acababa de arrancar.

El viaje fue largo. Las rendijas sobre sus cabezas pasaron del gris al rosáceo. El tren, con el traqueteo de las ruedas, a ratos reducía la marcha y a ratos se detenía en medio del campo, según comunicaban los que estaban junto a las ventanillas que no habían sido cegadas lo suficientemente bien. Pasada una hora, Stefan, que empezaba a distinguir poco a poco los desdibujados contornos de las caras por encima y por debajo de él, preguntó:

—¿Adónde vamos?

Nadie le contestó. Repitió la pregunta.

—***Mishiguene***[27] —balbuceó alguien en yidis desde un rincón. Blanqueaba allí una barba larga y canosa.

El tren volvió a detenerse. Desde la parte delantera llegó el prolongado aullido de la locomotora, después el vagón chocó sonoramente con el siguiente. Rodaron por inercia en dirección contraria. Las maniobras duraron bastante tiempo. Por momentos, a Stefan se le entumecían las manos y los pies. Tenía la sensación de estar echando raíces en una enorme masa de carne medio viva que llenaba el espacio. Después el chirrido de los parachoques recorrió los vagones como una fulgurante ola. Estaban parados.

Justo por delante de Stefan se agitó una inmensa y caliente masa contra la que rozaba dolorosamente su mejilla. Alguien cayó al suelo, hubo más espacio, Stefan se abrió paso hacia delante y se arrimó a la ventanilla. Estaba amaneciendo: las inmóviles llamas de la aurora flotaban sobre unos enormes y silenciosos campos. Stefan, que hasta entonces, había estado aturdido y embotado, como alguien con la mirada clavada hasta el agotamiento en un punto brillante, en ese momento se despejó. Aquel inmenso espacio que respiraba viento y susurros de los lejanos árboles, aún oscuro bajo un azul limpio, le golpeó como un cuchillo. Alguien le tiraba de la pierna desde abajo, unas manos le aporreaban la espalda y él sentía esos golpes y el dolor que provocaban con alegría, porque eran vida. La vida era aquel latido de la sangre en su aturdida cabeza y su sabor en la boca. Su cuerpo gritaba en silencio, deseoso de soportar cualquier sufrimiento, cualquier tormento. El primer viento del amanecer irrumpió por las rendijas entre los tablones y le apartó el pelo de la sudorosa frente. Sintió que la naturaleza, que le hacía ese favor, se tragaría con la misma indiferencia la pegajosa sustancia en la que él mismo se convertiría pronto, y un miedo que nunca había sentido le agarró las entrañas. Se separó de las rendijas

con un gemido escalofriante.

Desde lejos llegaron unas voces de mando. Al poco sonaron los martillos con un golpeteo apresurado e irregular. Los judíos recibieron el estruendo que se iba aproximando con susurros, alguien sollozó espasmódicamente y de nuevo se hizo el silencio.

Los martillos golpeaban más y más cerca. De repente, la puerta del vagón retumbó como un poderoso tambor. Rechinaron los cerrojos, los rodamientos soltaron un alargado chirrido y la blanca luz del día, que abrasaba la vista, irrumpió en el interior.

—*Raus! Raus! Raus!*[28]

Stefan, entornando los ojos y protegiéndose con las manos, cayó al suelo, recibió el golpe de una fusta en el hombro y en el brazo, se retorció de dolor y, sin emitir ningún sonido, salió corriendo detrás de los demás. El viento le quemaba los pulmones, embriagaba como el alcohol. El último vagón rozaba un muro con una farola. Allí finalizaba la vía muerta. A lo lejos, en la parte delantera del tren, jadeaba el blanco y pulsante géiser de la locomotora.

La multitud se pisoteaba y se empujaba, avanzando por una calle larga bordeada por los rígidos muros verdinegros de unos setos. Stefan, sin dejar de correr, vio que estaban formados por pequeños abetos a los que, para que el ramaje fuera más espeso, se les habían atado con alambre otros arbustos, ya secos, marronáceos y casi sin hojas.

En el aire, tan frío que el aliento pendía de él en forma de nube, flotaba un olor indefinido. Cuando uno centraba su atención en este, desaparecía para volver un instante después con una persistencia aún mayor. Provocaba náuseas.

Al final de los setos se abría un espacio plano, rodeado por una decena de barracones. A lo lejos se distinguían oscuras hileras de arbustos en medio de una grisácea niebla errante. Tras el mayor de los barracones asomaba algo muy grande, como una grúa o un tramo de puente. Un grupo de judíos vestidos con ropa normal, arrugada (llamaba la atención lo altos que eran), sin distintivos ni brazaletes, empujaba una carretilla de dos ruedas por el centro de un camino amarillo, rastrillado. Junto a la torreta de guardia, en un alto trípode hecho con estacas de madera unidas entre sí, había una enorme maceta esmaltada con una palmera. Sus hojas, heladas por el frío matinal, doblaban sus largas crines hacia abajo. Bajo la palmera había tres alemanes. El más alto, con un abrigo brillante de hule, tenía las manos metidas en los bolsillos. Su cara desprendía brillos: llevaba gafas.

—*Stillgestanden!*[29] —gritó el alemán.

Se hizo un silencio en el que, a lo lejos, la locomotora jadeaba como un animal agonizante.

En las lentes del alemán se reflejaba la purpúrea aurora.

—Sie sind in einem Arbeitslager! Wer anständig arbeiten wird, dem passiert nichts. Jetzt werden sie ins Bad gehen, dann in die Baracken. Jeder bekommt eine Bluse, eine Hose, 350 gramm Brot und zwomal täglich Suppe. Und jetzt macht, dass es schnell geht![30]

La multitud estalló en un alegre bullicio. Sonaron las voces de mando. Los que estaban más lejos empezaron a quitarse la ropa, decenas de siluetas se movían apresuradas, una ola de movimiento recorrió la plaza, que pareció iluminarse con la multitud de cuerpos desnudos. Stefan se quitó la chaqueta y el pantalón, arrancándose los botones de lo nervioso que estaba. A su lado se estaba desnudando, con manos muy temblorosas, una mujer joven cuyas gruesas trenzas negras se enredaban todo el tiempo con el vestido que se estaba quitando por la cabeza. Sus pezones eran casi de color azul oscuro. Tras ella, ya desnudo, había un anciano alto, con un cuerpo hinchado en forma de tonel y unos brazos flacos como palillos que cruzó torpemente sobre el pubis. Se abrazaba a él un niño pequeño. Por todas partes aparecían y desaparecían rostros pálidos, verdosos, oscurecidos por las barbas.

—Weiber nach rechts! Los![31]

Los alemanes se abalanzaron sobre ellos y separaron a las mujeres. Sonaron chillidos, los cuerpos se mezclaron, y de repente apareció, como salida de la tierra, una larga hilera de militares con uniformes negros que arrearon a las mujeres desnudas hasta el barracón levantado sobre pilares de ladrillo. Los hombres fueron conducidos a la entrada de un vallado gris de tres metros de altura. Agolpándose entre susurros llenaron un pequeño patio cuadrado, cerrado con tablones de madera. En la pared este se alzaba un edificio plano de hormigón gris. Sobre su tejado de tela asfáltica había otro tejado de malla metálica, cubierta de vegetación que colgaba de unos cables. En la parte inferior de la pared había un rótulo grande escrito con pintura negra:

BADE- UND INHALATIONSRÄUME[32]

Las ventanas —estrechas rendijas situadas justo por debajo del tejado— tenían cristales lechosos. La gente desnuda fue subiendo los escalones que llevaban a una puerta de hierro, abierta de par en par. Levantaban

instintivamente los pies porque el helado hormigón les quemaba la piel. Stefan avanzaba rodeado de escuálidos hombros desnudos. Junto a una de las hojas abiertas de la puerta había un alemán alto con botas de caña, cubierto con una capa de hule. Intentaba encender un cigarrillo, pero el encendedor solo chasqueaba y no producía llama alguna. Stefan, cuando estuvo a tres pasos de él, se apartó de pronto de la multitud. Allí estaba, desnudo frente al alemán, explicando sumamente despacio, con claridad y fuerza, que se había producido un error, que él era ario, que lo conocía mucha gente, incluidos varios alemanes, que había sido víctima de una desafortunada serie de coincidencias…

El alemán, como si quisiera apartarlo, hizo un movimiento con el codo del brazo levantado, pero se detuvo por temor a que se le cayera el tornillo que sujetaba la piedra del encendedor. Mientras manipulaba el encendedor, tuvo que escuchar, a pesar suyo, a Stefan. Trzyniecki terminó su explicación. El alemán lo miró como si le sorprendiera que aquella criatura desnuda hablara. A Stefan le latía el corazón con tal fuerza que hasta las costillas le temblaban. El encendedor funcionó a la primera. El alemán dio una profunda calada, saboreándola.

—¿Qué me dices? ¿Que no eres judío*?*[33] —preguntó.

Stefan repitió su historia, dijo de dónde era, cómo se llamaba, que lo habían capturado por error, que lo conocían…

—Muy bien… —dijo el alemán guardando el encendedor—. Pero ¿cómo voy a creerte? ¿No me estarás mintiendo?

Sintiendo a sus espaldas el incesante y atenuado sonido de los pies descalzos que entraban en aquel interior de hormigón, Stefan apretó ambas manos contra el pecho.

—¡Le doy mi palabra de honor!

—¡Ya veo! —El alemán echó una bocanada de humo y, sacudiendo la ceniza con un dedo, prosiguió racionalmente—: Si eres judío, no tienes honor, pero si no eres judío, tienes honor. Bueno, bueno, ¿qué te parece?

Se estaba riendo de él. De pronto, a sus espaldas ocurrió algo increíble. Nadie dijo nada —quizá la respiración de la gente se hizo más audible, alguien sollozó, los incesantes gritos de *«los! los!»* se intensificaron—, pero una inconcebible ola recorrió la multitud. De repente, todos lo supieron. La muchedumbre se agitó y por un instante se quedó inmóvil. Llegaron corriendo varios hombres de negro arremetiendo con sus bayonetas. Sonó un espantoso aullido. Stefan no se atrevió a girarse, a mirar de reojo. Se encontraba a tres pasos de la multitud. Esos tres pasos habían de decidir su vida o su muerte. Lo sintió en toda su piel, con todo su cuerpo.

Uno de los que habían llegado corriendo caló la bayoneta. El filo destelló en los ojos de Stefan.

—*Den nicht!*[34]

El alemán de Stefan, de manera refleja, extendió el brazo y desvió el golpe. Segundos después, la muchedumbre, sangrando y aullando, siguió adelante. De las frías cámaras, en cuyo interior se vislumbraban unos pilares cuadrados de hormigón, llegaba un lamento cada vez más profundo, grave, gutural. El SS tiró el cigarrillo disgustado y se rascó el pescuezo. Miró a Stefan con cara de pocos amigos, como si hubiera cambiado de idea; miró hacia el lado, pero el patio ya estaba vacío, solo los de los uniformes negros trajinaban febrilmente junto a la entrada, cerrando la puerta herméticamente. Habría sido necesario volverla a abrir, armar un lío…

—*Komm!*[35] —dijo.

Giró sobre sus talones y echó a andar el primero, con Stefan, desnudo, un paso por detrás. Se dirigieron, atajando, a un barracón de madera de diminutas ventanas. El tejado estaba cubierto de chapa galvanizada, y el mercurio resplandecía al sol. El alemán sacó una llave del bolsillo y quitó el candado, con la punta de la bota entreabrió la puerta de tablones de madera lo suficiente como para que Stefan pudiera entrar.

—*Warte hier.*[36]

Stefan se detuvo en el umbral. Quería decir algo, pero, golpeado en la espalda por la puerta, que se cerró enérgicamente, dio dos pasos a ciegas intentando mantener el equilibrio. Chocó dolorosamente contra algo, tanteó un listón, otro, unos escalones de madera que apenas se entreveían en la penumbra, los subió sin pensar; más allá blanqueaba una larga tabla extendida. Descendió de la tabla y sus pies se hundieron de repente en algo blando, sin fondo. Quiso volver a la tabla, no pudo. Se hundió hasta las rodillas en una esponjosa masa que cedía bajo los pies lenta y asquerosamente. Durante unos segundos se mantuvo recto, sin osar moverse, mientras sus ojos se iban habituando a la turbia y dispersa luz. Se encontraba muy alto, casi tocando las vigas del techo. Respiraba un aire más cálido que en el exterior, saturado de un olor suave pero persistente, nauseabundo y, sin embargo, casi agradable, que dejaba en la garganta un amargo regusto a rancio, cada vez más acentuado. Iba hundiéndose más y más, estaba ya metido hasta la mitad del muslo en aquella masa inestable y cosquilleante que desprendía un calor apenas perceptible y aquel olor que oprimía la garganta…

De repente lo vio, retrocedió, estuvo a punto de caer. Era pelo humano, pelo de mujer cuya desgreñada y oscura masa llenaba el barracón hasta la mitad de su

altura. En un acto reflejo levantó los brazos para no tocarlo, gimió, se atragantó. La exigua luz que llegaba de lo alto hacía que la superficie del pelo destellara aquí y allá. Para no verlo, Stefan volvió los ojos hacia los polvorientos cristales de la ventanilla. Justo entonces, desde fuera le llegó un lejano y coral bramido.

—Qué… Qué… —balbuceó, y sintió sus propios labios como dos cilindros gruesos que se entreabrían con dificultad.

El bramido no cesaba: constante, lejano, cada vez más agudo. Las voces se cortaban como hilos y Stefan seguía inmóvil, con la vista clavada en el cuadrado del cielo; allí, en el geométrico marco de la ventana, flotaba lentamente, rodeada del límpido azul, una inflamada y fría nube de color blanco.

---

[14]. Todos los diálogos de esta escena se desarrollan en alemán en el original.

[15]. «Absurdo.»

[16]. «¿Qué hace, doctor?»

[17]. «Me ha entrado calor.»

[18]. La conversación entre Klopotzek y los agentes de la ***Schupo*** se desarrolla en alemán en el original.

[19]. Toda la conversación se desarrolla en alemán en el original.

[20]. «Perdone, señor ***schupo…»***

[21]. Policía polaca durante la Segunda Guerra Mundial en la Polonia ocupada por los alemanes.

[22]. Klopotzek habla alemán durante toda la escena en el original.

[23]. Expresión utilizada durante el Tercer Reich para designar a personas cuyo idioma y cultura tenían orígenes alemanes, pero que no tenían la ciudadanía alemana.

[24]. Todos los diálogos de esta escena se desarrollan en alemán en el original.

[25]. ***Sicherheitsdienst,*** servicio de inteligencia de la Alemania nazi.

[26]. Todos los diálogos de esta escena se desarrollan en alemán en el original.

[27]. «Loco.»

[28]. «Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!»

[29]. «¡Alto!»

[30]. «Están en un campo de trabajo. A quien trabaje decentemente no le pasará nada. Ahora irán al baño, después a las barracas. Cada uno recibirá una blusa, un pantalón, 350 gramos de pan y sopa dos veces al día. Y ahora, procuren que todo vaya rápido.»

[31]. «¡Mujeres a la derecha! ¡Rápido!»

[32]. «Salas de baño e inhalación.»

[33]. Este diálogo se desarrollan en alemán en el original.

[34]. «¡Él no!»

[35]. «¡Ven!»

[36]. «Espera aquí.»

UN RAMO DE CRISANTEMOS

Este año, el Día de los Difuntos fue especialmente bonito. En el azul inmóvil del cielo no había ni una sola nube, y los tejados brillaban como si estuvieran recién lavados; era la escarcha que se había posado por la noche y se derretía con los rayos de sol. Las hojas, húmedas y marchitas por el frío, caían sigilosas, casi sin producir ningún sonido, sobre las losas de la acera.

Marcinów fue a ver a Wieleniecki muy temprano, antes del trabajo, para comunicarle que por la tarde llegaría de Varsovia el camarada Aleksander. Tenía previsto reunirse con gente que actuaba en la zona y también con un representante de la resistencia judía en el gueto. Como lugar de encuentro se escogió el taller mecánico. Wilk tenía las llaves; desde hacía un tiempo, alrededor del terreno que abarcaba la casa de Poprzeski y el patio, patrullaban los alemanes que vigilaban los garajes de las SS detrás del taller, al otro lado de un pequeño muro. Los soldados no comprobaban la documentación de los que entraban, solo estaban pendientes de que los chóferes alemanes no sacaran gasolina de los coches para introducirla en la ciudad.

Marcinów sonrió al psicólogo.

—¿Entiende? Estaremos reunidos protegidos por los alemanes… Mejor imposible.

—¿Mañana a las cinco? ¿No es muy pronto?

—Fueron ellos quienes lo pidieron, a esa hora sale del gueto a trabajar el segundo turno.

Se despidieron apresuradamente. El doctor fue al Instituto de Medicina Forense y Marcinów, por su parte, se fue al taller. Después de comer, le pidió permiso a Polakiewicz para salir antes y, de camino a la estación, pasó a ver al Avispa, que tenía contactos en el gueto. Se enteró por él de que todo estaba en orden y de que alguien del gueto se presentaría al día siguiente, tal como estaba acordado.

A las tres y media, cuando las sombras se habían alargado ya considerablemente, Marcinów estaba frente a la sala de espera de la tercera clase, cerca de la salida a los andenes. El delegado llegó en el tren de Varsovia. Cuando bajaba por la escalera de piedra, mezclado con la multitud, Marcinów se le unió. Por el camino a casa de Wieleniecki hablaron muy poco. Estaba atardeciendo y, aunque el cielo aún clareaba visiblemente, en las calles iba creciendo la oscuridad. En el zaguán de la casa de vecinos la negrura era total. El doctor llevaba ya una hora esperando; estaba en el recibidor junto a la puerta, pendiente de todos los ruidos. Al oír pasos, descorrió con cuidado el cerrojo y les dejó pasar. En ese momento, arriba se abrió una puerta y el hueco de la escalera se llenó de voces.

—Vuelve a verme, mi querido Pavlo, ven y tráete chicas…[37]

Se oyeron unos sonoros besos de borrachos.

El delegado se había adentrado ya en el pasillo. Wieleniecki echó un vistazo antes de cerrar la puerta, y en la oscuridad vislumbró el débil reflejo de una chapa en la gorra del hombre que bajaba. En el pasillo no había luz; apenas se vieron las caras al llegar al despacho. Sobre el escritorio había una lámpara encendida con una pantalla verde.

—Por fin, camarada Aleksander… —El doctor estrechó la mano de su huésped, que callaba y sonreía con los ojos entrecerrados—. Estará hambriento después del viaje, ¿a que sí? Ahora mismo…

Wieleniecki se puso a preparar la mesa, cortó pan, encendió una cocinilla eléctrica, fue a la cocina a por una tetera. Cuando regresó, el delegado estaba ya sentado en un sillón junto a la biblioteca y hablaba con Marcinów con voz comedida. De repente dirigió la mirada al doctor:

—¿Quién era… el de las escaleras?

—Creo que es un pariente de mi vecino ucraniano. Está en la Wehrmacht.

—¿Qué hay de Nube? —preguntó Marcinów.

—La semana pasada hizo saltar por los aires un transporte de tanques para Von Manstein.

—Es una buena noticia —comentó Wieleniecki—. Se oye hablar cada vez más de ese Nube. Me pregunto si lo conozco personalmente.

—Creo que no. Es de la región de la Pequeña Polonia. Un verdadero manitas cuando de sabotaje técnico se trata. Le viene de su profesión…

Wieleniecki fue a por azúcar. Mientras volvía, oyó la voz de Aleksander:

—No es nada nuevo, pero mire cómo nuestros comerciantes y nuestros industriales trabajan hombro con hombro con los alemanes, y cuando consiguen timarlos les parece que están luchando por la patria…

—Es cierto, aquí hay colaboracionismo económico, pero no político, al menos podemos estar orgullosos de eso —intervino Wieleniecki.

Sirvió té en las tazas. Aleksander, que estaba liando un cigarrillo con una sola mano, interrumpió lo que estaba haciendo y miró de reojo al psicólogo, pero no dijo nada. Se sentaron a la mesa. Aleksander comía grandes bocados de pan, masticaba con tal fuerza que se le hinchaban los músculos en las sienes, y al mismo tiempo indagaba sobre la actividad de la organización en la ciudad, sobre sus relaciones con otros grupos, sobre lo que hacían las unidades locales del Ejército Nacional, sobre el trabajo ***in situ.*** Escuchó las respuestas de Marcinów y de Wieleniecki y los sorprendió con preguntas a las que en más de una ocasión no supieron responder.

—¿Y cómo les va con la distribución de la prensa, y con la prensa en general?

Marcinów susurró algo a Wieleniecki y este trajo un maletín del que sacó una estrecha caja de bombones y unas finas hojas mecanografiadas ocultas bajo los dulces.

—¿Es un informe?

Aleksander extendió la mano hacia la caja.

—Miren… Oh, este parece una bomba… Es de guinda.

Fue quitando el papel de estaño del bombón mientras paseaba la mirada por los folios. De repente se detuvo.

—¿Por qué no comen ustedes? No será un matarratas para los alemanes, ¿no?

Los otros sonrieron y cogieron unos bombones. El delegado había desenvuelto el suyo, pero se le había olvidado metérselo en la boca. Agarraba el reblandecido bombón con los dedos de la mano izquierda y recorría el texto con la mirada.

—Ah —dijo—, conque tienen una imprenta manual. Vaya, vaya…

No se percató de que su mano derecha, que descansaba inmóvil sobre la mesa enfundada en un guante, había arrugado las hojas apartadas. Wieleniecki intentó liberarlas, tiró de los folios y las hojas se rompieron.

—Camarada…

—¿Qué?

El delegado se dio cuenta y levantó el hombro. Su brazo, con un chasquido metálico, se enderezó y pegó un brinco por encima de la mesa como si se hubiera rebelado. Marcinów y el doctor se estremecieron. Aleksander no prestó atención; colocó el brazo en la posición anterior y siguió leyendo. Cuando acabó y levantó la cabeza, vio la mirada expectante de Marcinów. Frunció el ceño.

—No diga nada, camarada. Sé muy bien con qué me va a salir. Quieren minas, ¿verdad?

—Porque recibimos pocas.

—A ver si nos entendemos: si les doy más a ustedes, se las tendré que quitar a otros. Al final del mes recibirán una partida de granadas. Ajá, veo que le brillan los ojos. ¿Y no le interesa de dónde salen esas granadas? Son alemanas, las consiguieron los partisanos y las comparten con ustedes.

—Nosotros también podemos compartir lo que tenemos. Como hermanos.

—¿Y qué tenéis?

—Uniformes de las SS. Nuevecitos.

—De esos hay bastantes… —Miró el reloj—. ¿Tiene el pase nocturno, camarada? Porque el toque de queda está a punto de empezar.

—Lo tengo, cómo no.

—Enséñemelo.

Marcinów hurgó en una cartera medio rota y sacó un carné con sellos. El delegado solo le echó un vistazo.

—No está mal. ¿Fabricación propia?

—Lo imprimí yo mismo —dijo el chófer con satisfacción.

—¿El documento también? Es mejor utilizar los alemanes, conseguirlos con ayuda de algún contacto.

—¿Se nota? —se angustió Marcinów—. ¡Imposible!

El otro sonrió levemente.

—Mire bien. —Sacó un pase del bolsillo y lo puso junto al otro—. ¿Lo ve?

—Me cago en… Pero es solo un detalle.

—Cuando lo pillan a uno, es por culpa de los detalles. No quiero que se quede aquí más tiempo, camarada. Váyase ya. Hasta mañana. Y procúrese un pase mejor.

Cuando el doctor salió para acompañar a Marcinów y cerrar la puerta tras él, Aleksander se bebió de un trago el té frío y se hundió en el sillón. Apoyó la cabeza en el brazo de madera, y se quedó con los ojos cerrados tan inmóvil que Wieleniecki, al volver, se detuvo de forma automática en el umbral.

—No, no estoy dormido… —dijo Aleksander sin levantar los párpados—.

Entre. Solo estoy descansando. Siento unos pinchazos en la espalda. Anteanoche dormí sobre hormigón.

Sus ojos negros y cansados miraron a Wieleniecki. Una leve sonrisa, diríase tímida, le recorrió los labios.

—Antes de la guerra también tuve algún que otro achaque, pero esto es diferente… Ahora se siente uno como una vela en una corriente de aire… Cualquier cosa y te apagan… ¿Y usted cómo va, camarada? ¿Ballena?

Wieleniecki se emocionó de repente. Aquel pseudónimo, que pocos conocían, fue fruto de un gracioso malentendido. En una ocasión, dando clases de Filosofía del Marxismo, para ilustrar el desarrollo dialéctico, utilizó como ejemplo la historia de la aparición de las ballenas. Los antepasados de estas vivían en el océano, millones de años más tarde salieron a tierra firme y, finalmente, en una etapa superior de la evolución, regresaron al agua. Al responder a las preguntas se lio tanto que ni él ni los estudiantes sabían cómo salir del embrollo. De ahí el pseudónimo.

—Yo, en fin, nada especial —dijo y se encogió de hombros.

—Me dijo Marcinów que teníais aquí a Wilk, Karol Wilk. Las vueltas que da la vida… Conocí a su padre. Me han dicho que se encarga usted de él. ¿Y qué, tiene futuro?

—Es un chico extraordinario —empezó Wieleniecki con entusiasmo. Se animó—. Se lo digo yo: un cerebro fenomenal, impresionante, un matemático nato...

Cortó, pensando que igual Marcinów le habría comentado a Aleksander que era él quien estaba en contra de meter a Wilk en el Partido. Pero cuando el delegado dijo «¿Lo estáis formando? Eso está muy bien», pensó que Aleksander se pondría de su parte y le contó toda la historia. Aleksander lo escuchó hasta el final. Se quedó un buen rato callado.

—¿Eso significa que quería usted… protegerlo del Partido? —preguntó finalmente.

—No del Partido. De… cualquier desgracia…

—¿Sí? Bueno, si eso fuera posible yo sería el primero en apoyarlo. ¿Pero cómo habría que protegerlo? ¿Envolviéndolo entre algodones? ¿Porque es el más valioso, el mejor? ¿Y quién debería estar con nosotros sino gente así?

—Él… Como él hay uno entre un millón —dijo el doctor con voz apagada. No miraba a Aleksander—. Si le pasara cualquier cosa, sería una pérdida terrible, irreparable, no solo para nosotros, también para Polonia…

—Entiendo —dijo el delegado. Y añadió tranquilamente—: Tiene usted

razón.

—¿Sí? ¿Usted cree? Entonces… Entonces…

Wieleniecki se levantó de la silla. El otro se inclinó hacia delante, lo cogió del hombro con su mano izquierda, lo hizo sentarse.

—Tiene usted razón —repitió—, ¿y qué? ¿Acaso alguien lo ha obligado a entrar en el Partido? ¿Han intentado convencerlo? No, ha sido él, porque sabía que ese era su sitio. Wilk no es un objeto de valor, una obra de arte. No podemos debatir sobre su destino sin contar con él. Usted ha hablado con él, y Marcinów también. Lo sé todo. ¿Y qué?

Wieleniecki callaba.

—Entiendo que vea usted en él a un gran matemático. Pero él, antes de convertirse en matemático, era un huérfano. Un marginado, un chico para todo, así era su vida, no puede usted borrar eso de su memoria, no es una pizarra para hacer cálculos. Veo que no quiere usted comprenderlo. Le diré una cosa. Aunque es posible que se lo tome a mal. El comunismo no acaba de ser lo mismo para usted que para los obreros.

—¿Por qué?

—Se lo digo. Porque usted tenía grandes conocimientos y podía elegir. Para usted se trataba de una doctrina filosófica. Ya lo sé, la más justa, la mejor. Pero sea como sea, una de tantas. Y para nosotros, para mí por poner un ejemplo, en mi caso el comunismo derribó el muro que rodeaba mi cabeza. Era la primera y la última oportunidad. ¿Lo comprende? Para usted es más bien una ciencia, más bien una teoría, pero para mí y para Wilk es la sangre que alimenta el corazón, el aire que nutre los pulmones… ¿Está usted molesto conmigo? ¡No, hombre! ¿Acaso soy yo quien dicta sentencia, soy yo tan implacable? Esto es lo que hay y no hay más… Nosotros no hicimos este mundo, nos lo encontramos así y queremos cambiarlo… Veo que sigo sin convencerlo…

Wieleniecki se movió inquieto. Quiso contestar, pero Aleksander solo había hecho una pequeña pausa y prosiguió con una voz grave, calmada:

—Sabrá usted que Łukaszyk ya no está entre nosotros…

—¿Cómo?

Aleksander asintió con la cabeza.

—Ya no está. Lo fusilaron anteayer. En la calle, una ejecución pública. —Respiró profundamente—. No quería decirlo delante de Marcinów.

—¿Por qué?

—Era amigo suyo. Por eso no lo dije. ¿Para qué? Se enterará igual. Y si piensa en él hoy, lo hará todavía como si estuviera vivo…

Se hizo el silencio; no lo contaminaba ni el más leve rumor de fuera. Aleksander se sentó recto, suspiró.

—Querría haber paseado un poco por la ciudad, pero no ha dado tiempo. Porque no sé si sabe que yo nací aquí. Y llevaba ya varios años sin venir. Desde que mi madre… eh. Ya ni sé lo que digo. Es por esa dichosa noche…

—Espere, ahora mismo…

Wieleniecki quitó las sábanas de la cama y preparó el sofá. El delegado estaba echando un vistazo a los libros.

—Siempre me entristezco cuando veo libros, me entristece no tener nada de tiempo. Ni siquiera le pediré que me dé uno ahora para leer en la cama porque me quedaría dormido inmediatamente. —Acarició los rígidos lomos, sacó un volumen gordo y lo hojeó sobre sus rodillas. Cuando Wieleniecki volvió, dijo sin levantar la cabeza—: Tiene usted aquí la historia de Roma… Leí una vez sobre un soldado romano, un prisionero al que llevaron ante Masinisa, rey de los numidios. Masinisa le ordenó que desvelara la ubicación de las tropas romanas y lo amenazó con terribles torturas de las que se decía que nadie sería capaz de soportarlas. El soldado pidió cinco minutos para pensárselo, se sentó y, como llevaba una toga larga de esas de los romanos, se la echó sobre la cabeza. Se quedó así sentado sin moverse hasta que los numidios lo agarraron y empezaron a zarandearlo. El soldado cayó inerte porque se había ahogado él mismo con la toga para no cometer una traición… Recuerdo muy bien esa historia.

Wieleniecki pensó que no había sido así exactamente, pero se dio cuenta de que ese hombre había transformado aquella historia romana conforme a su propio carácter y se calló.

Karol Wilk estaba en la nave del taller, justo al lado de la puerta, y por la rendija que dejaban sus dos hojas miraba hacia fuera. El sol, ya bajo, inundaba el patio con un brillo nítido y frío. Sobre el fondo del profundo cielo se perfilaba la pared ciega de la casa de Poprzeski, llena de goteras color teja. La larga sombra de la casa cortaba en dos el espacio iluminado. A través de la lejana valla de la entrada se podía ver un pequeño fragmento de la calle, somnolienta y vacía. Cada cierto tiempo aparecía allí la silueta del centinela, que caminaba a ritmo acompasado.

Cuando el sonido de sus botas herradas empezó a acercarse por octava vez, sonaron otros pasos: el golpeteo ligero y enérgico de unos zuecos. Por la calle caminaba una chica joven. A la altura de la entrada giró tan de repente que estuvo a punto de chocar con el centinela. Pasó tan cerca de él que el borde de su vestido

le rozó el uniforme y entró en el patio. Karol estaba seguro de que la chica se dirigía al edificio, así que no le prestó mucha atención, pero ella siguió caminando, en dirección al taller. Sus pasos se amortiguaron sobre la gravilla. Llevaba un gran ramo de crisantemos blancos que sujetaba con ambas manos, como los niños. Se detuvo frente al taller mirando hacia arriba, donde estaba el oxidado letrero, y levantó el dedo índice como ayudándose con él a leer la inscripción en alemán. Después se acercó a la puerta. Wilk no se apartó de la rendija. Ella lo vio. Durante unos segundos estuvieron mirándose en aquella extraña situación: él, inmóvil, pegado a una abertura del ancho de una mano; ella, bañada por completo por el brillo de un sol poniente que atravesaba su fino vestido floreado y rodeaba su cabeza de una luz que ardía en sus dorados cabellos. Era guapa, de una belleza alegre y delicada, en su cara vagaba una sonrisa entre pícara y burlona; seguramente sonreía así cuando le pasó la falda por las narices al centinela.

—Perdone… —dijo—, vengo a buscar las herramientas. Me mandan Adam y su amigo.

Estaba levemente inclinada, apretando contra el pecho el enorme ramo. Tenía unos guantes de hilo claro que, frente a sus hombros desnudos, causaban una sensación de ingenua pretenciosidad. Wilk no contestó nada porque se había quedado sin habla. La chica repitió sus palabras, en voz más baja, pero con mayor insistencia.

—Las herramientas ya están preparadas —dijo Wilk.

Empujó la puerta, que se fue abriendo lentamente. La chica avanzó hacia el umbral, en medio de un rayo de deslumbrante luz. En el último momento vio unos escalones de piedra, pero ya no le dio tiempo a poner allí el pie. Dio un grácil salto hasta abajo. El hormigón retumbó secamente. Con la sacudida el ramo perdió varios pétalos blancos. La puerta emitió un prolongado chirrido y se cerró. Cuando la chica se sumergió en la penumbra del interior, se apagaron no solo las flores granates y amarillas de su vestido: se apagó también aquella viva y burlona alegría suya sin la que había parecido imposible imaginarse su cara. La sonrisa permaneció solo en el carmín que cubría sus labios. Con un movimiento fuerte y calmado estrechó las flores contra su pecho. Ambos estaban envueltos en una doble y verdosa penumbra. Eran unos rayos de sol que atravesaban, en lo alto, las ventanillas cubiertas de telarañas y se encendían en el interior, en el armazón pintado de verde oscuro.

—¿Dónde tengo que ir? —preguntó ella.

Wilk se acercó a la puerta de la oficina y, como ella no lo siguió, se detuvo.

La chica se apoyó en un resalte del muro. Aquel leve movimiento evidenciaba un agotamiento total, atroz. Estaba pegada a la pared, con la mirada vacía y aturdida, los hombros levemente caídos y el rostro inmóvil por encima de la enorme mancha blanca que dibujaban las flores. Aquello duró quizá un segundo. Después la chica volvió en sí, se enderezó y echó a andar entre los oscuros chasis de los autos. Pasó junto a Wilk y se detuvo en el centro de la oficina. Él cerró la puerta tras ella, volvió a la entrada del taller y corrió los cerrojos. Seguía sorprendido, también por el hecho de que en todo ese tiempo no había llegado ninguna voz de la oficina.

La noche se había apoderado de la habitación. La ventana estaba cegada con una lámina de papel negro. Sobre la mesa, en lo alto, brillaba una bombilla desnuda. Sentados tras la mesa estaban Aleksander, Wieleniecki y el Avispa, un hombre pálido y pecoso de labios finos. Estaba hojeando una pila de folios y marcando algo en los márgenes con un lápiz. En ese momento se detuvo. Todos se quedaron mirando a la chica. Ella avanzó un paso.

—¿Camarada Aleksander? —preguntó dirigiéndose al delegado, seguramente porque era el que más canas peinaba.

No se habían visto nunca antes. El hombre saludó con la cabeza y le tendió la mano por encima de la mesa. El tercer hombre le arrimó un taburete redondo de tres patas, más bajo que el banco en el que estaban sentados él y los demás. Cuando la chica se sentó pareció incluso más menuda. Aleksander esperó unos segundos, como si quisiera saber si ella tenía la intención de ser la primera en hablar, pero seguía sentada con las rodillas muy juntas, como una niña pequeña, y sujetando el ramo con las manos enfundadas en sus guantes blancos. Lo miraba con sus ojos oscuros, sin pestañear. Aleksander carraspeó. Le pidió que le describiera la situación en el gueto y los planes de la organización. La chica empezó a hablar sin dejar de mirarlo. Tenía una voz plena, mate. Resumió las órdenes del ocupante que habían llevado a la creación de un barrio cerrado y luego pasó a las operaciones de liquidación: dio las cifras de los deportados y de los asesinados en el acto, los nombres de los campos de concentración, los apellidos de los que estaban al frente de los grupos de exterminio. La última operación, en el mes de octubre, había afectado a casi una cuarta parte de la población del gueto. Los alemanes la iniciaron cuando la mayoría de la gente estaba en sus lugares de trabajo, y los capturaron allí.

No hablaba muy rápido, a veces se paraba un instante con la vista clavada en un punto muerto, o se corregía sustituyendo una palabra propia que le venía a la cabeza por otra aprendida; era en esos momentos cuando más recordaba a una

niña recitando una lección. Wieleniecki ya sabía la mayor parte de las cosas que contaba la chica, así que fue prestando cada vez menos atención, perdió el hilo y durante un rato le llegó solo el acompasado sonido de su voz. De repente, una palabra lo sacó de su ensimismamiento. Se estremeció. Quizá por haber empezado a escuchar repentinamente y en mitad de una frase, tuvo la sensación de estar observando toda la situación desde fuera: un cuarto bajo, sombras deformes en las paredes, tres hombres de cierta edad y una chica con un vestido floreado y un ramo de crisantemos en las rodillas. Ella dijo que había dos tipos de transportes a Treblinka: los vagones normales y los vagones clorados. En los clorados cerca de un veinte por ciento de la gente se moría asfixiada durante el traslado.

Los años de la ocupación eran un lento habituarse a una creciente escalada de monstruosidades; en ese momento, Wieleniecki se dio cuenta con una claridad deslumbrante de lo lejos que se habían adentrado ya en las profundidades del horror, incluso ellos, incluso los que luchaban contra el fascismo; unos años antes nadie habría podido escuchar esas cosas sentado tranquilamente y fumándose un cigarrillo. Le pareció que aquello comportaba un repugnante y perverso triunfo del fascismo, que, si bien acabaría derrotado, dejaría tras de sí la memoria de lo que un ser humano podía hacerle a otro ser humano, y nadie, nunca, tendría derecho a callar al respecto.

La chica siguió hablando con una tranquilidad tan insana, tan lúgubre, que Wieleniecki se agitó a su pesar y miró a sus compañeros. Al delegado se le estaba consumiendo el cigarrillo en la apretada mano. Abatido, con las sombras inmóviles de sus pobladas cejas en las mejillas, observaba el plano de la ciudad extendido sobre la mesa. Una franja de color marcaba las fronteras del gueto, que menguaba constantemente a medida que disminuía el número de sus habitantes. Sentía cierto descontento por el hecho de que la organización no hubiera enviado a alguien mayor, más experto. La buena apariencia exterior no lo era todo. Al fin y al cabo, contaban con destacados militantes, comunistas curtidos. Aleksander había esperado que el camarada Jakub se hubiera presentado en persona. Hacía un año que no lo veía.

Cuando pensó en él, entendió qué era lo que le había sonado familiar en las palabras de la chica. La precisa exposición de la distribución interna de las fuerzas de clase en el gueto, la descripción de la máquina de matar creada por los alemanes, los detallados datos numéricos, todo aquello hacía pensar en Jakub como autor del informe. Solo él podía ser capaz de realizar una descripción como aquella de unos acontecimientos que, como una herida, desaparecían bajo la

sangre que no paraba de manar.

—Eso que dice usted… fue elaborado por el camarada Jakub, ¿verdad? —preguntó de improviso, cuando la chica hizo una pausa. Algunas flores blancas que sobresalían en sus tallos del espeso ramo temblaron.

—Sí.

—¿Por qué no ha venido él?

La chica bajó y levantó los párpados.

—La semana pasada atacamos el *Besorgungsamt* y a Jakub lo delató un tipo de los servicios de orden que lo había reconocido. Se lo llevó la Gestapo y a los tres días hubo una saca. Un transporte a Treblinka.

—Ah… —dijo el delegado. También él entrecerró los ojos—. ¿Es decir, anteayer?

Ella no contestó.

—No se pudo hacer nada. —Al decir eso, Aleksander no estaba haciendo una pregunta, sino constatando lo sucedido.

—Él dijo que organizaría allí un levantamiento. —La chica calló durante un momento—. Es mi hermano… —añadió y vaciló, como insegura de si no había hecho algo inadecuado hablando de sí misma.

En el silencio que se hizo todos pensaron en un hombre desnudo, indefenso, apretujado entre un centenar de cuerpos en un vagón de ganado que se dirigía al matadero. Wieleniecki no aguantó aquel silencio.

—¿Qué es el *Besorgungsamt*? —preguntó, por decir algo.

Los otros lo comprendieron. La chica explicó que se trataba de una institución creada por la autoridad judía que satisfacía todos los antojos de los alemanes, que de cuando en cuando solicitaban distintas cosas: viejas vajillas y cuberterías de plata, objetos de valor, cuadros, antigüedades. La organización sabía que en los depósitos había una cantidad considerable de dinero y organizó un asalto para hacerse con él y poder comprar munición. Mientras lo decía, agachó la cabeza y, ayudándose con los dientes, empezó a quitarse el guante derecho. Le costaba. Cuando se lo quitó, sacó del dedo pequeño del guante una estrecha tira de papel con unas líneas escritas a lápiz con tanta fuerza que el texto había quedado marcado en relieve por el otro lado. La chica dejó el papel sobre la mesa, ante el delegado.

—De parte de Jakub.

Aleksander miró el arrugado trozo de papel: contenía apenas unas pocas palabras de despedida. Después sus ojos se posaron en el borde de la mesa, en la mano desnuda de la chica. Parecía inflamada, hinchada. La enrojecida piel estaba

cubierta con una especie de telilla color limón.

—¿Dónde trabaja?

—En ningún sitio. Tengo un *ausweis* falso.

La chica vio su mirada y automáticamente escondió la mano bajo los tallos de las flores.

—Es… por el ácido pícrico —dijo—. En el gueto tenemos una fábrica. Hacemos granadas con bombillas fundidas.

—¿Tenéis ácido pícrico?

—Teníamos. Ya se está acabando.

Esperó un momento para ver si el hombre le hacía más preguntas, pero, en vista de que no decía nada, se humedeció los labios y prosiguió.

Hasta el mes de octubre muchos judíos se hacían todavía ilusiones de poder sobrevivir pasivamente, sobre todo porque así lo aseguraba el Consejo Judío, que era un instrumento ciego en manos de la Gestapo, pero la última operación cambió radicalmente la situación. Al principio, en la organización no había unidad de criterio; se oían voces que abogaban por que los aptos para el combate salieran del gueto y se unieran a la Resistencia en los bosques; solo de esa manera —decían— la lucha de los judíos no estaría condenada de antemano al fracaso. Sin embargo, prevaleció la opinión de que no se podía abandonar a los indefensos.

En ese momento, apareció por primera vez en boca de la chica la palabra «armas» y a partir de entonces sonó cada vez con mayor frecuencia en su discurso. Respecto a las armas, la cosa estaba muy mal, tocaban a un revólver por cada veintitantas personas. En cuanto a la munición, todavía peor. Hubo intentos de establecer contactos con los italianos que desde hacía poco estaban acuartelados en la ciudad, pero sin ningún resultado hasta la fecha. Desde la última operación había pasado un mes: el prolongado silencio no auguraba nada bueno. El cuello de botella del aparato de destrucción era el transporte. Antes de las grandes operaciones, los alemanes reunían un número considerable de vagones; no hacía mucho, entre los trabajadores de la *Ostbahn* habían empezado a correr rumores de que estaban despejando las vías de servicio de la estación de las afueras a la espera de vagones de mercancías vacíos. Cualquier día podía ser el principio del fin.

La chica se inclinó sobre las flores, estuvo un rato tirando del nudo de la fina cuerda con la que estaban atadas y, al no poder desatarlo, lo cortó con los dientes. El ramo se abrió; de entre los fuertes tallos verdes la chica sacó un pequeño paquete, desenvolvió el papel y puso sobre la mesa dos placas metálicas de color

gris oscuro: era unas planchas tipográficas de plomo.

La organización, consciente de que, una vez empezaran los enfrentamientos, el gueto podía quedar aislado del resto de la ciudad, había preparado un llamamiento a la población y pedía a los camaradas polacos que lo imprimieran y lo colgaran cuando llegara el momento.

La chica se quedó en silencio. Recogió lentamente las flores desparramadas. Finos pétalos blancos cayeron sobre un suelo desgastado y lleno de manchas de grasa. Aleksander recorrió los tipos de imprenta con los dedos y leyó las primeras palabras compuestas por letras invertidas, como reflejadas en el espejo.

¡POLACOS! Mientras leéis estas palabras…

Había algo tácitamente cruel en ese áspero trozo de metal. Era como la materialización parcial de unos sucesos que aún no habían ocurrido, ocultos en el futuro, como una señal visible de un destino condenado a cumplirse.

—De acuerdo. —Aleksander rompió el silencio—. Haremos lo que nos pedís. Y, en cuanto a las armas —miró al hombre que estaba a su derecha—, el camarada Avispa le dirá qué puede hacer por vosotros la organización urbana de forma inmediata. Porque es cierto que el tiempo apremia.

El Avispa se agitó.

—Pero, camarada Aleksander, usted sabe cómo estamos.

—No es a mí a quien tiene que contárselo, sino a la camarada.

El Avispa miró a la chica, agachó la cabeza, movió los labios unos instantes, cambió de postura en el banco, irritado, y finalmente tachó con energía lo que tenía anotado en una hoja de papel.

—¡No tenemos armas, pero… se las daremos!

El delegado asintió con la cabeza.

—Y a ver quién demonios me dice a mí de dónde saco ahora las municiones. Como no sea quitándoselas a cada uno de los nuestros de su propio cargador…

—Si no hay otra forma, hágalo.

—¿Que se las quite…? Las defenderán con uñas y dientes… Las municiones valen más que el oro, que los diamantes…

—Es cierto —confirmó Aleksander—. Tiene usted razón. No obstante, camarada… —Se dirigió a la chica.

Empezó a explicar que la situación, si bien grave, no era desesperada. Recibirían algo de armamento de forma inmediata. El mes siguiente habría más.

Con las metralletas la cosa era más difícil; nada de lo que se lanzaba en paracaídas llegaba a las ciudades porque se distribuía en el acto, *in situ*. Era allí donde estaba la primera línea de combate, la ciudad era únicamente su retaguardia. En cuanto a las granadas y las minas, también con eso podía ayudar la organización urbana, que tenía previsto empezar a fabricar cargas explosivas. Preguntó por el nivel de instrucción militar de la Organización de Combate Judía; como en el gueto no había pirotécnicos, el Avispa se comprometió a delegar a dos en calidad de instructores. La conversación pasó a detalles técnicos. Wieleniecki mencionó el nuevo sistema de espoletas de tiempo elaborado por Wilk. El Avispa cogió los bocetos que el psicólogo llevaba consigo y empezó a examinarlos con interés. Cuando habían agotado el tema, fijaron la fecha y el lugar de la siguiente reunión, y las nuevas formas de ponerse en contacto en situaciones de emergencia. En lo referente a las armas, al día siguiente dos personas se encontrarían con el hombre de confianza del Avispa. La chica repitió todo lo acordado, tenía una memoria fantástica. Se preparó para salir. Se levantó dejando sobre la mesa el ramo, suelto e innecesario, pero cuando miró de nuevo las flores, las juntó y las recogió. Aleksander se agachó a por dos crisantemos que habían caído al suelo. Cuando los levantó, de las flores marchitas llovieron pétalos blancos. Se apartó de la mesa y se quedó mirando la silueta menuda de la chica, las blancas flores que se estaban marchitando rápidamente. Como despedida quiso decirle unas palabras solo y exclusivamente a ella, pero ¿qué le podía decir personalmente? Él representaba allí al Partido que enseñaba a la gente cómo vivir, y a aquellos solo se les podía enseñar a morir.

—Camarada —dijo—, cuando nos veamos tras la liberación…

Ella, mirándolo a los ojos, negó con la cabeza leve pero claramente, como diciendo: «No es necesario, no es necesario decir esas cosas». A pesar de ello, Aleksander prosiguió esforzándose por encontrar un tono alegre:

—Nos veremos seguro, aunque los dos tendremos muy poco tiempo. Usted, camarada, irá a la universidad…

La mirada de ella era tranquila e impasible como la de un enfermo terminal que ya sabe lo que va a ocurrir. Sonrió, y a él se le congelaron las palabras en los labios. Con aquella sonrisa ella fingía que le creía. Quería hacerle más fácil la despedida. Él lo comprendió, y también comprendió la inutilidad de cualquier palabra y la heroicidad de aquella sonrisa.

—¡Niña!

La estrechó contra sí, torpe y fuertemente, con su único brazo, después se apartó, abrió la puerta y llamó a Wilk. Una larga estela de luz procedente de la

oficina penetró en la penumbra que inundaba la nave e iluminó la delgada silueta, que se fue alejando. La puerta se cerró con un chirrido sordo. Aleksander apagó la luz, pasó junto a los hombres que estaban de pie sin moverse y levantó un poco las persianas de las ventanas como si quisiera acompañar a la chica con la vista, pero no vio nada. Fuera, en la calle, la oscuridad era total, una oscuridad impenetrable en medio de la cual sonaba de vez en cuando algún que otro disparo aislado.

---

[37]. En transcripción al polaco del ucraniano en el original: *Tak ty pryjdy szcze do mene, mij dorohyj Pawło, pryjdy i dilczata zi soboju prywedy*.

EL TEOREMA DE WILK

—Jaque mate —dijo Wilk a media voz.

Estaban jugando en la sala de estar, medio a oscuras, junto a la librería; solo estaba iluminado el tablero de ajedrez que atravesaban las largas sombras de las piezas. Cuando uno de los jugadores se inclinaba sobre el tablero para mover pieza, una enorme sombra se encaramaba a la pared y se quebraba bajo el techo. Los objetos alrededor aparecían oscuros e indefinidos en sus formas. Bajo la lámpara zumbaba obstinadamente una mosca.

Wilk esperó a que el psicólogo examinara la situación y después recogió las figuras capturadas de sus rodillas.

—¿Una revancha?

—No, juegas demasiado bien.

—Hay que adelantarse a los movimientos del contrincante.

Wieleniecki sonrió.

—Sí, pero solo uno puede ganar.

Retiró el tablero de la mesa. Wilk, algo encorvado, miró su superficie lisa con los ojos entrecerrados. La luz a sus espaldas incendiaba su pelo con un brillo metálico.

—¿Sabe usted? —dijo—. He observado una cosa interesante relacionada con estos operadores. Si tomamos, por ejemplo, esta expresión…

Estiró la mano buscando un lápiz encima de la mesa. Wieleniecki sabía que, si no lo interrumpía en ese momento, Wilk empezaría con unos cálculos

enrevesados y los llevaría a término sin que nada pudiera detenerlo.

—Espera, Karol. Espera. Dime, por favor, cómo construyes un razonamiento matemático de memoria. A veces, cuando reflexionas, cierras los ojos. ¿Te estás imaginando la expresión como si la estuvieras escribiendo?

Wilk pareció algo confundido. Bajó la cabeza y continuó balanceando la pierna que tenía cruzada sobre la otra.

—No…, no veo expresiones. La cuestión es que, cuando usted piensa en una mesa, no se imagina las letras m-e-s-a, sino directamente una mesa, el significado y no el significante, ¿verdad?

—Pongamos que tienes razón…

—Yo, al menos, pienso así… Pero eso no es todo. En las matemáticas no hay conceptos de ese tipo, es decir, los hay, pero… Tomemos una palabra, por ejemplo «comer» o «comeré». Es algo que se dice automáticamente, no hay que buscar en la cabeza. Pues eso es lo que pasa con… El ejemplo más simple: los máximos y los mínimos de una función. Están listos instantáneamente.

—¿Cómo que «están listos»?

—Pues… exactamente como una forma gramatical. Así es. Pero solo con las cosas más fáciles. Porque cuando se complican, no siempre funciona. Por ejemplo, las invariancias en las transformaciones… Antes de hacer el cálculo ya sé cómo serán.

—¿Pero cómo lo sabes?

Wieleniecki tenía la permanente sensación de estar a punto de conocer el secreto, de que unas palabras más del chico y lo sabría todo. Se echó hacia atrás en el sillón, hacia la oscuridad total. El rostro iluminado de Wilk reflejaba un gran esfuerzo.

—Lo sé…, mejor dicho, lo siento… Digamos que está usted sentado a la mesa y alguien entra sin hacer el menor ruido. Usted siente, sin darse la vuelta, que tiene a alguien detrás. A veces es así. Pongamos la función de Abel, por tomar un ejemplo sencillo…

Volvió a echar mano del lápiz.

—No, no —dijo rápidamente el profesor—, mejor sin matemáticas…

—Es que así no se puede… Pues siento adónde puedo ir. No. —Se animó con repentina alegría—. ¡No! Así no es. No siento adónde puedo ir, sino adónde va lo que sea por sí mismo. ¿Lo entiende? Quiero decir que es algo objetivo, no depende de mí, ¿sabe? —Sonrió, satisfecho de haber encontrado la forma de explicarlo—. Es como cuando uno va caminando con los ojos cerrados y se va acercando a un muro, ¿me entiende? A veces ni uno mismo sabe qué le hizo

pensar que el muro estaba cerca. Puede que sea, por ejemplo, por el eco de los pasos al rebotar, o que el aire tenga otra temperatura, pero eso no lo sabemos de manera consciente, simplemente uno siente de repente que el muro está allí. Pues lo mío es igual. —Miró a Wieleniecki, titubeó y añadió—: No siempre es así. A veces eso… Pero es algo que no entiendo ni yo. Cuando se trata de algo especialmente difícil, es como si una lámpara no dejara de parpadear, así me siento en mi interior, y cuando cierro los ojos, veo (pero no se ría, por favor) un armario.

—¡¿Qué?!

—En Nieczawy, en la casa del cura donde vivía, había un armario. En mi habitación. Era un armario negro que estaba enfrente de la cama. Cuando tenía problemas para resolver algo, me concentraba en la madera, en los nudos, ¿me entiende? Allí había una especie de ojo. Eso me ayudaba. Ahora también.

Wieleniecki respiró profundamente disimulando su decepción. No se había enterado de gran cosa. «Es algo tan herméticamente cerrado…», pensó. De pronto Wilk dijo:

—¿Sabe lo que acabo de pensar? Cuando uno enciende la radio y no sintoniza nada, se oye únicamente un ruido sordo. Ese ruido está provocado en realidad por el movimiento en caliente de los electrones en las válvulas de vacío. Pues se me ha ocurrido que cuando uno está rodeado de un silencio absoluto, cuando se suele decir que el silencio le resuena en los oídos, eso es también una especie de punto muerto, de movimiento libre de nuestros electrones.

—¿Nuestros electrones?

—Sí, eso es, de los electrones que conforman nuestro cerebro…

Wieleniecki calló. Wilk, en más de una ocasión, lo sorprendía con esas ocurrencias. Dio una profunda calada y empezó a toser violentamente.

Wilk lo miró de reojo.

—¿Hago té? —medio preguntó, medio afirmó, y fue a la cocina.

Por una oscura franja de la puerta se arrastraba una enorme criatura de múltiples patas. El psicólogo se estremeció: el animal era del tamaño de un lince. Cuando se giró vio que era la sombra de una mosca que, despertada por el calor, se paseaba por el cable de la lámpara de mesa. De repente se acordó de que el agua estaba cortada desde mediodía.

—¡Ven, Karol! —gritó—. No hay agua.

Como no hubo respuesta, fue a la cocina.

—Ven, no hay…

Wilk estaba junto a la toma de agua, inclinado sobre el fregadero. Levantó la

mano.

—¿Qué pasa?

Con un gesto le indicó a Wieleniecki que se acercara.

—Escuche, por favor.

Abrió el grifo hasta el final. Se oyó el siseo del aire.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Habrá que bajar al zaguán, últimamente pasa a menu…

Wieleniecki dejó de hablar de repente. La cocina fue invadida por un gemido, al principio débil, que fue creciendo hasta convertirse en grito. «Auuu…, auuuu…», fue bajando. La pila del fregadero hacía de altavoz. Los dos se inclinaron y sus cabezas chocaron. «Eeeh, eeeh», siguió balbuceando la voz.

—¿Qué es eso?

Wieleniecki sintió un hormigueo en la espalda. Miró automáticamente hacia el techo, por donde bajaban las tuberías. «¡Aaaaah!» Era un grito estridente, lleno de dolor.

—La voz se transmite por las tuberías porque no tienen agua —dijo Wilk.

—¿Tú crees?

—Seguro. ¿Quién vive encima de usted?

—Pluwak, ese ucraniano…

—¿Y más arriba?

—Arriba, en este lado, está el desván. Quizá venga de la planta… Pero no, allí hay un piso vac…

Se oyó un grito prolongado, vibró durante un instante deformado por un eco metálico y cesó.

—Es la voz de un niño o de una mujer.

—Voy a subir.

—¿Te has vuelto loco? —Wieleniecki se irguió—. Tú no puedes, no eres de la casa. Iré yo, espera un momento… ¿Qué hora es? Las cuatro, Pluwak debería estar en casa. Suele estar a esta hora.

—¿Y si voy con usted?

—No tiene sentido. ¡Quédate aquí!

—Mejor coja algo…

—¿Como qué?

—Un arma…

Wieleniecki se detuvo en la puerta de la cocina.

—Mmm. Prefiero no coger nada, no vaya a ser que haya alemanes. La pistola está bajo el último estante de la librería, entre los periódicos, a la

izquierda… Tú espérame…

—Esperaré diez minutos. Vaya usted.

El psicólogo salió. Sus pasos resonaron en la escalera y en el interior del piso porque no había cerrado la puerta tras él. Wilk se quedó cerca del grifo. Por la boca de cobre llegaban de vez en cuando apagados suspiros.

Sonaron los pasos de Wieleniecki, más rápidos, de regreso.

—Habrá sido una confusión, el agua corriendo por las tuberías —dijo Wieleniecki entrando en la cocina—. ¿Has oído algo cuando yo no estaba?

—Suspiros. Después nada. ¿Está en casa?

—Sí, he estado un buen rato tocando el timbre antes de que me abriera… No ha quitado la cadena. —Wieleniecki estaba consternado porque Pluwak lo había recibido con malas maneras—. Le dije que me había parecido oír un grito. Él me contestó que eran imaginaciones mías.

—¿Usted lo vio?

—Sí. Llevaba un albornoz. Me dijo que se estaba bañando.

—¿Ah, sí? Ajá. Curioso.

—¿Por qué?

—¿Cómo se puede uno bañar en la segunda planta si en la primera no hay agua?

Wieleniecki se quedó de piedra.

—¡Cómo no me he dado cuenta…, es verdad! Estamos sin agua desde mediodía, o incluso desde primera hora de la mañana.

Cerró el grifo y volvió a abrirlo. Ambos se inclinaron. Las tuberías no emitían ningún sonido. Regresaron a la sala de estar y se sentaron donde antes. Wilk se puso a hojear un libro de Eddington.

—¿Tú qué crees, de quién era esa voz? —preguntó Wieleniecki.

—Puede que de un niño, pero no estoy seguro. Primero, el dolor cambia el sonido; segundo, las tuberías lo deforman. La resonancia. ¿Cómo se podría entrar en casa de ese Pluwak? ¿Su piso es igual que este, sin balcón? Si hubiera un balcón…

—Entonces, ¿qué, te colarías en su casa? De momento no hay nada que hacer; además, el sonido puede viajar por las tuberías desde muy lejos.

—No creo. No podría pasar a través de un contador de agua.

Se quedaron callados. Wieleniecki clavó la mirada en la alargada sombra que cruzaba la superficie blanca de la puerta.

—En la ciudad se oyen habladurías de todo tipo… —dijo casi susurrando —. Se habla de carne humana, de cadáveres que permanecen ocultos durante

semanas… ¿En qué estás pensando? —preguntó levantando algo más la voz.

Wilk estaba sentado un poco de lado. En la gran sombra de su cara sobre la pared blanca del fondo, la sombra de sus pestañas se perfilaba como un ala doblada.

—Esta mañana he estado cerca del gueto. Se nos estropeó el coche. En la entrada se agolpaba una multitud. Había dos hombres de rodillas. Uno gritaba «ay, ay, ay, ya estoy en mi querido gueto», y el otro besaba el suelo. Ambos habían saltado del tren en el que los transportaban. Tardaron dos noches en volver. ¿Usted qué cree, los van a matar a todos?

—Sí.

—¿Así, por nada?…

—¿Crees que por algo es más fácil morir?

—Sí.

Sin saber muy bien por qué, Wieleniecki comentó a media voz:

—Todos estamos en peligro de muerte.

—Oh, no —dijo el chico—, yo ahora no puedo morir.

—¿Por qué?

El chico sonrió misterioso.

—Ahora no puedo.

Jugaron otra partida de ajedrez. Wilk, de nuevo, dio jaque mate a Wieleniecki. Mientras guardaba las piezas, el muchacho dijo:

—Ah, por cierto, quería decirle una cosa.

—¿Qué?

—Se trata de Relámpago, él…

—Espera, ¿quién es, el que trabaja contigo?

—Sí, un chico rubio. Hacemos juntos espoletas de tiempo, y toda la distribución se lleva a cabo desde su piso. Su padre también está con nosotros, trabaja en la fábrica de gas. Janek, porque Relámpago se llama en realidad Janek, Janek Siewacz, apareció un día con un tipo y me pidió que le enseñara a hacer compartimentos resistentes a los ácidos en los detonadores; le pregunté a solas a Janek quién era ese tipo y me dijo que un compañero, uno de los nuestros, pero a mí me dio mala espina y le dije que volviera al día siguiente. Hablé con Marcinów, resultó que era un tipo sospechoso y Relámpago rompió con él. Cuando el tipo llegó al día siguiente le dije que todo había sido una patraña y que no hacíamos espoletas ni nada. Empezó a ponerse gallito, pero de una manera infantil, y pensé que la cosa no pasaría a mayores. Aunque Relámpago me comentó dos veces que lo había visto no muy lejos de su casa, no le di

importancia. Ayer, cuando estuve en el centro, vi al tipo… Iba en coche con un alemán.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro?

—No. Apenas si lo había visto dos veces, puedo haberme equivocado… Pero tengo la impresión de que era él.

—¿Él conoce la dirección de Relámpago?

—Janek dice que no.

—¿Y su apellido?

—No lo sé.

—¿Crees que lo está siguiendo?

—No sé, es posible.

—Mañana hablaré con el Avispa. ¿Se lo has dicho a Marcinów?

—No, se ha ido dos días fuera.

—Entonces ya hablaré yo con él.

Wilk cogió el libro que había dejado sobre la mesa.

—Me voy, son casi las siete…

—Si el tipo apareciera, no te enfrentes a él. Ten en cuenta que no es un asunto fácil.

—Yo no tengo nada con él.

Mientras acompañaba a Wilk al recibidor, el psicólogo quiso decirle que tuviera cuidado, pero se le hizo un nudo en la garganta. Estrechó su mano con más fuerza que nunca. Se quedó un largo rato en la puerta escuchando los pasos que se iban alejando. De repente se oyó un ruido y alguien gritó. Wieleniecki llevaba siempre consigo una linterna; la sacó del bolsillo, abrió la puerta y salió corriendo a la escalera. Un círculo blanco recorrió los escalones de piedra e iluminó las dos siluetas oscuras que había abajo. Una de ellas era Wilk; la otra, Pluwak, que llevaba un abrigo con el cuello levantado. Wilk se agachó a recoger el paquete que, al tropezar, le había tirado al otro.

—Lo siento, lo siento, pero aquí está todo tan oscuro…

Pluwak, en silencio, recogió su pequeño paquete del suelo. Los libros de Wilk se desparramaron por los escalones. Uno se abrió al caerse. Ambos hombres, al mismo tiempo, alargaron las manos para cogerlo, y Wieleniecki, que seguía en el descansillo de la escalera, levantó la linterna proyectando un rayo blanco de luz a sus pies. Brilló la portada del libro. Karol se adelantó un instante a Pluwak, cerró la cubierta del libro de golpe en sus narices, balbuceó otra vez «lo siento» y salió corriendo por la puerta adentrándose en la oscuridad. Wieleniecki regresó a su piso. No conseguía recordar qué libros, además del de Eddington, había

cogido Wilk. Karol lo sabía de sobra: el libro que se había abierto era ***La miseria de la filosofía,*** de Marx. La pregunta de si habría alcanzado a leer el título o no estuvo atormentándolo hasta que se quedó dormido.

El capitán Zawoyski era uno de los pocos conocidos de Poprzeski. Les unían los recuerdos de los viejos tiempos, ya que ambos pasaron los años de la revolución rusa en Ufa. Zawoyski, más joven que el electricista, regresó a Polonia dos años después de este, cruzando clandestinamente la frontera. Decía que se llevaba a matar con los bolcheviques. Hasta la guerra había vivido en Varsovia, pero andaba siempre de viaje. A veces se presentaba en casa de los Poprzeski, generalmente muy avanzada la tarde, siempre de manera inesperada. Una hora después se marchaba, sin haber intercambiado con Poprzeski más de diez frases. Solía traer a colación algún que otro acontecimiento memorable y ambos, trasladados a aquel momento, lo recordaban en silencio musitando algo de vez en cuando, con un humeante té entre las manos.

El capitán era un hombre que rondaba los cincuenta, enjuto, de buena planta, con el pelo relamido, incoloro, pegado al cuero cabelludo, de ojos aguados que se posaban en el interlocutor como indiferentes, pero resultaba difícil aguantar durante mucho tiempo la inmóvil presión de aquella mirada. Cuando estuvo en Ufa durante la revolución (había llegado a Rusia como prisionero de guerra austriaco), tuvo la habilidad de hacer grandes transacciones con harina, que le aportaron un considerable beneficio porque eran tiempos de una terrible hambruna. Poprzeski, que pasó un año con el capitán en el mismo campo de prisioneros, le hizo de traductor (sabía ruso), y el capitán, agradecido, le permitió participar de las ganancias, así que el electricista regresó a Polonia con una bonita suma en rublos de oro, los llamados «cerditos». Después de la guerra Zawoyski trabajó, al parecer, en un ministerio, en un puesto raro, porque a veces iba de uniforme y a veces de paisano, pero Poprzeski no le hacía preguntas; a pesar de que conocía solo la mejor de las caras del capitán, sentía por él un respeto rayano en el miedo.

Durante la ocupación, Zawoyski empezó a aparecer más a menudo, cada dos o tres meses. A veces llegaba con noticias de Radio Londres o con el Boletín Informativo, pero nunca se lo dejaba a Poprzeski. Tres días antes de la Navidad del año 42 se presentó ya entrada la noche. El viejo electricista se frotó las manos, ayudó al huésped a quitarse el abrigo en el recibidor y, tras ofrecerle asiento y una taza de té caliente, se quedó mirándolo con una expresión de recelosa impotencia

en su cara cubierta por una barba canosa. Se afeitaba cada vez con menor frecuencia porque siempre que cogía una navaja de afeitar acababa lleno de sangre. El capitán le contó el último comunicado de Radio Londres. Las noticias no tenían nada de especial, pero la voz de Zawoyski anunciaba una sorpresa. Finalmente se enderezó y, tras mirar el reloj, dijo:

—Señor Gwidon, ha llegado la hora.

No dijo nada más durante unos instantes, pero Poprzeski comprendió de qué se trataba. En dos ocasiones el capitán había dejado en su casa por un tiempo pesados paquetes que recogía después un hombre joven. Poprzeski lo había imaginado antes, pero a partir de ese momento supo a ciencia cierta que el capitán trabajaba en la organización. Los grandes acontecimientos habían pasado de largo por la casa del electricista, que a veces había deseado invitarlos a entrar en su hogar; tenían la misma sombra de exotismo que envolvía sus recuerdos de Ufa. En medio del silencio que reinaba durante las visitas del capitán, Poprzeski le había dado a entender que no le importaría hacer algo, como por ejemplo dar refugio a alguien; se imaginaba que sería un personaje misterioso, enviado directamente desde el Gobierno polaco en el exilio (no en vano se hablaba constantemente de un desembarco de los ingleses en el Vístula, cerca de Sandomierz o de Modlin).

El capitán fue al grano.

—Hay una persona a la que habrá de dar cobijo. Es una orden —se inclinó hacia delante— del Gobierno. ¿Comprende usted?

Poprzeski asintió varias veces.

—Pues eso. Es un científico. Un ingeniero. ¿Cuándo puedo traerlo?

—¿Es… ya? ¿Ya? Quiero decir… ¿Por mucho tiempo? ¿Y habrá que… empadronarlo?

El capitán, algo impaciente, daba golpes con su pipa para vaciarla de ceniza.

—Señor Gwidon. Ya hemos hablado de eso, ¿no? —dijo, como si hubieran hablado el día anterior; en realidad, se habían visto por última vez a principios de octubre—. Se le reembolsarán los gastos. Una vez a la semana se pasará uno de mis hombres para hablar con él. ¿Queda claro?

Poprzeski abrió la boca varias veces; después, empezó a limpiarse las gafas soplando sobre un cristal y sobre el otro, hasta que el capitán se levantó y se despidió. No dijeron nada hasta que llegaron a la puerta. Con la mano en el picaporte el capitán dijo:

—Estaré con él mañana a las ocho de la tarde. Es una misión especial.

A Poprzeski le pareció que tenía que decirle al invitado algo tremendamente

importante; llevó ambos brazos hacia la puerta, pero el capitán se subió el cuello del abrigo y salió.

Durante todo el día siguiente Poprzeski estuvo preparando la tercera habitación, la interior, para recibir al ilustre invitado. Bloqueó la puerta con un armario y, con la boca llena de clavos, se puso a colgar cortinas y a trasladar muebles; iba probando los sillones y, si consideraba que no eran lo suficientemente blandos, los cambiaba por otros mejores. En el centro del cuarto colocó un escritorio (¿y si se trataba de un ministro?), puso encima unas hojas de papel de cartas a rayas, añadió un pisapapeles marrón y, tras una breve reflexión, una barrita de lacre rojo. Llevó un cenicero de cristal y, casi satisfecho, se disponía a contemplar su obra —su mujer estaba quitando el polvo y cambiando la funda de la almohada de una pequeña cama— cuando se le ocurrió una idea mejor. Tendió un cable eléctrico hasta la habitación e instaló un timbre especial, «secreto». El montaje del aparato le llevó toda la tarde y, cuando el capitán apareció con la persona anunciada, Poprzeski estaba todavía comprobando que la chirriante instalación funcionase. Al ver al invitado, se quedó con la boca abierta. Le sonaba de algo, aunque no sabía de qué. Era un hombrecillo flaco, con bombachos y una chaqueta color arena, cuya cara se estremecía de vez en cuando como la superficie inquieta del agua. En la abertura del cuello de la camisa, exageradamente limpio y deslavado, subía y bajaba una pequeña y puntiaguda nuez. Poprzeski buscó en el huésped algún detalle de aire extranjero, pero fue en vano. El otro no lo miraba a los ojos, mientras hablaba no dejaba de retocarse los puños de la camisa, que se le salían sin cesar, y cuando le preguntaban se inclinaba hacia delante y educadamente apretaba las rodillas al contestar. El capitán, tras acompañar al invitado a su cuarto y correr ruidosamente el armario, se despidió, es decir, balbuceó un adiós y salió dando un portazo; a Poprzeski lo abordó su mujer en el pasillo.

—¿Qué significa esto, Gwidon? —susurró enfadada—. Pero si es ese judío, ese ingeniero de nuestro taller.

—¿Qué… qué dices, Jadwiga, qué tonterías son esas?

—Es un judío. ¿No lo has reconocido? Trabajó aquí seis meses…

Poprzeski se rascó la cabeza.

—¿Un judío? No puede ser. Lo envía la organización…

—Estoy segura de que es un judío —afirmó categóricamente su esposa—. Hace unas semanas, no más, andaba dando vueltas por el patio. Teoś se irá de la lengua y entonces habrá llegado nuestra hora. No te quedes aquí como un pasmarote. ¡Ve, haz algo!

—¿Teoś? ¿Teoś? —Poprzeski se asustó—. Cuando lo pille le voy a arrancar la lengua. No dirá ni pío.

—¡No grites tanto! Estás llamando la atención. La gente va a oírte. ¿Y qué, qué vas a hacer con ese hombre?

—Judío no parece. O sí. Espera, me pongo las otras gafas, las de ocho dioptrías.

—¿Qué dices? ¡Me van a matar al niño! ¡No pienso permitirlo!

—¡Shh, Jadwiga, shh! —intentó acallarla Poprzeski. De repente se impuso gritando enérgicamente—. ¡Calla de una vez! Qué más dará que sea judío. Eso son cotilleos, nada más, habrase visto. Hay gente que piensa por nosotros. Judío o no, hay una orden del Gobierno y se acabó. Nos lo tendrán en cuenta. No te preocupes. Nos darán una licencia, una medalla. ¿Te quedan *pierogi* de la comida? Caliéntame unos cuantos. Ah, por cierto…, ¿dónde está el niño? Ahora mismo se lo explico todo.

Así fue como el ingeniero Druk empezó a vivir en casa de los Poprzeski. El anfitrión, al darse cuenta de que su inquilino había estado trabajando hasta hacía poco en el taller, en el barracón, se sintió profundamente ofendido. Su poco frecuente jovialidad se transformó en una gruñona crispación. Mortificaba todo el tiempo a su mujer, y dos veces agarró una borrachera triste en compañía de su propia sombra, que se tambaleaba en la sucia pared. Uno tras otro, fue sacando de la habitación del ingeniero objetos de cierto valor: empezó por el sofá, musitando justificaciones absurdas; siguió con el lacre, el papel de cartas y el pisapapeles, y finalmente intentó sacar el escritorio, pero lo contuvo su mujer porque estaba destrozando buena parte del enlucido, levantando la formica y haciendo, además, un ruido infernal. Teoś se dio cuenta de la situación rápidamente; como tenía vedado el acceso a la habitación del ingeniero chantajeaba a su madre con insinuaciones ambiguas para sacarle pequeñas sumas de dinero. Y cuando los visitaba una hermana de su madre con su marido, que era sastre, se escondía tras el sofá, sacaba la cabeza por encima del respaldo y estallaba en una risa chillona gritando:

—¡Yo sé una cosa! ¡Yo sé una cosa!

Seguía teniéndole miedo a su padre y solo este podía salvar la situación en esos casos, cogiendo aire espasmódicamente y lanzándole a su hijo miradas que anunciaban una gran paliza. El matrimonio comenzó a perder los papeles a la menor ocasión: durante sus habituales peleas matinales uno y otro pasaban del grito al cauteloso susurro. Se amenazaban acercando el dedo a la cara del otro:

—¡Shh! ¿Te has vuelto loco? ¡Deja de berrear!

En diferentes momentos del día, se apoderaba de ellos un repentino pánico:

—¿Dónde está Teoś? ¿Dónde se mete ese mocoso? —preguntaba a su mujer Poprzeski, que nunca se había interesado por lo que hacía su hijo—. Yo lo… Dile que lo voy… Lo voy a moler a palos.

El segundo domingo después de la llegada de Druk se presentó un enlace de Zawoyski, un chico alto con un abrigo alemán de hule, unas botas relucientes como dos espejos negros y un sombrero tirolés con su característico cepillo.

—Soy Zawieja —le dijo al ingeniero, que sacudió con los dedos unas invisibles migajas de la silla para que el invitado tuviera dónde sentarse. Este echó un vistazo a la habitación, frunció los labios con desdén al ver los pretenciosos cuadros y cambió el peso de su cuerpo de una nalga a otra porque le molestaba el revólver que llevaba en un bolsillo cosido demasiado bajo. Se colocó mejor la pipa y preguntó—: ¿Qué tal el encierro? El capitán le manda recuerdos. Si necesita algo se lo puedo conseguir sin problemas.

—Oh, no, gracias, muchas gracias, de momento nada, dígale al capitán que le estoy muy agradecido y a usted también le estoy agradecido —se apresuró a asegurarle Druk.

Zawieja, que trataba con empleados de la policía criminal polaca, con antiguos camareros y bailarines, que trabajaba en la oficina del Distrito y que tenía un puesto de responsabilidad en la Resistencia, era el único enlace entre esos heterogéneos mundos. Los valoraba desde fuera en toda su relatividad. Afrontó la nueva tarea sin prejuicios porque le aportaba una experiencia desconocida, enriquecedora. Preguntó al ingeniero por su especialidad: Druk había trabajado en tiempos en la fábrica suiza Oerlikon.

—¿Y yo no podría…? ¿Le importaría preguntar al capitán si yo también podría trabajar con ustedes? Porque aquí… me es muy duro…

—Mmm… Eso no puede ser. A los ju…, a los israelitas no… De momento. Konar, nuestro jefe, no está por la labor…, pero, ejem… ejem… —Carraspeó porque tenía prohibido decir aquello.

Le gustaba presumir ante el ingeniero, aunque este lo había decepcionado: era un blandengue. Le habló, como quien no quiere la cosa, del ataque al *Arbeitsamt* en Varsovia en el que había muerto un primo hermano suyo. Druk, inmediatamente, intentó expresarle sus condolencias.

—Las personas mueren, la organización es inmortal —dijo Zawieja y echó sobre la mesa frente a Druk todos los cigarrillos que llevaba—. Fume. —Le dio una palmada en el hombro y apartó la mano con la que Druk, tímidamente, intentaba pasarle dinero. Cuando estaba llegando a la puerta se inclinó de repente

hacia el ingeniero y le dijo al oído:

—¿Qué le pidió el viejo, dólares o *złotys?*

Druk pasó del blanco al rojo y del rojo al blanco, se retorcía las manos con desesperación.

—¿De qué se avergüenza? ¡Sin miramientos! No hay que hacerse el tonto. El capitán también es humano, ¿no? ¿Por amistad? Puede que sí, puede que no. No tengo nada en contra… ¡Nos vemos!

Echó mano al bolsillo trasero y salió corriendo del piso. Tenía una cita con una belleza de ojos azules.

El domingo siguiente no apareció. Ni tampoco el lunes ni el martes. A la mitad del tercer día, el armario chirrió y entró Poprzeski en la habitación con trozos de papel de fumar pegados por toda la cara: se había afeitado por la mañana. Tenía el rostro chupado, pálido. Echó una mirada escrutadora a toda la habitación comprobando, por hábito, el estado de los muebles y, sin saludar, se acercó al ingeniero.

—¿Y ahora qué? ¿Eh?

Druk se dio cuenta de que la impotencia de Poprzeski era mayor que la suya propia y que por eso estaba expuesto a lo peor. Pasivo, no dijo nada: eludió la respuesta encogiéndose de hombros.

—¿Qué pasa con el capitán? ¿Eh? —El viejo, enfrentado a una experiencia que nunca había vivido, estaba paralizado; cogía aire ruidosamente como un cachorro que olfatea un mundo por descubrir—. Va a haber bombardeos… No se puede bajar al refugio… Puede caer aquí una bomba… ¿Eh?

—Si pasara algo, coja usted un saco y lleve… mi cuerpo al basurero. No está lejos —contestó Druk en voz alta, desesperado, infringiendo el tácito acuerdo de hablar únicamente en susurros.

Poprzeski se asustó, ahogó un grito, abrió la boca —tenía preparadas las siguientes fases de la conversación, más críticas—, pero de repente dio media vuelta y salió. Pasados dos días, por la tarde, apareció otro joven con la noticia de que a Zawieja lo habían cogido los alemanes durante un ataque a una imprenta clandestina y que el capitán había muerto como un héroe.

A principios del invierno, cuando el frío cubrió como una funda vítrea los árboles de los alrededores, a Dżula empezaron a importunarlo algunos judíos que habían dejado en su casa objetos de valor, pidiéndole que se los devolviera o que les diera refugio a ellos. A los primeros les explicó por qué no podía devolverles el

depósito:

—¿Dónde estará más seguro que conmigo? Usted está mal de los nervios, no lo ve igual que yo. ¿Necesita dinero? Será usted pasto de los sacacuartos. Es un asunto serio, hay que pensárselo bien. Confíe en mí. Todavía no es el momento. No tenga miedo, todo está en manos del Creador y todo irá bien.

A aquellos de los que no lograba desembarazarse de esa manera les explicó que los objetos voluminosos estaban en cajas y los pequeños, enterrados. Para no provocar a nadie, poco a poco fue sacando de la primera sala de estar todos los objetos y muebles que se podían identificar. A los pelmazos del segundo tipo les decía:

—Las cosas no están tan mal como cree. ¿No ver la luz del día? Menudo tormento para usted. Yo no podría cargar con ese peso sobre mi conciencia. Otra cosa será si llega el momento. Yo siempre estaré ahí. Pero ese momento no ha llegado todavía. Lo tengo presente y no se me olvidará. Estese usted tranquilo, tanto por sus cosas como por su propia seguridad. Lo acogeré siempre, pero todavía no es el momento.

Como las deportaciones se sucedían una tras otra, el número de visitantes iba menguando. De cualquier manera, incluso a los más insistentes les desalentaban los uniformes de los alemanes que iban a casa de Pluwak y los acordes de «Lili Marleen» y «Kleine Monika» que llegaban del antiguo piso de los Geldblum, ocupado en aquel entonces por Maria Hućko. Por las mañanas la mujer salía de compras con el abrigo de pieles de la esposa del abogado y por las noches consolaba a Hans. Desde que el gendarme recibió la noticia de la muerte de su esposa, quemada durante un bombardeo aliado, necesitaba cada vez menos copas para alcanzar el estado en el que le prometía matrimonio a Maria.

Una tarde de diciembre, blanca por la nieve arremolinada, cuando los contornos afilados de la calle se habían redondeado y habían crecido hacia lo alto, el doctor Rosenstern entró en la oscura casa de vecinos de varias plantas en la que Dolaniec tenía un pisito. A la cuarta planta se accedía por una escalera de caracol metálica que giraba alrededor de una gruesa columna. Ese pozo de piedra, de paredes cuarteadas, resonaba con un silbido melódico y agudo. Alguien estaba silbando un vals manierista de Strauss. La puerta estaba entreabierta. Rosenstern, jadeando, se abrió camino entre viejas sillas de madera sobre las que había un hornillo de petróleo, unos sacos y un hacha. Golpeó levemente la hoja entornada de la segunda puerta y entró en la habitación acompañado de un trino suave y agudo. En la mesa se apilaban tazas, platos, cacerolas y paquetes desenvueltos a medias de los que asomaban salchichas, naranjas, chocolate y una brocha de

afeitar. En el suelo había una palangana. Detrás de la mesa brillaba la estructura de níquel de una cama de cuya barandilla colgaba una toalla. Sobre esta, enfundados en sus calcetines, descansaban los pies de Dolaniec, que se encontraba sumido en la penumbra. Ni siquiera levantó la cabeza, pero dejó de silbar y preguntó:

—¿El señor Rosenstern?

No se habían visto nunca antes.

Los ojos de Dolaniec eran invisibles bajo sus grandes cejas; el pelo, recogido en una finísima malla, estaba pegado al cuero cabelludo como si de un metal pulido se tratara. Vestía un amplio batín y pantalones. Bajó los pies al suelo y buscó sus zapatillas afelpadas.

—Aparte ese reloj, por favor.

Rosenstern levantó de la silla más próxima un magnífico reloj estilo imperial con abundantes dorados, lo colocó sobre la mesa, resopló, se sentó y empezó a hablar pausadamente.

—Mmmm. —Dolaniec, tras haberlo escuchado, buscó en su bolsillo los cigarrillos.

Rosenstern le ofreció sus R6 alemanes, pero Dolaniec rehusó en silencio y sacó una cajetilla de Camel de debajo de la almohada.

—Mmm. Podría tener algo para usted. ¿Pero qué es lo que quiere, en realidad? ¿Ir a Hungría?

Rosenstern vaciló.

—¿Sería caro?

—Depende de para quién. Más o menos mil dólares, con el transporte hasta Budapest.

El otro callaba, inmóvil. Su labio inferior se entreabrió y tembló levemente con la esforzada respiración.

—¿No? —dijo Dolaniec—. Tenga usted la amabilidad de acercarse.

Rosenstern se levantó e, indeciso, se acercó a la cama. Las pupilas de Dolaniec se estrecharon.

—Bueno, el aspecto puede colar… Tendría usted que peinarse de otra manera…, teñirse el pelo…, el bigote… ¿Lo conocen?

—Aquí me conocen.

—Haga usted el favor de decir algo. Por ejemplo, el Padrenuestro.

Rosenstern empezó. Cuando llegó a «no nos dejes caer en la tentación», Dolaniec levantó un dedo.

—Puede ser.

—Dicen que me parezco a Kremin.

—Es más bien Kremin quien parece…, quien se parece a usted —rectificó Dolaniec delicadamente—, pero él puede permitírselo. Bueno, señor Rosenstern, puedo llevarle a Varsovia. Allí necesitará una ***kennkarte***… Pero, un momento, usted está casado, ¿verdad?

A Rosenstern ni siquiera le sorprendió que Dolaniec lo supiera.

—Ya no —dijo en voz baja. Sus dedos cortos y gruesos acariciaban la oscura tela del abrigo que no se había quitado; la nieve, al derretirse, dejaba manchas húmedas en el paño.

—Ah…, le acompaño en el sentimiento —dijo Dolaniec—. Bueno, además de la ***kennkarte*** tendrá un ***ausweis*** respetado en las redadas, de la HKP, por ejemplo, un acta de empadronamiento, una partida de nacimiento, todo auténtico. Yo no hago chapuzas. Ah, y alojamiento. Si los anfitriones tienen que estar al tanto, será setenta y cinco por ciento más caro. En total… —Sacó del bolsillo una gruesa pluma de níquel y una minúscula libreta. El extremo de la pluma proyectó de repente sobre el papel una luz débil, pero precisa: tenía incorporada una pequeña bombilla eléctrica.

—Cuatrocientos veinte dólares —calculó Dolaniec haciendo tres sumas rápidas.

—¿Y… cuánto costaría aquí?

—¿Con papeles o sin?

—Me gustaría tener un alojamiento, ya sabe, y papeles también, para… Por si acaso.

—Los papeles falsos cuestan poco, treinta dólares, y el piso… se lo encargaría a alguien. ¿Pero usted, con sus posibilidades, quiere arriesgarse?

Rosenstern no dijo nada. El ***hauptsturmführer*** Klopotzek, por mediación de Kremin, le sacó dos mil dólares de oro con la promesa de liberar a su mujer, a pesar de que durante las negociaciones ella estaba ya camino de Bełżec.[38]

—Bueno, como quiera. Venga el sábado y traiga el dinero. Lo arreglaremos todo en el acto.

—Pero…, señor Dolaniec…, ¿es seguro?

El otro silbó como un mirlo. Seguramente fue la historia con su mujer la que había hundido tanto a Rosenstern. Dolaniec había oído hablar mucho de su habilidad y de su mano dura para los negocios; no quedaba nada de aquello.

—¡Venga, hombre! ¿Sabe con quién está hablando?

—¿Y podré pagar parte en ***złotys***?

Dolaniec hizo un gesto de impaciencia.

—¿Está usted de broma? Los *złotys* son para hoy, para mañana, y yo pienso en el futuro. ¿Quién vendrá aquí? Los americanos. ¿Y cómo voy a hablar con ellos? ¿Con molineras?[39]

Rosenstern no respondió.

—Hasta el sábado, pues. Hala, adiós, que tengo visita. —Buscó los Camel sobre la cama.

En la estrecha escalera Rosenstern se cruzó con una mujer que llevaba un velo de viuda tapándole la cara. A través de la negra malla del encaje se transparentaba el encarnado brillo de sus labios.

El plan de Dolaniec era, como cualquier plan genial, un plan simple. Mieczysław Durzyk seguía negándose a vender su parte del edificio, así que Dolaniec decidió darle la posibilidad de ganar dinero a costa de Rosenstern y, al mismo tiempo, tenerlo a su merced. La forma más fácil de conseguir lo que quería era convencer a Durzyk, a través de uno de sus agentes, de que diera refugio a Rosenstern.

Se acercaba la Navidad y la casa de los Durzyk olía a chocolate fundido, a glaseado de limón y a pino.

Quien mantenía la casa temporalmente era Niunia porque Mietek, desde noviembre, estaba sin un céntimo: había metido un montón de dinero en un negocio fabuloso que resultó ser un timo de unos tipos llegados de Varsovia. Ula incluso se enfadó un poco y, cuando Mietek quería que dieran un paseo por la ciudad, decía:

—¿Un paseo? ¿Para qué? Ni que tuviera un sombrero nuevo…

Niunia le había dado por la mañana tres mil *złotys* para salchichas, jamón, aroma de almendras, vainilla y un montón de cosas más. Ula volvió a casa con la bolsa casi vacía y cuando su madre le preguntó, iracunda, «¿Qué has hecho con todo el dinero?», contestó: «¿No ves que he comprado levadura? Además, he cogido cuatro veces el tranvía».

Por la tarde ya estaba todo arreglado: apareció un conocido, le susurró algo a Mietek y este, casi sin pensárselo, accedió a su propuesta.

Al día siguiente, desde primera hora de la mañana, la cocina era un continuo ir y venir. Chisporroteaba el fuego, iban adquiriendo cuerpo las claras montadas a punto de nieve, crujía el azúcar batido con las yemas, y en las aberturas cuadradas de los hornos desaparecían los abultados bizcochos de semillas de amapola y las cimas de los brioches vestidas para el viaje con un baño amarillo. Mietek estaba en el umbral del comedor y cascaba nueces con una hoja de la puerta; cada dos

por tres irrumpía en la cocina a por más y Ula, entre risas y chillidos, lo echaba de allí con un trapo.

A las seis de la tarde aparecieron el intermediario y Rosenstern. Por un momento el judío no supo qué le estaban diciendo. Se encontraba en un comedor de esas tonalidades marrones que tanto le gustaban a Geldblum. De los ovalados cuencos de cristal de la lámpara, en los que brillaban minúsculas bombillas mate, colgaban cintas de brocado que formaban medias lunas y proyectaban en la pared una enmarañada red de sombras. El lugar casi parecía un bosque. Rosenstern miró a su alrededor asombrado, como si no pudiera creerse la inalterada existencia de las figuritas de vidrio soplado llenas de perfume que coleccionaba Ula: cervatillos de cuernos dorados, gansos y chiquillos desnudos y transparentes… En un rincón se alzaba un arbolito de Navidad embutido en su base; en realidad, más que arbolito era un imponente árbol con la punta doblada contra el techo. El suelo estaba cubierto de virutas aromáticas y pegajosas. Sobre la cama, en unas cajas de cartón abiertas refulgían en rojo y plata bolas de Navidad. De algunos sobres desparramados por el suelo chorreaba el dorado de los espumillones. Cuando alguien abría la puerta de la cocina, llegaba de allí una caliente ola de aromas especiados y dulces, como si estuvieran en la antesala de un paraíso infantil.

Mietek conversó elegantemente con el invitado sobre las grandes nevadas que habían caído ese año, sobre los progresos de las tropas inglesas en África y, finalmente, le enseñó la habitación que le habían destinado, elogiando las excepcionales cualidades de la misma. Se negó categóricamente a aceptar el dinero. Ya habría tiempo para eso, la hospitalidad era un deber sagrado. Cuando volvieron después al comedor trajinaba allí la sonrosada Ula de ojos azules, poniendo sobre la mesa tazas con aromático café turco y fruta de sartén espolvoreada con abundante azúcar glasé. La aparición de Ula trasladó definitivamente a Rosenstern a un mundo diferente, y dejó de desconfiar de los Durzyk por completo.

La Nochebuena transcurrió en un ambiente conmovedor e íntimo. Mietek colmó a su mujer y a su suegra de regalos: bajo el árbol de Navidad, chisporroteante de bengalas, las señoras encontraron frasquitos de perfume francés, medias tan finas que parecían ser solo talón y costura, barras de labios con sabor a melocotón; incluso Rosenstern, que pudo asomarse discretamente al comedor, vio una elegante boquilla de plata de la que él era el destinatario. El pobre tenía lágrimas en los ojos. Como venía del gueto, le faltaban las cosas más necesarias, como un peine, un cepillo o un espejo. Mietek se ofreció a comprarle

todo aquello. Por las noches se sentaba tras su escritorio negro cubierto de cristal y, acompañado de una gran fotografía de Ula intensamente coloreada, preparaba las cuentas para su inquilino. En las extrañas tiendas a las que iba a comprar, los objetos más sencillos costaban una fortuna. Rosenstern primero se sorprendía, después intentaba protestar, pero cuando vio que a Mietek le espantaban sus quejas, se calló. Temía que lo acusaran de ser un judío avaro.

Ula recompensaba a Rosenstern los extraños excesos de Mietek yendo a verlo para charlar. Su amabilidad llegaba hasta tal punto que, cuando en una ocasión una amiga suya se fue al cine y dejó a su hijo un par de horas con Ula, esta se lo enseñó a Rosenstern para que se distrajera. En un primer momento, el judío temió que el pequeño pudiera traicionarle, pero al darse cuenta de que era un bebé, lo estuvo entreteniendo junto a Ula hasta el regreso de la amiga. Más o menos una semana después, las relaciones se enfriaron. Ula empezó a volver de la ciudad con historias sobre judíos descubiertos en el barrio ario. Había oído hablar de esos incidentes antes, en varias ocasiones, y aunque entonces enseguida dejaba de prestarles atención, en estos momentos empezó a tener pesadillas. Mietek también se llevó un par de sustos, cuando se cruzaba en la escalera con alguno de los alemanes que frecuentaban el piso de Pluwak. Por suerte, un día se encontró en la calle con un viejo amigo, Siahu Oburzynkiewicz, y, tras confesárselo todo, le pidió consejo. Siahu, sin pensárselo dos veces, esbozó un plan de acción.

La habitación de Rosenstern estaba al lado del despacho de Mietek. Cuando llegaban clientes, Durzyk los conducía al comedor, pero había quedado con Rosenstern en que este, cuando lo oyera carraspear tres veces, debía comportarse de la manera más silenciosa posible. Una tarde soleada, cuando la nieve en la calle relucía con todos los colores del arcoíris, Rosenstern oyó la señal de aviso. El suelo del despacho crujió bajo unos pasos muy pesados.

—Hola, viejo, ¿qué tal? —retumbó una fuerte voz de barítono—. ¡Venga esa mano! Llevaba tiempo con ganas de verte. ¿Qué te cuentas?

El sillón resonó con todos sus muelles. Por el agujero de la cerradura Rosenstern vio a un gigante de pelo rubio y cuello atlético, casi del mismo diámetro que la cabeza.

—Tengo un problema. Me he quedado a dos velas. ¿Por qué no me buscas a un judío para que lo estruje un poco, eh?

—Es que… no conozco…

—¡A otro perro con ese hueso, hombre! No te cortes, estamos entre amigos. Tienes que pasarme lana, muchacho. Si no, te monto aquí un registro que tu mujer no encontrará ni las bragas. ¡Ja, ja, ja! —retumbó en cascada la estentórea

voz—. Una vez le apreté las tuercas a uno en tu portal y vomitó rublos de oro. Ah, ¿sabes que las monedas de veinte han vuelto a subir?

—¿Qué dices, cuáles? ¿Las del indio o las del águila?

—Las del indio. ¡Venga, suelta la pasta!

—Ahora no tengo, Siahu, vente por la noche, intentaré organizar algo.

—Porque, si no, te vas a enterar de lo que vale un peine. ¿Y tú qué, sigues siendo fiel a la parienta? ¿Te has hecho un nudo ahí o qué?

Durzyk hacía señales al invitado insinuándole que podía marcharse, que ya había cumplido su misión, pero Oburzynkiewicz no estaba por la labor.

—He conocido a una hembra de campeonato. ¿Y sabes qué? Fons y yo la camelamos para ir a la parranda de Dziubek. Una juerga de campeonato. ¿Y sabes qué? Había dos litros de vodka, y morcilla, y ella se puso hasta arriba. ¿Y sabes qué? Ven a verme, dice, y nos bañamos, nos enjabonamos, nos deslizamos como dos serpientes. ¿Qué te parece? ¡Jujuju! —Su atronadora voz resonó por todo el piso.

—Venga, vete ya si quieres que te consiga el dinero para esta tarde —dijo Mietek, que no estaba precisamente para risas.

Apenas se despidió del visitante, entró corriendo en la habitación contigua.

—¿Ha oído usted? ¡Menuda historia! ¿Se da cuenta de lo que significa esto? Hay que prestarle dinero, lo devolverá, es un buen tipo, pero cuando se enfada no responde de sí mismo.

La primera visita de aquel Siahu que no respondía de sí mismo le costó a Rosenstern una moneda de diez dólares de oro con el águila. La segunda visita, quince *złotys*. En la tercera, Siahu ya no pidió dinero, pero se explayó largamente y con todo lujo de detalles sobre decenas de conocidos que habían terminado en Auschwitz por haber ocultado a judíos, sobre un cadáver desollado, etc. Tras esa visita Mietek entró en la habitación de Rosenstern triste y serio. Declaró que amaba demasiado a su mujer como para poner en riesgo su vida por unos tristes dólares, pero Rosenstern suplicó hasta ablandarlo. Durzyk accedió a subirle el alquiler treinta dólares, cantidad ridícula en comparación con el valor de una vida; le cobró cien dólares como adelanto de tres meses; le dio, como cambio, el billete de diez más gastado que tenía, y al día siguiente, minutos después del toque de queda, irrumpió en su habitación gritando:

—¡Dios mío, póngase a salvo! ¡Todo está perdido! Los alemanes están al llegar. ¡Ya están viniendo, huya usted, no quiero tener sangre en las manos!

Cuando Rosenstern sacó a rastras de debajo de la cama su pesada maleta, Mietek lo devolvió a la realidad:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Quiere que lo maten? Llama demasiado la atención. Váyase sin más. Llámeme mañana y dígame la dirección. Yo mismo se lo llevaré todo.

Rosenstern pasó la noche en el gueto. Al día siguiente estuvo largo tiempo buscando su número, pero Durzyk no tenía teléfono. Finalmente, fue a ver a Dolaniec. Este le dijo sin rodeos:

—Durzyk me ha fallado, las cosas como son. Es un timador de pacotilla. Me ha engañado a mí y le ha engañado a usted. No le recomiendo que vaya a por sus cosas porque lo delatará. Desde el principio le dije que para usted no había nada mejor que Varsovia…

Sin escucharlo, Rosenstern salió corriendo a la calle. Decidió abandonar la ciudad por su cuenta. Tras volver al gueto sacó de un escondrijo bajo el parqué el último objeto de valor que tenía, unos pendientes de su mujer, y fue a ver al viejo Spieler, que se dedicaba a la compraventa de divisas. La transacción tuvo lugar en una estrecha y maloliente cocina, a la luz de una humeante lámpara de carburo. Spieler envió a su hijo a por un calibrador de diamantes y preguntó a Rosenstern por sus planes con cautela. De repente sonaron unos disparos. En la cocina irrumpieron varias mujeres enloquecidas de miedo. De sus espasmódicos gritos se podía deducir que un destacamento de soldados de las SS que quería entrar en el gueto había sido tiroteado desde las casas cercanas. Spieler se olvidó de Rosenstern y fue corriendo a la habitación; allí retiró unos tablones de debajo de un desvencijado armario descubriendo un refugio tapiado por completo. Todos bajaron al interior por una escalera de mano; para Rosenstern ya no había sitio. Empezó una violenta discusión interrumpida por el repiqueteo de los disparos que no dejaban de sonar en la calle. Finalmente, Spieler, por temor a que Rosenstern delatara el escondite, lo dejó bajar. Sin esperar a que regresara su hijo, descendió el último y volvió a colocar los tablones tras de sí. Sucedió todo aquello a las seis de la tarde. A las nueve llegaron reservas de la policía ucraniana y nada más bajar de los camiones entraron en acción. La casa de Spieler, de una sola planta, situada a cien pasos de las puertas del gueto, fue tomada por los policías en un ataque relámpago. Minutos más tarde fueron repelidos por un destacamento de judíos; eran porteadores, areneros y trabajadores de Kremin armados con revólveres. Antes de abandonar el lugar, los policías prendieron fuego a la casa. La madera seca ardió inmediatamente. Todas las personas escondidas en el refugio se quemaron vivas.

Desde finales de octubre Wilk empezó a tener cada vez más trabajo con las espoletas. Cuando el taller se quedaba vacío y la enorme puerta se cerraba tras el último trabajador, pasaba entre dos hileras de carcasas de chapa, bajaba de lo alto una lámpara móvil de poleas, la encendía y bajo su fuerte luz colocaba en un banco de carpintero una larga hilera de tubos de cobre que sacaba de un escondite bajo la escalera. Los sujetaba cuidadosamente, uno tras otro, en un torno y los limaba según un patrón. Después hacía las roscas, fabricaba las tapas, colocaba los tabiques anticorrosivos bajando de vez en cuando la lámpara para comprobar el trabajo hecho, limpiaba la lima con un cepillo de alambre, cogía otra lima más fina, y durante todo el proceso no dejaba de darle vueltas al tema que le quitaba el sueño.

Al introducir en unos agujeros redondos los pistones con fulminato de mercurio tenía que trabajar con el máximo cuidado y, cuando se daba cuenta de que un movimiento en falso podía reventarle las manos y el rostro, pensaba en Polakiewicz, en lo orgulloso que estaría de su alumno. Otra cosa era la cara que pondría cuando supiera de sus «horas extraordinarias».

Pero si su atención decaía momentáneamente, volvía enseguida al razonamiento matemático que lo ocupaba. La única persona a la que le había revelado, si bien de una manera no del todo clara, que había emprendido un proyecto importante, era Marcinów. A Wieleniecki no le había dicho nada; por eso se calló cuando este le preguntó por qué no podía morir todavía. El profesor habría tenido derecho a preguntarle de qué razonamiento se trataba exactamente, pero no habría entendido la respuesta, y Karol no quería herirle. Quien sí entendería el problema era Rzepicki, pero a él no quería revelárselo. Marcinów, sin embargo, tan alejado del mundo de las matemáticas en el que vivía Wilk, lo entendía a su manera: «El pez tiene que nadar —decía—, el pájaro tiene que volar, y Wilk tiene que calcular…».

Lo decía en broma, pero era una broma llena de cálida cordialidad; Marcinów, sin meterse directamente en el trabajo de Karol, le comentó como de pasada que tenía que mandarle a alguien para que le ayudara con la preparación de las espoletas, pero el chico rechazó la ayuda; Marcinów tuvo que admitir lo acertado de su razonamiento: en el caso de una visita inesperada, las espoletas se podían esconder fácilmente entre los montones de trastos del desván y sería mucho más difícil esconder a una persona.

El problema que ocupaba a Karol tenía su origen en Rzepicki. Cuando se puso a solucionarlo, tenía ya cierta confianza en sí mismo. A medida que avanzaba con el tema, este se le resistía cada vez menos, hasta el punto de que, a

ratos, dejaba de gustarle, pero en su construcción todo cuadraba perfectamente, las magnitudes se comportaban según lo esperado; y no fue hasta pasado cierto tiempo cuando se dio cuenta de que las sendas de su razonamiento confluían una en otra y no ofrecían ninguna salida. El problema se cerró, separado de todos los demás como una isla. Eso fue lo que despertó su primera duda.

El tema era la dinámica vital de una célula. Tras intentar penetrar en ese hermético espacio desde la física atómica, Wilk sufrió la primera conmoción. Las dimensiones de las partículas introducidas en el mecanismo de cálculo colapsaron de repente y en las siguientes transformaciones «se pusieron patas arriba»: pasaron a ser negativas, carentes de significado real. Para colmo de males, desde el lugar que parecía más transparente asomó el infinito del que Wilk no conseguía deshacerse de ninguna manera. Así que empezó a desandar el camino que lo había llevado hasta allí examinando todas las conexiones entre las expresiones, todos los signos, pero todo parecía seguro, claro, afianzado sobre lo anterior e interconectado como los pisos de un edificio.

Finalmente llegó al punto de partida, a los supuestos de Rzepicki que había aceptado tácitamente porque este, a su vez, los había sacado de otros investigadores. Ya no se podía retroceder más. De repente percibió algo que llamó su atención.

Al establecer las bases de toda la teoría se había utilizado un axioma aparentemente imprescindible y tan evidente en el ámbito de la alta matemática como evidente era para un niño que aprendía a sumar que dos más dos son cuatro. Lo analizó, abandonó el tema y volvió a él como si percibiera una disonancia imposible de localizar en el gran coro de una orquesta. De repente recordó un punto especialmente problemático del desarrollo final de su teoría y se le encendió una luz que le hizo estremecerse. Aquel evidente axioma era como un tubo de goma que unía al buzo con la cubierta del barco: al principio del camino no se notaba, pero una vez se llegaba a las profundidades, arrebataba la libertad de elección, limitaba los movimientos a un espacio reducido donde no se podía hacer más que dar vueltas permanentemente. Karol y todos sus predecesores habían estado desde el primer instante atados con ligaduras que ellos mismos se habían impuesto de forma inconsciente.

Hasta ese momento Wilk había sido como un niño que quisiera alcanzar la luna con la mano. De pronto, en una fracción de segundo, bajo el ilusorio manto de ecuaciones demasiado simples que se extendían entre él y su objetivo, presintió un abismo como detrás de unos primitivos decorados teatrales. ¿Existía de verdad ese abismo? Dudando de su propia intuición, puesto que no tenía ninguna

prueba de la existencia de ese mar de oscuridad, estuvo varios días intentando arreglar aquella edificación agrietada que él mismo había destruido planta por planta, pero todo lo que emprendía para salvarla se revelaba poco menos que un parche.

La cuarta o quinta noche se estuvo paseando entre la chatarra desperdigada por la nave, encorvado, con las manos cruzadas en la espalda, hasta que la oscuridad tras las ventanas fue diluyéndose en el lechoso amanecer, y se dijo a sí mismo: «No sé lo suficiente». Desde entonces, durante cinco semanas fue cada tarde a casa del psicólogo; sin mediar palabra ponía sobre la mesa los libros ya leídos, paseaba la febril mirada por las estanterías, cogía nuevos libros y regresaba a su taller. Solía ir también a casa de Rzepicki y leer allí. La mayoría de las obras estaba en inglés. Conociendo como conocía menos de un centenar de palabras, y como no quería perder su valioso tiempo en estudiar el idioma, abordaba las frases desde distintos ángulos para forzarlas y adentrarse en su sentido. Cuando conseguía por fin captar en un lugar el pensamiento del autor, seguía leyendo cada vez más rápido y en ocasiones se apartaba del verdadero significado del texto. Al coincidir con ese significado en contados y comprensibles puntos, creaba automáticamente sus propias variaciones sobre el tema en cuestión. Allí donde aparecía la matemática, pisaba tierra firme, pero cuantas más páginas «compactas», sin ecuaciones, encontraba en su camino, tanto más a menudo perdía pie y «chapoteaba». Es lo que ocurrió con un libro de mecánica cuántica, y así alumbró una original concepción, que Wilk estaba convencido de haber leído en un libro de un autor inglés, pero que en realidad era fruto de su propia imaginación.

Rzepicki se enteró por casualidad de aquel ridículo malentendido. Para el profesor, lo gracioso del asunto hizo desaparecer todo aquel episodio, pero no así para Wilk. El problema en el que se hallaba estancado había doblegado a más de una decena de los matemáticos más sesudos. Hasta ese momento Wilk no se había atrevido a renunciar a los caminos abiertos, siquiera parcialmente, por sus predecesores. Pero entonces lo rechazó todo. Sin vacilar lo más mínimo se deshizo de los fragmentos más hermosos de su propia construcción, que incluso separados de ella seguían teniendo la tormentosa belleza de un frenético pasaje musical. Todo aquello fue destruido. Donde antes se alzaba una elegante teoría, ahora un vacío. Un vacío en el que no quedaban más que restos: un puñado de datos experimentales, constantes físicas, fórmulas creadas empíricamente, nada más.

El abismo que separaba la física de la biología, sobre el cual diferentes investigadores —Rzepicki no era el último— intentaron tender un puente, por

tambaleante y provisional que fuera, se abría ante él más oscuro que nunca. Wilk se lanzó de cabeza.

No servía ningún método conocido. Así que se dijo a sí mismo: «Hay que crear uno nuevo». La tarea así planteada abría un espacio de libertad total, si bien no había lugar como las matemáticas en el que se unieran la libertad más absoluta y la necesidad más suprema. En el laberinto que se desplegaba ante él, podía escoger cualquiera de millones de caminos, pero ¿cuál de ellos llevaba al objetivo?

Se pasaba las noches hecho un ovillo en un rincón de la oficina, golpeándose con un lápiz los apretados dientes enrojecidos por el fuego de la estufa en el que se perdía su mirada. En su cabeza se agolpaban miríadas de ideas. A las menos de ellas las inmovilizaba durante un instante y calibraba sus consecuencias, como si tensara las jarcias de un velero a punto de zarpar. Por lo general, las ideas se cubrían de grietas y se caían a trozos. Era rara la idea que superara la primera prueba. Al crecer, la transparente estructura de los razonamientos de Wilk fue llenando por completo su imaginación, confundiéndose en el horizonte cada vez más oscuro de esa imaginación y apenas abarcado por la conciencia. El chico se veía entonces obligado a trasladar las siguientes fórmulas al papel. Cuando miraba los símbolos negros de la ecuación, veía en ella las posibilidades que comportaba, como alguien que, observando el hinchado abdomen de una hormiga reina, visualizara todas las generaciones a las que este daría origen, como si estuviera presente en el interior de todos los hormigueros futuros a la vez, como si entendiera el ritmo de la silenciosa, pulsante e intensa vida propio de cada uno de ellos, y como si, al mismo tiempo, imaginara, en una oscuridad total, los caminos trazados por miles y miles de criaturas negras que recorrieran una red subterránea de galerías.

Mientras hacía una radiografía mental de las expresiones matemáticas, descubría los embriones de las transformaciones allí encerrados, que brotaban y se desarrollaban bajo su mirada; cuando fallaban en alguna de las sucesivas transformaciones, los desechaba sin piedad, unos tras otros, y volvía a clavar los ojos en las llamas.

Acabó encontrando un sistema compacto y afilado como el cristal, pero un cristal sensible porque traducía cualquier cambio de un nudo en la inmediata metamorfosis de toda la estructura. Era un sistema extraordinariamente claro; cuanto más se avanzaba en él, más bellos eran los planos que revelaba. Wilk se lanzó hacia adelante, pero no tardó en toparse con un obstáculo nuevo e inconcebible.

El sistema era realmente eficiente y compacto, pero se vencía hacia un lado y

la desviación, al principio insignificante, amenazaba el objetivo que perseguía Wilk. Intentó ajustarlo y enderezarlo con la maquinaria matemática aplicada en el lugar adecuado, como una palanca, pero entonces aquella enorme construcción pasó toda ella al otro lado produciendo una desviación de signo contrario que parecía reírse de sus esfuerzos. Wilk comprendió rápidamente que aquel tira y afloja no llevaba a ninguna parte.

Volvieron las noches insomnes, cuando proyectaba sobre la apertura cuadrada de la estufa en la que bailaba el fuego soluciones que prometían la salvación. Todas ellas fallidas. Una vez, sentado así, agotado, se quedó dormido y despertó con un grito ahogado: ¡lo tenía!

Corrió hacia sus papeles y una vez más repasó instantáneamente la trayectoria de los cálculos efectuados hasta el momento, pero los veía ya con otros ojos, como desde fuera.

Al igual que un astrónomo que a partir de las distorsiones en el movimiento de una estrella deduce la presencia de un desconocido cuerpo celeste en su cercanía, Wilk, a partir de las desviaciones que afectaban a su sistema, dedujo la existencia de una configuración invisible que era la fuente de la obstrucción.

Una tras otra, desgranó de los cálculos las deformaciones, y cuando las reunió todas, ellas mismas le indicaron la dirección de la búsqueda; para su gran asombro, descubrió aquel núcleo de oscuridad cerca de un acceso junto al que había pasado varias veces. Apenas irrumpió en ese lugar secreto, se produjo una inversión de conceptos, repentina y total. Lo que había tomado por la fuente de las distorsiones que había que eliminar resultó ser en realidad el área central de todo el problema, y el sistema que había descubierto era tan solo una pequeña estrella luminosa subordinada a un todo oscuro; además, era una estrella fatua porque, al atraer la atención con su transparencia cristalina, aquel sistema inútil lo apartaba del camino correcto.

Tras haber estado vagando sin ton ni son, Wilk tomó finalmente la única dirección posible y siguió adelante. A medida que efectuaba las operaciones del Gran Análisis, la oscuridad regresó y se hizo más densa. Durante un tiempo fue él quien llevó de la mano a la matemática, manejándola como una herramienta, pero después los papeles se invirtieron. Fue la matemática la que lo llevó de la mano a él. Se pasaba horas enteras yendo de una ecuación a otra; cada una de las fórmulas utilizadas era como una puerta tras la cual aparecía toda una galería de nuevas puertas. Impaciente, deseó lanzarse campo a través, escaparse por la fuerza del plano de las reflexiones y elevarse a lo alto, desde donde poder ver todo el relieve de esa tierra desconocida, incluidas las imponentes máquinas matemáticas

que le abrían los caminos, pero se metía en callejones sin salida en los que se batía con crecientes cadenas de sustituciones. A ambos lados del sendero acechaban los infinitos: un paso en falso y todo el cálculo se hundía en ellos como en una ciénaga. A veces, la más sencilla de las reglas, puesta en movimiento en un terreno desconocido, se trababa con decenas de cuestiones supuestamente resueltas hacía tiempo y las arrastraba tras de sí. O lo que parecía una portezuela inofensiva llevaba a un laberinto tal que uno podía pasarse meses enteros vagando por él. Wilk se movía entonces en uno de los miles de millones de senderos como una araña suspendida a oscuras de una telaraña, apenas intentando adivinar con turbias conjeturas la inconmensurable forma de la totalidad.

Le pasaban cosas extrañas, quizá solo comparables con ver tu propia cara boca abajo en un espejo. A veces, cuando se equivocaba sin darse cuenta y unía las expresiones de una manera no permitida, la construcción se doblaba levemente en ese lugar, y el error, al principio invisible, iba deformando cada vez más claramente las nuevas formas resultantes a medida que Wilk se iba alejando de él, hasta que el plano del razonamiento se encabritaba repentinamente convertido en un burlón sinsentido. Wilk cerraba entonces los puños, apretaba el papel con rabia y retrocedía, paso a paso, para examinar el camino recorrido.

Siguieron noches llenas de lluvia que se solidificaba en agujas de hielo, blanqueadas por la nieve que se asentaba pesadamente sobre el tejado y que se manifestaba con un sordo eco de chapa aplastada. A veces, una ráfaga repentina arrojaba un puñado de ceniza de la estufa sobre la superficie de los papeles en los que Wilk andaba enfrascado; él la sacudía con impaciencia y seguía escribiendo. Entre los signos, al principio pocas veces, después cada vez más, aparecían y desaparecían dependencias funcionales que recordaban a las transformaciones buscadas como el fragmento de una melodía recuerda a otra melodía. Otras veces, los componentes de la ecuación buscada guiñaban un ojo a Wilk entre los cálculos corrientes, como si esta se encontrara en un estado profundamente larvario. En ocasiones, la maniobra que había utilizado para eliminar un pequeño obstáculo acercaba las partes alejadas de la construcción hasta que los edificios matemáticos se fundían y Wilk se plantaba ante una pared ciega. Entonces se quedaba inmóvil y su voluntad parecía ir en aumento como las aguas que se agolpan contra un dique; todas sus fuerzas, concentradas en una dirección, iban creciendo hasta que lo desconocido se quebraba como un dieléctrico alcanzado por una descarga repentina. El momento siguiente, necesario para trasladar la solución al papel, rebosaba de un indecible y silencioso orgullo.

Wilk se convirtió en una persona huraña e irascible, prefería trabajar con los

motores en algún rincón de la nave, solo, sin ayudantes. Por la tarde se iba corriendo a casa de Rzepicki a devorar libros ávidamente. Ya no había ninguna obra que le resultara difícil de entender, pero eso no le servía, ni mucho menos, de consuelo. La gente evitaba aquella mirada suya, prácticamente negra. Andaba pesadamente; ancho de hombros como era, aparentaba al menos veinte años; se olvidaba de comer, había perdido la costumbre de dormir, y cuando, agotado, le vencía el sueño, en su cabeza se retorcían alocadas curvas matemáticas, tan intrincadas como el nudo gordiano. A veces soñaba sin imágenes ni palabras, solo con la matemática que le llenaba la cabeza con miles de instantáneas ecuaciones. Se despertaba pálido, con la garganta seca, en medio de la absoluta oscuridad de los amaneceres de enero, tan insistentemente concentrado en los contornos rubíes de las brasas que se apagaban en la estufa como si intentara leer en ellas la solución del enigma.

De pronto, con una sustitución sin mayor importancia, todos los coeficientes de elementos arqueados empezaron a crecer de manera inquietante, y cuando Wilk, apretando los labios con el presentimiento de la derrota, se atrevió a introducir en las ecuaciones la entropía, el aparato analítico que le había costado tres meses de esforzados días e insomnes noches falló.

Por la noche, tras un sueño corto y pétreo, abrió los ojos en su «cama» de asientos de automóvil. La oficina estaba en penumbra, la estufa se había enfriado ya, el viento retumbaba quedo en el tubo de la chimenea. Lo despertó una iluminación; respirando profundamente buscó con manos temblorosas un lápiz en el blusón que colgaba de la silla. Un momento más tarde, estaba ya sentado junto a la mesa. Las transformaciones se fueron desarrollando una tras otra, se sucedían inclinadas letras griegas y latinas, el camino avanzaba recto como una flecha; de pronto Wilk se quedó inmóvil con el lápiz a la altura de la boca, clavó la mirada en la última expresión que había escrito, caligrafió todos sus signos con humillante escrupulosidad, los rodeó con un marco rectangular y estalló en una risa sardónica: había vuelto al punto de partida. Montó en cólera. Rompió las hojas en pequeños pedazos, los arrojó al cenicero de la estufa y apoyó la cabeza en las manos, dejándola caer poco a poco sobre la mesa. En su cabeza se arremolinaban restos de dependencias funcionales, una raíz cuadrada saltaba irónicamente transformándose en el largo esqueleto de una ecuación que vibraba pasando de una forma a otra y que le provocaba a acometer un nuevo intento. Pero, al mismo tiempo, en el fondo de todos esos pensamientos dispersos estaba el oscuro convencimiento de que aquel trabajo sería inútil. Wilk se movía todo el tiempo en un mismo círculo, todas sus incursiones hacia arriba eran como tensar

unas paredes de goma que se estiraban cada vez más para finalmente lanzarlo hacia atrás.

Escribió en una pequeña hoja en blanco su objetivo, el tensor de la materia:

$$G_u^v - \frac{1}{2} g_u^v G$$

Estuvo contemplándolo hasta que dio con la cabeza en la mesa. Se quedó dormido sentado en la silla.

El día siguiente era sábado. Una vez estuvo solo, después del trabajo, empezó a dar vueltas alrededor de la mesa; en varias ocasiones hizo ademán de acercarse a ella, pero acabó retrocediendo. Le faltó valor. A las cuatro llegó el enlace del Avispa y le mandó llevar todas las espoletas ya preparadas a casa de Siewacz. Contento de que alguien lo obligara a abandonar el problema pérfidamente encallado, se puso a reunir las piezas que ya estaban listas en la nave del taller. Como empezaba a helar, vertió gasolina sacada de los coches en unas latas colocadas en el suelo de hormigón y le prendió fuego. Anduvo trajinando con el torno entre las ondeantes e irregulares llamas rojas. A las cinco fue a casa de Wieleniecki. A la luz del crepúsculo, la nieve se precipitaba formando un todo con el aire, como si estuviera inmersa en un cristal azul.

El psicólogo quería examinarlo de uno de los libros que había leído recientemente, pero Wilk lo confundía todo. Enfadado y avergonzado, antes de las seis se levantó.

—Tengo que irme ya.

Levantó su viejo maletín remendado, en ese momento muy pesado porque estaba lleno de espoletas.

Wieleniecki lo acompañó hasta la puerta.

—Mañana es domingo. Podrías pasarte. Haremos el segundo capítulo, hay cosas ahí que no están claras.

—Es que me gustaría terminar… el otro libro…, el de geología…

Mintió por primera vez; quería estar solo. Una nieve inmaculada cubría las calles y de vez en cuando se veían en ella los huecos de unas huellas que se iban impregnando de un azul cada vez más oscuro. Karol no sabía adónde iba. De repente tropezó con un escalón de piedra tapado por la nieve. Tenía mucho frío.

Levantó la cabeza: arriba, sobre un fondo violeta, se dibujaba una forma negra que se estrechaba hacia lo alto por ambos lados a la manera de un gigantesco murciélago que estuviera doblando sus puntiagudas alas. Subió los escalones mecánicamente. En el rellano había menos nieve. Tanteó una puerta llena de clavos. La puerta cedió. Wilk pasó de una penumbra azul marino a una penumbra amarillenta con tonos rojizos. Empujó una segunda puerta, de pequeños cristales enmarcados en plomo como panales de abejas. En el interior se abría la nave de la iglesia, con sus dos hileras de columnas bajo una bóveda invisible. Alrededor del altar centelleaban las azuladas llamas de las velas. Más arriba, iluminados por la intranquila luz, blanqueaban unos enormes pies humanos clavados a un madero vertical. Los bancos estaban vacíos. Las agitadas manchas de luz rescataban de la oscuridad aureolas doradas, figuras de santos y de ángeles. Wilk se sentó en el último banco. Hundió el mentón en el pecho y se quedó allí. El silencio estaba encerrado en el interior de la iglesia como en una burbuja de piedra contra la que se restregaba el viento. Wilk sentía un enorme cansancio. Los músculos del pescuezo le daban punzadas, le pesaban los hombros y, cuando levantó los ojos, vio el ligero temblor de los dedos de la mano que colgaba inerte del reclinatorio. Le era todo tan indiferente que ni siquiera se sorprendió. Clavó la mirada en la titilante llama de la vela. Su pecho apenas se movía con la respiración, permaneció sumergido en una inercia total, en un calmante vacío; perdió la noción del tiempo y ni siquiera recordaba dónde estaba. Y entonces, como un penetrante filo, se adentró en él la frase:

> … Hay que partir del producto tensorial de los módulos sustituyendo monoides por estructuras grupales.

Se apoderó de él una enajenada y cegadora alegría. Tenía ganas de gritar. Sentía una felicidad que lo inundaba con cada latido de su corazón, en su cabeza ardía un fuego cada vez más luminoso sobre el que se apresuraban a formarse filas de ecuaciones: claro que sí, era algo tan evidente, tan necesario, y él dando vueltas todo aquel tiempo como un idiota pasando junto a la solución más simple del mundo sin darse cuenta…

Al levantarse se tambaleó como si estuviera borracho. La fila de inquietas llamas al fondo de la nave le recordó dónde se hallaba. Se había olvidado del maletín y temió haberlo perdido, pero el maletín estaba allí, sobre las losas de piedra. Lo cogió.

—Lo llevaré y me iré a casa —pensó—. Esta misma noche lo tendré todo.

Por el camino intentó hacer mentalmente las operaciones, pero la capacidad de su memoria era insuficiente para una construcción tan compleja. Bajo sus párpados pasaban volando fragmentos de lo realizado hasta entonces como iluminados desde el interior. Salió de su ensimismamiento. Sin saber muy bien cómo, llegó a la casa en cuestión. La calle estaba vacía. Silbó los primeros compases de la melodía acordada. Relámpago, es decir, Janek Siewacz, tenía que responderle silbando desde la ventana. Durante un largo rato reinó el silencio. Wilk quiso silbar otra vez, pero vio unas siluetas que se acercaban en medio de la nevada. Eran dos personas: un hombre y una mujer. Se quedó escuchando y mirando en la dirección en la que se marcharon mientras la nieve ahogaba el eco de los pasos que se alejaban. La conciencia de Wilk se fue apartando de la realidad, las ecuaciones volvían a precipitarse en su cabeza, caóticas como los copos de nieve que caían a su alrededor, cuando chirrió la ventana de la planta baja y sonó la contraseña, algo desafinada. Wilk entró corriendo en el portal, saltó a tientas cuatro escalones y atravesó una puerta abierta que daba a un recibidor negro como el carbón.

—¿Por qué has tardado tan…?

Oyó el portazo. Le deslumbró la luz de una linterna grande, dos personas, a izquierda y derecha, se le echaron encima. Gimió al recibir un golpe en la nuca. Con un tirón fuerte apartó al hombre que lo había agarrado del pecho. No sintió cómo se le rasgaba el grueso mono de trabajo por la espalda. El otro hombre le puso una zancadilla y lo derribó. Mientras ambos rodaban por el suelo, Wilk perdió la esperanza y empleó todas sus energías en sacar del bolsillo superior del blusón el papel firmado por Wieleniecki. Cuando llegaron otros y se encendió la luz, él estaba ya masticando el papel. Lo levantaron zarandeándolo y empezaron a ahogarlo agarrándolo por la garganta, pero ya era demasiado tarde. Se había tragado el papel y también había tragado sangre. Lo condujeron a la habitación. Sentía un opresivo dolor en la laringe que le obligaba a tragar saliva todo el tiempo. Sentado ante la oscura tela azul del camuflaje antiaéreo, con las piernas estiradas hacia delante, había un oficial con un uniforme de cuello negro. Junto a la pared, al lado de una cama de hierro y un arrugado rebujo de sábanas tiradas por el suelo, estaban el Avispa y Relámpago, separados por los alemanes.

—¿Este? —preguntó el oficial sin sacar las manos de los bolsillos.

—Sí.

Siewacz ceceaba; Wilk se fijó en él y se dio cuenta de que le habían roto los incisivos. Miró bajo sus pies y se sorprendió al ver un pegajoso charco de barniz fresco. Lo tocó con la punta del zapato: era sangre.

Le dolía la laringe. Aparte de eso no sentía miedo, ni excitación, ni siquiera rencor hacia Siewacz. Por un instante pensó que apenas unos metros lo separaban de la libertad, pero se prohibió a sí mismo especular de un modo tan estúpido. El oficial se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—¿Ya es el último?

—El último —dijo Siewacz.

Todos los libros, arrojados de las estanterías, estaban desparramados por el suelo con algunas de sus hojas meciéndose. Cada vez que daba media vuelta, el alemán pisaba una ilustración en color de un cuento infantil. Wilk quiso recoger el libro en un acto reflejo, pero se detuvo.

El oficial le hizo una señal al corpulento rubio que antes había golpeado a Wilk.

—Ayúdale.

Siewacz recibió un fuerte puñetazo en la cara y soltó un grito. Empezó a brotarle sangre de la nariz sobre la boca, el mentón y la ropa. Por entre los viscosos chorretones balbuceó confusamente:

—No vendrá nadie…, nadie más… Lo juro por… ¡Dios mío!

—*Jellinek, lass die Maschine anfahren!*[40] —dijo el oficial al cuarto de los alemanes, que se encontraba junto a la puerta. Se acercó a la mesa, se puso la gorra y buscó con la mirada el maletín que estaba sobre el somier desnudo de la cama. Frente a la casa sonó el amortiguado canto de los frenos.

Karol salió escoltado al pasillo. Allí vio al viejo Siewacz. El segundo alemán lo había sacado de la cocina. El viejo lo miró fijamente con los ojos vidriosos. Cuando lo golpearon en la espalda no movió ni siquiera un músculo de la cara. Fue el primero en salir al zaguán, iluminado previsoramente por uno de los soldados.

En el coche Wilk quiso comunicarse con Relámpago, pero los separaba un alemán. El viaje no duró mucho. En cierto momento el coche, mientras tomaba una curva pronunciada que les hizo tambalearse en sus bancos, metió una de sus ruedas traseras en una zanja. La rueda empezó a girar en el vacío y Wilk sintió cierta agitación y una creciente disposición a la lucha, pero el chófer pisó el acelerador, el auto pegó un tirón y salieron de allí.

Poco después se detuvieron. La puerta chirrió, apareció el blanco de la nieve. Con pistolas apuntándoles a la cintura, se bajaron del vehículo, hundieron los pies en el plumón blanco que cedía levemente bajo su peso y entraron por un alto portón entreabierto.

Karol sentía cómo sus zapatos estampaban huellas en la nieve y pensó que

era la última vez. Lo repentino de aquel pensamiento hizo que todo a su alrededor pareciera un poco más luminoso. Recordó que le había prometido a Polakiewicz que limpiaría un carburador para el lunes, que había dejado un libro de Wieleniecki en un estante de la oficina. Eran cosas tan lejanas que parecían sumergidas en un pasado ajeno, muerto.

El pasillo apenas estaba iluminado. Bajaron por unas escaleras, después subieron por otras. En la primera planta, los vigilantes descorrieron los cerrojos que se introdujeron en hendiduras labradas en la piedra y desde la celda abierta llegó una bocanada de aire viciado. En el interior se movió un cuerpo oscuro y enorme, como el de un enmarañado cefalópodo.

En la primera celda desapareció el Avispa; en la segunda, Janek Siewacz. Su padre fue conducido a otro lado. A Karol le pareció captar la mirada de Relámpago, que movió los labios como diciendo «perdona», pero el guardia que los separaba lo deslumbró adrede con la linterna.

—*Maltzke, wo soll der kommen?* —preguntó el alemán que iba con Karol a alguien que no se veía.

—*Weiter, weiter, hier ist alles voll.*[41]

El pasillo giró, bajaron cuatro escalones. Allí se unían dos galerías. Era el edificio de un antiguo convento; las bóvedas de piedra unidas entre sí curvaban sus nervios góticos. A la luz de la linterna que se mecía rítmicamente sobre el pecho del guardia, el muro lanzaba ocasionales brillos de esmalte. En la galería transversal en la que entraron la iluminación era todavía más escasa. Apenas chisporroteaban filamentos rojizos de las bombillas. El guardia metió la llave en la cerradura y sujetó la puerta con el pie. Conocía bien sus manías. Sonaron unos pasos.

—*Wer da?* —preguntó el guardia.

En el pasillo brilló una luz.

—*Ich, Stenzler.*[42]

Una silueta oscura se detuvo envuelta en la aureola de luz que despedía la linterna colgada sobre su pecho.

El guardia empujó fuerte y la hoja metálica de la puerta chirrió desplazándose por la rodada labrada en el suelo de piedra.

Ante Karol se abrió un espacio sombrío, una oscuridad sin una sola brecha de luz que olía a sótano y a moho. De un empujón, cruzó el umbral.

La puerta se cerró de golpe.

[38]. Campo de exterminio nazi situado en el sudeste de la actual Polonia.

[39]. Alusión a los *złotys* por la imagen que aparecía impresa en ellos.

[40]. «¡Jellinek, trae el coche!»

[41]. «Maltzke, ¿dónde va este?» / «Sigue, sigue, aquí está todo lleno.»

[42]. «¿Quién va?» / «Soy yo, Stenzler.»

STALINGRADO

En el crepúsculo azul y negro se abría una brecha sanguinolenta como si el cielo mostrara en aquella fisura su propia carne. Ya no nevaba, solo el viento aullaba por las calles violenta e incesantemente. El delegado llegó en el tren de la tarde, que tuvo dos horas de retraso. Fue a la parada del tranvía y, cuando llegó, este acababa de arrancar entre oscuros brillos al otro lado de los cristales. El delegado decidió no esperar al siguiente tranvía y se dirigió a pie a la casa de Wieleniecki.

Era difícil caminar contra el viento, que penetraba en la calle como en el conducto de una chimenea. La nieve apenas griseaba, aquí y allá dejaba al descubierto oscuras calvas de tierra. Las bocacalles por las que giraba el delegado eran negras e insondables, sin ninguna luz, como en una ciudad muerta, abandonada tiempo atrás por sus habitantes. Andaba deprisa, ensimismado, sin buscar el camino. Había cambiado de dirección varias veces y en ese momento tenía el viento a favor. Así era más fácil avanzar. A su derecha se alzaba un muro reforzado con contrafuertes. Al otro lado se agitaban con gran estruendo las ramas de los árboles. Aquel ruido sacó al hombre de su ensimismamiento: de camino a la casa de Wieleniecki no había ningún jardín. Aflojó el paso y miró a su alrededor. La nieve cubría los oblicuos contrafuertes hechos con enormes rocas unidas con cemento. La superficie de los charcos barrida por el viento era puro hielo; debajo negreaba la tierra.

«¿Dónde he venido a parar?», pensó extrañado. Un invisible jardín bramaba con todos sus árboles. Aquel sonido le recordaba a algo. Se detuvo. Era como si se

hubiera detenido en el tiempo mientras el mundo entero lo sorteaba, pasaba de largo y corría a toda velocidad de forma imparable. «¡Qué cosas!», pensó. «¡Qué cosas!»

Estaba claro que había llegado a aquel lugar inconscientemente. Decenas de pasos más adelante el muro acababa. Fue hasta allí y se detuvo frente a una casa no muy grande, de una planta. Sin ver casi nada estiró la mano, que de forma infalible dio con el picaporte. La puerta se abrió; sabía que era una puerta doble, es decir, una pequeña, no muy alta, insertada en un portón mayor de dos hojas. A ciegas cruzó el umbral. El zaguán estaba totalmente a oscuras. Echó a andar despacio, pero sin titubear: encontraba el camino no frente a él, sino en su interior.

Allí estaba como siempre el contenedor de basura; su mano extendida tocó una fría tapa de metal. El corazón le latió más fuerte. Pasó la mano por la pared: tras el escalón tenía que haber una puerta… Estaba. Sus dedos recorrieron los tablones de madera sin acuchillar. Se quedó inmóvil un instante, después sacó una caja de cerillas y encendió una. La cabeza de la cerilla soltó una chispa y salió volando: en la estela de luz brilló una hoja de papel. Encendió otra cerilla tapando la llama con el cuenco de la mano. En el papel había unas palabras garabateadas:

Jan Smulski. Depósito de chatarra industrial.

Y un poco más abajo, escrito con letra casi ilegible:

Piso en la primera planta.

La cerilla le quemó los dedos y cayó con un zigzag rosáceo. Siguió con la vista cómo el luminoso punto se fundía con la oscuridad. Mientras leía el rótulo se dio cuenta de que la puerta era la misma, y también el resbaladizo picaporte de hierro: el mismo desde tiempos inmemoriales. Solo la pequeña ventanilla había sido cegada con un trozo de un tablón de madera. El hombre apretó los labios, irritado.

—¡Depósito de chatarra! —pensó—. Nunca mejor dicho. ¿Quién querría vivir en este cuchitril? ¿Cuántos años hará que nos fuimos? ¿Quince? Qué raro, no siento ese tiempo: nada, es como una pizca de nieve que desaparece antes de

que le eches el aliento. Papá murió en el treinta…, no, en el treinta y uno, entonces mamá…

Levantó de repente la mano, la que estaba viva, y palpó con mucho cuidado la superficie rugosa de la puerta. Le dio vergüenza ese gesto, retrocedió de repente y salió sin hacer ruido del zaguán, mirando hacia atrás como un ladrón. Cuando ya estaba caminando a buen paso por la calle le pareció que había olvidado algo allí, en ese zaguán oscuro. Se detuvo para volver a por ese algo cuando de repente se dio cuenta de que no se había dejado nada. Simplemente había olvidado por un momento quién era, como si se negara a hacerse responsable del futuro que se avecinaba. Se sintió incluso más avergonzado. Varias veces se golpeó los hombros con las heladas manos, como un carretero que tuviera frío, y caminó a grandes zancadas contra el viento que arrastraba ráfagas de nieve.

Wieleniecki estaba sentado junto a una pequeña lámpara de mesa y hojeaba el cuaderno de Sekułowski. El sonido del timbre lo sacó de su ensimismamiento. Abrió la puerta y retrocedió sorprendido ante Aleksander, que estuvo un buen rato sacudiéndose la nieve del abrigo y de las botas, y entró en la habitación exhalando aún el frío de la calle.

—¡¿Así, sin avisar?! ¿Qué noticias trae, camarada Aleksander?

—Stalingrado. Seguro que ya lo sabe.

—Lo sé.

Aleksander se dejó caer pesadamente sobre la silla.

—Sí… —dijo—. Hemos vivido para verlo. Es el principio del fin.

Wieleniecki miró el cuaderno negro que todavía tenía en la mano. Iba a decir algo cuando de la cocina llegó un prolongado silbido.

—Ah, el agua ya está hirviendo. Póngase cómodo…, aquí tiene la mantequilla, el pan… Se quedará a dormir, ¿verdad? Yo… ahora mismo…, deje que traiga el té.

Cuando llegó con la tetera y se puso a servir el té, Aleksander estaba hojeando maquinalmente el cuaderno que se había quedado sobre la mesa, pero no intentaba leerlo; todo parecía indicar que estaba pensando en otra cosa y que solo quería darles una ocupación a sus dedos. Wieleniecki sintió la necesidad de preguntar:

—¿Ha oído hablar de Sekułowski?

El delegado frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—Un momento…, un momento…, el apellido me suena. Ah, sí, el escritor.

—Poeta —dijo el profesor—. Era amigo mío, antes de que…

Le contó a Aleksander una historia que tenía dos partes: una que él mismo había vivido y otra que le había oído a Trzyniecki. Pero en esa ocasión no hizo ninguna acusación. Se limitó a los hechos.

—Y él quería ser independiente —dijo al final—. Quería seguir su propio camino. No quería comprender nada. A veces un murciélago entra en una habitación y se golpea contra los muebles. Él se destruyó así. —Vaciló—. En su día nos hizo cierto daño. Pero, sabe usted, lo comenté con ese psiquiatra que lo conocía y que estuvo con él hasta el final. Él también se llevó una desilusión con Sekułowski y, sin embargo, lo considera una persona genial, y a alguien así hay que perdonarle muchas cosas, si es que se tiene derecho a juzgarlo…

—Claro, claro —dijo el delegado con un tono claramente burlón. Dejó la taza y se quedó un buen rato de pie sin moverse. De repente miró a Wieleniecki a los ojos—. Le voy a decir algo desagradable. Un intelectual, intentando ser objetivo, diría: el capitalismo es un sistema malo puesto en práctica por gente inteligente. ¿Y el comunismo? En fin…, el sistema es bueno, incluso muy bueno, pero quienes lo representan… son unos palurdos, unos necios, en una palabra: unos incultos. Zafios, de modales toscos, incapaces de llorar con un poema, escuchan a Chopin como si fueran medio sordos. No gesticule usted de esa manera. Quizá haya exagerado un poco, pero es así. Y al elegir ese sistema bueno piensa usted: tengo que formarlos un poco, educarlos a mi manera, y cuando ya estén bien pulidos, libres de asperezas, cuando todo cristalice, entonces habrá llegado el momento de construir y vivir y hablar con ellos. Y, sin embargo, querido camarada profesor, queda una gran pregunta: ¿quién ha de aprender qué? ¿Usted es psicólogo? Perdóneme, pero otra vez vamos a discutir: le diré que no tiene usted ni idea de la psique de la gente así llamada zafia, de los campesinos o de los obreros. ¿Sabe usted cómo migran las aves de los Grandes Lagos? Son tantas que cuando levantan el vuelo el cielo oscurece. Es sorprendente que no choquen entre sí. Pues resulta que vuelan a diferentes alturas, las grullas tienen su propia área de vuelo, los patos la suya… —Suspiró—. El ser humano también tiene su área de vuelo: va por la vida entre seres semejantes. Entornos, estratos, grupos dentro de diferentes clases sociales. Son lugares comunes, ¿no? Pero perdone que le diga: usted y los suyos siempre juzgan desde su propia área de vuelo a los demás. Porque ¿qué significa la revolución para ustedes? Aplicar una teoría científica para cambiar el mundo. En pocas palabras: siguen ustedes en su entorno, en un laboratorio. Y, en realidad, este asunto es mucho más complejo. Se trata de cambiar la relación del hombre con el hombre, con el trabajo. ¡Qué

increíble reto! ¿Y qué tenemos? Decenas de partidos diferentes que han vaciado de significado las más bellas palabras sobre la libertad y el trabajo social; tenemos la mayor de las miserias, ruinas, fosas comunes, la memoria del terror, de las torturas; la corrupción, el contrabando, las jugarretas políticas; actuaciones ridículas cuyo precio lo paga y lo seguirá pagando el pueblo; y nosotros qué, evangelistas, pájaros de Dios, ¿acaso debemos poner a gobernantas para vigilar a veinte millones de personas, esperar hasta que cultiven en ellas sensibilidad, delicadeza, amor al prójimo, y solo entonces remangarnos y ponernos a trabajar? No, amigo mío, nosotros no somos niños. ¿Qué nos diferencia de los demás? ¿El conocimiento? Algo de conocimiento tenemos, pero no es nada frente a lo que la vida exige y seguirá exigiendo. Lo principal y, en el fondo, lo único que importa es ser consciente de la responsabilidad por los destinos ajenos, por el mundo: cuando sepamos compartir esa responsabilidad con los demás de forma que la tengan en su corazón día y noche, habremos realizado la mitad de nuestro trabajo, quizá incluso más de la mitad… Y una persona que no quiere saber nada de esa responsabilidad, a pesar de que ve, de que oye y de que tiene cerebro, qué genio va a ser. En fin…, le contaré dos historias. La primera tuvo lugar hace tiempo, han pasado ya veinte largos años. Durante la guerra civil rusa serví en un pequeño destacamento más allá del Don. Allí me hice amigo de un viejo armero, se llamaba Zájar. En la guerra tuvimos suerte diversa: unas veces dábamos nosotros, otras nos daban. En una ocasión entramos en una aldea roja. Los blancos, antes de retirarse, habían asesinado a todos, más o menos como los alemanes ahora. La gente olvida fácilmente y dice que esas bestialidades antes no pasaban. Pasaban, camarada profesor, vaya si pasaban. Pues en esa aldea encontramos a un chiquillo. Se había salvado de milagro. Puede que tuviera ocho años, no lo sabía exactamente. Se llamaba Yerioma. Nos lo llevamos con nosotros. Zájar, al ser el mayor, era en nuestro caso una especie de comisario político. Los chicos le dijeron: «Escucha, viejo, a este mocoso le han masacrado al padre y a la madre, que el pobre sepa al menos por qué ha sido y por qué nosotros acabamos con ellos». Así que Zájar empezó a explicárselo desde el principio: «En estos momentos, el mundo está mal hecho, y no podemos contar con nadie», dijo apuntando al cielo, «porque Dios no existe, ¿entiendes?».[43] Y le explicó las cosas, que si tal, que si cual, que para eso era la revolución, «para que no hubiera más huérfanos como tú, Yerioma». Se lo explicó todo, sobre Lenin, sobre el mundo. Al pequeño no le gustaba la sémola. No quería comer, y Zájar le decía: «Tienes que comer, la sémola te hará fuerte». «¿Y la revolución también lo necesita?», preguntaba el niño. «Claro, la revolución lo necesita, y mucho.» Así que el

chiquillo comía. Una vez acampamos en un poblado cosaco cerca del río Dónets para pasar la noche. La estepa… Por la noche nos atacaron los blancos. Corrimos a los caballos, empezó un jaleo, un tiroteo. En la oscuridad gritamos: «Yerioma, ¿dónde estás? ¡Yerioma!». El chiquillo no aparecía. Nos echaron de allí, escapamos campo a través. Después resultó que el pequeño estaba durmiendo en un almiar. Entre el verano, las estrellas, el heno, la noche… Se había quedado profundamente dormido. Los blancos lo sacaron del heno como a un polluelo. Y él, para su desgracia, tenía una estrella roja en la gorra. Yo… Yo mismo se la había cosido. Bueno…, ¿qué más puedo añadir? Le preguntaron por los apellidos de la gente, por otros destacamentos… No dijo nada hasta el final. ¿Y cómo acabó? Imagíneselo usted mismo…

Aleksander tenía la mirada clavada en el dorso de la mano, enfundada en un guante de cuero.

—Y ahora la otra historia. Esta es bastante reciente. Sucedió este verano. ¿Sabe usted cómo reclutaban los alemanes a los presos soviéticos para la Wehrmacht? Con el hambre. En un campo de prisioneros el hambre es cada vez mayor. Los alemanes arrojaban a través de la alambrada trozos de carne de caballo cruda y los rusos se disputaban aquellos restos. Se anunció la primera leva y hubo ocho, diez «voluntarios» que apenas se tenían en pie. Siguió la estrategia del hambre. Había allí un teniente de Odesa. Su profesión era la más civil que uno puede imaginar: contable en una fábrica de juguetes. Y les dijo a los suyos: «Nos están matando de hambre. Una semana o dos más y se nos irá tanto la cabeza que aceptaremos todo lo que nos digan. Porque una cosa es ir al ataque y otra sentir cómo se te pega la carne a los huesos… Tenemos que escapar mientras podamos». Todos estuvieron de acuerdo. Se pasaron cuatro noches preparándose, a la quinta iban a hacerlo. Entonces al oficial se le removió la conciencia: «Camaradas», dijo, «quise engañaros, pero no puedo. No es posible que salga con vida ni la mitad de nosotros, ni una cuarta parte… Yo quería que esos hijos de puta nos acribillaran con sus ametralladoras, que no tuviéramos que ponernos sus uniformes…, pero no os puedo mentir». Y ellos le contestaron: «¿Y usted, camarada teniente, se ha vuelto loco o qué? ¿Qué se cree, que no tenemos ojos? Sabemos muy bien cómo están las cosas, pero hay que acabar con esto. Si hay que caer, que sea con música».

—Pero… si conoce usted esa historia, es que no murieron todos —dijo en voz baja Wieleniecki.

—No, todos no. Sobrevivieron dieciocho de trescientos veinte. Pues esa es la historia, camarada profesor. Una persona hará grandes cosas en la vida: nuevas

medicinas, estatuas, máquinas. Y otra hará muy poca cosa: fabricar cucharas, plantar flores… ¿Y qué se desprende de eso? ¿Y qué más da, pregunto? —Se inclinó por encima de la mesa y bajando la voz hasta el susurro dijo—: ¿Y usted qué piensa, con quién preferiría yo vivir? ¿Con Yerioma y aquellos bolcheviques piojosos o con ese genio suyo? Yo, si me tocara juzgarlo, no leería sus dramas. ¿Fue un traidor? Lo fue. No puede haber un doble rasero en la vida; a fin de cuentas, es por eso que luchamos, ¿no?

Se retiró y se dejó caer en el sillón. Sus ojos, profundamente hundidos, enrojecidos, recorrían en la penumbra los muebles hasta que se detuvieron en un cuadro grande sobre el escritorio. Caía sobre él algo de luz que llegaba hasta allí a través de una rendija de la pantalla de la lámpara. Era una reproducción de ***Los girasoles*** de Van Gogh. Apartó la vista de las flores y las volvió a mirar una vez más. Después miró a Wieleniecki.

—¿El gueto se defendió durante dos días?

—Sí. Después empezó el incendio.

—El incendio… —repitió Aleksander—. A Varsovia los rumores llegaron ya al día siguiente, pero había diferentes versiones… ¿Qué pasó con los líderes?

—¿Con los líderes judíos? Que yo sepa, todos murieron.

—¿Nadie pasó a vuestro lado?

—Nadie.

—¿Y allí en el gueto, en los búnkeres? Seguro que tenían algunos escondites…

Wieleniecki dijo que, cuando cesaron los combates y la zona dejó de estar acordonada, mucha gente fue al gueto, pero allí no había nada que ver. No había quedado nada. Ni casas ni calles. Apenas había escombros. Los edificios, la mayoría de madera, habían ardido, los basamentos de ladrillo habían sido dinamitados. Murieron todos.

—¿Y nadie acudió a nuestros puntos de enlace?

—No. Perdimos la comunicación con ellos ya el primer día, cuando llegaron tropas de reserva desde Hajduki. Se decía que habían intentado salir por las alcantarillas, pero no lo consiguieron.

Aleksander abrió la boca. Quería preguntar algo más. Se quedó un momento en silencio y de repente dijo:

—¿Y qué pasó con aquella chica, con la hermana de Jakub, ha oído usted algo?

—No.

—Porque él, sabe usted, cumplió con su palabra…

—¿Cómo?

—¿Recuerda usted que dijo que organizaría un levantamiento en Treblinka? Pues hubo un levantamiento.

—¿Qué me dice?

—Sí, lo hubo. Se cargaron a varios SS, incendiaron los barracones y consiguieron escapar.

—Así que fue él…

—De él no se sabe nada. Estaba con los demás cuando llegaron a la alambrada de púas. Después desapareció. Pero hay que tener en cuenta que esas noticias pasaron de boca en boca y recorrieron un largo camino antes de llegar a mí…

—Espere… —Wieleniecki levantó la mano: alguien estaba llamando al timbre. Miró por inercia el reloj, faltaban veinte minutos para el toque de queda.

Hubo dos timbrazos cortos y uno largo. Wieleniecki se incorporó rápidamente, corrió hasta la puerta y abrió. Allí estaba Marcinów. La nieve se le derretía en las cejas y, mezclada con el sudor, corría por su cara. Daba la sensación de que el obrero, jadeante, estuviera llorando.

—¿Qué ha pasado?

Marcinów lo empujó al interior, entró en el recibidor, cerró la puerta y se detuvo.

—¿Quién está con usted?

—El camarada Aleksander. Acaba de llegar. ¿Y bien?

—Han cogido a Wilk, a Siewacz, a su padre y al Avispa —dijo Marcinów con voz rota y, sorteando al psicólogo, que se había quedado de piedra, entró en la habitación.

El delegado se levantó.

—Ah, es usted. ¿Qué ha pasado?

Marcinów repitió lo dicho. Wieleniecki se acercó a la mesa. Veía que los otros estaban hablando, pero no oía nada. Las palabras «han cogido a Wilk» lo dejaron aturdido, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Llevaba ya mucho tiempo pensando que Karol le ocultaba algo, algún trabajo, que estaba preparando algo grande que le mostraría en silencio, con la cara de triunfo de un niño.

Veía el rostro del chico con sorprendente nitidez. Ay, aquella pobre, genial e inútil matemática suya… Un dolor horrible, penetrante, le atravesó el corazón. Por un momento sintió la definitiva e infinita soledad de un condenado, donde perdían todo sentido el amor, el odio, el más elevado de los pensamientos, donde

resultaba superfluo cualquier movimiento, cualquier gesto…

Agarrado compulsivamente a la mesa, se estremeció.

—Karol —susurró tan alto que lo oyeron—, es culpa mía…

—Venga, venga, déjese de tonterías.

Aleksander lo agarró con fuerza de los hombros, como si quisiera abrazarlo. Wieleniecki paseó la mirada por la habitación.

—¿Habéis informado ya a los que iban a ir allí mañana? —preguntó Aleksander.

—Sí…, fui corriendo como un loco… Ahora coja usted lo más necesario y váyase con el camarada —le dijo Marcinów a Wieleniecki.

—¿Yo? ¿Para qué? —Parpadeó—. Solo Wilk conoce mi dirección.

Marcinów pareció confundido.

—Soy el último en pensar eso de él, pero ya sabe usted…, a ellos lo que más les importa es que la gente empiece a hablar rápido, antes de que se corra la voz de que los han delata…

—Tiene razón, camarada —lo interrumpió el delegado—. ¿Podemos ir a su casa?

Marcinów apretó los puños.

—¡Me cago en…! Es que estoy subalquilado en casa de uno que… Luchamos también por ellos, por esos imbéciles, para que lo tengan todo servido en bandeja —gritó iracundo.

—¡Calma! ¿Nos vamos a poner ahora todos histéricos?

—Es que, camarada —estalló Marcinów exasperado—, usted no sabe cómo fue todo. Wilk siempre silbaba cuando estaba abajo y Siewacz le respondía silbando, ¿entiende? Esa vez también tuvo que silbar. ¡Hijo de puta! Seguro que le prometieron que le perdonarían la vida si lo hacía entrar. ¡Una mierda le iban a perdonar! Los conozco bien. Se lo tiene merecido… No solo cayó él en una emboscada, sino que, además, arrastró a otro.

Wieleniecki cogió del escritorio el libro que el chico le había devuelto por la tarde, *Constitución interna de las estrellas,* de Eddington.

—Solo Wilk conoce mi dirección —repitió y añadió con una mueca amarga —: Así que creo que podemos quedarnos aquí.

—Nadie puede saber si… aguantará —dijo el chófer. La nieve, que se derretía cada vez más rápido, caía en chorreantes pedazos de su cazadora al suelo —. Creo yo que ya no somos niños. Hay que irse, camaradas.

—¿Tiene usted el pase nocturno?

—No.

—¿Y usted, profesor?

—Sí…, o sea, no… Lo entregué para que me lo renovaran.

—¡La madre que me parió! ¡Hay que ver, hay que ver! No es el momento de criticar, pero me parece escandaloso lo que pasa en esta organización. Nadie utiliza el pseudónimo, todos se conocen por el apellido, todos conocen las direcciones de los otros, llegan cuando quieren…

—Yo no habría venido si no fuera necesario.

Wieleniecki miró el libro que tenía en las manos y lo arrojó como si de repente le quemara.

—Sí, tiene usted razón, Marcinów. ¡Vámonos!

—¿Pero adónde?

—Yo sabría dónde llevarlos, pero Siewacz conoce las mismas direcciones que yo…

—Esperen. Sí, bien. Así mejor. —Wieleniecki se dirigió a Aleksander—: Dentro de diez minutos empieza el toque de queda. Tenemos que salir ya. Los llevaré a un lugar que conozco… y después volveré aquí…

—No volverá, será demasiado tarde—comentó Marcinów.

—Pues nos quedaremos allí los dos esta noche.

Wieleniecki empezó a tirar los papeles del escritorio, agarró varios sobres de diferentes colores y, metiéndoselos en los bolsillos, salió corriendo tras el delegado y el chófer, que estaban ya abriendo la puerta. Mientras se ponía el abrigo en las escaleras, se dio cuenta de que no tenía ni los guantes ni la bufanda, pero no regresó. Marcinów intercambió en voz baja algunas palabras con el delegado y desapareció en la agitada oscuridad; caían copos de nieve cada vez más grandes.

—Iremos a casa del profesor Rzepicki, está cerca —le dijo Wieleniecki a Aleksander. Hablaba sin parar para no estar callado—. Él es de Poznań, como yo… Es un familiar lejano. Le pedí ya hace mucho tiempo que, en caso de que sucediera algo, me permitiera pasar la noche en su casa…

—¿Rzepicki? He oído ese nombre en alguna parte. —Al delegado se le cortaba el aliento porque caminaban rápido, con el viento en contra. La calle estaba vacía, los edificios se alzaban negros sobre los ondulados montones de nieve.

—Puede que antes de la guerra… Él era concejal en Poznań…

—¿Y nos acogerá? ¿Así, sin saber nada? —dijo el delegado—. Pero es un poco violento…

—No pasa nada, él sabe que yo… ya antes de la guerra… ¡Ah, es aquí! —Wieleniecki lo agarró del brazo y tiró de él—. Tenga cuidado porque hay un

escalón bajo la nieve.

Entraron en el zaguán; del otro lado llegaba la portera con las llaves para cerrar la entrada.

Les abrió una criada pequeña y regordeta.

—El profesor está en su despacho —dijo tras pensar un momento—; ¿quiere que le diga que está usted aquí?

—Sí, sí.

Se quedaron los dos en el pasillo, sin quitarse los abrigos ni sacudirse la nieve, que había formado unas pesadas y húmedas charreteras en sus hombros y teñido de blanco la parte delantera de sus abrigos.

—¡Ah! Bienvenidos.

Rzepicki vestía una bata larga de color verde oscuro. Llevaba en la mano un libro, con un dedo entre las hojas a modo de marcapáginas.

El psicólogo empezó a hablar dos veces; de manera algo torpe y áspera le pidió a Rzepicki que los alojara esa noche en su casa. Rzepicki escuchó atento, pestañeando a menudo.

—Claro…, por supuesto…, ¿pero por qué no se quitan ustedes los abrigos? Bogusław, ¿por qué no nos presentas? —se dirigió al psicólogo.

Wieleniecki balbuceó algo y el profesor saludó educadamente.

—Entren, por favor. Hace frío, ¿verdad? ¿Les apetece un té?

Entró en la habitación y tiró de una cinta de seda al lado de la puerta.

—A ver, Andzia —le dijo a la sirvienta, que apareció como por arte de magia —, prepara dos tés y saca lo que tengas para picar, y para mí, leche con una yema y pan tostado.

La muchacha hizo una reverencia y desapareció. Los hombres entraron en un despacho circular; lo iluminaba un candelabro grande, de tres brazos, que proyectaba una sombra triple en el techo. El enorme escritorio con una escribanía de cristal, las sillas, los taburetes, el sofá y los sillones estaban cubiertos con altas pilas de libros de los que colgaban marcapáginas.

—¿Estaba trabajando, profesor? Le hemos interrumpido… —dijo Wieleniecki. Se acercó a una estantería y, en un acto reflejo, paseó la mirada por los dorados lomos.

Rzepicki se encogió de hombros.

—Bah, no hacía nada importante. Solo estaba completando la bibliografía de mi manual. Ya sabes, Bogusław… A ver dónde los acomodo a ustedes. Un momento, un momento, ya está, pasen por aquí. —Descorrió la cortina en una puerta abierta y encendió la luz de una segunda habitación.

Entraron. Junto a la pared de enfrente había una mesa larga y baja, con varias cajas alargadas de las que llegaba un incesante rumor. A un lado había un diván ancho, una pequeña mesa y dos sillas. Rzepicki apartó de ellas unos saquitos de lona atados con una cuerda, llenos de algo poco compacto.

—Siéntense, señores. Por favor.

Él se sentó en el diván. Parecía aún más pequeño. Seguía con el libro en la mano. Se dio cuenta y lo dejó a su lado, abierto.

—¡Aquí, Andzia, aquí! —gritó al oír unos golpecitos a la puerta del despacho.

La sirvienta llevaba una bandeja con humeantes tazas, rebanadas de pan, rizos de mantequilla en unos platitos, confitura y queso. Tras entregarle al profesor otra bandeja con un pequeño tazón y pan tostado, salió.

Le había dado tiempo a ponerse en el pelo una cofia de encaje blanco.

De las largas cajas llegó un fuerte ruido de arañazos.

—¿Qué es eso, ratones? —preguntó Aleksander dejando a un lado con cuidado la frágil taza.

Rzepicki se rio en voz baja masajeándose una rodilla.

—Pues sí, ratones, eso es, lo ha adivinado. ¡Bogusław, no comes nada! Yo, señor mío, estoy llevando a cabo un experimento…

—Una idea atrevida e insólita… Puede dar unos resultados fantásticos —dijo Wieleniecki como despertando de su letargo, y se bebió el té rápidamente, en dos tragos.

Aleksander se levantó y se acercó a las cajas.

—¿Qué es? ¿Plomo? —preguntó señalando una gruesa plancha, apoyada en unos soportes de hierro, que cubría una caja central.

De cerca vio que las cajas estaban hechas con tablones de madera sin cepillar entre los que se habían dejado unas pequeñas rendijas; aparecían en ellas diminutos hocicos rosados que olfateaban enérgicamente. Una vez asomó por una rendija una cola pelada y desapareció enseguida.

—¿A usted le interesan esas cosas? —Rzepicki se levantó y, sosteniendo en la mano su tazón de dulce y densa papilla que rebañaba con pan tostado, se le acercó—. No sé cuál es su especialidad. Es decir, si tiene usted… cierta formación en biología. Perdóneme, pero me gustaría que se entienda lo que digo…

—Yo…, en fin, estoy bastante alejado de la ciencia —dijo el delegado e, instintivamente, sonrió apenas con las comisuras de los labios. Aquel pequeño anciano que rebañaba los restos de leche del tazón y aquellos ratones blancos suyos empezaban a resultarle divertidos—. Si es usted tan amable, profesor,

estaría encantado de escucharle… Uno no deja de aprender nunca.

—Verá usted, la cuestión es la siguiente. —El profesor levantó un dedo—. Sin duda, habrá oído hablar de los rayos cósmicos.

—Sí… Son unas partículas cargadas eléctricamente que llegan a la Tierra de las estrellas, penetran en la atmósfera y…

—Muy bien, muy bien, en principio es así, tiene usted razón en líneas generales, aunque hay ciertas…, bueno, da igual. Pues verá, el objetivo de mi experimento es averiguar si existe una relación entre esos rayos cósmicos y el cáncer, esa cruel enfermedad que devasta la humanidad.

El delegado adoptó un aire serio y escuchó atentamente.

—En estas jaulas tengo ratones blancos que todos los días, junto con la comida (es simplemente trigo, granos de trigo común y corriente), reciben una pequeña dosis de benzopireno. Se trata de un compuesto químico que, con el tiempo, provoca la aparición del cáncer, de ahí que se considere una sustancia cancerígena. Bueno, pues todos mis ratones reciben la misma dosis de ese compuesto. Me pregunto si los ratones que no están expuestos a la radiación cósmica enferman de cáncer con la misma frecuencia y con la misma rapidez que otros ratones.

—Ajá, ¿y en esta jaula los ratones están protegidos de la radiación con plomo? —El delegado señaló con la mano una plancha metálica de dos centímetros colocada sobre la caja central.

—Muy bien, es usted muy observador. El principio es correcto, pero las cosas suceden de otra manera. Para absorber los rayos cósmicos que llegan a la superficie de la Tierra se necesitaría una capa de plomo de quince centímetros de grosor y es algo que yo, de momento, no me puedo permitir.

—¿Entonces, este plomo…?

—Pues verá, este plomo no debilita la radiación cósmica, sino todo lo contrario, la potencia. Es el llamado efecto de Rossi: cuando los rayos cósmicos atraviesan una capa fina de metal, chocan contra sus átomos provocando la aparición de nuevos haces de partículas secundarias, las llamadas cascadas de alta energía. Los ratones de la jaula central están expuestos a esa radiación en cascada potenciada. Sobre los otros, en cambio, actúan los rayos cósmicos normales.

—¿Y cuál es el resultado del experimento?

—Mis resultados, de momento, se basan en sesenta ratones…, y eso es poco para generalizar. En la ciencia, ya sabe, las prisas son malas. Pero puedo decir que el aumento de casos de cáncer entre los ratones de la jaula central, que yo llamo jaula pantalla, es indudable.

—¿Quiere decir que la radiación cósmica…?

—Quiero decir —el profesor levantó la mano en la que sostenía el tazón— que las nubes, el aire, el agua de los océanos, los cuerpos humanos, animales y vegetales son atravesados continuamente por rayos cósmicos, como por balas disparadas desde el espacio. Las estadísticas muestran un lento pero constante aumento de casos de cáncer en las últimas cuatro décadas. Supongo que ese aumento tiene que ver con la urbanización y la industrialización del mundo. ¿Qué otra cosa son nuestros tejados de chapa, los armazones metálicos de las fábricas, los forjados de las instalaciones industriales sino una especie de pantalla metálica que potencia la radiación cósmica y la concentra en nuestros cuerpos? Verá, los rascacielos, los edificios de hormigón armado, las grandes fábricas son incubadoras de cáncer… Esta es mi hipótesis, que, de momento, no tiene demasiada base. —Concluyó inesperadamente con voz muy tranquila y, tras rebañar una vez más el tazón con el pan tostado, lo llevó a la pequeña mesa.

Aleksander permaneció pensativo frente a las cajas en las que correteaban despreocupadamente los ratones y miró el techo de forma involuntaria. Sintió de repente —hasta entonces solo lo había percibido a nivel cognitivo— que todo el edificio estaba siendo atravesado por chorros de invisibles proyectiles que llegaban de una oscuridad sin límites. Se apartó instintivamente de la caja como si quisiera evitarlos y, al darse cuenta del movimiento que acababa de efectuar, se giró hacia Rzepicki con una sonrisa algo confundida.

El profesor le tocó el hombro a Wieleniecki.

—¿Estás soñando despierto, Bogusław? ¿Qué te pasa? —Le colocó su pequeña y seca mano en la frente—. ¡Dios mío! ¿Tienes fiebre? Bueno, bueno, no me quiero meter en sus secretos, señores, no me importan nada, pero parece que han escapado por los pelos de algo. ¿No cree usted que es una suerte —dijo dirigiéndose a Aleksander— que haya gente como yo?

—¿Con «como yo» quiere decir científicos? —preguntó este lentamente.

—No…, quiero decir personas para las que los asuntos políticos, sociales, públicos, o como lo quiera llamar, están en un segundo plano. Yo valoro sobre todo al individuo, al ser humano. ¿Entiende usted? Un fascista, un liberal, incluso un comunista, para mí son lo mismo… En este momento, claro está. Y siento curiosidad por saber —añadió pestañeando rápidamente— si comparte usted esta opinión.

El delegado estaba inmóvil: solo sus ojos, ocultos bajo los párpados entornados, se posaron pesadamente en la silueta del profesor.

—No, no la comparto —dijo—. Si alguien buscara refugio en mi casa por

razones, como usted dice, políticas, le preguntaría… por qué lo persiguen. —Tras un momento, añadió—: Igual no quiere usted, profesor, tener en su tranquilo piso a una persona de moral tan poco humanitaria.

No fue el significado de aquellas palabras, sino el tono, lo que despertó a Wieleniecki.

—Camar… señor Aleksander, profesor… Estamos los dos un poco tras…, preocupados. —Se fue dirigiendo, alternativamente, a uno y a otro—. No lo tome usted a mal, por favor… Yo no sé, francamente…

—Dios me libre, Dios me libre… —El profesor volvió a ser aquella bonachona y anciana criatura. Levantó la bandeja—. ¿Le importaría correrme el portier? Andzia les preparará la cama ahora mismo, pasen una buena noche…

El delegado, sin decir nada, levantó el pesado terciopelo azul marino.

Wieleniecki se pasó toda la noche dando vueltas en la cama. Con la mirada clavada en el suelo bajo los estores que mantenían a oscuras la habitación, estuvo esperando a que apareciera en él el primer rayo de sol. Se quedó dormido antes del amanecer. Cuando se despertó no recordaba nada. A medida que se iba espabilando, su conciencia fue recuperando el conocimiento de los sucesos recientes y su peso fue cada vez mayor, como el de una red sacada del agua, repleta de la aún invisible pesca. Al levantar la cabeza vio en la almohada una hoja de papel arrancada de un bloc de notas:

«He ido a ver a Marc. Estaré de vuelta a las ocho. Al.»

Saltó de la cama y, mientras se vestía, palpó maquinalmente el bolsillo del pantalón. No sonó nada, metió la mano dentro, las llaves del piso no estaban. ¿Las habría perdido? No, recordaba que, ya muy entrada la noche, le había hablado a Aleksander de los papeles y las armas que se habían quedado en su casa. Las granadas estaban en la despensa, bajo unas latas vacías de conservas.

Acabó de vestirse y miró el reloj: eran las siete y veinte. El piso estaba en silencio. De alguna parte llegaba el tictac de un reloj grande. Wieleniecki fue al recibidor, se puso el abrigo y salió corriendo a la calle. Le parecía recordar, como si de un sueño se tratara, lo que había dicho Marcinów el día anterior al despedirse: iba a esperar a la mañana siguiente en la esquina de la calle Wąsowicza. ¿Pero en cuál de ellas? El viento había amainado, la temperatura había subido notablemente. Los pies se hundían pesadamente en una nieve cada vez más húmeda. La calle estaba desierta; le sorprendió porque eran las siete pasadas. Ah, claro, era domingo. De repente los vio a los dos: estaban cerca del

kiosco de tabaco. El delegado le dio a Marcinów algo brillante, le estrechó la mano y pareció empujarlo levemente. El chófer se tocó la visera de la gorra con un dedo y se marchó a grandes zancadas.

Wieleniecki se acercó corriendo a Aleksander:

—¿Qué era? ¿Qué le ha dado? ¿Las llaves?

—Tranquilo, hombre. Ha ido a su piso. Lo trasladará todo a un lugar seguro.

—¿Cómo ha podido usted hacer eso? ¿Y si a Wilk ya lo siguieron antes?… Es mi piso, podía haber ido yo.

—¡Doctor! —El delegado le apretó el brazo—. ¿Qué significa «mi piso»? El piso es suyo, pero esas cosas no son suyas y tienen que estar a buen recaudo cuanto antes. Sabe usted perfectamente cuánta gente podría caer por ese motivo. Ha ido Marcinów y lo hará mejor que usted.

Wieleniecki parecía haberse quedado sin energía. De repente, todo le daba igual. Bajó a la calzada para seguir todavía con la mirada a Marcinów, que justo acababa de girar en una bocacalle.

—Venga. Tenemos que ir donde el Negro y analizar la situación. El enlace de Nube también va a estar allí.

—¿Cómo? —Wieleniecki se detuvo y lo miró a la cara—. El enlace de… ¿Cómo, y… los otros?

El delegado lo tomó del brazo.

—¿Los otros…, camarada? Los otros… Venga, vamos, que se nos hace tarde.

Arrastró a Wieleniecki tras de sí.

Cuando Marcinów giró en la calle Przybyszewskiego, vio una silueta que caminaba enérgicamente a lo largo de la valla: era Polakiewicz. Aminoró el paso para no encontrarse con él, rodeó los edificios del cuartel y, al llegar desde el otro lado directamente a la casa de Poprzeski, entró en el portal.

Se quedó un rato delante de la puerta del piso, escuchando. Acercó la oreja al bocacartas: silencio. Quitó el seguro del arma con la mano izquierda, metió la llave en la cerradura, empujó. La puerta cedió casi sin ningún ruido, el pasillo estaba vacío. La cerró con cuidado y fue al despacho. Los papeles tenían que estar en el escritorio, en un sobre marrón. Los cajones estaban repletos de carpetas de colores, cuadernos, ficheros y películas de celuloide cortadas en trozos. Aquello le pareció tal batiburrillo que empezó a ponerlo todo encima del escritorio. Tardó bastante. En el cuarto cajón encontró un sobre de papel marrón, áspero, como peludo; miró en su interior y chasqueó la lengua, satisfecho. Se lo metió en el bolsillo interior, dio media vuelta y levantó un dedo: ¿qué más? Ajá, la munición

de la despensa. Buscó con la mirada algo para envolverla. A lo lejos se oyó el ruido de un motor. Aguzó el oído y por el suave traqueteo supo que era un Fiat. Quiso irse ya, pero se obligó a quedarse. Sería una pena dejar las granadas. La primera puerta del pasillo, estrecha, era la del baño. La despensa estaba junto a la cocina. Cuando levantó una esterilla y apartó con el pie unas latas, blanquearon los largos mangos de las granadas. Había también algunos cargadores oscuros para las FN. Marcinów lo envolvió todo en la esterilla y estaba empezando a meterlo en una cesta que había encontrado cuando se oyó de nuevo el amortiguado sonido de un motor.

«¿Otro Fiat?», pensó, apretando los extremos de la esterilla. «No, un Borghard. Un camión grande, cubierto, con capota…»

El motor se apagó frente a la casa. Marcinów tiró la cesta y salió a todo correr de la despensa.

«Por el desván, imposible, porque es una casa exenta. Solo por el portal, a la desesperada», llegó a pensar y se detuvo tan de repente que la alfombrilla que cubría el suelo se deslizó bajo sus pies. Tenía el sobre marrón en el bolsillo. Sintió un frío hormigueo en la nuca. Se agachó y se puso a prender fuego a los papeles en un rincón del pasillo. No había quemado ni la mitad cuando oyó el ruido de unas botas.

—*Öffnen! Polizei!*[44]

Los blancos de los ojos de Marcinów refulgieron. Soplando sobre la llama, sacó la pistola.

La puerta tembló con los golpes de las culatas.

Kremin volvía en coche de la oficina del Distrito. Un alemán enclenque y pálido, director administrativo de la empresa desde hacía varias semanas, le preguntó en voz baja:

—¿Y bien, señor director?[45]

Kremin, con el cuello de piel del abrigo calado hasta la nariz, se enfureció de repente:

—¡Mierda! ¡Le pregunto qué va a pasar con todas nuestras empresas y él dice: «Estamos acabando con la cuestión judía»!

—Pero… es nuestra mano de obra…

—¡Se lo he dicho!

—¿Y?

Kremin recobró el aliento.

—La política antes que los negocios, ha di… Eh, ¿qué está pasando aquí? —Agarró del hombro al chófer.

Se estaban acercando a los garajes; sonaron unas explosiones y una ráfaga de ametralladora.

—¿Qué pasa? —bramó Kremin—. ¿Bandidos?

Un *schupo* se acercó corriendo al coche.

—¡Alto! ¡Gire a la derecha!

—¡Oiga! —Kremin abrió la puerta y sacó la cabeza—. ¿Qué está pasando aquí? Es mi garaje…

El *schupo* agitó la mano.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Al otro lado de la valla se oyó un estallido, la metralla pasó aullando al lado del coche. Kremin se echó hacia atrás, se hundió en el asiento.

—¡Venga, atrás, rápido, fuera! ¡Fuera!

Cuando el coche estaba retrocediendo marcha atrás pasaron a su lado varios soldados. Estaban empujando un pequeño cañón, agachados tras el escudo protector. Lo acercaron al edificio de enfrente y lo subieron a la acera. Del portal asomó un oficial con casco:

—¡Fuego directo! Objetivo: segunda ventana, primer piso, en el centro. ¡Granadas de fragmentación, vamos!

Un artillero gordo giró la manivela. El tubo del cañón fue subiendo. El soldado se pegó a la mira. Un cargador cerró la recámara. Los dos tiraron de la cuerda; el cañón tronó, pegó un salto en la nieve. Las cornisas se desplomaron en medio de una polvareda calcárea. Restos de cristales fueron cayendo al suelo. De una ventana salió volando un objeto, rebotó en la valla y acabó en medio de la calle. Una columna de nieve y tierra se elevó en el aire con un gran estruendo. El artillero que sostenía el segundo proyectil chilló y, llevándose las manos al cuello, cayó sobre los recuperadores hidroneumáticos. Lo arrastraron hasta la entrada. El cañón volvió a disparar. De la ventana se precipitó una nube de hojas de papel blancas. Algunas se consumían en el aire y caían al suelo convertidas en trompetas negras.

—¡Fuego!

Esa vez el proyectil penetró más profundamente. Todo el edificio retumbó como un tambor agujereado.

—Ya ha tenido bastante. —El oficial salió de la puerta de la valla.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Vamos!

Hizo una señal con la mano a los *schupo* posicionados a lo largo de la valla.

Corrieron pesadamente metiendo las cabezas entre los hombros de modo que los faldones acampanados de sus cascos casi les tocaban la espalda. La escalera resonó. Una ambulancia militar, larga y baja, se acercó marcha atrás a la valla. Empezó a maniobrar para entrar en el patio. El chófer, asomándose desde la cabina, miraba hacia atrás mientras dos soldados le hacían señales con las manos. Los gritos, los chillidos y el alboroto en el interior de la casa fueron aumentando más y más como si allí se hubieran desbordado todas las aguas.

Dos soldados sacaron del portal el cuerpo desmadejado de Marcinów. Cuando lo levantaron para arrojarlo al interior del vehículo, se acercó un oficial y le tomó el pulso.

—Todavía está vivo. ¡Cuidado!

La ambulancia se fue. Su lugar lo ocupó un enorme camión de tres ejes que se detuvo junto al portal expeliendo silenciosamente un humo oscuro que fue cubriendo y derritiendo la abundante nieve. Dos ***schupo,*** a ambos lados del portal, agarraban y echaban al patio a los vecinos del edificio, junto con los que les pasaban desde el zaguán.

Los primeros fueron los Durzyk: él, en pijama y con el abrigo de pieles puesto, con su cabeza dorada descubierta, ella, descalza, con zapatillas plateadas y el pelo ensortijado con trocitos de papel. Niunia, que estaba a punto de irse a misa, llevaba un vestido negro de seda con encajes que asomaban debajo de un abrigo de lirón. Tenía la cara blanca y los labios pintados con carmín, rojos y brillantes.

Los siguientes en salir a toda prisa fueron los Poprzeski; la mujer se aferraba rígidamente al codo de su marido. A ambos les humeaba el pelo porque acababan de salir de la bañera. El pequeño Teoś se agarraba al abrigo de su padre, bajo el que se veían unos calzoncillos largos. El ***schupo*** que había echado abajo la puerta del piso vacío de Maria Hućko llevaba por delante, cogido del cuello del jersey, a Julek, el de Dżula, que no dejaba de retorcerse. A su lado iba Pluwak y le estaba diciendo algo al alemán acompañando sus palabras con gestos.

—El viejo se ha ido a misa…, enseguida vuelve… ¿Qué quiere usted de mí?… —lloraba Julek.

El ***schupo*** lo golpeó ligeramente con el dorso de la mano en el pecho y lo empujó hacia los demás vecinos que estaban junto al muro. A Poprzeska le castañeteaban los dientes y emitía un sonido extraño, algo como «lalalalala». Su marido estaba encorvado y se cubría la cabeza con las manos para no resfriarse. Como las gafas se le iban congelando, veía cada vez menos. El oficial ordenó a todos los hombres que dieran un paso adelante. Los ***schupo*** sacaron del grupo a

Poprzeski, a Durzyk y a Pluwak. La mujer de Poprzeski intentó darle a su marido el chal naranja con el que ella se cubría, pero un alemán la apartó de un empujón y el chal quedó extendido en la nieve como una mancha de color. Al final sacaron a rastras a Julek, que se agarraba a las manos de las mujeres gritando:

—¡No lo haré más! ¡No lo haré más! Todavía soy un niño. ¡No me llevéis!

De repente se soltó y se puso de un salto detrás de la mujer de Poprzeski. El alto ***schupo*** lo despegó de ella y le dio un culatazo en la espalda que resonó. Poprzeski ya se estaba encaramando obedientemente al camión, pero se le cayeron las gafas, así que se agachó junto al lateral del vehículo y se puso a palpar nieve con las manos como un ciego. Un alemán lo agarró del cuello del abrigo y tiró de él.

—***Glas… Glas hier…*** —intentó explicarle Poprzeski.

—¿Las gafas? ¡Ya no te harán falta![46] —El alemán lo cogió del pescuezo y lo echó hacia arriba. El viejo desapareció bajo la capota.

Pluwak, que hasta entonces había estado de pie, tranquilo, cuando lo empujaron al camión con la culata retrocedió y empezó a hablar en voz cada vez más alta:

—***Mich nicht. Ich soll bleiben. Ich bin Johann Pluwak.***[47]

En el portal aparecieron los anchos hombros de un ***schupo*** que estaba arrastrando a un escuálido hombrecillo.

—***Herr Oberleutnant,*** se había escondido en un armario.

Druk no dejaba de pestañear intensamente. Estaba deslumbrado por la luz; la nieve despedía rayos arcoíris. Vio al grupo de los que estaban siendo cargados, a las mujeres a un lado; frente a él había un oficial que le preguntó:

—¿Quién eres tú?

Junto al camión se armó un revuelo.

—***Herr Offizier!*** —bramó Pluwak forcejeando con dos ***schupo*** que lo agarraban firmemente de los hombros. Tenía la cara ensangrentada, sus ojos saltones parecían habérsele salido de las órbitas—. ***Ich bin Pluwak!*** ¡Johann Pluwak! ¡Soy yo quien fue a veros![48]

—Luvak o Puvak, ¡qué más da! —dijo el sargento que estaba al lado.

Pero el oficial que se había girado hacia el camión gritó:

—¿Qué pasa? ¿Quién es? Ah, ah, Wittmann. ¡Déjalo! ¡Ese es libre!

Pluwak, al que los soldados habían soltado de repente, se tambaleó y cayó en la profunda nieve resoplando espasmódicamente. El oficial se volvió a fijar en Druk, cuya cara había empezado a temblar: primero el párpado derecho, después los labios, la barbilla, hasta que todo él palpitó como una rana asfixiada…

—¡Tú! —dijo el oficial con voz aguda como preso de una repentina iluminación. Respiró profundamente—. ¡Tú! ¡¿Eres judío?!

Marcinów estuvo inconsciente mucho tiempo. Una vez lo despertó un dolor punzante en la mitad izquierda de la cara; era como si unos ganchos empezaran a tirar de él hacia arriba, hacia una superficie blanca y ondulante, pero después volvió a hundirse en la oscuridad. Le pareció que alguien hablaba por encima de él, después un líquido salado le entró por un tubo que le habían metido por la garganta. La segunda vez un repentino calor le desgarró la mitad izquierda de la cara y la sien. Abrió los ojos: un hombre alto de tez morena, exótica, se inclinaba sobre él tocando su mejilla con unas pinzas plateadas. Le quitaba, uno tras otro, los puntos de sutura, cortándolos hábilmente con unas tijeras y arrojando los hilos —amarillentos, semitransparentes— a una bandeja que sujetaba frente a él un enfermero con una bata blanca. Después se quedó dormido. Lo despertaron unas voces.

Aquel mismo hombre alto vestido de blanco estaba allí, de espaldas, hablando con alguien que él no veía porque estaba al fondo de una sala grande.

—¿Y ese otro… cómo se llamaba?[49]

—Sawieya…

—Eso, Zawieja. Que entreguen el cadáver al médico forense.

Se dio la vuelta y se acercó a la cama de Marcinów. Sus ojos, tras los cristales de las gafas, eran negros, brillantes.

—Y este ya puede ser enviado a la celda… Te lo dije, algunas contusiones, nada más…

Le dieron algo de sopa, salada y caliente, y un guardia le ayudó a bajar de la cama. La cabeza le daba vueltas y sentía náuseas cada dos por tres. Tenía los oídos como rellenos de un algodón compacto. Junto a la puerta vomitó todo lo que había bebido, estuvo a punto de caer, se agarró con fuerza al marco de la puerta.

—*Na, na, geh, du altes Schwein*[50] —dijo el alemán con cierta lástima llena de asco.

Marcinów se sujetaba con ambas manos el vientre porque tenía la sensación de que todas las vísceras se le habían desprendido y que caerían si quitara las manos. Atravesaron un pasillo blanco, después otro más oscuro, y empezaron a bajar unas escaleras. Se abrió una pequeña puerta que daba al patio, lleno de nieve suelta.

Reinaba una oscuridad iluminada por centelleantes estrellas. El frío y el

viento despabilaron a Marcinów. La mitad izquierda de la cara le hormigueaba dolorosamente, como atravesada por alfileres. La cabeza le zumbaba, pero lo veía todo con claridad. En el centro del patio se erguía, como un oscuro obelisco, una torreta de vigilancia. Al pasar junto a ella se cruzaron con un vigilante con un abrigo de piel de cordero que le llegaba hasta el suelo y unas enormes botas.

Atravesaron una pequeña puerta al otro lado del patio rectangular. En el último momento, al levantar la cabeza, Marcinów divisó todavía, bajo el negro contorno del tejado, una recién aparecida luna, enorme, como hinchada, que resplandecía con un cálido brillo naranja. Se hallaron en un pasillo con el suelo de hormigón. Colgaban allí, alejadas las unas de las otras, unas cuantas bombillas encendidas. Atravesaron otro pasillo y bajaron unos escalones. El aire olía a moho y era más caliente que el de fuera. En el cruce de dos pasillos apareció una bóveda y, más allá, una puerta de hierro con una arqueada hendidura labrada en el suelo de piedra.

El guardián abrió la puerta y, con una calmada fuerza desprovista de rabia, arrojó a Marcinów a la oscuridad como si fuera un saco grande. El chófer cayó junto al umbral. Mientras oía la puerta chirriar detrás de él, sintió unas cálidas gotas que le caían de nuevo sobre la barba: sangre. Se sentó lentamente, después avanzó a cuatro patas. Tocó unos andrajos y se quedó inmóvil. Oyó una respiración.

—¿Quién anda ahí?

Tras un breve silencio sonó una voz tranquila, ronca.

—Yo.

Marcinów palpó la superficie de la cazadora o la chaqueta de aquel hombre, con endurecimientos como de pegamento reseco.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—El suficiente.

«Quizá sea uno de los nuestros», pensó Marcinów. Intentó identificar a su compañero, pero la oscuridad era total. Se sentó en el hormigón, al lado de la pared, porque le parecía que allí no hacía tanto frío. Tras una pausa preguntó:

—¿Qué día es hoy?

El otro pareció pensárselo, la respiración cesó.

—Veintidós.

—¿Ya han pasado seis días? —se sorprendió Marcinów.

Giró la cabeza y vio un pequeño rectángulo amarillo suspendido en el aire. Se incorporó con dificultad y fue cojeando hacia él. Cuando extendió la mano comprendió que era un rayo de luna que penetraba por una rendija de la ventana

tapiada. Regresó a su rincón y se sentó. Se quedó mirando ese rectángulo inmóvil y vacío hasta que la cabeza empezó a inclinársele sobre el pecho. Despertado por un movimiento brusco de su compañero, abrió los ojos y pestañeó sorprendido. En el rectángulo amarillo se veían unas letras negras:

$$\frac{d^2xi}{ds^2} = G\frac{h}{m}$$

El resto de la inscripción quedaba oculta en la oscuridad. Gracias a las letras Marcinów pudo constatar que la luz se movía lentamente. Le asaltó un mal presentimiento. Poco a poco, con una lentitud pasmosa, fueron apareciendo uno por uno los siguientes signos:

$$-\frac{1}{2}g_m^h G$$

Después la luz se proyectó sobre un espacio vacío en la pared. Pero en pocos minutos aparecieron las letras:

K. W. Wi

Marcinów, como si no hubiera sufrido una contusión, se acercó de un salto a la pared y empezó a palparla con los dedos; en vano, porque no consiguió leer las siguientes letras, ocultas en la oscuridad. Se quedó así, encorvado, apoyado con ambas manos en la fría pared, mientras el rayo avanzaba lentamente hasta que, tras haber dejado en la oscuridad los signos numéricos, abarcó la totalidad del apellido:

K. W. Wilk 20. 1. 43

—¡Oye, tú! —gritó, abalanzándose hacia la oscuridad, y estuvo a punto de caer al tropezar con las piernas del otro—. ¡Oye! ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Suficiente.

—¡Contesta a la pregunta! —Zarandeó a su compañero—. ¿Ha estado aquí un hombre alto, pelirrojo?

—Más de uno ha habido.

—Wilk, Karol, se llamaba, ese que aquí… en la pared…

—¿Wilk?

El otro se sentó. Su voz se hizo más profunda y más aguda. Tosió un rato, carraspeó y dijo:

—Wilk ha estado aquí.

—¡Dios mío! —susurró Marcinów—. ¡Dios mío!

Pareció flaquear. De repente volvió a abordar al desconocido:

—¿Es él quien ha escrito estas letras? ¿Dónde está?

—A ti te lo voy a decir —dijo la voz, vacilante.

Marcinów comprendió: no se fiaba de él.

—¡Imbécil! —dijo—. ¿Crees que te han metido a un chivato en la celda? ¡Mira, toca! —Agarró su mano y tocó con los duros dedos del otro su cabeza vendada y su mejilla cosida, cubierta de sangre reseca.

—¿Lo conocías? —preguntó la voz lentamente, como si estuviera juntando palabras recogidas a tientas—. Se lo he escrito yo. Él no podía…

—¿No podía? —exhaló Marcinów.

—Tenía las manos descarnadas hasta el hueso. Él me decía cómo y yo escribía. Tiempo no faltaba… Tengo aquí un bolígrafo, escondido…

—¿Dónde está él, Karol?

—Allí —dijo la voz y simuló con los labios el sonido del aleteo—. Ayer leyeron su nombre.

—Ayer…

Marcinów temía hacerle la última pregunta.

—¿Y… no sabes… si dijo algo?

—¿Como qué? ¿Que qué significan esas fórmulas? No lo dijo. No sé. Un tipo raro…

—No, si él les dijo algo a ellos.

—A ellos, ¿eh? —Hizo una pausa—. Se ve que no, hermano. Se ve que no pudieron con él…

—¿Y él…? —empezó Marcinów, pero el desconocido lo agarró fuertemente de la mano.

—¡Shh!

Se acercaban unos pasos.

La puerta rechinó y, como si el muro se hubiera partido, resplandeció una rendija luminosa.

—¡Marcinów Iosef!

El chófer, deslumbrado, avanzó hacia el círculo de luz.

Tras un rato largo, la puerta volvió a abrirse y arrojaron a Marcinów a la celda. La cabeza le retumbaba cada vez más deprisa, como un tren que coge velocidad en un viaducto… Sentía un dolor terrible en la espalda y en la mitad izquierda de la cara. Gimió. Alguien tiraba de él hacia arriba.

—Tú…, suelta.

—Eh, hermano. ¿Cómo vas? ¿Respiras todavía? —El otro le calentaba la cara con su aliento—. ¿Te han dado una buena tunda?

Dio la vuelta a Marcinów con cuidado para ponerlo boca arriba, lo sentó, lo sujetó.

—¿Me entiendes? Aquí vienen muchos, ¿cómo voy a saber quién eres tú? Hay de todo. ¿Tú eres de los del bosque, o qué? ¡Venga, sórbete los mocos! ¡Sí, traga, traga, lo mejor es tragarse la sangre, te aliviará, lo sé bien! Hablas como si fueras de aquí. ¿Eres de los nuestros, del Ejército Nacional, eh?

Marcinów no pudo contestar porque un coágulo viscoso y salado le llenó la garganta. Cuando se lo tragó, sintió más ligera la cabeza. Se incorporó un poco apoyándose en las manos y miró al frente, hacia la oscuridad. El rectángulo amarillo quedaba muy bajo, a la altura del suelo, limpio, sin nada escrito.

—No, no soy del Ejército Nacional —dijo—. ¿Tienes todavía ese bolígrafo, camarada?

JUNIO DE 1949

---

[43]. Esta conversación aparece transcrita del ruso al polaco en el original.

[44]. «¡Abrid! ¡Policía!»

[45]. Todos los personajes alemanes hablan alemán en esta escena en el original.

[46]. Los personajes alemanes continúan hablando alemán hasta el final de la escena.

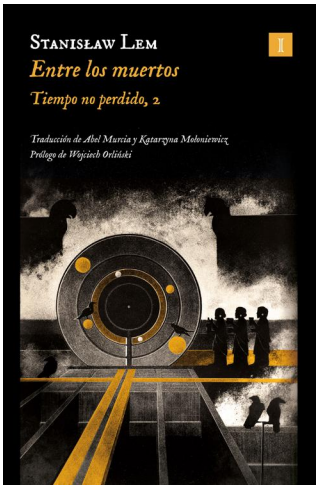
[47]. «A mí no. Yo debo quedarme. Soy Johann Pluwak.»

[48]. En ucraniano transcrito al polaco en el original: ***Ja buł u was.***

[49]. Esta conversación se desarrolla en alemán en el original.

[50]. «Venga, venga, vete, viejo cerdo.»

Un tesoro recuperado. La continuación de la mítica trilogía Tiempo no perdido. Un texto fundamental que desvela los años perdidos de un escritor inmortal.



Entre los muertos, es una de las obras más duras y personales del polaco Stanislaw Lem. Oculta durante seis décadas por deseo del autor y dotada de una fuerte carga autobiográfica, esta novela narra los años más oscuros de la ocupación nazi que Lem vivió en primera persona en su ciudad natal, Leópolis. La historia se presenta a través de dos personajes: Stefan Trzyniecki, alter ego de Lem al que ya conocimos en ***El hospital de la transfiguración;*** y Karol Wilk, un joven genio de las matemáticas que se ve atrapado por la contienda y obligado a ocultarse en un taller de automóviles donde solo trabajan judíos. Matrimonios que huyen del gueto en plena noche, pogromos, matanzas, deportaciones y desapariciones. Judíos enterrados durante meses en oscuras habitaciones tapiadas. Transportes letales a los campos del infierno en Bełżec. Un escenario único desde el que asomarnos directamente al abismo. Una historia sobrecogedora en la que los ideales se muestran como el último antídoto contra la pérdida de la esperanza.

CITAS

«El universo sigue luchando por ponerse a la altura de la inmensa fuerza creativa que fue Stanisław Lem.» —***The Washington Post***

«Lem desarrolla cuidadosamente a sus personajes antes de grabarlos con las tensiones de la guerra, mostrándolos como arquetipos del valor, la cobardía, la perfidia y el amor.» —***Village Voice***

Stanisław Lem nació en Lvov en 1921. Su primera novela publicada fue «El hospital de la transfiguración» (Impedimenta, 2008), a la que siguió «Entre los muertos» (Impedimenta, 2024) y «El regreso» (Impedimenta, 2025) escritas en 1948, 1949 y 1950 pero no publicadas hasta 1955 formando la trilogía de «Tiempo no perdido». Antes apareció «Los astronautas» (1951). En Impedimenta han aparecido, asimismo, «La investigación» (1959), así como su obra maestra, «Solaris» (1961). Asimismo, «El Invencible» (1964), «Fábulas de robots» (1964), «La Voz del Amo» (1968), «La fiebre del heno» (1976) y la «Biblioteca del Siglo XXI», conformada por «Vacío perfecto» (1971), «Magnitud imaginaria» (1973), «Golem XIV» (1981) y «Provocación» (1982). Lem falleció en 2006 en Cracovia.

Título original: *Wśród umarłych*

Edición en ebook: mayo de 2024

CCopyright © Tomasz Lem, 2016
Copyright del prólogo © Wojciech Orliński, 2024
Copyright de la traducción © Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz, 2024
Copyright de la traducción del prólogo © David Domínguez Martínez, 2024
Copyright de la ilustración de portada © Persepolis, Pierre Barraud de Lagerie, 2019
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2024
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-19581-53-2

This publication has been funded by the Book Institute the ©POLAND Translation Program.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Entre los muertos
Prólogo
Entre los muertos
Karol Włodzimierz Wilk
Rohstofferfassung
La tranquila casa solariega
Realidad
Autopsia
Operación Reinhardt
Un ramo de crisantemos
El teorema de Wilk
Stalingrado
Sobre este libro
Sobre Stanisław Lem
Créditos